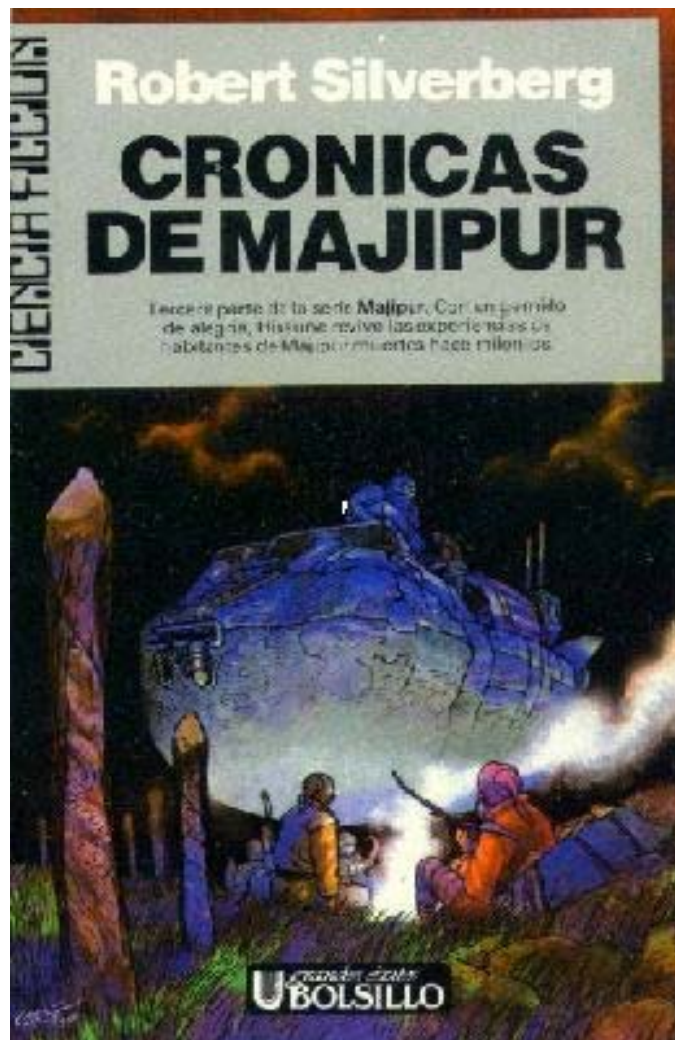


# CRÓNICAS DE MAJIPUR



Saga de Majipur/3  
**Robert Silverberg**

Título original: Majipoor Chronicles

Traducción: César Terrón

© 1982 By Robert Silverberg

© 1988 Ultramar Editores S.A.

Mallorca 49 - Barcelona

ISBN: 84-7386-493-X

Edición digital: electronic\_sapiens

Revisión: mullua

R6 09/02

*A KIRBY  
que quizá no recorrió todo el camino hasta la  
desesperación por culpa de este libro, pero que  
ciertamente estuvo muy cerca de conseguirlo.*

## PRÓLOGO

En el cuarto año de la restauración en el trono de lord Valentine, la Corona, un gran mal aflige el alma del joven Hissune, empleado de la Casa de los Archivos del Laberinto de Majipur. Durante los últimos seis meses, la tarea de Hissune ha consistido en preparar un inventario de los archivos de los recaudadores de contribuciones —una interminable lista de documentos que nadie tendrá necesidad de consultar— y al parecer la tarea va a mantenerle ocupado uno, dos, tres años más. Y es un trabajo absurdo, opina Hissune. ¿Quién iba a interesarse por los informes de recaudadores provinciales que vivieron en los reinados de lord Dekkeret, lord Calintane o incluso el antiquísimo lord Stiamot? Alguien había tolerado que los documentos fueran desordenándose cada vez más, sin duda por buenas razones, y cierto malévolos destino había elegido a Hissune para arreglar el desaguisado. Y en su opinión es una tarea estéril, únicamente válida como excelente lección de geografía, como vívida experiencia de la inmensidad de Majipur. ¡Cuántas provincias! ¡Cuántas ciudades! Los tres gigantescos continentes están divididos, subdivididos y nuevamente divididos en millares de unidades municipales, todas ellas con millones de habitantes, y mientras se entrega a la tarea, la mente de Hissune se inunda de nombres. Las Cincuenta Ciudades del Monte del Castillo, los grandes distritos urbanos de Zimroel, las misteriosas poblaciones del desierto de Suvrael, un torrente de metrópolis, un lunático tributo a los catorce mil años de incesante fertilidad en Majipur: Pidruid, Narabal, Ni-moya, Alaisor, Stoien, Piliplok, Pendiwane, Amblemorn, Minimool, Tolaghai, Kangheez, Natu Gorvinu... ¡y muchos, muchos nombres más! ¡Un millón de nombres de lugares! Pero cuando se tienen catorce años de edad sólo se puede tolerar determinada dosis de geografía, y luego uno empieza a ponerse nervioso.

El nerviosismo invade a Hissune. Y su naturaleza pícaro, siempre a punto de aflorar, sube, sube, sube... y se derrama. Cerca de la polvorienta oficina de la Casa de los Archivos donde Hissune selecciona y clasifica los montones de informes de los recaudadores, se halla un lugar mucho más interesante, el Registro de Almas, sólo accesible a personal autorizado, y se rumorea que ese personal autorizado no es muy numeroso. Hissune sabe muchas cosas de ese lugar. Conoce muy bien todas las partes del Laberinto, incluso los lugares prohibidos, en especial los lugares prohibidos... ¿Acaso él no se ha ganado la vida, desde los ocho años, en las calles de la gran capital subterránea guiando por el Laberinto a los desorientados turistas, usando su ingenio para conseguir una corona acá y una corona allá? «La Casa de los Archivos», diría él a un turista. «Allí hay una sala donde millones de habitantes de Majipur han dejado grabaciones de recuerdos. Se elige una cápsula, se introduce en una ranura especial, y de repente es como si uno mismo fuera el autor de la grabación, y te encuentras viviendo en la época de lord Confalume, o en la de lord Siminave, o peleando en las Guerras Metamorfosis al lado de lord Stiamot... Pero naturalmente pocas personas tienen autorización para hacer consultas en la sala de grabaciones de recuerdos.» Naturalmente. ¿Pero sería muy difícil, se pregunta Hissune, meterme en esa sala con el pretexto de que necesito datos para ciertas investigaciones de los archivos fiscales? Y entonces viviría en las cabezas de un millón de personas de un millón de épocas distintas, las sublimes y gloriosas épocas de la historia de Majipur... ¡Sí!

Sí, indudablemente su trabajo será más tolerable si se entretiene echando un ocasional vistazo al Registro de Almas.

De la idea a la realización práctica hay un corto trecho. Hissune se pertrecha con los pases apropiados —sabe dónde se guardan todos los sellos de documentos en la Casa de los Archivos— y a últimas horas de una tarde avanza por los tortuosos corredores, brillantemente iluminados, con la garganta seca, receloso, sintiendo el picor de la excitación.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que sintió excitación. Aprovechar su ingenio para ganarse el sustento en las calles era un trabajo excitante, pero eso se había acabado; ellos le han civilizado, le han separado de su familia, le han dado un trabajo. ¡Un trabajo!. ¡Ellos! ¿Y quiénes son ellos? ¡La misma Corona, éstos son ellos! Hissune aún no ha superado el asombro que eso le produjo. Durante la época en que lord Valentine erraba en el exilio, expulsado de su cuerpo y de su trono por el usurpador Barjazid, la Corona llegó al Laberinto e Hissune fue su guía, tras reconocerle por quien realmente era. Y ahí empezó la ruina de Hissune. La próxima noticia que Hissune tuvo de la Corona fue que lord Valentine había ido desde el Laberinto hasta el Monte del Castillo para recuperar su trono, y que había derrocado al usurpador. Y cuando llegó el momento de la segunda coronación, Hissune recibió una citación para asistir, sólo el Divino sabía por qué, a la ceremonia en el mismo Castillo de lord Valentine. ¡Qué bien lo pasó! Antes de eso apenas había salido del Laberinto para ver la luz del sol, y se encontró viajando en un vehículo flotante oficial. Recorrió el valle del Glayge, pasó por ciudades que sólo conocía en sueños, y distinguió la mole de cincuenta mil metros de altura del Monte, igual que otro planeta en el cielo, y finalmente entró en el Castillo. Un mugriento niño de diez años que estuvo al lado de la Corona, que intercambiaba chistes con lord Valentine... Sí, aquello fue fantástico, pero Hissune se vio sorprendido por las consecuencias. La Corona opinaba que Hissune prometía. La Corona deseaba que el chico recibiera instrucción para ocupar un puesto de gobierno. La Corona admiraba la energía, el talento y el carácter emprendedor del muchacho. Muy bien. Volvería al Laberinto y... ¡trabajaría en la Casa de los Archivos! No tan bien. Hissune siempre había detestado a los burócratas, los idiotas con cara de máscara que revolvían papeles en las entrañas del Laberinto, y un favor especial de lord Valentine le obligaba a convertirse en uno de ellos. Bueno, Hissune pensaba que debía hacer algo para ganarse el sustento aparte de acompañar turistas por el Laberinto... ¡pero nunca había imaginado que fuera esto! Informe del recaudador de impuestos del Undécimo Distrito de la provincia de Chorg, Prefectura de Bibiroon, 11.º Pont. Kinniken Cor. lord Ossier... ¡Oh, no, toda la vida así, no! Un mes, seis meses, un año haciendo este bonito trabajillo en la agradable Casa de los Archivos, y luego, confía Hissune, lord Valentine me llamará, me instalaré en el Castillo como edecán y por fin la vida tendrá cierto valor. Pero tal parece que la Corona le ha olvidado, como podía esperarse. Lord Valentine debe gobernar un mundo de veinte o treinta mil millones de habitantes y ¿qué importancia tiene un niño del Laberinto? Hissune sospecha que su vida ya ha pasado la cima más gloriosa, la breve estancia en el Monte del Castillo, y que una miserable ironía le ha hecho sufrir una metamorfosis para convertirle en funcionario del Pontificado, condenado de por vida a revolver documentos...

Pero hay que explorar el Registro de Almas. Aunque nunca pueda volver a salir del Laberinto, tal vez sería posible —si nadie le sorprende— vagar por las mentes de millones de personas muertas hace mucho tiempo, exploradores, pioneros, guerreros, incluso coronas y pontífices. Eso sería un consuelo, ¿no?

Hissune entra en una pequeña antecámara y presenta su pase al yort de inexpresiva mirada que está de servicio.

Hissune ha preparado un torrente de explicaciones: tarea especial dispuesta por la Corona, importante investigación histórica, necesidad de relacionar detalles demográficos, necesaria corroboración de ciertos datos de los informes... Oh, Hissune es un experto en ese tipo de charla, su lengua siempre está dispuesta para ello.

—¿Sabes cómo usar el aparato? —dice únicamente el yort.

—Ha pasado algún tiempo. Sería conveniente que usted volviera a enseñarme.

El yort, verrugoso, fofo y con varios mentones, se levanta lentamente y lleva a Hissune ante un panel que abre metiendo hábilmente un pulgar en un hueco. El yort señala una pantalla y una hilera de botones.

—El tablero de mandos. Pide las cápsulas que quieras Has de meterlas aquí. Firma todas las solicitudes. Acuérdate de apagar las luces cuando acabes.

¡Ése es todo el secreto! ¡Un sistema de seguridad! ¡Un vigilante!

Hissune se queda a solas con las grabaciones de recuerdos de todas las personas que han vivido en Majipur.

De casi todas las personas, en cualquier caso. Indudablemente millones de seres habrán vivido y habrán muerto sin preocuparse de hacer cápsulas de su vida. Pero cualquier persona está autorizada cada diez años, en cuanto alcanza los veinte de edad, a hacer su contribución a esos subterráneos, e Hissune sabe que aunque las cápsulas son minúsculas, simples partículas de datos, hay miles y miles en los niveles de almacenamiento del Laberinto. El muchacho pone las manos en los mandos. Sus dedos tiemblan.

¿Por dónde empezar?

Quiere saberlo todo. Quiere caminar por la selva de Zimroel con los primeros exploradores, quiere vencer a los metamorfos, navegar por el Gran Océano, cazar dragones de mar en el archipiélago Rodamaunt, quiere... quiere... quiere... Su alocado anhelo le hace estremecerse. ¿Por dónde empezar? Estudia las teclas que tiene delante. Puede especificar una fecha, un lugar, la identidad de una persona... pero pudiendo elegir entre catorce mil años... no, entre ocho o nueve mil años, porque él sabe que los archivos sólo se remontan a la época de lord Stiamot, quizás un poco antes... ¿Cómo va a decidir el punto de partida? Durante diez minutos la indecisión paraliza a Hissune.

Después decide apretar teclas al azar. Algo antiguo, piensa. El continente de Zimroel, la época de la Corona lord Barhold, anterior incluso a Stiamot. Y la persona... ¡cualquier persona! ¡Cualquier persona!

Una reluciente cápsula aparece en la ranura.

Estremeciéndose de asombro y deleite, Hissune la introduce en la rendija de reproducción y se pone el casco. Oye crujidos. Confusas franjas azules, verdes y escarlatas cruzan ante sus ojos detrás de los cerrados párpados. ¿Está funcionando? ¡Sí! ¡Sí! Hissune percibe la presencia de otra mente. Alguien que murió hace nueve mil años, y la mente de esa persona —una mujer, una mujer joven— inunda la de Hissune hasta que el muchacho no sabe si él es Hissune del Laberinto o esta... esta Thesme de Narabal...

Tras un gemido de alegría. Hissune se separa por completo de la personalidad que ha sido suya durante catorce años y deja que el alma de Thesme se apodere de él.

## I - THESME Y EL GAYROG

### 1

Desde hacía seis meses Thesme vivía sola en una choza construida por ella misma, en la densa jungla tropical aproximadamente a seis kilómetros al este de Narabal, en un lugar donde no llegaban las brisas marinas y donde la enorme humedad ambiental se aferraba a todo como una mortaja de piel. Era la primera vez que tenía que arreglárselas sin ayuda, y al principio se preguntó si lograría hacerlo. Pero también era la primera vez que debía construir una choza, y lo hizo muy bien. Taló sijniles jóvenes, recortó la dorada corteza de los troncos, arrastró las resbaladizas y afiladas puntas por el húmedo terreno, las ató con enredaderas y finalmente dispuso de cinco enormes hojas azules de vramma a modo de techo. No era una obra maestra de la arquitectura, pero impedía el paso de la lluvia, y a Thesme no le hacía falta preocuparse del frío. Al cabo de un mes la madera de sijnil, podada como estaba, echó raíces, y de los extremos superiores brotaron correosas hojas, justo por debajo del techo. Y las enredaderas que unían los

troncos también seguían vivas, despidiendo carnosos zarcillos rojos que buscaban y encontraban el rico y fértil suelo. De tal forma que la vivienda era una construcción viva que día a día iba haciéndose más cómoda y segura, puesto que las enredaderas se espesaban y los sijaniles cobraban mayor circunferencia. Y Thesme estaba encantada de su casa. En Narabal nada permanecía muerto durante mucho tiempo. El ambiente era caluroso, el sol brillaba con fuerza y las lluvias eran muy abundantes, por lo que todo se transformaba con gran rapidez, con la tumultuosa naturalidad de los trópicos.

Tampoco la soledad fue un problema. Thesme necesitaba apartarse de Ni-moya, donde su vida, por así decirlo, se había torcido: excesiva confusión, excesivo bullicio interno, amigos que se convertían en extraños, amantes que se convertían en enemigos. Ella tenía veinticinco años y necesitaba detenerse, hacer un prolongado examen de todo, cambiar el ritmo de su vida antes de que ese ritmo la despedazara. La jungla era el lugar ideal para ello. Se levantaba temprano, se bañaba en una laguna que compartía con un viejo y perezoso gromwark y un cardumen de minúsculos y cristalinos chichibores, arrancaba su desayuno de un zoko, paseaba, leía, cantaba, escribía poemas, examinaba las trampas en busca de animales capturados, trepaba a los árboles y tomaba el sol en una hamaca de enredaderas, dormitaba, nadaba, hablaba consigo misma y se acostaba cuando el sol se ponía. Al principio creyó que no tendría suficientes ocupaciones, que pronto se aburriría, pero la realidad fue distinta; las jornadas eran intensas y siempre quedaban varios proyectos para el día siguiente.

Al principio Thesme esperaba ir a Narabal una vez por semana, para comprar productos básicos, para buscar nuevos libros, para asistir a un concierto u obra teatral, incluso para visitar a su familia o a los amigos que aún seguía tratando. Durante un tiempo fue bastante a menudo a la ciudad. Pero ello representaba el sudor, el pegajoso sudor de casi medio día de caminata, y conforme fue acostumbrándose a la vida en retiro Narabal le pareció cada vez más estruendoso, cada vez más perturbador, con pocas ventajas que compensaran las desventajas. La gente la miraba. Ella sabía lo que opinaban: que era una joven excéntrica, incluso loca, siempre una rebelde y ahora una rebelde muy peculiar que vivía en la jungla, sola, y que se columpiaba en las ramas de los árboles. Así sus visitas fueron espaciándose cada vez más. Sólo iba a la ciudad cuando no tenía más remedio. El día que encontró al gayrog herido hacía más de cinco semanas que no iba a Narabal.

Esa mañana Thesme estaba vagando por una pantanosa zona pocos kilómetros al noroeste de la choza, recogiendo unos hongos dulces y amarillos que se llamaban calimbots. Tenía el morral casi lleno y ya pensaba en regresar cuando vislumbró algo extraño a pocos cientos de metros de distancia: una criatura desconocida con reluciente piel gris de aspecto metálico y gruesas extremidades tubulares, tendida de cualquier modo en el suelo bajo un gran sijanil. Thesme se acordó de un reptil predatorio que su padre y su hermano habían matado hacía tiempo en el canal de Narabal, un ser lustroso, alargado, lento de movimientos, con garras curvadas y una enorme boca dentada. Pero al aproximarse vio que la criatura tenía forma vagamente humana, con una cabeza enorme y redondeada, largos brazos, fuertes piernas. Pensó que quizás estuviera muerta, pero la criatura se movió un poco cuando Thesme llegó al lugar.

—Estoy herido —dijo la criatura—. He cometido una estupidez y ahora lo estoy pagando.

—¿Puede mover los brazos y las piernas? —preguntó Thesme.

—Los brazos, sí. Me he roto una pierna, y quizá la espalda. ¿Puede ayudarme?

Thesme se agachó y estudió al desconocido. Parecía un reptil, cierto, con brillantes escamas y un cuerpo liso y duro. Los ojos eran verdes y fríos, y nunca parpadeaban. El cabello era una fantástica masa de gruesas espirales negras que se movían solas muy lentamente. La lengua era de serpiente, bífida, de un tono escarlata brillante, y no cesaba de moverse entre los estrechos y descarnados labios.

—¿Qué es usted? —preguntó Thesme.

—Un gayrog. ¿No conoce a mi raza?

—Claro —dijo ella, aunque en realidad sabía muy poco de los gayrogs.

Numerosas especies no humanas se habían establecido en Majipur en los últimos siglos, una auténtica colección de seres extraños invitados por la Corona lord Melikand porque no había bastantes hombres para llenar las inmensidades del planeta. Thesme había oído decir que existían seres de cuatro brazos, de dos cabezas, con tentáculos, y con escamas, lenguas bífidas y cabello serpentino, pero ninguno se había acercado a Narabal, una ciudad al borde de ninguna parte, tan distante de la civilización como pudiera imaginarse. De modo que estaba delante de un gayrog... Extraña criatura, pensó, casi humana por la forma del cuerpo, pero totalmente distinta en todos sus detalles. Una monstruosidad, sí, un ser de pesadilla, aunque no especialmente aterrador. Thesme se compadeció del pobre gayrog, en realidad... Era un vagabundo, doblemente perdido, lejos de su planeta natal y lejos de cualquier cosa importante de Majipur. Y gravemente herido, además. ¿Qué iba a hacer ella con el gayrog? ¿Desearle buena suerte y abandonarlo a su destino? Ni pensarlo. ¿Ir a Narabal y organizar una misión de rescate? Harían falta dos días como mínimo, suponiendo que alguien quisiera colaborar. ¿Volver con el herido a la choza y cuidarlo hasta que se repusiera? Era lo más apropiado, aunque... ¿qué iba a ser de su soledad, de su intimidad? Y en cualquier caso, ¿cómo había que cuidar a un gayrog? ¿Realmente deseaba ella asumir la responsabilidad? Y el riesgo, por otro lado. Se trataba de un ser extraño y ella desconocía por completo qué podía esperar de él.

—Soy Vismaan —dijo el gayrog.

¿Era su nombre, su título, o meramente la descripción de su estado? Thesme no hizo preguntas.

—Me llamo Thesme —dijo—. Vivo en la jungla, a una hora de camino de aquí. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Deje que me apoye en usted mientras trato de incorporarme. ¿Cree que tendrá fuerza suficiente?

—Seguramente.

—Es una hembra, ¿verdad?

Thesme sólo vestía unas sandalias. Sonrió y se llevó la mano a los pechos.

—Hembra, sí —dijo.

—Eso pensaba. Yo soy varón y quizá demasiado pesado para usted.

¿Varón? En la entropierna era tan liso y asexuado como una máquina. Thesme supuso que los gayrogs tenían el sexo en otra parte. Y si eran reptiles, los senos de Thesme no les significaban indicio alguno respecto a su sexo. Extraño, de todos modos, que el gayrog hubiera tenido que formular la pregunta.

Se arrodilló junto a él, mientras se preguntaba cómo el gayrog iba a levantarse y caminar con una pierna rota. Él pasó un brazo por los hombros de la mujer. El contacto de la piel sobresaltó a Thesme: era una piel fría, seca, rígida, lisa, igual que si él llevara una coraza. Sin embargo la textura no era desagradable, sólo extraña. Un fuerte olor brotaba de aquella piel, un hedor a pantano, acre, con un rastro de miel. Apenas era comprensible que ella no lo hubiera percibido antes, porque era un olor penetrante e insistente; Thesme pensó que la había distraído la sorpresa de toparse con aquel ser. Era imposible ignorar el hedor una vez percibido, y al principio Thesme juzgó que era intensamente desagradable, aunque poco a poco el detalle dejó de preocuparla.

—Procure mantenerse firme. Voy a levantarme.

Thesme se agachó, hundiendo rodillas y manos en la tierra, y para su sorpresa el gayrog logró levantarse con un peculiar movimiento serpentino, apoyándose en Thesme, cargando todo su peso por un instante entre los omoplatos de la mujer de tal modo que ésta jadeó. Luego estuvo erguido, tambaleante, agarrado a una liana que colgaba. Thesme se dispuso a sujetarlo si caía, pero él se mantuvo derecho.



—Esta pierna está rota —explicó a Thesme—. La espalda está herida, pero no rota, creo.

—¿Es fuerte el dolor?

—¿Dolor? No, nosotros sentimos poco dolor. El problema es funcional. La pierna no me sujetará. ¿Puede buscarme un palo fuerte?

Thesme exploró los alrededores en busca de algo que él pudiera usar como muleta, y al cabo de unos instantes vio la rígida raíz aérea de una liana que colgaba de la bóveda de focalle. La lustrosa raíz negra era gruesa pero frágil, y Thesme la torció hacia adelante y hacia atrás hasta que consiguió arrancar un trozo de dos metros. Vismaan la asió firmemente, pasó el otro brazo alrededor de Thesme y, con mucho cuidado, se apoyó en la pierna sana. Dio un paso sin dificultad, luego otro, otro más, arrastrando la pierna rota. Thesme pensó que el olor corporal del gayrog había cambiado: era más áspero, más avinagrado, menos dulce. La tensión de andar, sin duda. Probablemente el dolor era menos trivial que lo que Vismaan deseaba hacer creer a la mujer. Pero había conseguido moverse, en cualquier caso.

—¿Cómo se lastimó? —preguntó Thesme. desconocía por completo qué podía esperar de él.

—Trepé a este árbol para inspeccionar el territorio. No resistió mi peso.

Señaló el delgado y reluciente tronco del alto sijanil. La rama más baja, por lo menos a diez metros de altura, estaba quebrada y suspendida de simples fragmentos de corteza. Thesme se asombró al pensar que el gayrog había sobrevivido a una caída así. Al cabo de unos instantes se preguntó cómo él había podido trepar tan alto por el resbaladizo y liso tronco.

—Mi plan es establecerme en esta región y dedicarme al cultivo. ¿Tiene usted una granja? —dijo el gayrog.

—¿En la jungla? No, sólo vivo aquí.

—¿Con un compañero?

—Sola. Crecí en Narabal, pero me hacía falta estar sola durante una temporada. — Llegaron al morral de calimbotes que Thesme había dejado al ver al gayrog tumbado en el suelo, y la mujer se lo echó al hombro—. Puede quedarse conmigo hasta que sane su pierna. Pero nos costará toda la tarde volver a la choza de esta forma. ¿Está seguro de que puede caminar?

—Estoy caminando —observó Vismaan.

—Cuando quiera descansar, lo dice.

—En su momento. No ahora.

En realidad pasó casi media hora de lento y doloroso renquear antes de que él quisiera hacer un alto, e incluso entonces permaneció de pie, apoyado en un árbol, explicando que creía imprudente completar el difícil proceso de levantarse del suelo por segunda vez. El aspecto del gayrog era tranquilo, reflejaba relativamente escasas molestias, aunque era imposible leer la expresión de su inalterable rostro y aquellos ojos que nunca parpadeaban: el constante movimiento de la lengua bífida era la única indicación visible de aparente emoción, y Thesme no sabía cómo interpretar los incesantes, veloces movimientos. Al cabo de unos minutos continuaron la caminata. La lentitud de la marcha era una carga para Thesme, igual que el peso de Vismaan en su hombro, y notó que sus músculos se agarrotaban y protestaban mientras recorrían la jungla. Apenas hablaron. Él parecía estar preocupado por la necesidad de controlar su lesionado cuerpo, y Thesme se concentró en la ruta en busca de atajos, previendo la presencia de arroyos, maleza densa y otros obstáculos que el gayrog no podía salvar. A medio camino de la choza empezó a llover, y el resto de la caminata lo hicieron envueltos en una cálida y pegajosa niebla. Thesme ya estaba casi agotada cuando apareció la choza.

—No es un palacio —dijo—, pero no me hace falta más. La construí yo misma. Échese ahí. —Ayudó a Vismaan a tenderse en su lecho de plumas de zanja. El gayrog se sentó con un tenue sonido sibilante, tal vez indicativo de alivio—. ¿Le apetecería comer algo?

—Ahora no.

—¿Y beber algo? ¿No? Supongo que sólo querrá descansar. Saldré de la choza para que duerma tranquilo.

—No estoy en temporada de sueño —dijo Vismaan.

—No lo entiendo.

—Nosotros sólo dormimos parte del año. Normalmente en invierno.

—¿Y permanecen despiertos el resto del año?

—Sí —dijo él—. Yo he terminado el sueño de este año. Sé que entre los humanos es distinto.

—Extremadamente distinto —explicó Thesme—. De todas formas, le dejaré descansar tranquilamente. Debe estar cansadísimo.

—No quiero echarla de su casa.

—No se preocupe —contestó Thesme, y se fue.

Llovía otra vez, la lluvia familiar, casi agradable, que había caído todo el día cada pocas horas. Thesme se tendió en un negro banco de musgo de caucho para que las cálidas gotas de lluvia eliminaran la fatiga de sus doloridos hombros.

Un invitado, pensó Thesme. Y no humano, nada menos. Bueno, ¿por qué no? El gayrog no era exigente: frío, reservado, tranquilo incluso en una situación así. Era evidente que sus heridas eran más graves de lo que deseaba admitir, y hasta una caminata relativamente corta por la jungla había representado una batalla para él. Era imposible que caminara hasta Narabal en ese estado. Thesme supuso que ella podía ir a la ciudad y disponer que alguien viniera a recoger al gayrog con un flotador, pero la idea no le complació. Nadie sabía dónde vivía ella, y ella no quería traer a nadie, en primer lugar. Y se dio cuenta con cierta confusión de que no deseaba abandonar al gayrog, que quería retenerlo y cuidarlo hasta que hubiera recobrado las fuerzas. Dudaba que en Narabal hubiera una sola persona deseosa de ofrecer refugio a un no humano, y el detalle hizo que se sintiera placenteramente perversa, aislada aún de otro modo de los ciudadanos de su ciudad natal. En los últimos años había oído muchas murmuraciones sobre los nativos de otros planetas que llegaron para establecerse en Majipur. La gente sentía miedo y disgusto por esos reptiles, los gayrogs, por los gigantescos, corpulentos y velludos skandars, por aquellos seres diminutos y maliciosos que tenían tantos tentáculos —¿vroones, se llamaban vroones?— y por el resto de esa extravagante cuadrilla, y aunque los gayrogs seguían siendo desconocidos en la remota Narabal la hostilidad hacia ellos ya existía en la ciudad. La loca y excéntrica Thesme, pensó ella, pertenecía precisamente al tipo de personas que dejarían entrar a un gayrog en su hogar, que acariciarían la febril frente del extraño y le ofrecerían medicinas y comida, o cualquier cosa que necesitara un gayrog con la pierna rota. Thesme no sabía realmente cómo iba a cuidar a Vismaan, pero ello no sería un impedimento. Le vino a la mente que en toda su vida no había cuidado de nadie, porque nunca había tenido oportunidad u ocasión. Era la hija menor y nadie le había permitido aceptar ningún tipo de responsabilidad. No se había casado, no había tenido hijos, ni siquiera animales domésticos, y durante el tormentoso período de sus innumerables y turbulentos amoríos jamás había encontrado el momento para visitar a un amante enfermo. Seguramente, se dijo, por eso estaba tan repentinamente dispuesta a mantener en la choza a este gayrog. Una de las razones que la llevó a cambiar Narabal por la jungla fue vivir de otra forma, romper con los rasgos más desagradables de la antigua Thesme.

Decidió ir a la ciudad por la mañana, averiguar qué tipo de cuidados precisaba un gayrog, si era posible, y comprar las medicinas o provisiones apropiadas.

Al cabo de un largo rato volvió a la choza. Vismaan estaba igual que lo había dejado, tumbado con los brazos rígidos juntos a los costados, y no parecía moverse, aparte de la perpetua agitación serpentina de su cabello. ¿Dormido? ¿Pese a que había dicho que no necesitaba dormir? Thesme se acercó al gayrog y observó la extraña, enorme figura que ocupaba su cama. Los ojos estaban abiertos, y Thesme vio que esos ojos la seguían.

—¿Cómo se siente? —preguntó.

—No muy bien. Caminar por la selva fue más difícil de lo que yo pensaba.

Thesme puso la mano en la frente del gayrog. La dura y escamosa piel tenía un tacto frío. Pero lo absurdo del gesto hizo sonreír a Thesme. ¿Cuál era la temperatura normal de un gayrog? ¿Estaban expuestos a la fiebre? Y si era así, ¿cómo comprobarlo? Los gayrogs eran reptiles, ¿no? ¿Acaso un reptil sufría altas temperaturas corporales cuando estaba enfermo? De repente todo el problema, la idea de cuidar a una criatura de otro mundo, parecía ridícula.

—¿Por qué toca mi cabeza? —preguntó él.

—Es lo que se hace cuando un hombre está enfermo. Comprobar si hay fiebre. Aquí no tengo instrumentos médicos. ¿Sabe a qué me refiero cuando hablo de fiebre?

—Temperatura anormal en el cuerpo. Sí. Mi temperatura es alta en estos momentos.

—¿Tiene dolor?

—Muy poco. Pero mis sistemas vitales están trastornados. ¿Podría darme agua?

—Claro. ¿Tiene hambre? ¿Qué cosas come normalmente?

—Carne. Cocinada. Y frutas y vegetales. Y mucha agua.

Thesme fue a buscar agua. El gayrog se incorporó con dificultad. Estaba más débil que cuando iba renqueante por la jungla. Seguramente debía padecer una retrasada reacción a las heridas... y apuró el tazón en tres voraces tragos.

—Más —dijo, y Thesme sirvió un segundo tazón.

El cántaro de agua estaba casi vacío, y Thesme salió a llenarlo en la fuente. Arrancó varias zocas de la cepa, y las ofreció al gayrog. Vismaan sostuvo las blancoazuladas bayas a prudente distancia, como si ése fuera el único modo de concentrar la vista adecuadamente, y las hizo girar entre dos dedos. Sus manos eran casi humanas, observó Thesme, aunque tenían dos dedos más y no había uñas, sólo bordes laterales y escamosos a lo largo de las dos primeras articulaciones.

—¿Cómo se llama esta fruta? —inquirió Vismaan.

—Es el fruto de los zokos. Crecen por todo Narabal. Si le gustan, puedo traerle tantas como quiera.

Vismaan probó recelosamente una zoka. Entonces su lengua aleteó con más rapidez, y devoró el resto de bayas y extendió la mano para pedir más. Thesme recordó la fama de las zokas como afrodisíacos, pero apartó la mirada para ocultar su sonrisa, y decidió no comentar el detalle. Vismaan se había descrito como varón, de modo que los gayrogs eran de dos sexos, pero... ¿copulaban? Thesme tuvo una repentina, extravagante visión de gayrogs varones arrojando chorros de leche por orificios ocultos, y el líquido introduciéndose en tubos sobre los que se ponían los gayrogs hembras para fertilizarse. Eficaz aunque nada romántico, pensó Thesme, y se preguntó si ése sería realmente el método. Fertilización a distancia, igual que peces, como serpientes.

Preparó la cena del gayrog: zokas, calimbotes fritos y pequeños y deliciosos hiktiganes, animales de numerosas patas que atrapaba en el arroyo. No quedaba vino, pero recientemente Thesme había preparado un jugo fermentado aprovechando frutas gruesas y rojizas cuyo nombre desconocía, y ofreció un vaso a Vismaan. El apetito del gayrog era saludable. Después Thesme le preguntó si le permitía examinarle la pierna, y Vismaan contestó que sí.

La fractura se hallaba más arriba de la rodilla, en la parte más ancha del muslo. Pese al grosor de la escamosa piel, había muestras de hinchazón. Thesme apoyó suavemente los dedos en la herida y apretó. Vismaan emitió un tenue sonido sibilante, pero aparte de eso no dio señales de que la mujer estuviera aumentando sus molestias. Thesme pensó que algo se movía dentro del muslo. ¿Los extremos rotos del hueso, quizá? ¿Tenían huesos los gayrogs? Sé tan poco, pensó Thesme desconsolada, sobre los gayrogs, sobre artes curativas, sobre todo.

—Si fuera un hombre —dijo— usaríamos máquinas para examinar la fractura, uniríamos el lugar roto y lo ataríamos hasta que se soldara. ¿Se hace lo mismo entre su gente?

—El hueso se soldará solo —replicó él—. Uniré los fragmentos mediante contracciones musculares y los mantendré quietos hasta la curación. Pero tendré que estar echado varios días, de forma que el peso de la pierna no abra la fractura cuando me levante. ¿Le importa que me quede tanto tiempo?

—Quédese tanto tiempo como quiera. Tanto tiempo como haga falta.

—Es usted muy amable.

—Mañana iré a la ciudad para comprar suministros. ¿Desea algo en especial?

—¿Tiene cubos de diversión? ¿Música, libros?

—Tengo algunos. Puedo conseguir más mañana.

—Hágalo, por favor. Las noches serán muy largas para mí, echado aquí sin dormir. Mi pueblo es un gran consumidor de diversión, ¿sabe?

—Traeré todo lo que encuentre —prometió Thesme.

Le dio tres cubos —una comedia, una sinfonía y una composición de color— y emprendió la limpieza después de la cena. Había caído la noche, tan temprano como siempre, en una región tan próxima al ecuador. Thesme oyó el ruido de la lluvia que empezaba a caer una vez más. De ordinario habría leído un rato, hasta que fuera demasiado oscuro, y después se habría acostado. Pero esa noche todo era distinto. Una misteriosa criatura reptil ocupaba su cama; le disgustaba tener que preparar otra cama para ella en el suelo; y tanta conversación, la primera charla que sostenía desde hacía muchas semanas, había dejado su mente zumbando con desacostumbrada viveza. Vismaan parecía satisfecho con los cubos. Thesme salió afuera y recogió hojas de burbujabustos, dos brazadas y luego otras dos, y las extendió en el suelo cerca de la entrada de la choza. Después se acercó al gayrog y le preguntó si podía hacer algo por él. Vismaan respondió con un suave gesto negativo de la cabeza, sin apartar la atención del cubo. Thesme le deseó buenas noches y se acostó en la improvisada cama. Era bastante cómoda, más que lo que cabía esperar. Pero dormir fue imposible. Thesme se volvió de lado, luego del otro lado, y así sucesivamente, sintiéndose trabada y rígida, y la presencia de otra persona a pocos metros de distancia parecía anunciarse mediante un palpable latido en su corazón. Y el olor del gayrog, penetrante e ineludible... Thesme había logrado ignorarlo mientras cenaban, pero ahora, con los nervios de punta, ajustados en la máxima sensibilidad mientras permanecía tumbada en la oscuridad, Thesme percibía ese hedor casi como si fuera un trompetazo incesante repetido. De vez en cuando se incorporó y miró a Vismaan, que yacía inmóvil y silencioso. Luego, en algún momento, el sueño se apoderó de ella. Cuando le llegaron los sonidos de la nueva mañana, las numerosas y familiares melodías de silbidos y chillidos, y cuando la primera luz se abrió paso por la entrada de la choza, Thesme despertó sumida en la desorientación particular que suele acaecer cuando se ha dormido profundamente en un lugar que no es la cama habitual. Le costó unos instantes serenarse, recordar dónde estaba y por qué estaba ahí. Vismaan estaba mirándola.

—Ha tenido una noche agitada. Mi presencia le molesta.

—Me acostumbraré. ¿Cómo se siente?

—Entumecido. Dolorido. Pero ya empiezo a mejorar, creo. Noto que todo funciona en mi interior.

Thesme le dio agua y un cuenco de frutas. Luego salió al templado y húmedo amanecer y se zambulló rápidamente en la laguna para bañarse. Al volver a la choza el olor la afectó con renovada fuerza. El contraste entre el aire puro de la mañana y el ambiente interior acre, con olor a gayrog, era notable. Pero la pestilencia no tardó en apagarse en su conciencia una vez más.

—No volveré de Narabal hasta que se haga de noche —dijo mientras se vestía—. ¿Podrá arreglarse solo?

—Déjeme agua y comida al alcance de la mano. Y algo para leer.

—No hay mucha cosa. Le traeré más. Va a ser un día muy silencioso para usted, me temo.

—A lo mejor llegan visitas.

—¿Visitas? —gritó Thesme, consternada—. ¿Quién? ¿Qué clase de visitas? ¡Nadie viene aquí! ¿O se refiere a otro gayrog que viajaba con usted y que debe estar buscándole?

—Oh, no, no. No me acompañaba nadie. Creí que algunos amigos suyos...

—No tengo amigos —dijo solemnemente Thesme.

La frase le pareció estúpida en el mismo instante de pronunciarla. Melodramática, reflejaba su compasión de sí misma. Pero el gayrog no hizo comentarios, dejó a la mujer sin posibilidad de retractarse, y para disimular su turbación Thesme se dedicó a la tarea de atar complicadamente su mochila.

Vismaan guardó silencio hasta que Thesme se dispuso a salir.

—¿Es muy hermosa Narabal? —dijo entonces.

—¿No la ha visto?

—Vine por ruta interior desde Til-omon. En Til-omon me dijeron que Narabal es muy hermosa.

—Narabal no es nada —dijo Thesme—. Cabañas. Calles llenas de barro. Enredaderas que crecen por todas partes, que agrietan los edificios antes de que tengan un año. ¿Le explicaron eso en Til-omon? Se burlaron de usted. La gente de Til-omon desprecia Narabal. Las dos ciudades son rivales, ¿sabe?... son los dos puertos tropicales más importantes. Si alguien de Til-omon le dijo que Narabal es muy hermosa, era un mentiroso, estaba bromeando con usted.

—Pero, ¿por qué hacer eso? Thesme se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? Quizá para que usted saliera más deprisa de Til-omon. En fin, no espere nada de Narabal. Dentro de mil años será algo, supongo, pero ahora mismo es una sucia ciudad fronteriza.

—Es igual, confío en poder visitarla. Cuando mi pierna esté más fuerte, ¿podrá enseñarme Narabal?

—Claro —dijo Thesme—. ¿Por qué no? Pero tendrá un desengaño, se lo prometo. Y ahora tengo que irme. Quiero acabar la caminata antes de las horas más calurosas del día.

### 3

Mientras caminaba animadamente hacia Narabal, Thesme se imaginó apareciendo uno de esos días en la ciudad con un gayrog al lado. ¡Cómo iba a gustarles eso a los de Narabal! ¿Los apedrearían con rocas y bolas de barro? ¿Los señalarían, se burlarían de los dos y la humillarían cuando intentara saludarlos? Seguramente. Ahí está la loca de Thesme, se dirían unos a otros; trae seres no humanos a la ciudad, va por ahí con reptiles gayrogs, probablemente hace toda clase de monstruosidades con ellos cuando está en la

jungla. Sí. Sí. Thesme sonrió. Sería divertido pasear por Narabal en compañía de Vismaan. Lo haría en cuanto él fuera capaz de resistir la larga caminata por la jungla.

El camino no era más que un sendero toscamente abierto a machetazos; había rastros de fuego en los árboles y montones de piedras como señales, y la maleza había tapado la senda en numerosos puntos. Pero Thesme era experta en el viaje por la jungla y raramente se desorientaba por mucho tiempo. A últimas horas de la mañana llegó a las plantaciones de las afueras de la ciudad y no tardó en divisar Ni-moya, extendida sobre ambas laderas de una montaña de tal modo que formaba un fluctuante arco a lo largo de la costa.

Thesme desconocía por completo el motivo de que alguien hubiera deseado fundar una ciudad ahí, al otro lado del mundo, en la punta suroeste de Zimroel. Fue idea de lord Melikand, la misma Corona que invitó a todos los no humanos a establecerse en Majipur, para impulsar el desarrollo del continente occidental. En los tiempos de lord Melikand, Zimroel sólo tenía dos ciudades, ambas terriblemente aisladas, meros accidentes geográficos fundados en los primeros días de colonización humana de Majipur, antes de que fuera obvio que el otro continente iba a ser el centro de la vida de Majipur: Pidruid, en el centro de la costa oeste, con su prodigioso clima y su espectacular puerto natural, y Piliplok, en la costa este, donde se hallaba la base de los cazadores de dragones de mar. Pero en la actualidad existía también un pequeño puesto de avanzada llamado Ni-moya a orillas de uno de los grandes ríos de Zimroel, y Til-omon había crecido en la costa occidental al borde del cinturón tropical. Además, era evidente que se estaba fundando cierto poblado en las montañas centrales, y al parecer los gayrogs estaban construyendo una población a más de mil kilómetros al este de Pidruid. Y finalmente estaba Narabal, en el cálido y lluvioso sur, en la punta de un continente y rodeada de agua por todas partes. Si una persona se colocaba junto a la orilla del canal de Narabal y contemplaba el mar, experimentaba el peso de saber que a su espalda había miles de kilómetros de inhóspito territorio, y luego miles de kilómetros de océano, entre el observador y el continente de Alhanroel donde se hallaban las verdaderas ciudades. Cuando era más joven Thesme se había asustado al pensar que vivía en un lugar tan distante de los centros de vida civilizada, como si estuviera en otro planeta. Y en otras ocasiones Alhanroel y sus prósperas ciudades le parecían simplemente míticas, y Narabal el auténtico centro del universo. Nunca había estado en otro sitio, y no tenía esperanza de hacerlo. Las distancias eran enormes. La única población a razonable distancia era Til-omon, pero aun así estaba demasiado lejos, y los que habían estado allí decían que era muy parecida a Narabal, aunque con menos lluvia y con un sol que permanecía constantemente en el cielo igual que un penetrante, inquisitivo ojo verde.

En Narabal, Thesme encontró ojos inquisitivos que la miraban en cuanto volvía la cabeza: todo el mundo miraba, como si ella se hubiera presentado desnuda. Todos sabían quién era —la loca Thesme que había huido a la jungla—, y le dedicaron sonrisas y saludos y le preguntaron cómo le iban las cosas, y detrás de esas agradables trivialidades había unos ojos fijos, penetrantes y hostiles que la taladraban, que pretendían extraer las ocultas verdades de su vida. ¿Por qué nos desprecias? ¿Por qué te has apartado de nosotros? ¿Por qué compartes tu casa con un repelente reptil? Y Thesme devolvió sonrisas y saludos y dijo cosas como «Me alegra volver a verle» y «Todo va bien». Y replicó a los sondeadores ojos, Yo no odio a nadie, sólo me hacía falta huir de mí misma, estoy ayudando al gayrog porque ya es hora que ayudara a alguien y él se presentó por casualidad. Pero ellos no lo entenderían nunca.

No había nadie en casa de su madre. Entró en su antigua habitación y llenó la mochila de libros y cubos, y registró a fondo el botiquín para coger medicamentos que le parecieron útiles para Vismaan: uno para reducir la inflamación, uno para acelerar la curación, un específico para fiebre alta y otros que probablemente serían inútiles para un

no humano... pero valía la pena probarlo, pensó Thesme. Erró por la casa, que ya le parecía extraña pese a que había pasado en ella casi toda su vida. Suelos de madera en vez de hojas esparcidas... ventanas realmente transparentes... puertas con bisagras... un limpiador, ¡un limpiador mecánico con botones y palancas! Todos los objetos civilizados, las mil y una modestas cosillas que la humanidad inventó hacía muchos miles de años en otro mundo, los inventos de que Thesme había huido despreocupadamente para vivir en su humilde choza con hojas vivas brotando de las paredes...

—¿Thesme?

Levantó la cabeza, sorprendida. Su hermana Mirifaine había entrado. Era su gemela, hasta cierto punto: la misma cara, los mismos brazos y piernas largos y delgados, el mismo cabello castaño, pero diez años mayor, diez años más adaptada a las normas de su vida, una mujer casada, madre, una persona que trabajaba duro. A Thesme siempre le había resultado angustiioso mirar a Mirifaine. Era igual que mirarse en un espejo y verse vieja.

—Necesitaba algunas cosas —dijo Thesme.

—Confiaba en que decidieras regresar a casa.

—¿Para qué?

Mirifaine se dispuso a replicar —seguramente alguna homilía típica, acerca de reanudar la vida normal, adaptarse a la sociedad y ser útil, etcétera, etcétera— pero Thesme vio que su hermana cambiaba de rumbo sin decir nada de eso.

—Te echamos de menos, cariño —dijo por fin Mirifaine.

—Hago lo que debo hacer. Me alegro de verte, Mirifaine.

—¿Ni siquiera te quedarás esta noche? Mamá volverá pronto... le encantaría encontrarte aquí para cenar...

—Me espera un largo camino. No puedo perder más tiempo aquí.

—Tienes buen aspecto, ¿sabes? Bronceada, saludable... Supongo que ser una ermitaña te sienta bien, Thesme.

—Sí. Muy bien.

—¿No te importa vivir sola?

—Lo adoro —dijo Thesme. Empezó a preparar la mochila—. Bueno, ¿cómo estás tú?

Un encogimiento de hombros.

—Igual. A lo mejor me voy a Til-omon una temporada.

—Qué suerte.

—Creo que sí. No me importaría pasar unas vacaciones fuera de la zona de mildiú. Holthus ha estado todo el mes trabajando allí en un gran proyecto para construir nuevas poblaciones en las montañas... viviendas para los no humanos que llegan. Él quiere que yo vaya con los niños, y creo que lo haré.

—¿No humanos? —dijo Thesme.

—¿No has oído hablar de ellos?

—Cuéntame.

—Los seres de otros planetas que vivían más al norte han empezado a desplazarse hacia aquí. Hay unos que parecen lagartos con brazos y piernas humanos, y están interesados en levantar granjas en las junglas.

—Gayrogs.

—¿Así que has oído hablar de ellos? Y hay otra raza, gente muy peluda y llena de verrugas, con cara de rana y piel de color gris oscuro. Holthus dice que actualmente ocupan todos los puestos administrativos en Pidruid: inspectores de aduanas, escribientes en mercados y cosas parecidas. Bueno, también están contratándolos aquí, y Holthus y gente de cierto gremio de Til-omon planean alojarlos tierra adentro...

—¿Para que no puedan oler las ciudades de la costa?

—¿Qué? Oh, supongo que eso es parte del plan... nadie sabe cómo se adaptarían a Narabal, al fin y al cabo... Pero lo que yo creo es que en Narabal no tenemos acomodo para un montón de emigrantes, y supongo que pasará lo mismo en Til-omon. Por eso...

—Sí, entiendo —dijo Thesme—. Bueno, besos a todos. Tengo que volver. Espero que disfrutes tus vacaciones en Til-omon.

—Thesme, por favor...

—¿Por favor qué?

—¡Eres tan brusca, tan reservada, tan fría! —dijo tristemente Mirifaine—. Han pasado meses desde la última vez que te vi, y te cuesta soportar mis preguntas. Me tratas con tanto enfado... ¿Por qué ese enfado, Thesme? ¿Alguna vez te he hecho daño? ¿No he sido siempre cariñosa? ¿Igual que los demás? Eres un misterio enorme, Thesme.

Thesme sabía que era inútil intentar explicarse una vez más. Nadie la comprendía, nadie la comprendería, y menos que nadie los que decían que la querían.

—Digamos que es una rebelión de adolescente que llega con retraso, Miri —dijo, esforzándose en reflejar calma en su voz—. Todos fuisteis buenos conmigo. Pero nada iba bien y tuve que marcharme. —Apoyó suavemente los dedos en el brazo de su hermana—. Quizá regrese uno de estos días.

—Eso espero.

—No esperes que sea pronto. Saluda a todos de mi parte —dijo Thesme, y salió de la casa.

Recorrió la ciudad apresuradamente, nerviosa y tensa, temerosa de toparse con su madre o con algún antiguo amigo, y en especial con sus ex amantes. Y mientras hacía las compras miró alrededor furtivamente, como una ladrona, y en más de una ocasión se metió en una callejuela para evitar encontrarse con alguien que no deseaba ver. El encuentro con Mirifaine había sido desagradable. No había comprendido, hasta que Mirifaine lo dijo, que reflejaba enojo. Pero Miri tenía razón, sí. Thesme aún sentía en su interior el apagado, palpitante residuo de furia. Esta gente, estos tipos insignificantes y aburridos con sus miserables ambiciones, temores y prejuicios, agotando las miserables rutinas de sus días sin sentido... esta gente la encolerizaba. Se propagaban por Majipur igual que una plaga, iban dando bocados a bosques no señalizados en los mapas, miraban asombrados el enorme e intravesable océano, fundaban lodosas y horribles ciudades en medio de increíbles bellezas y ni una sola vez se preguntaban por qué hacían todo eso. Ése era el peor detalle: la naturaleza insulsa y despreocupada de aquella gente. ¿Alguna vez miraban las estrellas y se preguntaban el significado de lo que veían, de la oleada de humanidad surgida de la Vieja Tierra, de esta réplica del mundo materno en un millar de planetas conquistados? ¿Se preocupaban por eso? Majipur podía ser la Vieja Tierra, daba igual, excepto que ésta era una cáscara agotada, deslustrada, saqueada y olvidada, y aquél, incluso después de siglos y más siglos de ocupación humana, todavía era hermoso. Pero hacía mucho tiempo la Vieja Tierra había sido tan hermosa como Majipur, indudablemente; y dentro de otros cinco mil años Majipur acabaría igual, con horribles ciudades extendiéndose cientos de kilómetros por cualquier parte que observaras, tráfico por todos sitios, suciedad en los ríos, animales aniquilados y los pobres y embaucados cambiaspectos encerrados en aisladas reservas. Los viejos errores cometidos una vez más en un mundo virgen. Thesme bullía de indignación, una indignación tan violenta que se sorprendió. Hasta ese momento no había comprendido que su reyerta con el mundo era tan cósmica. Había achacado sus problemas a fallidas aventuras amorosas, simples nervios y confusas metas personales, pero no al airado descontento con todo el universo humano que de un modo tan repentino la había sobrecogido. Y sin embargo la rabia conservaba su fuerza dentro de Thesme. Sintió el deseo de coger Narabal y hundir la ciudad en el océano. Pero no podía hacerlo, no podía cambiar nada, no podía frenar un instante la extensión de lo que otros denominaban «civilización». Su única posibilidad era huir, volver a su jungla, a las enmarañadas lianas,



al ambiente húmedo y neblinoso y las tímidas criaturas de los pantanos, volver a su choza, con el inválido gayrog que formaba parte de la marea que abrumaba al planeta pero al que estaba dispuesta a cuidar e incluso apreciar. Sus compañeros de raza sentían disgusto y hasta odio por los gayrogs, de manera que Thesme usaría a ese ser para diferenciarse de ellos. Y además, el gayrog tenía necesidad de ella en ese momento, y era la primera vez que alguien la necesitaba.

Le dolía la cabeza y tenía rígidos los músculos faciales, y se dio cuenta de que estaba andando con los hombros hundidos, como si llevarlos normalmente fuera rendirse a la forma de vida que ella había repudiado. Con la máxima rapidez posible, Thesme huyó una vez más de Narabal. Pero tuvo que caminar dos horas por el sendero de la jungla y dejar bien atrás las afueras de la población antes de notar que su tensión empezaba a menguar. Hizo un alto junto a una laguna que conocía, se desnudó y se dio un remojón en las frías profundidades para liberarse de las últimas manchas de la ciudad. Y después, con la ropa para ir a la ciudad colgada de cualquier modo en el hombro, marchó desnuda por la jungla a la choza.

4

Vismaan estaba en la cama y al parecer no se había movido mientras Thesme estuvo ausente.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Thesme—. ¿Ha podido arreglárselas solo?

—Ha sido un día muy tranquilo. Hay algo más que una hinchazón en mi pierna.

—Veamos.

Thesme tocó cuidadosamente la herida. Parecía más abultada, y Vismaan apartó la pierna al sentir el contacto, detalle que seguramente significaba que la complicación era importante, suponiendo que la sensación de dolor del gayrog fuera tan débil como él afirmaba. Thesme consideró la utilidad de llevar a Vismaan a Narabal para que le atendieran allí. Pero el gayrog no mostraba preocupación, y de todos modos Thesme dudaba que los doctores de la ciudad supieran mucho sobre la fisiología de esa raza. Además, ella quería que Vismaan estuviera en la choza. Sacó las medicinas traídas de la ciudad y dio al gayrog las indicadas para fiebre e inflamación, y luego preparó fruta y vegetales para cenar. Antes de que se hiciera demasiado oscuro examinó las trampas del borde del claro y encontró algunos animales de pequeño tamaño, un joven sigimoin y un par de mintunos. Les torció el cuello con pericia —al principio había sido terriblemente duro, pero la carne era importante y era improbable que otra persona matara a las bestias en lugar de ella, estando tan aislada— y los preparó para asarlos. En cuanto tuvo dispuesta la hoguera, Thesme volvió a la choza. Vismaan estaba entretenido con uno de los nuevos cubos que la mujer le había llevado, pero lo dejó a un lado cuando entró Thesme.

—No ha dicho nada sobre su visita a Narabal —observó el gayrog.

—No he estado mucho tiempo. Conseguí lo que necesitaba, hablé un rato con una de mis hermanas, me fui muy nerviosa y deprimida y me sentí mejor en cuanto estuve en la jungla.

—Odía mucho ese lugar.

—Merece que lo odien. Esa gente es deprimente, te aburren. Y esas horribles casas rechonchas... —Thesme sacudió la cabeza—. Ah, mi hermana me ha dicho que van a levantar nuevos pueblos tierra adentro, para gente de otros planetas, porque hay un gran desplazamiento hacia el sur. Gayrogs, sobre todo, pero también hay otra raza con verrugas y piel gris...

—Yorts —dijo Vismaan.

—Lo que sea. Les gusta trabajar como inspectores de aduanas, me dijo mi hermana. Van a darles vivienda tierra adentro porque nadie quiere verlos en Til-omon o Narabal, eso creo yo.

—Nunca me he sentido indeseable entre humanos —dijo el gayrog.

—¿De verdad? Quizá no se ha dado cuenta. Creo que hay muchos prejuicios en Majipur.

—No es tan claro para mí. Naturalmente, nunca he estado en Narabal, y es posible que ahí haya más problemas que en otros lugares. En el norte no hay dificultades. ¿Ha estado alguna vez en el norte?

—No.

—Encontramos buena acogida por parte de los humanos en Pidruid.

—¿En serio? Oí decir que los gayrogs están construyéndose una ciudad al este de Pidruid, muy al este, en la Gran Fractura. Si todo es tan maravilloso en Pidruid ¿por qué establecerse en otra parte?

—Somos nosotros los que no se sienten nada cómodos viviendo con humanos —dijo tranquilamente Vismaan—. El ritmo de nuestra vida es muy diferente del suyo... nuestra costumbre en cuanto a dormir, por ejemplo. Nos resulta difícil vivir en una ciudad que permanece inactiva ocho horas todas las noches, mientras nosotros estamos despiertos. Y existen otras diferencias. Por eso estamos construyendo Dulorn. Espero que usted pueda verla algún día. Es una ciudad maravillosamente bella, construida con una piedra blanca que brilla con luz propia. Estamos muy orgullosos de Dulorn.

—¿Por qué usted no vive allí?

—¿No se está quemando la carne? —preguntó Vismaan.

Thesme se sonrojó y corrió afuera, con el tiempo justo para arrancar la carne de los espetones. La partió y la sirvió con cierto malhumor, acompañada de algunas zokas y una botella de vino que había comprado por la tarde en Narabal. Vismaan se incorporó para cenar, con gestos bastante torpes.

—He vivido varios años en Dulorn —dijo el gayrog al cabo de un rato—. Pero es un territorio muy seco, y nací en un lugar de mi planeta que es caluroso y húmedo, igual que Narabal. Por eso decidí ir hacia el sur en busca de tierras fértiles. Mis antepasados fueron campesinos, y pensé seguir sus costumbres. Cuando supe que en los trópicos de Majipur se podían recoger seis cosechas anuales, y que en todas partes había tierras libres, decidí explorar el territorio.

—¿Solo?

—Solo, sí. No tengo compañera, aunque pretendo tenerla en cuanto me establezca.

—¿Y cultivará frutos y los venderá en Narabal?

—Eso pretendo. En mi planeta natal apenas hay tierras en estado natural, y hay muy pocas dedicadas a la agricultura. Importamos casi todo lo que comemos, ¿lo sabía? Por eso Majipur nos atrae tanto. Es un planeta gigante, con la población muy dispersa y grandes extensiones de tierra virgen que aguardan su aprovechamiento. Estoy muy contento de haber venido. Y creo que usted se equivoca al pensar que no somos bienvenidos entre sus compañeros. Ustedes, la gente de Majipur, son amables y gentiles, civilizados, defensores de la ley y el orden.

—Aunque así sea: si alguien se enterara de que yo vivo con un gayrog, se espantaría.

—¿Se espantaría? ¿Por qué?

—Porque usted no es humano. Porque es un reptil.

Vismaan emitió un extraño bufido. ¿Risa?

—¡No somos reptiles! Somos seres de sangre caliente, amamantamos a nuestras crías...

—Semejantes a reptiles. Parecidos a reptiles.

—Externamente, es posible. Pero prácticamente somos tan mamíferos como ustedes, insisto.

—¿Prácticamente?

—Con la única excepción que somos ovíparos. Pero también existen mamíferos de esa clase. Nos confunde mucho si cree que...

—No tiene importancia. Los humanos perciben a los gayrogs como reptiles, y no nos gustan los reptiles, y a causa de eso siempre habrá un trato embarazoso entre humanos y gayrogs. Es una tradición que se remonta a —Thesme se contuvo cuando estaba a punto de referirse a los tiempos prehistóricos en Vieja Tierra. Además... al hedor de los gayrogs—. Además —dijo torpemente— su aspecto asusta.

—¿Más que el de un skandar, un ser enorme y velludo? ¿Más que el de un susúheri, que tiene dos cabezas? —Vismaan se volvió hacia Thesme y fijó en ella sus inquietantes ojos sin párpados—. Creo que está diciéndome que usted se siente incómoda con los gayrogs, Thesme.

—No.

—Nunca he visto los prejuicios a que usted se refiere. Es la primera vez que oigo hablar de eso. ¿Estoy causándole problemas, Thesme? ¿Debo irme?

—No. No. No me comprende. Quiero que se quede aquí. Quiero ayudarle. Usted no me inspira miedo alguno, ni disgusto, ni nada negativo. Sólo intentaba contarle... intentaba explicarle cómo es la gente de Narabal, cómo piensan, o cómo creo yo que piensan, y... —Tomó un largo trago de vino—. No sé cómo nos hemos metido en todo esto. Lo siento. Me gustaría hablar de otra cosa.

—Por supuesto.

Pero Thesme sospechaba que había herido al gayrog, o como mínimo que había despertado cierto malestar en él. Pese a sus frías maneras de no humano, Vismaan parecía poseer notable perspicacia, y quizá tenía razón, quizás estaban apareciendo los prejuicios, el desasosiego de ella misma. Thesme había malogrado todas sus relaciones con humanos; muy posiblemente era incapaz de llevarse bien con nadie, pensó, humano o no humano. Y había demostrado a Vismaan de mil modos inconscientes que su hospitalidad era simplemente un acto premeditado, artificial y hecho casi a disgusto, con la intención de ocultar su primordial descontento ante la presencia del gayrog en la choza. ¿Era eso cierto? Thesme cada vez comprendía menos sus motivaciones, tal parecía, conforme iba teniendo más años. Pero fuera cual fuera la verdad, no deseaba que él se sintiera como un intruso. En días venideros, decidió Thesme, buscaría formas de demostrarle que le había aceptado en la choza y le cuidaba sin ninguna reserva.

Esa noche durmió mejor que la anterior, aunque aún no se había acostumbrado a dormir en el suelo entre un montón de hojas de burbujabustos, con otra persona en la choza, y se despertó varias veces; siempre que abría los ojos miraba al gayrog, y siempre lo veía entretenido con los cubos. Vismaan no le prestó atención. Thesme intentó imaginar cómo sería saciar todo el sueño en una noche de tres meses, y permanecer el resto del año constantemente despierto. Era, pensó, el detalle más extraño de Vismaan. Y estar en la cama hora tras hora, sin poder levantarse, sin poder dormir, incapacitado para huir de la molestia de la herida, usando cualquier diversión disponible para consumir el tiempo... pocos tormentos podían ser peores. Y sin embargo el talante del gayrog no cambiaba nunca: sereno, inalterado, plácido, impasible. ¿Serían iguales todos los gayrogs? ¿Nunca se emborrachaban, nunca perdían la serenidad? ¿No armaban camorra en las calles, no se lamentaban de su destino, no peleaban con sus compañeras? Si Vismaan era un ejemplo puro, los gayrogs carecían de las fragilidades humanas. Pero, recordó Thesme, los gayrogs no eran humanos.

Por la mañana Thesme bañó al gayrog, lo lavó con una esponja hasta que las escamas relucieron, y cambió la ropa de la cama. Después de darle el desayuno salió de la choza para iniciar su jornada, del modo acostumbrado. Pero se sintió culpable por errar en la jungla sola mientras él permanecía desamparado en la choza, y se preguntó si no debía quedarse con él, contándole cosas o haciéndole conversar para mitigar el aburrimiento. Sin embargo Thesme sabía que si permanecía constantemente al lado del gayrog pronto se agotarían los temas de conversación, y seguramente ambos acabarían poniéndose nerviosos. Y Vismaan tenía muchos cubos de diversión para librarse del aburrimiento. Tal vez prefería estar solo. En cualquier caso, ella necesitaba soledad, más que nunca ahora que compartía la choza con el gayrog, y esa mañana hizo una larga exploración, recogiendo diversas variedades de bayas y raíces para comer. Al mediodía llovió, y Thesme se agazapó bajo un vramma cuyas amplias hojas le ofrecieron un cómodo refugio. Decidió no concentrar la mirada en nada, y vació su mente de todo: sentimientos de culpabilidad, dudas, temores, recuerdos, el gayrog, su familia, sus ex amantes, su infelicidad, su soledad... La paz que la dominó duró hasta bien entrada la tarde.

Thesme fue acostumbrándose a que Vismaan viviera con ella. El gayrog continuó mostrándose tranquilo y poco exigente, divirtiéndose con los cubos, demostrando gran paciencia con su estado de inmovilidad. Raramente hacía preguntas o iniciaba conversaciones, pero era bastante amigable cuando Thesme hablaba con él, y explicó cosas sobre su planeta natal —consumido y horriblemente superpoblado, por lo que se deducía— y sobre su vida en Majipur, su sueño de establecerse en ese planeta, su excitación la primera vez que vio la belleza de su planeta adoptivo. Thesme se esforzó en imaginar al gayrog excitado. Con el cabello serpentino muy agitado, quizá, en lugar de retorcerse lentamente. O tal vez Vismaan indicaba sus emociones mediante cambios del olor corporal.

El cuarto día Vismaan abandonó la cama por primera vez. Con ayuda de Thesme, el gayrog se levantó, apoyado en la muleta y la pierna buena, y tocó el suelo con la otra pierna, a modo de prueba. Thesme percibió la repentina intensificación del aroma —algo así como un respingo olfativo— y decidió que su teoría era correcta, que los gayrogs indicaban así sus emociones.

—¿Cómo nota la pierna? —preguntó—. ¿Blanda?

—No podrá resistir mi peso. Pero la curación se desarrolla bien. Unos días más, creo, y podré estar de pie. Vamos, ayúdeme a dar un pequeño paseo. Mi cuerpo está enmoheciéndose con tanta falta de actividad.

Vismaan se apoyó en Thesme y ambos salieron de la choza. Llegaron a la laguna y volvieron al ritmo de la precavida y lenta cojera del gayrog. El breve paseo reanimó a Vismaan. Para su sorpresa, Thesme se dio cuenta de que le entristecía la primera muestra de progreso del enfermo, porque significaba que pronto —¿una semana, dos semanas?— él tendría fuerzas suficientes para irse, y ella no quería que se fuera. Ella no quería que se fuera. Era una percepción tan rara que Thesme se sorprendió. Thesme añoraba su anterior vida solitaria, el privilegio de dormir en su cama y disfrutar de los placeres de la jungla sin tener que preocuparse de si su invitado estaba bastante entretenido y cosas similares. En cierto modo cada vez le irritaba más tener al gayrog en la choza. Y sin embargo... y sin embargo... y sin embargo la deprimía y la inquietaba pensar que él no tardaría en abandonarla. Qué extraño, pensó, qué raro, qué cosa tan peculiar.

Thesme acompañó a pasear al gayrog varias veces al día. Vismaan todavía no podía usar la pierna lesionada, pero ganó agilidad sin ella, y dijo que la hinchazón menguaba y que el hueso estaba soldándose correctamente. Empezó a referirse a la granja que pensaba construir, a las cosechas, a los métodos para despejar la jungla.

Una tarde, al final de la primera semana, Thesme regresó a la choza después de una expedición para recoger calimbotes en el prado donde había encontrado al gayrog, y se

detuvo para examinar las trampas. Casi todas estaban vacías o contenían los acostumbrados animalillos. Pero había una extraña, violenta agitación en la maleza al otro lado de la laguna, y cuando se acercó a la trampa que había dispuesto allí vio que había capturado un bilantún. Era la bestia de mayor tamaño que había cazado. Los bilantunes se encontraban en todas las regiones de Zimroel occidental —animalillos de movimientos rápidos y elegantes con afiladas pezuñas, frágiles patas y minúscula cola adornada con un penacho y vuelta hacia arriba— pero la variedad de Narabal era gigante, dos veces mayor que la delicada especie del norte. Uno de estos animales llegaba a la cadera de un hombre, y eran muy apreciados por su carne tierna y fragante. El primer impulso de Thesme fue dejar libre al bonito animal: era demasiado hermoso para matarlo, y además excesivamente corpulento. Thesme se había acostumbrado a sacrificar animalillos que pudiera coger con su mano, pero este caso era totalmente distinto. Se trataba de un animal de gran tamaño, de aspecto inteligente y noble, con una vida que seguramente debía valorar, con esperanzas, necesidades y anhelos, tal vez con alguna compañera que le aguardaba en las cercanías. Thesme se dijo que era una estúpida. También droles, mintunos y sigimoinos estaban ansiosos de seguir viviendo, tan ansiosos como ese bilantún, y ella los mataba sin vacilar. Era erróneo tener ideas románticas con los animales y ella lo sabía... en especial cuando en sus días más civilizados había mostrado tanta satisfacción en comer esa carne, si bien la matanza la hacían otras manos. Y entonces no le había importado la desolada pareja del bilantún.

Al acercarse vio que el bilantún, aterrorizado, se había roto una de sus delicadas patas, y durante un instante Thesme pensó en entablillarla y conservar al animal como mascota. Pero esta idea aún era más absurda. No podía adoptar cualquier lisiado que la jungla le ofreciera. El bilantún no estaría calmado el tiempo suficiente para que ella examinara la pata. Y si algún milagro le permitía curar el miembro herido, el animal seguramente huiría en cuanto tuviera oportunidad de hacerlo. Tras respirar profundamente, Thesme se aproximó a la forcejeante criatura, la cogió por el blando hocico y partió el largo y gracioso cuello.

La tarea del despedazamiento fue sangrienta y más difícil de lo que esperaba Thesme. Estuvo preparándolo durante un tiempo que creyó eran varias horas, hasta que Vismaan la llamó desde la choza para saber qué estaba haciendo.

—¡Preparando la cena! —respondió Thesme—. Una sorpresa. Un gran convite: ¡bilantún asado!

Thesme contuvo la risa. Me parezco tanto a una esposa, pensó mientras continuaba agachada, con sangre por todo su desnudo cuerpo, arrancando trozos de carne y costillas, mientras una criatura extraña que semejaba un reptil yacía en la cama a la espera de la cena.

Pero finalmente la desagradable tarea estuvo terminada y Thesme puso la carne sobre una humeante hoguera, tal como se suponía debía hacer, y se lavó en la laguna. Después recogió zokas, hirvió raíces de gumba y abrió las últimas botellas de vino de Narabal. La cena estuvo lista al llegar la noche, y Thesme sintió inmenso orgullo por lo que había hecho.

Esperaba que Vismaan engullera la cena sin comentarios, con su acostumbrada flema, pero no fue así: Thesme creyó detectar por primera vez un rasgo de animación en el semblante del gayrog, un nuevo brillo en los ojos, quizá, una forma distinta de mover la lengua. Decidió que podía mejorar en la interpretación de las expresiones de su huésped. Vismaan comió entusiasmado el bilantún asado, alabó el aroma y textura de la carne y pidió más veces. Y Thesme comió tanto como él: engulló la carne hasta hartarse y siguió comiendo mucho más allá de la saciedad, pensando que lo que no comiera ahora se estropearía antes de la mañana.

—La carne armoniza muy bien con las zokas —dijo mientras se metía en la boca otra baya blancoazulada.

—Sí. Más, por favor.

El gayrog devoró tranquilamente todo lo que ella le puso delante. Finalmente Thesme no pudo comer más, ni siquiera fue capaz de observar a su huésped. Puso el resto de la cena al alcance de Vismaan, bebió un último trago de vino, tembló ligeramente y se echó a reír mientras unas gotas resbalaban por su barbilla y por sus pechos. Se tendió en las hojas de burbujabustos. La cabeza le dio vueltas. Se puso boca abajo, agarrada al suelo, escuchando el sonido de los mordiscos y mascaduras que seguían y seguían y seguían a poca distancia. Después incluso el gayrog dio por terminado el festín, y todo quedó en silencio. Thesme aguardó el sueño, pero el sueño no llegó. Fue mareándose cada vez más, hasta que temió que estuvieran lanzándola en un terrible arco centrífugo a un lado de la choza. Le ardía la piel, notaba la cabeza y el cuello doloridos. He bebido demasiado, pensó, y he comido demasiadas zokas. Con semillas incluidas, lo peor, y al menos una docena de bayas. El ardiente jugo de la fruta recorría alocadamente su cerebro en esos momentos.

No quería dormir sola, acurrucada de ese modo en el suelo.

Thesme se puso de rodillas con exagerado cuidado, se estabilizó y se arrastró lentamente hacia la cama. Miró al gayrog, pero su visión era confusa y sólo distinguió un irregular perfil.

—¿Está dormido? —musitó.

—Ya sabe que no puedo estar dormido.

—Claro. Claro. Qué tonta soy.

—¿Algo va mal, Thesme?

—¿Mal? No, de verdad que no. Nada va mal. Pero... es sólo que... —Vaciló—. Estoy borracha, ¿sabe? ¿Entiende el significado de estar borracho?

—Sí.

—No me gusta estar en el suelo. ¿Puedo echarme al lado de usted?

—Si lo desea...

—Tendré mucho cuidado. No quiero darle un golpe en la pierna mala. Dígame cuál es.

—Casi está curada, Thesme. No se preocupe. Vamos, acuéstese.

Thesme notó que la mano de Vismaan asía su muñeca y tiraba de ella hacia arriba. Flotó, y cayó sin esfuerzo al lado del gayrog. Sintió la extraña piel, parecida a un caparazón, apretada a su cuerpo, desde el pecho hasta la cadera, muy fría, muy escamosa, muy lisa. Tímidamente, Thesme pasó la mano por el cuerpo de Vismaan. Igual que un elegante objeto para guardar el equipaje, pensó Thesme mientras hundía un poco las yemas de los dedos y tanteaba los potentes músculos ocultos bajo la rígida superficie. El olor de Vismaan cambió, se hizo más picante, más penetrante.

—Me gusta su olor —murmuró.

Enterró la frente en el pecho del gayrog y se abrazó con fuerza a él. No había estado acompañada en la cama desde hacía muchos meses, casi un año, y le agradó sentir tan cerca a Vismaan. Aunque sea un gayrog, pensó. Aunque sea un gayrog. Basta con este contacto, esta cercanía. Se está tan bien...

Vismaan la tocó.

Thesme no esperaba eso. La naturaleza de su relación mutua consistía simplemente en que ella le cuidaba y él aceptaba esta atención de un modo pasivo. Pero de pronto la mano de Vismaan —una mano fría, llena de rebordes, escamosa, lisa— estaba recorriendo su cuerpo. La mano rozó sus pechos, siguió deslizándose por su barriga, se detuvo en los muslos. ¿Qué ocurría? ¿Acaso Vismaan estaba haciendo el amor con ella? Thesme pensó en el cuerpo asexuado del gayrog, un cuerpo semejante a una máquina. Vismaan continuó acariciándola. Qué extraño, pensó ella. Extraño incluso para Thesme, se dijo. Una cosa extremadamente extraña. Él no es un hombre. Y yo...

Y yo estoy muy sola...

Y yo estoy muy borracha...

—Sí, por favor —dijo Thesme, en voz baja—. Por favor...

Sólo esperaba que Vismaan siguiera acariciándola. Pero en ese momento el gayrog deslizó un brazo alrededor de los hombros de Thesme y la levantó sin esfuerzo, con suavidad, poniéndola encima de él y soltándola. Y Thesme notó en un muslo la inconfundible, saliente rigidez masculina. ¿Qué? ¿Llevaba oculto un pene bajo las escamas, un pene que hacía surgir cuando precisaba usarlo? ¿E iba a...?

Sí.

Vismaan parecía saber qué hacer. No era humano, había mostrado duda la primera vez que se vieron respecto a si ella era macho o hembra, y sin embargo entendía perfectamente la teoría del acto sexual humano. Durante un segundo, mientras notaba que él la penetraba, Thesme se vio sobrecogida por terror, espanto y repulsión mientras se preguntaba si él le haría daño, si sería doloroso admitirlo, y pensó también que era un acto grotesco y monstruoso... La unión de una mujer y un gayrog, algo que seguramente no había sucedido jamás en la historia del universo. Thesme sintió el deseo de liberarse y echar a correr en la noche. Pero estaba demasiado aturdida, demasiado bebida, demasiado confusa para moverse. Y después se dio cuenta de que Vismaan no le causaba daño, que se movía hacia dentro y hacia fuera igual que un sereno mecanismo de precisión, y que olas de placer se extendían desde sus caderas y la forzaban a temblar y a gemir y a jadear y a apretarse al liso, correoso caparazón del gayrog...

Thesme no opuso resistencia, y gritó agudamente cuando llegó el mejor instante, y después se quedó encogida sobre el pecho del gayrog, temblorosa, gimoteando un poco, calmándose poco a poco. Ya estaba sobria. Sabía qué había hecho, y eso le sorprendió, pero más que sorpresa fue diversión. ¡Ahí va eso, Narabal! ¡El gayrog es mi amante! Y el placer había sido tan intenso, tan extremado... ¿Habría sentido Vismaan algún placer? Thesme no se atrevió a preguntar. ¿Cómo podía saberse si un gayrog sentía placer? ¿Conocían lo que era? ¿Tendría algún significado para ellos ese concepto? Thesme se preguntó si Vismaan habría hecho el amor anteriormente a una mujer. Tampoco se atrevió a preguntarlo. Vismaan había demostrado capacidad... no era exactamente un experto, pero sin duda alguna sabía cómo hacerlo, y lo había hecho con más eficacia que muchos hombres que Thesme había conocido. Ella podía explicarse por su anterior experiencia con humanos o simplemente porque su mente, clara y fría, no tenía dificultades para calcular las necesidades anatómicas. Pero Thesme no lo sabía, y dudaba que alguna vez lo supiera.

Vismaan no hizo comentarios. Thesme se abrazó a él y cayó en el sueño más profundo que había disfrutado desde hacía semanas.

## 6

Por la mañana Thesme se sintió extraña aunque no arrepentida. Ninguno de los dos se refirió a lo que había pasado entre ambos aquella noche. Vismaan se entretuvo con los cubos. Thesme salió de la choza al amanecer para nadar un poco y aclarar su palpitante cabeza. Después limpió los restos del festín de bilantún, preparó el desayuno y dio un largo paseo hacia el norte, hasta una cueva llena de musgo donde estuvo sentada buena parte de la mañana. Allí recordó la textura de la piel del gayrog apretado a ella, el contacto de aquellas manos en sus muslos y el violento estremecimiento de éxtasis que había recorrido su cuerpo. No podía decir que Vismaan le parecía atractivo. Lengua bífida, un cabello que parecían serpientes vivas, escamas por todo el cuerpo... no, no, lo sucedido la última noche no tenía ninguna relación con atractivo físico, decidió Thesme. Entonces, ¿por qué había ocurrido? El vino y las zokas, pensó, y su soledad, y su disposición para rebelarse contra los valores convencionales de los ciudadanos de Narabal. Entregarse a un gayrog era el mejor modo que conocía para demostrar su desafío a todo lo que creía

esa gente. Pero naturalmente ese acto de desafío carecía de sentido a menos que los narabalenses lo conocieran. Thesme decidió llevar a Vismaan a Narabal en cuanto el gayrog fuera capaz de hacer el viaje. Posteriormente compartieron la cama todas las noches. Era absurdo obrar de otra manera. Pero no hicieron el amor la segunda noche, ni la tercera, ni la cuarta; permanecieron acostados juntos sin tocarse, sin hablar. Thesme se habría rendido de buena gana si él la hubiera tocado, pero Vismaan no lo hizo. Y ella tampoco tomó la iniciativa. El silencio entre ambos se convirtió en un embarazo para ella, pero temía romperlo por miedo a oír cosas que no deseaba oír: que a él le había disgustado su relación sexual, que consideraba obscenos y anormales esos actos y que lo había hecho una vez únicamente por la insistencia de Thesme, o que sabía que ella no sentía auténtico deseo por él sino que estaba utilizándole para ganar una batalla en su guerra contra el convencionalismo. Al acabar la semana, inquieta por las tensiones acumuladas tras tantas dudas no discutidas, Thesme se arriesgó a apretarse contra el gayrog al meterse en la cama, cuidando de que el gesto pareciera accidental, y él la abrazó con naturalidad y de buena gana, la cogió en sus brazos sin vacilación. Después hicieron el amor algunas noches y hubo otras que no lo hicieron, y siempre fue un incidente impensado, casual, casi trivial, algo que hacían de vez en cuando antes de que ella se durmiera, sin más misterio, sin más magia que ésa. Thesme obtuvo siempre gran placer. La rareza del cuerpo de Vismaan pronto fue invisible para ella. Vismaan empezó a caminar sin ayuda y cada día dedicaba más tiempo a hacer ejercicio. Primero acompañado de Thesme, luego, solo, el gayrog exploró los senderos de la jungla, andando con grandes precauciones al principio pero avanzando a grandes zancadas enseguida con sólo una ligera cojera. La natación favoreció el proceso curativo y Vismaan chapoteó en la laguna de Thesme durante horas seguidas, molestando al gromwark que habitaba en una lodosa madriguera en la orilla; la vieja y lenta criatura salía de su escondite y se tendía al borde de la laguna igual que un sucio y cerdoso saco que alguien hubiera abandonado allí. El animal miraba tristemente al gayrog y no regresaba al agua hasta que Vismaan terminaba de nadar. Thesme lo consolaba con tiernas yemas verdes que arrancaba aguas arriba, fuera del alcance de las pequeñas patas succionadoras del gromwark.

—¿Cuándo me llevarás a Narabal? —preguntó Vismaan durante una tarde lluviosa.

—¿Por qué no mañana? —replicó ella. Esa noche Thesme experimentó desacostumbrada excitación, y se apretó con insistencia al gayrog.

Partieron al amanecer bajo suaves aguaceros que no tardaron en hacer lugar a un brillante sol. Thesme adoptó un paso precavido, pero pronto fue obvio que el gayrog estaba totalmente restablecido, y enseguida caminaron rápidamente. Vismaan no tuvo dificultad alguna en seguir ese ritmo. Thesme se puso a hablar por los codos: indicó los nombres de todos los animales o plantas con que se topaban, explicó fragmentos de la historia de Narabal, habló de sus hermanos y hermanas y de la gente que conocía en la ciudad. Estaba desesperadamente ansiosa de que ellos la vieran acompañada del gayrog —mirad, éste es mi amante no humano, el gayrog que se acuesta conmigo— y cuando llegaron a las afueras de la población empezó a pasear la mirada por todas partes, con la esperanza de encontrar algún conocido. Pero apenas había alguien visible en las granjas de las afueras, y Thesme no reconoció a las pocas personas que había allí.

—¿Has visto cómo nos miran? —musitó a Vismaan al entrar en un barrio más habitado—. Tienen miedo de ti. Creen que eres la vanguardia de una invasión de no humanos. Y se preguntan qué hago yo contigo, por qué soy tan cortés contigo.

—No veo nada de eso —dijo Vismaan—. Sienten curiosidad al verme, sí. Pero no detecto miedo, no detecto hostilidad. ¿Será porque no estoy familiarizado con las expresiones faciales humanas? Creía que había aprendido a interpretarlas bien.

—Espera y verás —le dijo Thesme.



Pero tuvo que admitir en su interior que tal vez estaba exagerando un poco. Ya estaban cerca del corazón de Narabal, y algunas personas miraban al gayrog reflejando sorpresa y curiosidad, sí, pero dulcificaron rápidamente sus miradas. Otras personas se limitaron a saludar con la cabeza y sonreír como si ver una criatura de otro mundo paseando por la calle fuera la cosa más vulgar del mundo. En cuanto a verdadera hostilidad, Thesme no captó nada. Ese detalle le produjo enojo. Aquella gente moderada y dulce, aquella gente apacible y amistosa, no estaba reaccionando tal como ella esperaba. Incluso cuando por fin encontraron conocidos —Khanidor, el mejor amigo de su hermano mayor, Hennimont Sibroy, dueño de la pequeña posada junto al puerto, y la mujer de la floristería— éstos fueron simplemente cordiales.

—Éste es Vismaan —dijo Thesme—. Vive conmigo desde hace algún tiempo.

Khanidor sonrió como si hubiera sabido siempre que Thesme era la clase de persona capaz de llevar la casa en compañía de un no humano, y habló de las nuevas ciudades para gayrogs y yorts que el marido de Mirifaine planeaba construir. El posadero extendió el brazo jovialmente para estrechar la mano de Vismaan y le invitó a un vaso de vino en su casa, y la florista no cesó de repetir:

—¡Qué interesante! ¡Qué interesante! Esperamos que le guste nuestra sencilla ciudad.

Thesme pensó que estaban comportándose maternalmente con tanta jovialidad. Parecía que sus conocidos estuvieran reaccionando de un modo anormal en ellos para impedir que ella los escandalizara, era como si ya estuvieran cansados de las locuras de Thesme y dispuestos a aceptar cualquier cosa que hiciera, fuera lo que fuera, sin darle más importancia, sin sorpresa, sin comentarios. Tal vez no entendían bien la naturaleza de su relación con el gayrog, quizá pensaban que Vismaan era un simple huésped en su choza. ¿Reaccionarían tal como ella quería si explicaba claramente que eran amantes, que el cuerpo de Vismaan había estado dentro del suyo, que habían hecho algo impensable entre una mujer y un no humano? Probablemente no. Incluso si ella y el gayrog copulaban en la Plaza del Pontífice, no habría el menor revuelo en la ciudad, pensó Thesme mientras arrugaba la frente.

¿Le gustaba la ciudad a Vismaan? Era, como siempre, difícil captar respuestas emotivas del gayrog. Recorrieron calle tras calle, pasaron por las plazas proyectadas sin orden ni concierto, vieron el aspecto insulso y zarrapastroso de las tiendas y observaron las irregulares casuchas con descuidados jardines. Y Vismaan hizo escasos comentarios. Thesme percibió desilusión y desaprobación en el silencio del gayrog, y pese a todo su descontento con Narabal empezó a sentirse defensora respecto al lugar. Era, al fin y al cabo, una población joven, un aislado puesto de avanzada en un oscuro rincón de un continente mediocre, una ciudad que sólo contaba con algunas generaciones de antigüedad.

—¿Qué opinas? —preguntó por fin Thesme—. No te impresiona demasiado Narabal, ¿verdad?

—Me parece un lugar pequeño y tosco —dijo él—. Después de haber visto Pidruid, incluso...

—Pidruid tiene mil años.

—...Dulorn... —prosiguió Vismaan—. Dulorn es extraordinariamente bella ahora mismo, cuando aún está construyéndose. Pero, claro, la piedra blanca que usan allí es...

—Sí —dijo Thesme—. También Narabal tendría que estar hecha de piedra, porque el clima es tan húmedo que los edificios de madera se deshacen, aunque todavía no les ha llegado su hora. Cuando la población sea lo bastante numerosa, podríamos extraer piedra de las montañas y levantar aquí algo maravilloso. Dentro de cincuenta años, de un siglo, cuando contemos con mano de obra adecuada. Quizá si consiguiéramos que esos gigantes de cuatro brazos trabajaran aquí...

—Los skandars —dijo Vismaan.

—Los skandars, sí. ¿Por qué la Corona no nos manda diez mil skandars?

—Los cuerpos de esa gente están cubiertos de grueso vello. Este clima es duro para ellos. Pero indudablemente habrá skandars que se establecerán aquí, y vrones, y susúheris, y muchos gayrogs que provienen de territorios húmedos como yo. Lo que hace vuestro gobierno, animar a colonizadores de otros planetas en tan gran cantidad, es un acto muy intrépido. Otros planetas no son tan generosos con sus tierras.

—Otros planetas no son tan grandes —dijo Thesme—. Creo haber oído decir que el volumen continental de Majipur, pese a los enormes océanos que tenemos, es tres o cuatro veces mayor que el de cualquier otro planeta colonizado. O algo muy parecido. Somos muy afortunados teniendo un mundo tan grande y con una gravedad tan moderada. Por eso humanos y humanoides pueden vivir aquí cómodamente. Naturalmente, pagamos un alto precio por eso, puesto que carecemos de algo parecido a elementos pesados, pero de todas formas... oh. Hola. El tono de voz de Thesme cambió bruscamente, decayó hasta convertirse en un atolondrado tartamudeo. Un joven esbelto, muy alto, de pelo claro y rizado, había estado a punto de chocar con ella tras doblar una esquina, y ahora estaba mirándola con la boca abierta, y ella a él. Era Ruskelorn Yulvan, amante de Thesme durante los cuatro meses anteriores a su retirada a la jungla, y el narabalense que Thesme tenía menos ganas de ver. Pero puesto que tenía que enfrentarse a él, Thesme sacaría el máximo provecho de la situación. Y, tomando la iniciativa tras el primer instante de confusión, dijo:

—Tienes buen aspecto, Ruskelorn.

—Y tú también. La vida de la jungla debe irte bien.

—Muy bien. Han sido los siete meses más felices de mi vida. Ruskelorn, te presento a mi amigo Vismaan, que ha vivido conmigo en las últimas semanas. Tuvo un accidente mientras exploraba en busca de buenas tierras cerca de mi casa... se rompió una pierna al caer de un árbol, y yo he cuidado de él.

—Muy diestramente, supongo —dijo tranquilamente Ruskelorn Yulvan—. Tu amigo parece estar en excelente estado. —Y dirigiéndose al gayrog agregó—: Me alegra conocerle —en un tono indicativo de que lo decía seriamente.

—Procede de una región de este planeta donde el clima se parece mucho al de Narabal. Me ha dicho que muchos campesinos de su raza se establecerán aquí, en los trópicos, en los próximos años.

—Eso he oído decir. —Ruskelorn Yulvan sonrió y añadió—: Aquí encontrará un territorio sorprendentemente fértil. Coma una baya a la hora del desayuno y arroje al suelo la semilla. Al anochecer tendrá una planta tan alta como una casa. Eso dice todo el mundo, por lo que debe ser verdad.

La ligereza y naturalidad con que hablaba Ruskelorn enfurecieron a Thesme. ¿No se daba cuenta él de que esa criatura escamosa, ese ser de otro mundo, ese gayrog, era su sustituto en la cama de Thesme? ¿Acaso era inmune a los celos, o simplemente no entendía la situación real? Con violenta y silenciosa intensidad, Thesme intentó transmitir la verdad a Ruskelorn del modo más gráfico posible: imaginó crudas escenas de ella en brazos de Vismaan, las manos no humanas de Vismaan acariciando sus pechos y sus muslos, la menuda lengua bífida de color escarlata paseándose suavemente por sus cerrados párpados, por sus pezones, por sus ojos. Pero fue inútil. Ruskelorn leía los pensamientos tan bien o tan mal como ella. Él es mi amante, pensó Thesme, él entra en mi cuerpo, me provoca orgasmos constantes, no puedo esperar a volver a la jungla para acostarme con él, y mientras tanto Ruskelorn seguía sonriente, conversando cortésmente con el gayrog, discutiendo las posibilidades de cultivar nikos, gleinos y estachas en las zonas próximas, o quizá plantar semillas de lusavándula en la región más pantanosa. Pasó un buen rato antes de que Ruskelorn volviera los ojos hacia Thesme y preguntara, tan plácidamente como si preguntara qué día de la semana era, si ella tenía intención de vivir en la jungla por tiempo indefinido. Thesme le lanzó una mirada de cólera.

—Hasta el momento prefiero eso que vivir en la ciudad. ¿Por qué?

—Me preguntaba si echabas de menos las comodidades de nuestra espléndida metrópolis, eso es todo.

—Aún no, no de momento. Nunca había sido tan feliz.

—Estupendo. Me alegro por ti, Thesme. —Otra serena sonrisa—. Cuánto me alegra haberte encontrado. Me complace haberle conocido —dijo al gayrog, y se fue.

Thesme ardía de rabia. A Ruskelorn no le importaba, no le importaba nada que ella copulara con gayrogs, con skandars o incluso con el gromwark de la laguna. Ella deseaba que Ruskelorn se hubiera sentido herido, al menos turbado, y en lugar de eso él se había limitado a ser cortés. ¡Cortés! La explicación debía ser que él, como los demás, no comprendía la naturaleza real de las relaciones entre Thesme y Vismaan. Para los narabalenses era simplemente inconcebible que una hembra de raza humana ofreciera su cuerpo a un reptil de otro planeta, y por eso no consideraban, ni siquiera sospechaban que...

—¿Ya te has cansado de ver Narabal? —preguntó al gayrog.

—He visto lo bastante para comprender que hay poco que ver.

—¿Cómo está tu pierna? ¿Estás preparado para la caminata de vuelta?

—¿No tienes asuntos que resolver en la ciudad?

—Nada importante —dijo Thesme—. Me gustaría irme.

—En ese caso, vámonos —repuso él.

La pierna accidentada causó ciertos problemas al gayrog, seguramente a causa del endurecimiento de los músculos. Se trataba de una caminata fatigosa incluso para una persona en buena forma física, y Vismaan sólo había recorrido distancias cortas desde su recuperación. Pero el gayrog siguió a Thesme hacia la ruta de la jungla sin quejarse, tal como era su costumbre. Era la peor hora del día para viajar, el sol estaba prácticamente en el punto más alto y el ambiente era húmedo; en el cielo iban apareciendo las primeras nubes, que más tarde dejarían caer la lluvia de la tarde. Caminaron con lentitud, haciendo numerosos altos, pero Vismaan no dijo una sola vez que estuviera cansado. Fue la misma Thesme la que empezó a fatigarse, y fingió que deseaba enseñarle cierta formación geológica aquí, alguna planta anormal allí, con la idea de crear ocasiones para descansar. Ella no quiso admitir su fatiga. Ya había sufrido bastantes humillaciones a lo largo del día.

La aventura de Narabal había sido un desastre para ella. Orgullosa, desafiadora, rebelde, llena de desprecio por los hábitos convencionales de Narabal, Thesme había arrastrado hasta la ciudad a su amante gayrog para hacer alarde de él ante los insulsos ciudadanos, y éstos no habían mostrado interés. ¿Eran tan estúpidos como para ni siquiera sospechar la verdad? ¿O habrían comprendido inmediatamente las pretensiones de Thesme, y estaban resueltos a no darle satisfacción? Fuera como fuese, Thesme se sentía ultrajada, humillada, derrotada... y muy ridícula. ¿Y la intolerancia que había creído ver entre la gente de Narabal? ¿Acaso los narabalenses no estaban amenazados por el influjo de los humanoides? Qué encantadores, qué amistosos habían sido con Vismaan. Quizá, pensó tristemente Thesme, los prejuicios están sólo en mi cabeza y he interpretado mal las observaciones de otras personas. Y en ese caso entregarse al gayrog habría sido estúpido, no habría servido para nada, no habría sido ningún insulto al decoro de Narabal, habría sido una acción sin finalidad alguna en la guerra particular que ella libraba contra los narabalenses. Sólo habría sido un incidente extraño y grotesco, una testarudez.

Ni ella ni el gayrog hablaron durante el lento y desagradable regreso a la jungla. Cuando llegaron a la choza, Vismaan se acomodó en el interior y Thesme fue de un lado a otro del claro, perdió el tiempo examinando trampas, arrancando bayas, arreglando cosas y olvidando qué había hecho con esas cosas.

Al cabo de un rato entró en la choza y habló con Vismaan.

—Creo que deberías irte.

—Perfectamente. Es hora de que siga mi camino.

—Puedes quedarte esta noche, claro. Pero por la mañana...

—¿Por qué no me voy ahora mismo?

—Pronto se hará de noche. Hoy has andado muchos kilómetros...

—No tengo deseo alguno de causarte problemas. Creo que me iré ahora.

Incluso en ese instante, a Thesme le fue imposible interpretar los sentimientos del gayrog. ¿Estaría sorprendido? ¿Herido? ¿Enfadado? Vismaan no reflejó emoción alguna. Tampoco hizo gestos de despedida, se limitó a dar media vuelta y ponerse a caminar resueltamente hacia el interior de la jungla. Thesme le observó con la garganta seca y el corazón latiendo con fuerza, hasta que Vismaan desapareció más allá de las lianas que pendían casi al nivel del suelo. Fue lo único que pudo hacer para evitar salir corriendo detrás de él. Pero después dejó de ver al gayrog, y la noche tropical no tardó en caer.

Thesme se preparó algo parecido a una cena, aunque apenas comió, sumida en sus pensamientos. Él está por ahí, sentado en la oscuridad, aguardando que amanezca. Ni siquiera se habían despedido. Ella podía haber hecho alguna broma, advertirle que no se acercara a los sijaniles. O él podía haberle agradecido todo lo que ella había hecho en su favor. Pero en vez de eso se había producido un vacío, un simple despido por parte de Thesme y una partida tranquila, sin quejas, por parte de Vismaan. Un ser de otro mundo, pensó Thesme, y con hábitos de otro mundo. Y sin embargo, cuando estuvieron juntos en la cama, y cuando él la tocó y la abrazó y la puso encima de él...

La noche fue larga y triste para Thesme. Se acurrucó en la cama de plumas de zanja tan toscamente preparada que en los últimos días había compartido con el gayrog, escuchó la lluvia nocturna que repiqueteaba en las enormes hojas azules del techo de la choza, y por primera vez desde su llegada a la jungla sintió el dolor de la soledad. Hasta entonces no había comprendido hasta qué punto valoraba la extravagante parodia de vida familiar que ella y el gayrog habían puesto en escena en la choza. Pero eso había terminado, y ella volvía a estar sola, quizás más sola que nunca, y mucho más alejada que antes de su anterior vida en Narabal. Y Vismaan estaba por ahí, en vela en la oscuridad, sin resguardo bajo la lluvia. Me he enamorado de un ser no humano, pensó, asombrada. Estoy enamorada de un ser escamoso que no pronuncia palabras de cariño, que apenas formula preguntas y que se va sin decir gracias o adiós. Thesme permaneció despierta durante varias horas, llorando de vez en cuando. Su cuerpo estaba tenso y agarrotado después de la caminata y las frustraciones de la jornada. Dobló las rodillas sobre sus senos y se quedó así mucho rato. Después puso las manos entre las piernas y se acarició, y finalmente hubo un instante de liberación, un jadeo, un suave gemido, y sueño.

## 7

Por la mañana se bañó, comprobó las trampas, preparó el desayuno y erró por las zonas familiares cercanas a la choza. No había rastro del gayrog. A mediodía su ánimo pareció levantarse, y la tarde fue casi jovial para ella. Sólo al caer la noche, la hora de su solitaria cena, empezó a sentir la tristeza que de nuevo se apoderaba de ella. Pero lo resistió. Se entretuvo con los cubos que había traído para Vismaan, y por fin el sueño la dominó. Y el día siguiente fue mejor, igual que el segundo, igual que el tercero.

Poco a poco la vida de Thesme recobró la normalidad. No vio rastro alguno del gayrog y Vismaan empezó a desaparecer en su mente. Conforme transcurrían las semanas en soledad, Thesme volvió a descubrir el gozo del aislamiento, o así le pareció, aunque había momentos extraños en los que se lanceaba con algún recuerdo de él, con algún recuerdo cortante y penoso: la visión de un bilantún en la espesura, el simanil con la rama rota, el gromwark que se tumbaba malhumorado al borde de la laguna... Y Thesme se dio cuenta de que continuaba echando de menos a Vismaan. Erró por la jungla describiendo

círculos cada vez más amplios, sin acabar de saber por qué lo hacía, hasta que finalmente admitió para sus adentros que estaba buscando al gayrog.

Le costó otros tres meses encontrarlo. Empezó a ver indicios de colonización muy al sureste: un claro bien visible a dos o tres colinas de distancia, con algo similar a señales de recientes senderos que surgían de él. Y a su debido tiempo avanzó en esa dirección, atravesó un gran río hasta entonces desconocido para ella y llegó a una región de árboles talados tras la que había una granja de aspecto muy nuevo. Thesme recorrió furtivamente los alrededores y distinguió a un gayrog... Era Vismaan, Thesme estaba segura, labrando un campo de rica tierra negra. El miedo arrasó y dejó débil y tembloroso el cuerpo de Thesme. ¿No podía ser otro gayrog? No, no, no, Thesme estaba convencida de que era él, incluso imaginó que veía una ligera cojera. Se agachó para ocultarse, temerosa de acercarse a Vismaan. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo iba a justificar que hubiera hecho una caminata tan larga para verle, después de haberse apartado de su vida con tanta frialdad? Retrocedió en la maleza y estuvo a punto de irse. Pero entonces se envalentonó y gritó el nombre del gayrog.

Vismaan se detuvo y miró alrededor.

—¿Vismaan? ¡Aquí! ¡Soy Thesme!

Thesme tenía las mejillas ardiendo, el corazón le temblaba de un modo terrible. Durante un horroroso instante no le quedó duda de que estaba ante un gayrog desconocido, y las excusas por haberse entrometido ya saltaban hacia sus labios. Pero cuando el gayrog se acercó a ella, Thesme supo que no se había confundido.

—He visto el claro y pensaba que a lo mejor era tu granja —dijo, saliendo de la enmarañada maleza—. ¿Cómo te ha ido, Vismaan?

—Bastante bien. ¿Y a ti? Thesme se encogió de hombros.

—Voy tirando. Has hecho milagros aquí, Vismaan. Sólo han pasado unos meses y... ¡mira todo esto!

—Sí —dijo él—. Hemos trabajado duro.

—¿Hemos?

—Ahora tengo compañera. Ven, te la presentaré y te enseñaré nuestros logros.

Las tranquilas palabras de Vismaan helaron a Thesme. Quizá pretendían lograr precisamente ese efecto. En lugar de mostrar resentimiento o inquina por la forma en que Thesme le había apartado de su vida, Vismaan se vengaba de un modo más diabólico, mediante un comedimiento extremo, sin pasión alguna. Pero era más probable, pensó Thesme, que él no sintiera resentimiento y no tuviera necesidad de vengarse. La opinión del gayrog sobre lo ocurrido entre ambos debía ser totalmente distinta a la suya. No olvides que él no es un hombre, pensó Thesme.

Siguió al gayrog. Subieron una suave pendiente, cruzaron una acequia y bordearon un campo de pequeña extensión que obviamente estaba recién sembrado. En la cumbre de la colina, medio oculta por una frondosa huerta, había una casita hecha con madera de sijanil, no muy distinta de la choza de Thesme aunque de mayor tamaño y quizá más angulosa. Desde esa altura podía verse toda la granja, que ocupaba tres laderas de la colina. Thesme se asombró al observar la tarea hecha por Vismaan. Era imposible haber desbrozado tanto terreno, haber empezado a sembrar en sólo unos meses. Ella recordaba que los gayrogs no dormían, pero... ¿no tenían necesidad de descansar?

—¡Turnóme! —gritó Vismaan—. ¡Tenemos visita, Turnóme!

Thesme se esforzó en guardar calma. Ahora comprendía que había ido en busca del gayrog porque ya no deseaba estar sola. Se daba cuenta de que casi inconscientemente había forjado la fantasía de ayudar a Vismaan a levantar su granja, compartir su vida tanto como su cama, edificar una auténtica relación con él. Incluso durante un fugaz instante se había visto pasando unas vacaciones con él en el norte, visitando la hermosa Dulorn, conociendo a los compatriotas de Vismaan. Todo eso era una locura, y ella lo sabía, pero había sido una posibilidad tan cierta como alocada hasta el momento en que

el gayrog le dijo que tenía una compañera. Thesme se esforzó en sosegar, en mostrarse cordial y afectuosa, en evitar que salieran a relucir absurdas indirectas de rivalidad...

De la casita salió un gayrog casi tan alto como Vismaan, con el mismo caparazón de escamas, relucientes y perlinas, con idéntico cabello serpentino que se agitaba lentamente. Sólo había una clara diferencia entre ambos, pero ciertamente una diferencia muy curiosa, porque el pecho de la hembra estaba adornado por colgantes mamas tubulares, diez o quizá más, todas rematadas por un pezón de color verde oscuro. Thesme se estremeció. Vismaan afirmaba que los gayrogs eran mamíferos, y era imposible refutar la evidencia, pero el aspecto de reptil de la hembra quedaba simplemente realzado por aquellos pavorosos senos que le daban un aspecto, no de mamífero, sino de una criatura extrañamente híbrida e incomprensible. Thesme miró alternativamente a las dos criaturas con profundo desagrado.

—Le doy la bienvenida a esta casa —dijo la mujer gayrog, con aire solemne.

Thesme tartamudeó nuevos reconocimientos del trabajo que habían hecho en la granja. Sólo deseaba huir, pero era imposible hacerlo; ella había ido a visitar a sus vecinos de la jungla, y éstos insistían en observar las reglas de urbanidad. Vismaan la invitó a entrar en la casa. ¿Qué vendría después? ¿Una taza de té, un vaso de vino, zokas y mintuno a la brasa? En el interior de la casita apenas había nada aparte de una mesa, algunos cojines y, en el rincón más alejado de la puerta, un curioso recipiente tejido, de altas paredes y gran tamaño, apoyado en un trípode. Thesme lanzó una mirada al extraño objeto y apartó los ojos rápidamente mientras pensaba, sin saber por qué, que era incorrecto mostrar curiosidad por el recipiente. Pero Vismaan la cogió por el codo y dijo:

—Te lo enseñaremos. Acércate y mira.

Thesme obedeció. Era una incubadora. En un nido de musgo había once o doce huevos redondos y correosos, de color verde brillante con grandes manchas rojas.

—Nuestro primogénito saldrá antes de un mes —dijo Vismaan.

Thesme se vio barrida por una ola de mareo. Esa revelación del verdadero carácter no humano de los gayrogs la asombró más que cualquier otro detalle, más que la helada mirada de los ojos que nunca parpadeaban de Vismaan, más que la agitación del cabello, más que el contacto de la piel del gayrog con su cuerpo desnudo o la repentina sensación de que él estaba moviéndose dentro de ella. ¡Huevos! ¡Una carnada! ¡Y Turnóme ya rebosaba de leche para alimentar a las crías! Thesme tuvo la visión de diez diminutos lagartos aferrados a los numerosos pechos de la hembra, y el horror la paralizó. Permaneció inmóvil, sin respirar, durante un interminable momento, y luego dio media vuelta y salió disparada. Bajó corriendo la ladera de la colina, cruzó la acequia, atravesó justo por el centro, cosa que comprendió demasiado tarde, el campo recién sembrado y se adentró en la húmeda y nebulosa jungla.

## 8

No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando Vismaan apareció en la puerta de su choza. El tiempo había pasado en un confuso flujo de comida, cama, lloros y temblores, y quizás había sido un día, tal vez dos, quizás una semana... y allí estaba él, asomando cabeza y hombros en el interior de la choza y pronunciando el nombre de Thesme.

—¿Qué quieres? —preguntó Thesme, sin levantarse.

—Hablar. Hay cosas que deseaba explicarte. ¿Por qué te fuiste de repente?

—¿Tiene importancia?

Vismaan se agachó junto a ella. La mano del gayrog se apoyó suavemente en el hombro de la mujer.

—Thesme, debo excusarme contigo.

—¿Por qué?

—Cuando me fui de aquí, no te di las gracias por todo lo que hiciste por mí. Mi compañera y yo discutimos por qué te habías ido corriendo, y ella dijo que tú estabas enfadada conmigo, pero yo no comprendía por qué. Ella y yo examinamos las posibles razones, y cuando expliqué cómo nos separamos tú y yo, Turnóme me preguntó si te había dicho que estaba agradecido por tu ayuda. Y yo contesté que no, que no te había dado las gracias, que no sabía que se hacían esas cosas. Por eso he venido a verte. Perdóname por mi rudeza, Thesme. Por mi ignorancia.

—Te perdono —dijo ella con voz apagada—. ¿Querrás irte ahora mismo?

—Mírame, Thesme.

—Preferiría no hacerlo.

—Por favor. Mírame. —Vismaan le dio un golpecito en el hombro.

Thesme le miró, malhumorada.

—Tienes los ojos hinchados —dijo el gayrog.

—He debido comer algo que no me ha sentado bien.

—Sigues enfadada. ¿Por qué? Te he rogado que comprendas que no tuve intención de comportarme como un grosero. Los gayrogs no expresan gratitud como los humanos. Pero quiero hacerlo ahora. Tú me salvaste la vida, así lo creo. Fuiste muy amable. Siempre recordaré lo que hiciste por mí cuando estaba herido. Fue un error no haberte dicho esto antes.

—Y fue un error que yo te echara de mi casa de aquella forma —dijo Thesme en voz baja—. Pero no me pidas que te explique por qué lo hice. Es muy complicado. Te perdonaré por no haberme dado las gracias si tú me perdonas por la forma en que te obligué a marchar.

—Ese perdón no era preciso. Mi pierna había curado. Era el momento de irme, tal como indiqué. Seguí mi camino y encontré las tierras que necesitaba para mi granja.

—Así de sencillo.

—Sí. Naturalmente.

Thesme se levantó y miró fijamente a Vismaan.

—Vismaan, ¿por qué tuviste relaciones sexuales conmigo?

—Porque creí que era tu deseo.

—¿Eso es todo?

—No eras feliz y parecía que no deseabas dormir sola. Confié en que eso sería un consuelo para ti. Intenté mostrarme amistoso, compasivo.

—Oh. Entiendo.

—Creo que esas relaciones fueron placenteras para ti —dijo Vismaan.

—Sí. Sí. Fueron placenteras para mí. Pero... ¿Debo entender que tú no me deseabas?

La lengua del gayrog se movió rápidamente, un gesto que Thesme interpretó como el equivalente de un fruncimiento de ceño tras recibir una sorpresa.

—Claro que no —dijo Vismaan—. Eres humana. ¿Cómo puedo sentir deseo por una humana? Eres tan distinta a mí, Thesme. En Majipur los de mi raza reciben el nombre de «seres de otro mundo», pero para mí sois vosotros los «seres de otro mundo». ¿Lo comprendes?

—Creo que sí. Sí.

—Pero me encariñé contigo. Deseaba tu felicidad. En ese sentido, te deseaba. ¿Comprendes? Y siempre seré tu amigo. Espero que vengas a visitarnos, y que compartas la generosidad de nuestra granja. ¿Lo harás, Thesme?

—Yo... sí, sí, lo haré.

—Magnífico. Voy a irme. Pero antes...

Con gravedad, con inmensa dignidad, Vismaan atrajo hacia sí a Thesme y la envolvió en sus fuertes brazos. La mujer sintió de nuevo la extraña tersura, la rigidez de aquella piel. Y una vez más, la menuda lengua escarlata se paseó por sus párpados en un bífido beso. El gayrog la abrazó durante largos instantes.

—Siento gran cariño por ti, Thesme —dijo Vismaan en cuanto la soltó—. Nunca te olvidaré.

—Ni yo a ti.

Thesme se quedó en la entrada de la choza, observando al gayrog hasta que se perdió más allá de la laguna. Una sensación de calma, de paz y calidez había inundado su espíritu. Dudaba que alguna vez visitara a Vismaan, Turnóme y la camada de lagartillos, pero no había problema. Vismaan lo comprendería. Todo iba bien. Thesme empezó a recoger sus pertenencias y a ponerlas en la mochila. Apenas era mediodía, había tiempo suficiente para ir a Narabal.

Llegó a la ciudad poco después de las lluvias de la tarde. Había transcurrido más de un año desde su partida, y muchos meses desde la última visita. Y Thesme se sorprendió al observar los cambios. El lugar tenía el bullicio típico de una población en rápido desarrollo, nuevos edificios se alzaban por todas partes, había barcos en el Canal y las calles estaban llenas de tráfico. Y la ciudad parecía invadida por seres de otros planetas: centenares de gayrogs y otras razas, las criaturas verrugosas que Thesme suponía eran yorts, enormes skandars con hombros dobles, todo un circo de extraños seres dedicados a sus tareas y considerados como algo normal por los ciudadanos humanos. Thesme se abrió paso hasta la casa de su madre no sin ciertas dificultades. Allí estaban dos de sus hermanas, y su hermano Dalkhan. Los tres la miraron fijamente, sorprendidos y con expresión de temor.

—He vuelto —dijo Thesme—. Sé que parezco un animal salvaje, pero con el pelo arreglado y una túnica nueva volveré a ser una mujer.

Pocas semanas más tarde se fue a vivir con Ruskelorn. Thesme pensó confesar a su esposo que ella y el gayrog habían sido amantes, pero tuvo miedo de hacerlo, y terminó creyendo que carecía de importancia mencionar esa historia. Finalmente lo hizo, diez o doce años más tarde, después de cenar bilantún asado en uno de los elegantes y flamantes restaurantes del barrio gayrog de la ciudad. Había bebido muchos vasos del fuerte vino dorado del norte y no pudo resistir la presión de los viejos recuerdos.

—¿Sospechabas algo así? —dijo en cuanto terminó de explicar los hechos.

¡Y Ruskelorn contestó:

—Lo supe entonces, cuando te vi con él en la calle. Pero, ¿qué importancia podía tener?

## II - LA HORA DEL INCENDIO

Durante varias semanas después de esa asombrosa experiencia Hissune no se atreve a volver al Registro de Almas. El relato era demasiado fuerte, demasiado crudo; el muchacho necesita tiempo para digerir, para absorber. Ha vivido meses de la vida de esa mujer en la hora que estuvo en ese cubículo, y la experiencia arde en su alma. Nuevas y extrañas imágenes brincan tempestuosamente en su conciencia.

La jungla, ante todo. Hissune no conoce otra cosa aparte del clima cuidadosamente controlado del Laberinto subterráneo (exceptuando la vez que viajó al Monte cuyo clima se controla con igual precisión de un modo distinto). Por eso le sorprendió la humedad, la espesura del follaje, los aguaceros, los sonidos de los pájaros y los insectos, la sensación de tierra mojada bajo pies descalzos. Pero eso sólo representa una parte minúscula de lo que ha experimentado. Ser mujer... ¡qué asombro! Y luego tener una criatura no humana como amante... Hissune carece de palabras para eso, es simplemente un hecho que ha



pasado a formar parte de él, un hecho incomprensible, pasmoso. Y cuando Hissune logra abrirse paso entre lo anterior todavía quedan muchos más temas para sus meditaciones: la sensación de Majipur como un mundo en desarrollo, con partes aún jóvenes, calles sin pavimentar en Narabal, cabañas de madera, nada parecido al planeta limpio y totalmente sumiso que él habita, sino un territorio turbulento y misterioso con numerosas regiones oscuras. Hissune rumia estas cosas hora tras hora mientras ordena descuidadamente los absurdos archivos tributarios, y poco a poco se da cuenta de que el ilícito entreacto en el Registro de Almas le ha transformado para siempre. Nunca podrá volver a ser únicamente Hissune; siempre será, de alguna insondable forma, no solamente Hissune sino también la mujer Thesme que vivió y murió hace miles de años en otro continente, en un lugar caluroso y húmedo que Hissune jamás verá.

Más tarde, como es de suponer, Hissune anhela otro sobresalto del milagroso registro. Un empleado distinto está de guardia esta vez, un severo y diminuto vroom con la máscara torcida, e Hissune tiene que mostrar sus documentos muy deprisa para entrar. Pero su desenvuelta inteligencia es digna rival para cualquiera de estos tardos funcionarios, y no tarda en encontrarse en el cubículo, marcando coordenadas con veloces dedos. Que sea la época de lord Stiamot, decide. Los últimos días de la conquista de los metamorfos por los ejércitos de los colonizadores humanos de Majipur. Dame un soldado del ejército de lord Stiamot, ordena a la oculta mente de los subterráneos. ¡Y a lo mejor tengo un vislumbre del mismísimo lord Stiamot!

Las reseca colinas ardían a lo largo de una curvada cresta desde Milimorn hasta Hamifieu, e incluso donde él se hallaba, en un nido de águilas ochenta kilómetros al este de Pico Zygnor, el capitán de grupo Eremoil notaba las calurosas ráfagas de aire y gustaba el chamuscado aroma del ambiente. Una densa corona de oscuro humo se alzaba sobre la cordillera entera. Dentro de una o dos horas los aviadores extenderían la línea de fuego desde Hamifieu hasta el pueblo situado en la base del valle, y al día siguiente harían arder la zona del sur hasta Sintalmond. Y luego toda la región estaría en llamas, y desdichados los cambiaspectos que se rezagaran en ella.

—Ya queda poco —dijo Viggan—. La guerra está prácticamente acabada.

Eremoil levantó los ojos de los mapas de la punta noreste del continente y miró fijamente al subalterno.

—¿Eso es lo que piensas? —preguntó vagamente.

—Treinta años. Es mucho.

—Nada de treinta. Quinientos años, seis siglos, el mismo tiempo que los hombres llevan en ese planeta. Siempre ha habido guerra, Viggan.

—Pero durante buena parte de ese tiempo no nos dimos cuenta de que estábamos librando una guerra.

—No —dijo Eremoil—. No, no lo comprendimos. Pero lo comprendemos ahora, ¿no es cierto, Viggan?

Volvió a centrar su atención en los mapas, inclinándose mucho sobre ellos, con los ojos entrecerrados, atisbando. El grasiento humo del aire estaba haciendo brotar lágrimas en sus ojos y haciendo borrosa su visión, y los mapas tenían trazos muy finos. Poco a poco pasó el puntero por las líneas que indicaban los contornos de las colinas por debajo de Hamifieu, marcando las poblaciones relacionadas en los informes.

Todos los pueblos situados a lo largo del arco de las llamas estaban señalados en los mapas, o así lo esperaba Eremoil, y diversos oficiales los habían visitado para notificar el incendio. Iban a pasarlas mal, él y los que estaban por debajo de él, si los cartógrafos habían olvidado alguna población, puesto que lord Stiamot había dado órdenes de que no se perdieran vidas humanas en la campaña culminante: había que avisar a todos los colonos para que tuvieran tiempo de evacuar las poblaciones. Y a los metamorfos se les daba idéntico aviso. No podemos asar vivos a nuestros enemigos, había dicho

repetidamente lord Stiamot. El único objetivo era tenerlos bajo control, y en ese momento el fuego parecía ser el mejor medio de conseguirlo. Tener el fuego bajo control posteriormente podía ser una tarea mucho más ardua, pensaba Eremoil, pero ése no era el problema del momento.

—Kattikawn... Bizfern... Domgrave... Bylek... Hay tantos pueblos, Viggan. Además, ¿por qué quiere vivir aquí la gente?

—Dicen que la tierra es fértil, señor. Y el clima es moderado, para ser una región tan septentrional.

—¿Moderado? Sí, es posible, siempre que no te importe estar medio año sin ver la lluvia.

Eremoil tosió. Imaginó que escuchaba el restallido del distante incendio entre la tostada hierba que llegaba a la altura de la rodilla. En este lado de Alhanroel llovía durante todo el invierno y después no llovía durante todo el verano: un reto para los campesinos, podía pensarse, pero era evidente que éstos lo habían superado, considerando la cantidad de asentamientos agrícolas que habían brotado en las laderas de las colinas y más abajo, en los valles que corrían hacia el mar. Estaban en el apogeo de la estación seca, y la región llevaba meses tostándose bajo el sol. Sequía, sequía, sequía, el negro suelo crujía y se llenaba de surcos, la hierba que crecía en invierno estaba dormida y agotada, los arbustos llenos de hojas se plegaban y aguardaban... Qué momento tan ideal para entregar el lugar a las llamas y forzar al terco enemigo a retirarse a la orilla del mar... ¡o a meterse de cabeza en él! Pero no debían perderse vidas, no debían perderse vidas... Eremoil estudió las listas.

—Chikmoge... Fualle... Daniup... Michimang... —Levantó la cabeza otra vez, y dirigiéndose al subalterno, dijo—: Viggan, ¿qué harás después de la guerra?

—Mi familia tiene tierras en el Valle del Glayge. Volveré a ser campesino, supongo. ¿Y usted, señor?

—Mi hogar está en Stee. Yo era ingeniero civil. Acueductos, alcantarillas y otras cosas igualmente fascinantes. Tal vez siga con eso. ¿Cuándo viste el Glayge por última vez?

—Hace cuatro años —dijo Viggan.

—Yo cinco, desde que salí de Stee. Participaste en la batalla de Tremoyne, ¿no es cierto?

—Me hirieron. Levemente.

—¿Alguna vez has matado a un metamorfo?

—Sí, señor.

—Yo no —dijo Eremoil—. Nunca. Nueve años de soldado, sin matar a nadie. Claro que he sido oficial. Sospecho que no valgo para matar.

—Ninguno de nosotros vale para matar —dijo Viggan—. Pero cuando ellos se te echan encima, cambiando de forma cinco veces por minuto, con un cuchillo en una mano y un hacha en la otra... o cuando sabes que han atacado las tierras de tu hermano y asesinado a tus sobrinos.

—¿Es eso lo que sucedió, Viggan?

—No a mí, señor. Pero sí a otros, a muchísima gente. Las atrocidades... no necesito explicarle cómo...

—No. No, no hace falta. ¿Cuál es el nombre de este pueblo, Viggan?

El subalterno se inclinó sobre los mapas.

—Singaserin, señor. El rótulo está un poco manchado, pero eso es lo que dice. Y está en nuestra lista. Mire, aquí. Dimos el aviso anteayer.

—En ese caso, creo que hemos acabado con todos.

—Así lo creo, señor —dijo Viggan.

Eremoil amontonó los mapas, los puso a un lado y volvió a mirar hacia el oeste. Había una clara línea de demarcación entre la zona de incendio y las intactas colinas al sur de éste, de color verde oscuro y al parecer con abundante vegetación. Pero las hojas de

aquellos árboles estaban marchitas, sucias después de muchos meses sin lluvia, y las colinas explotarían igual que si las hubieran bombardeado cuando el fuego las alcanzara. Eremoil vio de vez en cuando pequeñas llamaradas, simples estallidos de repentina brillantez como cuando se enciende una luz. Pero era una ilusión causada por la distancia, y Eremoil lo sabía. Aquellas minúsculas llamas representaban la erupción de un vasto territorio, ya que el fuego, propagándose mediante ascuas en el aire donde los aviadores no estaban extendiéndolo, devoraba los bosques más allá de Hamifieu.

—Ha llegado un mensajero, señor —dijo Viggan. Un joven muy alto vestido con un sudado uniforme había bajado de un monte y miraba vacilantemente al capitán.

—¿Y bien? —dijo Eremoil.

—Me envía el capitán Vanayle, señor. Hay problemas en el valle. Un colono no quiere evacuar el pueblo.

—Será mejor para él que lo haga —dijo Eremoil, encogiéndose de hombros—. ¿Qué pueblo es éste?

—Entre Kattikawn y Bizfern, señor. A notable distancia. El individuo también se llama Kattikawn, Aibil Kattikawn. Dijo el capitán Vanayle que es dueño de sus tierras por concesión del Pontífice Dvorn, que su familia lleva miles de años allí y que no piensa...

Eremoil suspiró.

—No me importa que esas tierras le pertenezcan por concesión directa de nadie, aunque sea del mismo Divino. Mañana quemaremos esa zona y él morirá frito si se queda ahí.

—Él lo sabe, señor.

—¿Qué quiere que hagamos nosotros? ¿Que el incendio rodee su granja, eh? —Eremoil agitó el brazo en señal de impaciencia—. Tendrá que evacuar la zona, no importa lo que quiera o no quiera hacer.

—Ya intentamos obligarle —dijo el mensajero—. Está armado y ofreció resistencia. Dice que matará a cualquiera que intente sacarle de sus tierras.

—¿Matar? —dijo Eremoil, como si la palabra careciera de significado—. ¿Matar? ¿Quién habla de matar a otros seres humanos? Ese hombre está loco. Envíen cincuenta soldados y que lo lleven a una zona segura.

—He dicho que ofreció resistencia, señor. Hubo intercambios de disparos. El capitán Vanayle cree que es imposible sacarlo de allí sin que se pierdan vidas. El capitán Vanayle solicita que vaya usted personalmente para razonar con el sujeto, señor.

—Que yo...

—Puede ser lo más sencillo —dijo tranquilamente Viggan—. Estos grandes terratenientes pueden ponerse muy difíciles.

—Que Vanayle hable con él —dijo Eremoil.

—El capitán Vanayle ha intentado ya parlamentar con el sujeto, señor —dijo el mensajero—. Fue inútil. Ese Kattikawn exige audiencia con lord Stiamot. Está claro que eso es imposible, pero quizá si usted quisiera...

Eremoil consideró la posibilidad. Era absurdo que el comandante del distrito aceptara esa tarea. Despejar el territorio antes del incendio de mañana era responsabilidad directa de Vanayle; la responsabilidad de Eremoil era quedarse allí arriba y dirigir la acción. Por otra parte, despejar el territorio también era responsabilidad de Eremoil en último término. Vanayle había fracasado por completo, y enviar un pelotón para sacar a aquel hombre por la fuerza acabaría seguramente con la muerte de Kattikawn y de varios soldados, cosa que a duras penas era un resultado provechoso. ¿Por qué no ir? Eremoil inclinó lentamente la cabeza. Al diablo con el protocolo, él no iba a insistir en ceremonias. No le quedaba nada importante que hacer esa tarde y Viggan se ocuparía de los detalles que surgieran. Y si él podía salvar una vida, la vida de un viejo necio y obstinado, haciendo una pequeña excursión por la ladera...

—Que preparen mi flotador —dijo a Viggan.

—¿Señor?

—Lo que he dicho. Ahora mismo, antes de que cambie de idea. Voy a bajar a verle.

—Pero Vanayle ya ha...

—Deja de poner dificultades, Viggan. Estaré fuera sólo un rato. Tú quedas al mando hasta mi regreso, pero no creo que tengas que trabajar duro. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, señor —dijo tristemente el subalterno.

El trayecto fue más largo que lo que Eremoil esperaba, casi dos horas por la carretera en zigzag hasta llegar a la base del Pico de Zygnor, y luego por el irregular descenso de la meseta hasta las colinas que bordeaban la llanura costera. El ambiente ahí era más caluroso aunque había menos humo. Las rielantes ondas caloríficas generaban espejismos, y hacían que el panorama pareciera disolverse y fluir. La carretera estaba vacía de tráfico, pero Eremoil se vio constantemente obstaculizado por bestias que emigraban presas de pánico, extraños animales de especies que no pudo identificar que huían despavoridas de la zona de fuego. Las sombras estaban empezando a alargarse cuando Eremoil llegó a los poblados al pie de las montañas. El fuego era una presencia tangible, igual que un segundo sol en el cielo. Eremoil notó el calor de las llamas en sus mejillas, y vio que finos granos de arena se pegaban a su piel y a sus ropas.

Los lugares que había estado comprobando en las listas se volvieron desagradablemente reales: Byelk, Domgrave, Bizferz. Todos eran iguales, un apiñamiento central de tiendas y edificios públicos, un borde residencial, un cinturón de granjas que se extendían más allá, y todos los pueblos al abrigo de pequeños valles donde diversos arroyos bajaban de las montañas y se perdían en la llanura. Todos los poblados estaban desiertos, o casi desiertos; sólo quedaban algunos rezagados, los demás ya estaban en las carreteras que llevaban a la costa. Eremoil supuso que podía meterse en cualquier casa y encontrar libros, tallas, recuerdos de vacaciones pasadas en otros lugares con gran pesar. Y al día siguiente no habría más que cenizas. Pero ese territorio estaba plagado de cambiaspectos. Los colonos habían vivido allí durante siglos bajo la amenaza del implacable y salvaje enemigo que aparecía y desaparecía en los bosques siempre enmascarado, disfrazado de amigo, de amante, de hijo, para cumplir sus cometidos criminales. Una guerra secreta y silenciosa entre los desposeídos y los que vinieron después, una guerra que se hizo inevitable en cuanto los primitivos puestos de avanzada de Majipur crecieron hasta convertirse en ciudades y territorios agrícolas que consumían más y más zonas de dominio de los nativos. Ciertos remedios implican una drástica cauterización: en esta convulsión definitiva de la lucha entre humanos y cambiaspectos era imposible evitarlo, había que destruir Byelk, Domgrave y Bizfern para poner fin a la agonía. No obstante esta necesidad no hacía más fácil la obligación de abandonar el hogar, pensó Eremoil, y tampoco era especialmente fácil destruir el hogar de otras personas, como él había hecho desde hacía varios días... a menos que se hiciera a distancia, a cómoda distancia, en un lugar donde la deflagración fuera únicamente una abstracción estratégica.

Más allá de Bizfern las montañas viraban hacia el oeste un largo trecho, y la carretera seguía su contorno. Había buenos arroyos en esa zona, prácticamente pequeños ríos, y el territorio tenía grandes bosques en los puntos donde no había sido despejado para el cultivo. Sin embargo, también allí los meses sin lluvia habían hecho terriblemente combustibles los bosques. Por todas partes había hojas caídas de las ramas y viejos troncos agrietados.

—Éste es el lugar, señor —dijo el mensajero.

Eremoil contempló un encajonado cañón, estrecho en la entrada y mucho más amplio en el interior, con un arroyo que discurría por el centro. Entre las sombras cada vez más abundantes distinguió una impresionante finca, un gran edificio blanco con un tejado de tejas verdes, y más allá lo que parecía ser una inmensa área de cultivos. Guardias armados aguardaban en la entrada del cañón. No se trataba de las tierras de un simple

campesino, sino del dominio de alguien que se consideraba duque. Eremoil vio problemas en perspectiva.

Bajó del vehículo flotante y avanzó hacia los guardianes, que le examinaron con frialdad y mantuvieron los lanzadores de energía listos para abrir fuego.

—El capitán de grupo Eremoil desea ver a Aibil Kattikawn —dijo al hombre de aspecto más imponente.

—El Kattikawn aguarda a lord Stiamot —fue la simple y fría réplica.

—Lord Stiamot está atareado en otro lugar. Yo soy su representante en el día de hoy. Soy el capitán de grupo Eremoil, comandante de este distrito.

—Tenemos orden de admitir únicamente a lord Stiamot.

—Informa a tu señor —dijo Eremoil, cansado— que la Corona envía sus excusas y le pide que exponga sus quejas al capitán de grupo Eremoil.

El guardián se mostró indiferente. Pero al cabo de unos instantes dio media vuelta y entró en el cañón. Eremoil vio que caminaba sin prisa alguna junto a la orilla del arroyo y desaparecía en la densa maleza de la plaza procedente de la zona de fuego, una capa de aire oscuro que causaba picor en los ojos y abrasaba la garganta. Eremoil imaginó una cubierta de negras y arenosas partículas en sus pulmones. Pero desde allí, un lugar abrigado, el mismo fuego era invisible.

El guardián volvió por fin, con idéntica lentitud.

—El Kattikawn le recibirá —anunció.

Eremoil llamó por señas a la conductora y al guía, el mensajero. Pero el guardián de Kattikawn movió la cabeza de un lado a otro.

—Sólo usted, capitán.

La conductora dio muestras de preocupación. Eremoil le hizo un gesto para que retrocediera.

—Espérame aquí —dijo—. No creo que vaya a estar mucho rato.

Siguió al guardián por la senda del cañón en dirección al edificio de la finca.

Eremoil esperaba de Aibil Kattikawn una severa acogida idéntica a la ofrecida por los guardianes. Pero había subestimado la cortesía que un aristócrata de provincias se sentía obligado a ofrecer. Kattikawn le recibió con una cálida sonrisa y una mirada intensa e inquisitiva, le dio un abrazo aparentemente sincero y le hizo entrar en la gran vivienda, que apenas estaba amueblada pero era elegante a su austero modo. Desnudas vigas de brillantada madera negra dominaban los abovedados techos; trofeos de caza asomaban en lo alto de las paredes, y el mobiliario era sólido y claramente antiguo. El lugar tenía una atmósfera arcaica. Igual que Aibil Kattikawn. Éste era un hombrón, de mucha más estatura que el delgado Eremoil y dotado de una ancha espalda, una anchura espectacularmente realzada por el grueso manto de piel de estitmo que vestía. Su frente era despejada, su cabello canoso pero abundante y levantado en espesos salientes. Tenía ojos oscuros y finos labios. Su presencia era muy imponente en todos los aspectos.

Kattikawn sirvió dos vasos de vino de reluciente color ambarino y la conversación se inició después de los primeros sorbos.

—De modo que debe quemar mis tierras.

—Me temo que debemos quemar la provincia entera.

—Una estratagema estúpida, quizás el acto más alocado en la historia de las guerras humanas. ¿Conoce el valor de los productos de esta región? ¿Sabe cuántas generaciones de duro trabajo han sido precisas para levantar estas granjas?

—Toda la zona, desde Milimorn hasta Sintalmond y más allá, es un foco de actividad guerrillera metamorfa, la última actividad de este tipo que queda en Alhanroel. La Corona está resuelta a poner fin a esta horrible guerra, y eso sólo puede conseguirse usando humo para hacer salir a los cambiaspectos de sus escondites en estas montañas.

—Hay otros métodos.

—Los hemos ensayado y han fracasado —dijo Eremoil.

—¿Sí? ¿Han intentado avanzar por los bosques palmo a palmo en busca del enemigo? ¿Han desplazado aquí a todos los soldados de Majipur para realizar las operaciones de limpieza? Claro que no. Representa excesivos problemas. Es más sencillo utilizar aviadores y prender fuego a la zona.

—Esta guerra ha consumido toda una generación de nuestras vidas.

—Y la Corona se impacienta al final —dijo Kattikawn—. A costa de mí.

—La Corona es un experto en estrategia. La Corona ha derrotado a un enemigo peligroso y casi incomprensible y ha hecho que Majipur sea un lugar seguro para la ocupación humana por primera vez en la historia... con la excepción de este distrito.

—Nos ha ido bastante bien pese a que estos metamorfos estaban escondidos alrededor de nosotros, capitán. A mí todavía no me han matado. He sido capaz de tratarlos. Su amenaza a mi bienestar no ha sido ni remotamente tan notoria como parece ser mi propio gobierno. Su Corona, capitán, es un necio.

Eremoil se dominó.

—Las generaciones futuras lo aclamarán como un héroe entre los héroes.

—Es muy probable —dijo—. Es el tipo de persona que normalmente se convierte en héroe. Le aseguro que no era necesario destruir una provincia entera para dominar a unos cuantos miles de aborígenes que permanecen incontrolados. Le aseguro que esto es una maniobra atropellada y torpe por parte de un general fatigado que tiene prisa por volver a la tranquilidad del Monte del Castillo.

—Sea como sea, la decisión está tomada, y todo lo que hay entre Milimorn y Hamifieu ya está en llamas.

—Eso he notado.

—El fuego está avanzando hacia la población de Kattikawn. Es posible que al amanecer estén amenazados los lindes de su dominio. Durante el día continuaremos los ataques incendiarios más allá de esta región y hacia el sur, hasta Sintalmond.

—Ciertamente —dijo Kattikawn, muy tranquilo.

—Esta zona se convertirá en un infierno. Le rogamos que la abandone, está a tiempo de hacerlo.

—Prefiero quedarme, capitán.

Eremoil suspiró.

—Si se queda, no somos responsables de su seguridad.

—Nadie ha sido responsable de mi seguridad aparte de mí mismo.

—Lo que estoy diciéndole es que morirá, y de un modo horrible. Nos es imposible extender la línea de fuego de forma que eluda su dominio.

—Comprendo.

—En ese caso, está pidiéndonos que le asesinemos.

—No estoy pidiendo nada de eso. Ustedes y yo no tenemos trato alguno. Ustedes libran su guerra, yo mantengo mi hogar. Si el fuego que exige su guerra se entromete en el territorio que llamo mío, tanto peor para mí. Pero eso significa asesinato. Estamos vinculados a rumbos distintos, capitán Eremoil.

—Su forma de razonar es extraña. Usted morirá como resultado directo de nuestro ataque incendiario. Su muerte será un peso en nuestras almas.

—Me quedo aquí por voluntad propia, después de haber sido debidamente informado —dijo Kattikawn—. Mi muerte será un peso únicamente en mi alma.

—¿Y las vidas de su gente? También ellos morirán.

—Los que decidan quedarse, sí. Les he avisado de lo que está a punto de suceder. Tres han partido hacia la costa. El resto se quedará. Por voluntad propia, no para complacerme. Ésta es nuestra casa. ¿Otro vaso de vino, capitán?

Eremoil rehusó la invitación, pero inmediatamente cambió de opinión y extendió el vacío vaso.

—¿No hay forma alguna de que yo hable con lord Stiamot? —dijo Kattikawn mientras servía.

—Ninguna.

—Tengo entendido que la Corona se encuentra en esta región.

—A medio día de viaje, sí. Pero es inabordable por tales peticionarios.

—Intencionalmente, supongo. —Kattikawn sonrió—. ¿No le parece que se ha vuelto loco, Eremoil?

—¿La Corona? No, en absoluto.

—Pero este incendio... una maniobra desesperada, una maniobra estúpida... Las reparaciones que tendrá que pagar después... millones de reales, será la bancarrota para el tesoro público. El costo será superior al de cincuenta castillos tan grandes como el construido por la Corona en lo alto del Monte. ¿Y para qué? Que nos conceda dos o tres años más y amansaremos a los cambiaspectos.

—O cinco, o diez, o veinte años —dijo Eremoil—. La guerra debe terminar ahora, en esta estación. Esta horrorosa convulsión, esta vergüenza para todo el mundo, esta mancha, esta larga pesadilla...

—Oh, usted opina que la guerra ha sido un error, ¿no es eso?

Eremoil se apresuró a mover negativamente la cabeza.

—El error fundamental se cometió hace mucho tiempo, cuando nuestros antepasados decidieron establecerse en un planeta que ya estaba habitado por una raza inteligente. Luego no tuvimos más opción que aplastar a los metamorfos o retirarnos por completo de Majipur. ¿Y cómo íbamos a hacer esto último?

—Sí —dijo Kattikawn—. ¿Cómo íbamos a renunciar a los hogares que habían sido nuestros y de nuestros antepasados durante tantos años?

Eremoil hizo caso omiso de la obvia ironía.

—Quitamos este planeta a gente maldispuesta. Durante miles de años nos esforzamos en vivir en paz con ellos, hasta que tuvimos que admitir que la coexistencia era imposible. Ahora estamos imponiendo nuestra voluntad por la fuerza, cosa que no es agradable, pero las alternativas son todavía peores.

—¿Qué hará lord Stiamot con los cambiaspectos que tiene en los campos de internación? ¿Enterrarlos como fertilizante en los campos que ha quemado?

—Recibirán una vasta reserva en Zimroel —dijo Eremoil—. Medio continente para ellos solos. Eso no es crueldad. Alhanroel será nuestro, y habrá un océano entre las dos razas. El traslado ya está en marcha. Sólo en esta región continúa el desorden. Lord Stiamot ha aceptado la terrible carga, la responsabilidad de un acto cruel pero necesario, y el futuro ensalzará por ello a lord Stiamot.

—Yo lo ensalzaré ahora —dijo Kattikawn—. ¡Oh sabia y justa Corona! Que en su infinita sabiduría destruye este territorio para que su mundo no tenga la preocupación de unos fastidiosos aborígenes que están al acecho. Yo habría preferido, Eremoil, que él, su heroico rey, fuera menos noble de espíritu. O más noble, tal vez. Para mí habría sido más admirable que él eligiera un método más lento para conquistar estos últimos reductos. Treinta años de guerra... ¿Qué importan dos o tres más?

—Es el método que ha elegido él. El fuego se acerca a este lugar mientras nosotros hablamos.

—Que se acerque. Yo estaré aquí, defendiendo mi casa contra él.

—Usted ha visto la zona de fuego —dijo Eremoil—. Su defensa no durará diez segundos. El fuego devora todo lo que se le pone en su camino.

—Seguramente. Correré el riesgo.

—Le suplico que...

—¿Me suplica? ¿Es usted un mendigo? ¿Y si fuera yo el suplicante? ¡Le suplico, capitán, que salve mis posesiones!

—Imposible. Yo le hago una súplica sincera: váyase, y salve su vida y las vidas de los suyos.

—¿Qué me pide que haga? ¿Que me arrastre por esa carretera de la costa, que viva en una escuálida cabaña en Alaisor o Bailemoona? ¿Que atienda mesas en una posada, que duerma en la calle, que almohace monturas en alguna cuadra? Ésta es mi casa. Prefiero morir aquí mañana en diez segundos que vivir mil años en un cobarde exilio. — Kattikawn se acercó a la ventana—. Oscurece, capitán. ¿Querrá cenar conmigo?

—No puedo quedarme, lamento decírselo.

—¿Le cansa esta discusión? Podemos hablar de otras cosas. Yo preferiría hacerlo.

Eremoil estrechó la zarpa que era la mano del otro hombre.

—Tengo obligaciones en mi cuartel general. Aceptar su hospitalidad habría sido un placer inolvidable. Ojalá fuera posible. ¿Querrá perdonar mi negativa?

—Me apena que se vaya sin cenar. ¿Tiene prisa por volver con lord Stiamot?

Eremoil guardó silencio.

—Le ruego que me obtenga audiencia con él —dijo Kattikawn.

—Es imposible, y no serviría para nada. Por favor: salga de aquí esta noche. Cenemos juntos, y luego abandone su dominio.

—Ésta es mi casa, y aquí me quedo —dijo Kattikawn—. Le deseo lo mejor, capitán, una larga y armoniosa vida. Y le agradezco esta conversación.

Cerró los ojos un momento e inclinó la cabeza: una ligera reverencia, una elegante despedida. Eremoil se acercó a la puerta del gran salón.

—El otro oficial pensó que me echaría de aquí a la fuerza —dijo Kattikawn—. Usted ha tenido más juicio, y yo le felicito. Adiós, capitán Eremoil.

Eremoil buscó palabras adecuadas, no encontró ninguna y se conformó con hacer un gesto de saludo.

Los guardianes de Kattikawn le acompañaron a la entrada del cañón, donde aguardaban la conductora y el mensajero, que estaban jugando a cierto juego de dados junto al flotador. Ambos se pusieron firmes al ver a Eremoil, pero éste les indicó que descansaran. Miró al este, hacia las grandes montañas que se alzaban en el lado opuesto del valle. En esas latitudes septentrionales, siendo una noche estival, el cielo aún estaba brillante, incluso hacia el este, y la gruesa mole del Pico Zygnor se extendía en el horizonte como un negro muro que tapaba el suave tono gris del cielo. Al sur se hallaba el gemelo de este pico, el Monte Haimon, donde la Corona tenía su cuartel general. Eremoil pasó un rato examinando los dos poderosos picos, las estribaciones bajo ellos, la columna de fuego y humo que ascendía al otro lado, y las lunas que habían hecho acto de presencia en el cielo. Luego meneó la cabeza, se volvió y observó la finca de Aibil Kattikawn, que en ese momento estaba desapareciendo entre las sombras del crepúsculo. Durante su ascenso en los rangos del ejército Eremoil había conocido duques, príncipes y numerosas personalidades que un simple ingeniero civil no suele conocer en su vida normal, y había pasado muchas horas con la misma Corona y su círculo de íntimos consejeros. Sin embargo no creía haber conocido nunca a un hombre como Kattikawn, que podía ser el hombre más noble o más descamisado del planeta, y quizás ambas cosas.

—Vámonos —dijo a la conductora—. Coge la carretera de Haimon.

—¿La del Haimon, señor?

—Para ver a la Corona, sí. ¿Podemos estar allí a medianoche?

La carretera que llevaba al pico meridional era muy parecida a la del Zygnor, aunque más empinada y no tan bien pavimentada. Sus curvas y recodos serían peligrosos en la oscuridad a la velocidad que la conductora de Eremoil, una mujer de Stoién, se arriesgaba. Pero el rojo fulgor de la zona de fuego iluminaba el valle y las montañas y reducía mucho los riesgos. Eremoil no dijo nada durante el largo trayecto. No había nada que decir. ¿Acaso la conductora o el mensajero podían entender la naturaleza de Aibil



Kattikawn? El mismo Eremoil, cuando supo que un campesino local se negaba a abandonar sus tierras, había interpretado mal dicha naturaleza; había imaginado que se trataba de un viejo loco, un fanático, un terco, un hombre ciego a las realidades del peligro que corría. Kattikawn era terco, sí, y quizá podía llamársele fanático, pero nada más. No era un loco, aunque su filosofía pudiera parecer alocada a quienes, como Eremoil, vivían de acuerdo a códigos distintos.

Eremoil se preguntó qué iba a decir a lord Stiamot.

Era inútil ensayar: las palabras saldrían, o no saldrían. Al cabo de un rato el capitán cayó en una especie de sueño en vela, con la mente lúcida pero paralizada, sin juzgar nada, sin calcular nada. El vehículo flotador, que avanzaba suave y velozmente por la vertiginosa carretera, abandonó el valle y salió al escabroso territorio que había a continuación. A medianoche todavía se encontraba en la parte más baja del Monte Haimon, pero era igual: la Corona tenía fama de acostarse muy tarde, y a menudo ni siquiera dormía. Eremoil no tenía duda alguna de que el monarca estaría disponible.

En algún punto de las alturas del Haimon, Eremoil quedó dormido de verdad sin enterarse, y sintió sorpresa y confusión cuando el mensajero le zarandeó con suavidad mientras le decía:

—Estamos en el campamento de lord Stiamot, señor.

Parpadeando, desorientado, Eremoil vio que todavía estaba erguido en el asiento, con las piernas entumecidas y la espalda rígida. Las lunas ya estaban al otro lado del cielo y la noche era totalmente negra aparte del asombroso y ardiente tajo que hendía el firmamento hacia el oeste. Eremoil salió torpemente del flotador. Incluso entonces, en plena noche, el campamento de la Corona era un lugar bullicioso; diversos mensajeros corrían de un lado a otro y brillaban luces en numerosas dependencias. Se presentó un ayudante que reconoció a Eremoil y le ofreció un saludo exageradamente formal.

—Esta visita es una sorpresa, capitán Eremoil.

—También lo es para mí, diría yo. ¿Está lord Stiamot en el campamento?

—La Corona está celebrando una reunión de estado mayor. ¿Le espera él, capitán?

—No —dijo Eremoil—. Pero debo hablar con él.

El ayudante no se preocupó por ese detalle. Reuniones de estado mayor en plena noche, comandantes regionales que aparecían de improviso solicitando conferencias... bueno, ¿por qué no? Así era la guerra, los protocolos se improvisaban día tras día. Eremoil siguió al ayudante a través del campamento hasta llegar a una tienda octogonal que ostentaba la insignia del estallido estelar de la Corona. Un círculo de guardias rodeaba el lugar, tan severos y atentos como los que defendían la entrada al cañón de Kattikawn. En los últimos ocho meses se habían producido cuatro atentados contra la vida de lord Stiamot, todos ellos obra de metamorfos, todos frustrados. Ninguna Corona de la historia de Majipur había muerto violentamente, pero también era cierto que ninguna Corona había librado una guerra antes de Stiamot.

El ayudante habló con el jefe de la guardia. De repente Eremoil se vio en el centro de un grupo de hombres armados, con luces que se reflejaron enloquecedoramente en los ojos del capitán mientras muchos dedos le despojaban laboriosamente de sus armas. El asalto le dejó atónito unos instantes. Pero luego recobró el aplomo.

—¿Qué es esto? —dijo—. Soy el capitán de grupo Eremoil.

—Siempre que no sea un cambiaspecto —dijo un hombre.

—¿Y creen que lo averiguarán zarandeándome y cegándome con ese resplandor?

—Existen métodos —dijo otro militar.

Eremoil se echó a reír.

—Ninguno ha demostrado ser fiable. Pero prosigan: pónganme a prueba, y háganlo rápido. Debo hablar con lord Stiamot.

Aquellos hombres conocían métodos, sí. Uno entregó a Eremoil una tira de papel verde y le dijo que la tocara con la lengua. Así lo hizo el capitán, y el papel se puso de color

naranja. Otro militar le pidió varios cabellos, y prendió fuego a éstos. Eremoil no pudo ocultar su sorpresa. Había pasado un mes desde su última visita al campamento de la Corona, y entonces nadie hacía uso de tales prácticas. Debía haberse producido otro intento de asesinato, decidió Eremoil, o quizás algún científico charlatán había difundido esas técnicas. Por lo que sabía el capitán, no existía método seguro de diferenciar a un metamorfo de un humano auténtico cuando el metamorfo adoptaba forma humana... como no fuera mediante disección, y él no iba a proponer que se sometería a ese método.

—Pase —le dijeron por fin—. Puede entrar.

Pero todos le acompañaron. Los ojos de Eremoil, ya deslumbrados, se ajustaron con dificultad a la penumbra de la tienda de la Corona, pero al cabo de unos momentos vio a seis personas en el extremo opuesto, y lord Stiamot entre ellas. Al parecer estaban rezando. Oyó musitadas invocaciones y respuestas, fragmentos de las viejas escrituras. ¿Era el tipo de reuniones de estado mayor que celebraba actualmente la Corona? Eremoil avanzó unos pasos y se quedó a pocos metros del grupo. Sólo conocía a uno de los asistentes de la Corona, Damlang de Bibiroon, generalmente considerado como el segundo o tercer candidato al trono. Los otros ni siquiera tenían aspecto de soldados, puesto que se trataba de hombres de más edad, con ropa civil y cierta apariencia de estar acostumbrados a la vida urbana, poetas, quizá intérpretes de sueños, pero ciertamente no guerreros. Mas la guerra estaba prácticamente terminada.

La Corona miró en dirección a Eremoil sin dar muestras de haberse percatado de su presencia.

Eremoil se sorprendió al ver el aspecto atormentado y consumido de lord Stiamot. La Corona había envejecido visiblemente durante los tres últimos años de la guerra, pero el proceso se había acelerado: era un hombre encogido, sin color, frágil, con la piel reseca y los ojos sin brillo. Aparentaba tener cien años, y sin embargo no era mucho más viejo que Eremoil, un hombre de cincuenta años. Eremoil recordó el día en que Stiamot ocupó el trono, y la promesa que hizo el monarca de poner fin a la locura de la constante y no declarada guerra con los metamorfos, reagrupar a los antiguos nativos del planeta y alejarlos de los territorios colonizados por la raza humana. Sólo treinta años y la Corona parecía casi un siglo más viejo. Pero había pasado su reinado haciendo campañas (cosa que no había hecho ninguna Corona anterior y que seguramente no haría ninguna posterior) en el Valle del Glayge, en las calurosas tierras del sur, en los densos bosques del noroeste, en las ricas llanuras que rodeaban el golfo de Stoien, año tras año cercando a los cambiaspectos con veinte ejércitos y encerrándolos en campos. Y casi había terminado esa tarea, sólo las guerrillas del noroeste permanecían en libertad... Una lucha constante, una prolongada y violenta vida bélica, sin apenas tiempo para volver a la tierna primavera del Monte del Castillo para disfrutar los placeres del trono. De vez en cuando Eremoil se preguntaba, mientras la guerra se alargaba más y más, cómo respondería lord Stiamot si fallecía el Pontífice, si él era ascendido a la otra categoría real y se viera forzado a establecer su residencia en el Laberinto: ¿se negaría, y conservaría el título de Corona para poder continuar las campañas? Pero el Pontífice gozaba de buena salud, así se afirmaba, y allí estaba lord Stiamot, un hombrecillo viejo y cansado, con aspecto de hallarse al borde de la tumba. Eremoil comprendió de pronto por qué Aibil Kattikawn no había entendido la situación, por qué lord Stiamot estaba tan ansioso de poner fin a la fase final de la guerra fuera cual fuese el coste.

—¿Quién tenemos aquí? —dijo la Corona—. ¿Es Finiwain?

—Eremoil, mi señor. Al mando de las fuerzas que realizan el incendio.

—Eremoil. Sí. Eremoil. Recuerdo. Ven, siéntate con nosotros. Estamos dando gracias al Divino por el fin de la guerra, Eremoil. Estas personas han venido a verme enviadas por mi madre la Dama de la Isla, que nos protege en sueños, y pasaremos la noche cantando cánticos de loa y gratitud, porque por la mañana estará terminado el círculo de fuego.

¿Eh, Eremoil? Ven, siéntate, canta con nosotros. Conoces los cantos a la Dama, ¿verdad?

Eremoil escuchó espantado la voz cascada y desgarrada del monarca. Esa apagada brizna de resecó sonido era todo lo que quedaba de un tono de voz en otro tiempo majestuoso. El héroe, el semidiós, estaba agotado y arruinado tras la prolongada campaña. No quedaba nada de él, era un espectro, una sombra. Al verle así, Eremoil se preguntó si lord Stiamot había sido alguna vez el poderoso personaje del recuerdo, o si quizá ello era debido a la invención de mitos y a la propaganda y la Corona había sido siempre menos de lo que veía la mirada.

Lord Stiamot le hizo un gesto para que se acercara. Eremoil lo hizo con renuencia.

Pensó en el motivo de su visita, en lo que tenía que decir. Mi señor, hay un hombre en la ruta del fuego que no piensa moverse y que no consentirá en que le hagan marcharse, y al que es imposible evacuar sin perder vidas. Y, mi señor, es un hombre excelente que no podemos destruir de ese modo. Por eso le pido, mi señor, que detenga el incendio, que idee una estrategia alternativa para que podamos capturar a los metamorfos que huyen de la línea de fuego pero sin necesidad de extender la destrucción más allá del punto al que ha llegado, porque...

No.

Eremoil comprendió la imposibilidad de pedir a la Corona que retrasara una sola hora el fin de la guerra. Ni en provecho de Kattikawn, ni en provecho de Eremoil, ni en provecho de la santa Dama, la madre del monarca, podía detenerse el incendio. Eran los últimos días de la guerra y la necesidad de la Corona de llegar al final era la fuerza dominante que barría cualquier otra cosa. Eremoil podía intentar detener el incendio mediante su autoridad personal, pero no podía pedir la aprobación de la Corona.

Lord Stiamot extendió la cabeza hacia Eremoil.

—¿Qué ocurre, capitán? ¿Qué te preocupa? Ven. Siéntate a mi lado. Canta con nosotros, capitán. Alza tu voz en acción de gracias.

Iniciaron un himno, una tonada que Eremoil no conocía. Se limitó a tararear, improvisó una armonía. Después cantaron otra canción y otra más, y Eremoil conocía la última; cantó, pero de un modo apagado, sin tono. No podía faltar mucho para el alba. Silenciosamente retrocedió en la sombra y salió de la tienda. Sí, allí estaba el sol, proyectando la primera luz verdusca sobre la faz oriental del Monte Haimon, aunque todavía faltaba una hora o más para que sus rayos escalaran la pared de la montaña e iluminaran los condenados valles del suroeste. Eremoil ansiaba una semana de sueño. Buscó al ayudante.

—¿Quieres enviar un mensaje a mi subalterno en el Pico Zygnor? —le dijo.

—Naturalmente, capitán.

—Dile que se haga cargo de la siguiente fase del incendio y que prosiga el programa. Voy a quedarme aquí durante el día y regresaré por la tarde a mi cuartel general, después de haber descansado un poco.

—Sí, señor.

Eremoil se volvió y miró hacia el oeste, todavía envuelto por la noche excepto en los puntos iluminados por el terrible fulgor de la zona de fuego. Seguramente Aibil Kattikawn habría estado toda la noche atareado con bombas y mangas, mojando sus tierras. Sería inútil, por supuesto; un incendio de tal magnitud arrasaba todo a su paso, y proseguía hasta que no quedaba combustible. De modo que Kattikawn moriría y el tejado del edificio se derrumbaría, y era imposible evitarlo. La única forma de salvarlo era arriesgar las vidas de inocentes soldados, y quizá ni aun así. O podía salvarse si Eremoil prefería no tener en cuenta las órdenes de lord Stiamot, pero había poco tiempo. De forma que Kattikawn moriría. Al cabo de nueve años de campaña, pensó Eremoil, se perderá una vida por mi culpa, y se trata de un ciudadano nuestro. Así sea. Así sea.

Se quedó en el puesto de guardia, fatigado pero incapaz de moverse, otra hora más, hasta que vio las primeras explosiones de fuego en las colinas próximas a Bizfern, o tal vez Domgrave, y supo que el bombardeo incendiario matutino había comenzado. La guerra acabará pronto, pensó. Nuestros últimos enemigos huyen ahora hacia la seguridad de la costa, donde serán internados y transportados al otro lado del mar, y el mundo estará tranquilo de nuevo. Eremoil notó el calor del sol estival en su espalda, y el calor del incendio que se propagaba en sus mejillas. El mundo estará tranquilo de nuevo, pensó, y se dispuso a buscar un lugar para dormir.

### III - EN EL QUINTO AÑO DEL VIAJE

Ese relato era muy distinto al primero. Hissune está menos sorprendido, menos conmocionado; es un relato triste y conmovedor, pero no sacude las profundidades de su alma como hizo el abrazo de la mujer y el gayrog. Sin embargo Hissune ha aprendido mucho sobre la naturaleza de la responsabilidad, los conflictos que surgen entre fuerzas opuestas sin que pueda decirse que una de ellas está equivocada, y el significado de la auténtica tranquilidad de espíritu. Además ha descubierto algo sobre el proceso de fabricar mitos, porque en toda la historia de Majipur no ha existido personaje más divino que lord Stiamot, el brillante rey-guerrero que quebró la fuerza de los siniestros aborígenes, los cambiaspectos. Ocho mil años de idolatría han transformado a Stiamot en un pavoroso ser de gran majestad y esplendor. Ese mítico lord Stiamot todavía perdura en la mente de Hissune, pero ha sido preciso ponerlo en un lado para dejar sitio al Stiamot que él ha visto a través de los ojos de Eremoil: un hombrecillo fatigado, pálido, arrugado, prematuramente envejecido, que se quemó el alma hasta dejarla convertida en un pellejo en una batalla de toda una vida. ¿Un héroe? Ciertamente, excepto quizá para los metamorfos. Pero... ¿un semidiós? No, un ser humano, muy humano, todo él fragilidad y fatiga. Es importante no olvidar nunca esto, piensa Hissune, y en ese momento comprende que estos minutos robados en el Registro de Almas están dándole verdadera educación, un título de doctor en la vida.

Transcurre mucho rato antes de que Hissune se sienta preparado para otro curso. Pero a su debido tiempo el polvo de los archivos fiscales empieza a filtrarse hasta las profundidades de su ser y el muchacho apetece diversión, una aventura. Así pues, vuelta al Registro. Otra leyenda precisa examen. Porque una vez, hace mucho tiempo, un barco cargado de locos se dispuso a cruzar el Gran Océano... Una insensatez inconcebible, aunque gloriosamente insensata, e Hissune decide abordar ese barco y descubrir qué aconteció a su tripulación. Una breve investigación revela el nombre del capitán: Sinnabor Lavon, nativo del Monte del Castillo. Los dedos de Hissune tocan suavemente las teclas para indicar fecha, lugar y nombre, y el jovencito se recuesta, ansioso, listo para ir al mar.

En el quinto año del viaje Sinnabor Lavon vio las primeras briznas de hierba de dragón que se agitaban y retorcían en el mar a lo largo del casco del barco.

Sinnabor desconocía lo que veía, por supuesto, ya que ningún habitante de Majipur había visto hierba de dragón hasta entonces. Esa distante extensión del Gran Océano estaba inexplorada. Pero él sabía que habían llegado al quinto año del viaje; todas las mañanas Sinnabor Lavon anotaba la fecha y la posición del barco en el cuaderno de bitácora, de forma que los exploradores no perdieran la orientación psicológica en un océano monótono y sin límites. Por eso el capitán estaba seguro de que ese día correspondía al vigésimo año del pontificado de Dizimaule, siendo Corona lord Arioc, y que se habían cumplido cinco años desde que el Spurifon partiera del puerto de Til-omon en su viaje alrededor del mundo.

Al principio Sinnabor confundió la hierba de dragón con una masa de serpientes marinas. La hierba parecía moverse gracias a una fuerza interna, se retorció, se agitaba, se contraía, se inmovilizaba. En la calmada y oscura agua, relucía con brillante riqueza de color; todas las briznas eran iridiscentes, mostraban fulgores de tonos esmeralda, índigo y bermellón. Había una mancha pequeña a babor y una franja algo más amplia que teñía el mar a estribor.

Lavon se asomó a la barandilla que daba a la cubierta inferior y vio un trío de peludos seres de cuatro brazos: tripulantes skandar que reparaban redes o fingían hacerlo. Los tres miraron al capitán agria, malhumoradamente. Igual que gran parte de la tripulación, aquellos skandars hacía mucho tiempo que estaban hartos de navegar.

—¡Eh, vosotros! —gritó Lavon—. ¡Echad la red! ¡Recoged algunos ejemplares de esas serpientes!

—¿Serpientes, capitán? ¿Qué serpientes?

—¡Allí! ¡Allí! ¿No las veis?

Los skandars observaron el mar y luego, con cierta solemnidad paternal, miraron a Sinnabor.

—¿Se refiere a esa hierba en el agua?

Lavon miró más atentamente. ¿Hierba? El barco ya había dejado atrás las primeras manchas, pero había más a proa, masas de mayor tamaño, y el capitán forzó la vista para intentar distinguir un solo animal entre el enmarañado conjunto arrastrado por la corriente. Se movían, igual que serpientes. Sin embargo Lavon no vio cabezas, ni ojos. Bien, seguramente era hierba. Hizo impacientes gestos y los skandars, sin prisa alguna, extendieron la cuchara, articulada y acoplada a un elevador, con que se recogían especímenes biológicos.

Cuando Lavon llegó a la cubierta inferior, un chorreante montoncillo de hierba se hallaba extendido a bordo, y seis personas estaban reunidas alrededor: el segundo oficial Vormetch, el oficial de derrota Galimoin, Joachil Noor y dos científicos, y Mikdal Hasz, el cronista. Había un fuerte olor a amoníaco en el ambiente. Los tres skandars retrocedieron, apretándose la nariz de modo ostentoso y murmurando, pero los demás señalaron, se rieron, pincharon la hierba, se mostraron más excitados y animados que en las últimas semanas.

Lavon se arrodilló junto a los otros. No había duda, aquello eran algas marinas de clase desconocida, filamentos planos y pulposos casi tan largos como un hombre, anchos como un brazo, gruesos como un dedo. Las algas se retorcían y se agitaban de modo convulsivo, igual que si tuvieran muelles, pero poco a poco los movimientos fueron haciéndose más lentos. Estaban secándose, y los brillantes colores fueron apagándose con rapidez.

—Coged más —dijo Joachil Noor a los skandars—. Y esta vez metedlas en un recipiente con agua del mar para mantenerlas vivas.

Los skandars no se movieron.

—Esa peste... esa peste asquerosa... —gruñó uno de los velludos seres.

Joachil Noor se acercó a ellos —la mujer, nervuda y bajita, parecía una niña al lado de las gigantescas criaturas—, y agitó bruscamente las manos. Los skandars, tras encogerse de hombros, prosiguieron la tarea con pesados movimientos.

—¿Qué opina de eso? —dijo Sinnabor a Joachil.

—Algas. Una especie desconocida, pero todo es desconocido a tanta distancia de tierra. Los cambios de color son interesantes. No sé si es a causa de fluctuaciones de la pigmentación o simple resultado de ilusiones ópticas, el reflejo de la luz en capas epidérmicas que oscilan.

—¿Y los movimientos? Las algas no poseen músculos.

—Muchas plantas pueden moverse. Oscilaciones secundarias de corriente eléctrica que causan variaciones en las columnas de fluido dentro de la estructura de la planta...

¿No ha oído hablar de las plantas sensibles del noroeste de Zimroel? Gritas delante de ellas y se contraen. El agua del mar es un conductor excelente. Estas algas deben captar toda clase de impulsos eléctricos. Las estudiaremos con cuidado. —Joachil Noor sonrió—. Estoy segura, llegan como un presente del Divino. Otra semana de mar desierto y me habría tirado por la borda.

Lavon asintió. También él había experimentado esa sensación: ese aburrimiento horrible y agotador, la pavorosa y sofocante sensación de haberse condenado uno mismo a un viaje interminable para llegar a ninguna parte. Incluso él, que había perdido siete años de su vida para organizar esta expedición, que estaba ansioso de emplear el resto de su vida para llevarla a término, incluso él, en el quinto año del viaje, estaba paralizado por la desgana, entumecido por la apatía...

—Esta noche —dijo— nos presentará un informe, ¿eh? Hallazgos preliminares. Excepcional nueva especie de alga.

Joachil Noor hizo una señal y los skandars cargaron en sus anchas espaldas el recipiente de algas y lo llevaron al laboratorio. Los tres biólogos fueron detrás de ellos.

—Van a tener gran cantidad de algas para estudiar —dijo Vormetch. El segundo oficial señaló con el dedo—. ¡Mire, allí! El mar está repleto de algas.

—Demasiado repleto, quizá —dijo Mikdal Hasz. Sinnabor miró al cronista, un hombrecillo de voz seca con ojos claros y un hombro más alto que el otro.

—¿Qué quiere decir?

—Los rotores podrían obstruirse, capitán. Si la capa de algas se hace más espesa. He leído relatos de Vieja Tierra, sobre océanos donde las algas eran impenetrables, donde los barcos se enredaban sin remedio. Los tripulantes se alimentaban con cangrejos y peces y finalmente morían de sed, y las embarcaciones seguían a la deriva durante siglos con esqueletos a bordo...

Galimoin, el oficial de derrota, lanzó un bufido.

—Fantasías. Fábulas.

—¿Y si eso nos pasa a nosotros? —pregunto Mikdal Hasz.

—¿Qué posibilidades hay? —dijo Vormetch.

Lavon se dio cuenta de que todos estaban mirándole. Observó el mar. Sí, las algas eran más espesas. Más allá de proa flotaban en confusos montones, y su rítmica agitación creaba la ilusión de que la lisa y atípica superficie del mar vibraba y se hinchaba. Pero había amplios canales entre los montones. ¿Sería posible que las algas rodearan a un barco tan bien dotado como el Spurifon? Había silencio en cubierta. Era casi cómico: la mortífera amenaza de las algas, los tensos oficiales divididos y prestos a discutir, el capitán obligado a tomar una decisión que podía significar vida o muerte...

La verdadera amenaza, pensó Lavon, no está en las algas sino en el aburrimiento. Durante meses el viaje había sido tan monótono que los días se habían convertido en vacíos que había que llenar con desesperadísimos entretenimientos. Todas las mañanas el abultado sol de color verde y bronce en los trópicos se alzaba en el cielo del lado de Zimroel, al mediodía ardía en lo alto en un cielo sin nubes, por la tarde caía el horizonte, increíblemente alejado, y al día siguiente se repetía el mismo ciclo. Hacía semanas que no llovía, no había variación alguna en el tiempo. El Gran Océano llenaba todo el universo. Los navegantes no avistaban tierra, ni siquiera el vestigio de una isla, ningún ave, ninguna criatura marina. En una existencia así, una desconocida especie de alga representaba una deliciosa novedad. Un violento desasosiego consumía los espíritus de los viajeros, dedicados y comprometidos exploradores que en tiempos habían compartido la visión de Lavon de una épica investigación y que ahora soportaban sombría y miserablemente el tormento de saber que habían desperdiciado sus vidas en un instante de romántica locura. Nadie esperaba que las cosas fueran así cuando partieron para realizar la primera travesía de la historia del Gran Océano, que ocupaba casi la mitad del gigantesco planeta. Imaginaron aventuras diarias, nuevas bestias de fantástica

naturaleza, islas desconocidas, heroicas tempestades, un cielo rasgado por los rayos y pintarrajeado con nubes de cincuenta tonalidades extrañas. Pero no imaginaron esto, la machacona uniformidad, la invariable repetición de los días. Lavon ya había empezado a considerar el riesgo de un motín, porque tal vez pasaran otros siete, nueve u once años antes de tocar tierra en las costas del lejano Alhanroel, y dudaba que hubiera muchos viajeros que tuvieran ánimo para llegar hasta el final. Seguramente muchos ya estarían soñando en que el barco diera media vuelta para regresar a Zimroel. Y a veces era el mismo capitán el que tenía este sueño. Por lo tanto hay que buscar riesgos, pensó Lavon, y si es preciso los crearemos con fantasía. Por lo tanto afrontemos el peligro, real o imaginado, de las algas marinas. La posibilidad de peligro nos despertará de la mortífera letargia.

—Podemos hacer frente a las algas —dijo Lavon—. Adelante.

Al cabo de una hora comenzó a tener dudas. Desde su puesto del puente contempló precavidamente las cada vez más espesas algas. Ya estaban formando islotes, de cincuenta o cien metros de anchura, y los canales intermedios eran más estrechos. Toda la superficie del mar estaba en movimiento, se estremecía, temblaba. Bajo los socarradores rayos de un sol casi vertical las algas cobraban mayor riqueza de colorido, deslizándose de un tono a otro de modo maniaco, como azuzadas por el flujo de energía solar. Lavon vio criaturas que se movían entre las apretadas hebras: enormes seres similares a cangrejos, con muchas patas, esféricos, con caparazones verdes y llenos de bultos, y sinuosos animales serpentinos parecidos a calamares que recolectaban otras formas de vida tan pequeñas que el capitán no podía verlas.

—Quizás un cambio de rumbo... —dijo nerviosamente Vormetch.

—Quizá —dijo Lavon—. Mandaré arriba a un vigía para que nos informe sobre la distancia a que se extiende este revoltijo.

Cambiar el rumbo, aunque sólo fuera unos grados, carecía de atractivo para Lavon. Su rumbo estaba fijado, su mente estaba fijada, temía que cualquier desviación hiciera añicos su determinación, cada vez más frágil. Y sin embargo él no era monomaniaco, no seguía adelante sin considerar el riesgo. Pero comprendía que era muy fácil para la gente del Spurifon perder lo poco que quedaba de su dedicación a la inmensa empresa en que se había embarcado.

Estaban en una época dorada para Majipur, una época de heroicos personajes y grandes hazañas. Los exploradores iban a todas partes, a los desiertos yermos de Suvrael, a las junglas y pantanos de Zimroel y a las regiones vírgenes de Alhanroel, a los archipiélagos y grupos de islas que bordeaban los tres continentes. La población crecía con rapidez, los pueblos se convertían en ciudades y las ciudades en metrópolis increíblemente grandes, colonizadores no humanos llegaban en gran número de planetas vecinos en busca de la fortuna, todo era excitación, cambio, crecimiento. Y Sinnabor Lavon había elegido la hazaña más alocada de todas, cruzar en barco el Gran Océano. Nadie lo había intentado. Desde el espacio se veía que el gigantesco planeta tenía agua en la mitad de su superficie, que los continentes, inmensos como eran, estaban apiñados en un solo hemisferio mientras la otra cara del mundo era liso océano. Y aunque habían pasado miles de años desde el inicio de la colonización humana de Majipur, en tierra siempre había habido mucho trabajo que hacer, y el Gran Océano se abandonaba a las armadas de dragones marinos que lo cruzaban incansablemente de oeste a este en migraciones que duraban décadas.

Pero Lavon estaba enamorado de Majipur y ansiaba abrazarlo todo. Lo había atravesado desde Amblemorn, al pie del Monte del Castillo, hasta Til-omon, la otra costa del Gran Océano. Y después, impulsado por la necesidad de cerrar el círculo, había invertido todos sus recursos y energías en el equipamiento del pasmoso navío, tan autónomo y autosuficiente como una isla, a bordo del cual él y unos tripulantes tan locos como él pretendían pasar una década o más explorando el desconocido océano. Lavon

sabía, y seguramente los demás también, que se había asignado una tarea quizás imposible. Pero si triunfaban, y llevaban su bajel hasta un puerto de la costa oriental de Alhanroel donde ninguna embarcación oceánica había tocado tierra, sus nombres serían inmortales.

—¡Eh! —gritó de pronto el vigía—. ¡Dragones! ¡Dragones!

—Semanas de aburrimiento —murmuró Vormecht— ¡y ahora todo al mismo tiempo!

Lavon vio que el vigía, una oscura silueta perfilada en el deslumbrante cielo, señalaba con un rígido dedo hacia el nor-noroeste. Se protegió los ojos con una mano y siguió la dirección del extendido brazo. ¡Sí! Grandes formas gibosas se deslizaban serenamente hacia el barco, con las aletas en alto y las alas plegadas o en algunos casos espléndidamente extendidas...

—¡Dragones! —gritó Galimoin.

—¡Dragones, mirad! —exclamaron otras diez voces al mismo tiempo.

El Spurifon había topado con dos manadas de dragones marinos en momentos anteriores del viaje: seis meses después de la partida, entre las islas que habían bautizado con el nombre de archipiélago Stiamot, y luego dos años más tarde, en la parte del océano que habían denominado sima de Arioc. En ambas ocasiones las manadas eran notables, cientos de inmensos dragones con numerosas hembras preñadas, y los animales no se acercaron al Spurifon. Pero esta vez parecía tratarse únicamente de ejemplares alejados de la manada, no más de quince o veinte animales, un puñado de gigantescos machos y otros adultos que apenas llegaban a diez metros de largo. Las inquietas algas eran insignificantes ante la presencia cada vez más próxima de los dragones. Todo el mundo estuvo en cubierta en un instante, casi brincando de excitación.

Lavon se agarró con fuerza a la borda. Había deseado riesgos como diversión. Bien, ahí estaban los riesgos. Un dragón adulto encolerizado podía destrozar un barco, aunque estuviera tan bien defendido como el Spurifon, con unos cuantos golpes potentes. Los dragones marinos raramente atacaban a los buques si éstos no los habían atacado antes, pero se sabía que ello había ocurrido. ¿Y si esas criaturas creían que el Spurifon era un buque dragonero? Todos los años una nueva manada de dragones recorría los mares entre Piliplok y la Isla del Sueño, donde estaba permitida su caza, y las flotas de dragoneros los diezmaban en ese momento. Los ejemplares de mayor tamaño que estaba contemplando Lavon en esos instantes, al menos, debían ser supervivientes de esa serie y... ¿quién sabía los resentimientos que albergaban? Los arponeros del Spurifon se prepararon tras una señal de Lavon.

Pero no hubo ataque. Los dragones parecían considerar el barco como una curiosidad, nada más. Habían llegado hasta ahí para alimentarse. Cuando llegaron a las primeras masas de algas abrieron sus inmensas bocas y engulleron grandes cantidades de plantas, que succionaron junto con otras criaturas parecidas a calamares y cangrejos. Durante varias horas pastaron ruidosamente entre las algas, y luego, como por común acuerdo, se zambulleron bajo la superficie y al cabo de unos minutos se perdieron a lo lejos.

Un gran círculo de mar despejado rodeaba al Spurifon.

—Deben haber comido toneladas de algas —murmuró Lavon—. ¡Toneladas!

—Y ahora el camino está despejado —dijo Galimoin. Vormetch sacudió la cabeza.

—No. ¿No lo ha visto, capitán? La hierba de dragón, más lejos. ¡Cada vez es más espesa!

Lavon observó la lejanía. Por todas partes había una fina línea oscura a lo largo del horizonte.

—Tierra firme —sugirió Galimoin—. Islas... atolones...

—¿Rodeándonos por completo? —dijo burlonamente Vormetch—. No, Galimoin. Nos hemos metido en medio de un continente de hierba de dragón. La brecha que nos han abierto los dragones al comer es un engaño. ¡Estamos atrapados!



—Sólo son algas —dijo Galimoin—. Si es preciso, las atravesaremos.

Lavon observó el horizonte, nervioso. Estaba empezando a compartir el desasosiego de Vormetch. Pocas horas antes la hierba de dragón formaba franjas aisladas, luego dispersos montones. Pero ahora, aunque de momento el barco estuviera en aguas despejadas, parecía como si un continuo anillo de algas estuviera a punto de rodear al barco por todas partes.

¿Sería posible que las algas cobraran espesor suficiente para impedir el paso del Spurifon?

El crepúsculo estaba acentuándose. El caluroso y opresivo cielo se volvió rosa, después gris. La oscuridad cayó sobre los viajeros procedente del horizonte oriental.

—Por la mañana destacaremos botes y veremos lo que haya que ver —anunció Lavon.

Esa noche, después de la cena, Joachil Noor informó sobre la hierba de dragón: un alga gigante, explicó, de complicada bioquímica, merecedora de atenta investigación. La científica se extendió sobre el complejo sistema de nudos de color y la notable contractibilidad de las algas. Todos los presentes, incluso algunos perdidos en las nieblas de una desesperada depresión desde hacía semanas, se apiñaron alrededor del recipiente para examinar los especímenes, para tocarlos, para especular y comentar. Sinnabor Lavon se regocijó al ver tanta animación a bordo del Spurifon después de tantas semanas de murria.

El capitán soñó esa noche que danzaba sobre el agua, ejecutando un vigoroso solo en cierto vivaz ballet. La hierba de dragón tenía un tacto firme y elástico bajo sus danzarines pies. Una hora antes del alba le despertaron los apremiantes golpes en la puerta del camarote. Entró un skandar... Skeen, que hacía la tercera guardia.

—Venga enseguida... la hierba de dragón, capitán... El alcance del desastre era obvio incluso con los tenues fulgores perlinos del nuevo día. El Spurifon había estado en marcha toda la noche, igual que la hierba de dragón, y el barco se hallaba en el centro de una apretada red de algas que aparentemente se extendía hasta los confines del universo. El panorama que divisó cuando las primeras fajas verdes matinales tiñeron el cielo fue similar al de un sueño: una alfombra uniforme formada por millones de millones de intrincadas hebras. La superficie vibraba, se retorció, se agitaba, temblaba, y el colorido variaba por todas partes según un inquieto espectro de tonalidades muy agresivas. Acá y allá, podía verse a los habitantes de una telaraña infinitamente enmarañada mientras efectuaban una gran diversidad de movimientos: se escabullían, se arrastraban, culebreaban, reptaban, subían y bajaban, correteaban... De la masa de algas espesamente entrelazadas surgía un olor tan penetrante que parecía atravesar las ventanas de la nariz y llegar a la nuca. No había ni un metro cuadrado de océano despejado. El Spurifon estaba encalmado, atascado, tan inmóvil como si durante la noche hubiera navegado mil kilómetros por el corazón del desierto de Suvrael.

Lavon miró a Vormetch —el segundo oficial, tan quejicoso e irritable ayer, tenía un sereno aspecto vindicativo— y a Galimoin, el oficial de derrota, cuya exuberante confianza había sido reemplazada por un estado mental tenso y volátil, detalle claro si se reparaba en su mirada, fija y rígida, y en la sombría cerrazón de sus labios.

—He desconectado los motores —dijo Vormetch—. Estamos succionando algas en grandes cantidades. Los rotores quedaron totalmente obstruidos casi en un instante.

—¿Es posible limpiarlos? —preguntó Lavon.

—Estamos limpiándolos —dijo Vormetch—. Pero en cuanto volvamos a ponerlos en marcha, entrarán algas por todas partes.

Con el ceño fruncido, Lavon miró a Galimoin.

—¿Ha conseguido medir la superficie de algas?

—Es imposible ver más allá de las algas, capitán.

—¿Ha sondeado la profundidad?

—Es igual que un prado. Las sondas no pueden atravesar las algas.

Lavon respiró lentamente.

—Que salgan varios botes a investigar, ahora mismo. Hay que inspeccionar lo que nos impide el paso. Vormetch, ordene a dos buceadores que averigüen la profundidad de las algas, y si hay alguna forma de proteger las tomas. Y diga a Joachil que venga aquí.

La menuda bióloga se presentó enseguida, con aspecto cansado aunque perversamente alegre.

—No he dormido en toda la noche para estudiar las algas —dijo antes de que Lavon pudiera hablar—. Se trata de fijadores de metales, con gran concentración de renio y vanadio en su...

—¿Ha notado que estamos parados? Joachil se mostró indiferente.

—Eso veo.

—Estamos reviviendo una antigua fábula donde los barcos eran atrapados por algas impenetrables y acababan siendo absorbidos. Tal vez nos quedemos aquí mucho rato.

—Eso nos dará oportunidad de estudiar esta excepcional zona ecológica, capitán.

—Tal vez el resto de nuestras vidas.

—¿Eso piensa? —preguntó Joachil Noor, sorprendida por fin.

—No tengo la menor idea. Pero deseo que varíe el tema de sus estudios, de momento. Averigüe qué cosa mata a estas algas, aparte de la exposición al aire. Tal vez tengamos que librar una guerra biológica contra ellas si pensamos salir de aquí alguna vez. Quiero saber qué productos químicos, qué método, qué plan puede mantenerlas alejadas de los rotores.

—Capture un par de dragones marinos —dijo al instante Joachil—, encadénelos a proa, uno a cada lado, y que nos abran paso a bocados.

Sinnabor Lavon no sonrió.

—Piénselo con más seriedad —dijo— e infórmeme después.

Vio que arriaban dos botes, ambos con una tripulación de cuatro hombres. Lavon confiaba en que los motores fuera borda lograran librarse de la hierba de dragón, pero no existía la menor posibilidad: las hélices se enredaron casi al instante, y los tripulantes tuvieron que desarmar los remos y seguir un curso lento y agotador a través de las algas. De vez en cuando tuvieron que hacer un alto para apartar con palos a los intrépidos crustáceos gigantes que erraban por la superficie del atascado océano. Al cabo de un cuarto de hora los botes se hallaban a poco más de cien metros del barco. Mientras tanto, una pareja de buceadores provistos de equipo autónomo, un yort y un hombre, se zambulleron, abrieron brechas en la hierba de dragón que rodeaba el barco y se esfumaron en las viscosas profundidades. Al ver que no regresaban al cabo de media hora, Lavon habló con el segundo, oficial.

—Vormetch, ¿Cuánto tiempo puede estar sumergido un hombre con ese equipo?

—El tiempo que ha pasado, capitán. Quizás un poco más para un yort, pero no mucho más.

—Eso pensaba.

—No podemos mandar más buceadores en su busca, ¿verdad?

—No —dijo Lavon, desolado—. ¿Cree que el sumergible podrá atravesar las algas?

—Seguramente no.

—Yo también lo dudo. Pero tendremos que intentarlo. Pida voluntarios.

El Spurifon transportaba una pequeña embarcación submarina que utilizaba para investigaciones científicas. Hacía meses que no se usaba, y cuando estuvo lista para el descenso había pasado más de una hora. La suerte de los buceadores era indudable. Y Lavon notó que la certeza de estas muertes se asentaba en su espíritu como una piel de frío metal. Jamás había conocido a una persona que muriera a causa de algo distinto a extrema vejez, y la extrañeza de una muerte por accidente le resultó difícil de asimilar, casi tan difícil como el conocimiento de que él era responsable de lo sucedido.

Tres voluntarios se introdujeron en el sumergible, y un montacargas dejó la embarcación sobre el agua. Estuvo en reposo unos instantes en la superficie. Después los ocupantes hicieron salir los garfios retráctiles de que estaba provisto el aparato y el sumergible empezó a abrirse paso hacia las profundidades igual que un grueso y lustroso cangrejo. Fue una tarea muy lenta, porque la hierba de dragón se aferraba al metal y volvía a tejer la red partida casi con la misma rapidez con que los garfios la rompían. Pero poco a poco la pequeña embarcación fue perdiéndose de vista.

Galimoin estaba gritando por un megáfono desde otra cubierta. Lavon volvió la cabeza y vio que los dos botes pugnaban por atravesar las algas quizás a ochocientos metros de distancia. Ya era media mañana, y con el resplandor resultaba difícil asegurar la dirección seguida por los botes, aunque parecían estar regresando.

Solitario y silencioso, Lavon aguardó en el puente. Nadie se atrevió a dirigirle la palabra. El capitán contempló la flotante alfombra de hierba de dragón, abultada en algunos puntos a causa de las extrañas y terribles formas de vida que la poblaban, y pensó en los dos tripulantes ahogados y en los que ocupaban el sumergible y los botes, y en los que aún estaban a salvo a bordo del Spurifon, todos atrapados en la red de aquel extravagante apuro. Cuán fácil habría sido evitar esto, pensó Lavon; y cuán fácil es tener estas ideas. Y cuán fútil. Permaneció en su puesto, inmóvil, hasta bastante después del mediodía, en silencio, soportando la calina, el calor y la hediondez. Después fue a su camarote. Posteriormente Vormetch fue a verle para informarle de que los tripulantes del sumergible habían encontrado a los buceadores flotando cerca de los paralizados rotores, envueltos en espesos arrollamientos de hierba de dragón, como si las algas los hubieran atacado y cubierto de modo deliberado. Lavon se mostró escéptico en cuanto al último detalle; los buceadores debían haberse enredado en las algas, insistió, aunque sin convicción. El mismo sumergible había pasado momentos difíciles y casi había quemado los motores en el esfuerzo de bajar a quince metros de profundidad. Las algas, explicó Vormetch, formaban una capa prácticamente sólida hasta cuatro metros por debajo de la superficie.

—¿Y qué hay de los botes? —preguntó Lavon.

El segundo oficial le explicó que habían regresado, aunque con los tripulantes exhaustos por la tarea de remar entre la maraña de algas. En una mañana entera sólo habían podido alejarse dos kilómetros del barco, y no habían distinguido el límite de la hierba de dragón, ni siquiera una brecha en la uniforme trama. Un ocupante de un bote fue atacado por un animal parecido a un cangrejo en el trayecto de vuelta, pero se salvó sufriendo únicamente cortes de poca importancia.

Durante la jornada no hubo cambios en la situación. Ningún cambio parecía posible. La hierba de dragón había atrapado al Spurifon y no había motivo para que soltara al barco, a menos que los viajeros la obligaran a hacerlo, cosa que Lavon no sabía cómo lograr.

Ordenó al cronista, Mikdal Hasz, que se mezclara entre los tripulantes y estudiara su estado de ánimo.

—Domina la calma —informó Hasz—. Algunos están preocupados. La mayoría consideran el apuro como un extraño alivio: un reto, una desviación de la monotonía de meses recientes.

—¿Y usted?

—Tengo mis temores, capitán. Pero deseo creer que encontraremos una salida. Y respondo a la belleza de este misterioso paisaje con inesperado placer.

¿Belleza? Lavon no había pensado ver belleza en el panorama. Contempló sombríamente los kilómetros de hierba de dragón, de color rojo y bronce bajo el sangriento cielo vespertino. Una niebla rojiza se alzaba del agua, y en ese denso vapor las criaturas de las algas se movían en grandes cantidades, razón que explicaba el constante temblor de las enormes estructuras de algas. ¿Belleza? Cierta tipo de belleza, sí, advirtió Lavon. Tenía la impresión de que el Spurifon estuviese varado en el centro de

un inmenso cuadro, un vasto pergamino de blandas y fluidas formas que representaba un mundo onírico y desorientador sin rasgos notables, en cuya líquida superficie tenía lugar un interminable cambio de forma y color. Si él se reprimía de considerar la hierba de dragón como el enemigo, el destructor de todo lo que se había esforzado en lograr, podía admirar hasta cierto punto los variables destellos y formas que le rodeaban.

Pasó en vela casi toda la noche en vana búsqueda de una táctica practicable contra el vegetal adversario.

La mañana aportó nuevos colores a las algas, verdes claros y abigarrados amarillos bajo un desalentador cielo cargado de finas nubes. Cinco o seis colosales dragones marinos se veían a gran distancia mientras comían algas y se abrían una senda a través del agua. ¡Qué satisfactorio sería, pensó Lavon, si el Spurifon pudiera hacer lo mismo!

Se reunió con los oficiales. También ellos habían advertido el estado de ánimo en general de tranquilidad, incluso de fascinación de la noche anterior. Pero esa mañana habían detectado el surgimiento de tensiones.

—Ya estaban frustrados y nostálgicos —dijo Vormetch— y ahora temen que aquí haya un nuevo retraso de días o incluso semanas.

—O meses o años o para siempre —espetó Galimoin—. ¿Qué te hace pensar que vamos a salir de aquí?

La voz del oficial de derrota estaba quebrada por la tensión y las venas resaltaban en su grueso cuello. Lavon había percibido cierta inestabilidad oculta en Galimoin, pero ni aún así estaba preparado para la rapidez con que aquél se había venido abajo tras la arremetida de la hierba del dragón.

—Tú mismo lo dijiste anteayer —dijo el segundo oficial en tono de asombro—. «Sólo son algas. Las atravesaremos.» ¿Lo recuerdas?

—Entonces no sabía a qué nos enfrentábamos —refunfuñó Galimoin.

Lavon miró a Joachil Noor.

—¿Qué opina respecto a la posibilidad de que estas plantas sean migratorias, que toda la formación se disperse y nos deje continuar tarde o temprano?

La bióloga meneó la cabeza.

—Podría ser. Pero no veo motivo para contar con ello. Lo más probable es que se trate de un ecosistema quasi permanente. Las corrientes podrían transportarlo a otras zonas del Gran Océano, pero en ese caso nos arrastrarían igual que a las algas.

—¿Lo ven? —dijo tristemente Galimoin—. ¡No hay esperanza!

—Sí, todavía —dijo Lavon—. Vormetch, ¿qué le parece si usamos el sumergible para instalar protecciones en las tomas?

—Es posible. Es posible.

—Inténtelo. Que los técnicos ideen algún tipo de protección ahora mismo. Joachil, ¿qué opina de un contraataque químico contra las algas?

—Estamos haciendo pruebas —dijo ella—. No puedo prometer nada.

Nadie podía prometer nada. Sólo meditar, trabajar, aguardar y tener esperanza.

Idear protecciones para las tomas costó un par de días; construirlas, otros cinco. Mientras tanto Joachil Noor experimentó métodos de matar la hierba que rodeaba el barco, sin resultados aparentes.

Durante esos días no sólo el Spurifon sino el mismo tiempo parecieron inmobilizados. Diariamente Lavon determinaba la posición y la anotaba en el cuaderno de bitácora; en realidad el barco navegaba varias millas diarias, siguiendo un rumbo constante sur-suroeste. Pero no iba a ninguna parte en relación con toda la masa de algas: para tener un punto de referencia marcaban con tintes la hierba de dragón que rodeaba al barco, y no había movimiento alguno en las grandes manchas amarillas y escarlatas. Y los días iban pasando. En este océano podían flotar para siempre arrastrados por las corrientes marinas y no divisar tierra jamás.

Lavon estaba irritado. Tenía dificultades para mantener su acostumbrada postura erguida, su espalda había empezado a encorvarse y su cabeza era igual que un peso muerto. Creía tener más años, se sentía viejo. La sensación de culpabilidad le carcomía. En él recaía la responsabilidad de no haberse apartado de la zona de hierba de dragón en el momento en que el peligro fue claro. Tan sólo unas horas habrían sido importantes, se dijo, pero se había dejado llevar por el espectáculo de los dragones marinos y por su estúpida teoría de que un poco de peligro añadiría sabor a un viaje mortalmente insípido. Estaba arremetiendo contra sí mismo por tal motivo, y de ahí a culparse por haber embarcado a los tripulantes en un viaje absurdo y fútil no había mucha distancia. Un viaje de diez o quince años, de ninguna parte a ninguna parte... ¿Por qué? ¿Por qué? Sin embargo Lavon se esforzó en mantener la moral de los demás. La ración de vino — limitada, porque las bodegas del barco debían durar hasta el término del viaje— se dobló. Por la noche hubo diversión. Lavon ordenó a todos los grupos de investigación que pusieran al día los estudios oceanográficos, pensando que no era momento para que hubiera gente ociosa. Informes que debían haberse redactado meses o incluso años antes, pero que habían sido pospuestos en el largo y lento desarrollo del crucero, tuvieron que terminarse inmediatamente. Trabajar era la mejor medicina para combatir el aburrimiento, la frustración y —un nuevo factor en crecimiento— el miedo. En cuanto las primeras protecciones estuvieron preparadas, un grupo de voluntarios ocupó el sumergible para intentar soldarlas al casco a la altura de las tomas. La tarea, ya de por sí difícil, se complicó más por la necesidad de efectuarla enteramente mediante los garfios extensibles del sumergible. Tras la pérdida de los dos buceadores Lavon no quería correr el riesgo de que alguien se echara al agua si no era en el sumergible. Bajo la dirección de un experto mecánico llamado Duroin Klays, el trabajo prosiguió día tras día, pero era una tarea poco agradecida. La densa masa de hierbas dragón, que atacaba el casco en cuanto el mar se agitaba un poco, soltó varias veces los frágiles montajes, y los soldados apenas avanzaban.

El sexto día de trabajo Duroin Klays fue a ver a Lavon con un fajo de lustrosas fotografías. En ellas se veían manchas de color anaranjado sobre un fondo grisáceo.

—¿Qué es esto? —preguntó el capitán.

—Corrosión del casco, señor. Lo noté ayer, y esta mañana he hecho varias fotografías submarinas.

—¿Corrosión del casco? —Lavon sonrió de modo forzado—. Es difícil de creer. El casco es muy resistente. Lo que está enseñándome deben ser percebes, o alguna clase de esponjas...

—No, señor. Es posible que no se vea muy claro en las fotos —dijo Duroin Klays—. Pero se comprueba sin dificultad desde el sumergible. Parecen pequeñas cicatrices hundidas en el metal. Estoy completamente seguro, señor.

Lavon despidió al mecánico e hizo venir a Joachil Noor. La bióloga estudió largo rato las fotografías.

—Es totalmente probable —dijo por fin.

—¿Que la hierba de dragón esté corroyendo el casco?

—Sospechamos la posibilidad desde hace varios días. Uno de los primeros hallazgos fue la importante disminución del pH de esta parte del océano comparado con las zonas despejadas. Estamos reposando en una solución ácida, capitán, y no me cabe duda alguna de que las algas están secretando ácidos. Sabemos que se trata de fijadores de metal cuyos tejidos están repletos de elementos pesados. Normalmente extraen los metales del agua del mar, por supuesto. Pero deben considerar al Spurifon como una gigantesca mesa de banquete. En cuanto al motivo de que la hierba de dragón se hiciera repentinamente tan densa en las proximidades del barco, no me sorprendería averiguar que las algas de varios kilómetros a la redonda se congregaran aquí para participar en el festín.

—Si eso es cierto, sería una locura esperar que la gelatina de algas se disperse espontáneamente.

—Muy cierto. Lavon pestañeó.

—Y si permanecemos bloqueados mucho tiempo, la hierba de dragón nos dejará como un colador, ¿no? La bióloga se echó a reír.

—Para eso harían falta cientos de años. Morir de hambre es un problema más inmediato.

—¿Por qué?

—¿Cuánto tiempo duraríamos comiendo únicamente lo que ahora está almacenado a bordo?

—Algunos meses, supongo. Ya sabe que dependemos de lo que encontramos a lo largo del viaje. ¿Pretende decir que...?

—Sí, capitán. Probablemente todo lo que hay en el ecosistema que nos rodea en estos momentos es venenoso para nosotros. Las algas absorben metales oceánicos. Los crustáceos y peces pequeños comen algas. Las criaturas de mayor tamaño comen a las de menor tamaño. La concentración de sales metálicas aumenta cada vez más a lo largo de la cadena. Y nosotros...

—No medraremos con una dieta de renio y vanadio.

—Y molibdeno y rodio. No, capitán. ¿Ha visto los últimos informes médicos? Una epidemia de náusea, fiebre, algunos problemas circulatorios... ¿Cómo se siente usted, capitán? Y esto es sólo el principio. Nadie ha sufrido una «infección» grave... todavía. Pero dentro de una semana, dos o tres semanas...

—¡Que la Dama nos proteja! —musitó Lavon.

—Las bendiciones de la Dama no llegan a un lugar tan occidental —dijo Joachil. Sonrió fríamente—. Mi recomendación es dejar de comer pescado inmediatamente y recurrir a las reservas hasta que salgamos de esta parte del océano. Y concluir lo antes posible la tarea de proteger los rotores.

—De acuerdo —dijo Lavon.

En cuanto se fue la bióloga, Lavon se dirigió al puente y contempló sombríamente el mar, congestionado y tembloroso. Hoy los colores eran más ricos que nunca. Oscuros ocre, sepias, bermejos, índigos... La hierba de dragón estaba medrando. Lavon imaginó las pulposas briznas que golpeaban el casco, quemando el reluciente metal con secreciones ácidas, corroyéndolo molécula a molécula, convirtiendo el barco en caldo de iones que devoraban con avidez. Se estremeció. Ya no podía ver belleza en los complejos tejidos de algas. Esa densa y entrelazadísima masa que se prolongaba hasta el horizonte sólo significaba para él hedor y podredumbre, peligro y muerte, los burbujeantes gases de la corrupción. Hora tras hora los costados del gran barco iban haciéndose más delgados, y el Spurifon continuaba quieto, inmovilizado, impotente, en medio del enemigo que lo consumía.

Lavon intentó evitar que los nuevos peligros fueran conocidos en general. Era imposible, por supuesto: no podía haber secretos duraderos en un universo tan cerrado como el Spurifon. La insistencia en guardar el secreto del capitán sirvió como mínimo para minimizar la discusión abierta de los problemas que con tanta rapidez podía conducir al pánico. Todos lo sabían, pero todos fingían que sólo el capitán conocía la deplorable situación.

No obstante, la tensión fue aumentando. Los modales eran bruscos, las conversaciones tensas; las manos temblaban, se tartamudeaban las palabras, caían cosas al suelo...Lavon se separaba de los demás tanto tiempo como le permitían sus obligaciones. Suplicaba liberación y buscaba una guía en los sueños, pero Joachil tenía razón: los viajeros estaban fuera del alcance de la amorosa Dama de la Isla cuyo consejo aportaba solaz a los que sufrían y sapiencia a los que tenían problemas. El único destello de esperanza provino de los biólogos. Joachil Noor sugirió la posibilidad de alterar el

sistema eléctrico de la hierba de dragón haciendo pasar corriente por el agua. A Lavon le pareció un método dudoso, pero autorizó a Joachil a que encargara la tarea a varios técnicos del barco.

Y por fin estuvo colocada la última protección de las tomas. Fue casi al final de la tercera semana de cautiverio.

—Motores en marcha —ordenó Lavon.

El buque latió con renovada vida cuando los rotores empezaron a funcionar. En el puente, los oficiales permanecieron paralizados: Lavon, Vormetch, Galimoin, todos silenciosos, inmóviles, casi sin respirar. Se formaron pequeñas olas a proa. ¡El Spurifon estaba empezando a moverse! Poco a poco, obstinadamente, el barco se abrió paso entre las apretadas masas de serpenteante hierba de dragón... y se estremeció, se movió a sacudidas, pugnó... y cesó el ruido de los rotores...

—¡Las protecciones no resisten! —gritó angustiado Galimoin.

—Averigüe qué está pasando —dijo Lavon a Vormetch. Miró a Galimoin, inmóvil como si tuviera los pies clavados, tembloroso, sudoroso, con los músculos de labios y mejillas agitándose frenéticamente. Lavon le dijo en tono cordial—: Seguramente será un contratiempo sin importancia. Venga, tomaremos un vaso de vino, y dentro de un momento estaremos avanzando otra vez.

—¡No! —chilló—. Noté que las protecciones se soltaban. La hierba de dragón está comiéndoselas.

—Las protecciones resistirán —dijo Lavon, en tono más apremiante—. Mañana a estas horas estaremos lejos de aquí, y usted pondrá rumbo a Alhanroel...

—¡Estamos perdidos! —gritó Galimoin, y se marchó bruscamente, agitando los brazos mientras bajaba las escaleras y se perdía de vista.

Lavon vaciló. Volvió Vormetch, muy serio: las protecciones se habían soltado, los rotores estaban atascados, el barco estaba parado de nuevo. Lavon no sabía qué hacer. Se sentía contagiado de la desesperación de Galimoin. El sueño de su vida era un fracaso, una catástrofe absurda, una burda farsa.

Llegó Joachil.

—Capitán, ¿sabe que Galimoin se ha vuelto loco? Está en la cubierta de observación, gesticulando, chillando, bailando, incitando a un motín.

—Iré a verle —dijo Lavon.

—Noté que los motores se ponían en marcha. Pero luego... Lavon asintió.

—Otra vez atascados. Las protecciones se soltaron.

Mientras se dirigía al pasillo el capitán oyó que Joachil decía algo sobre el proyecto eléctrico, que ella estaba lista para la primera prueba completa, y Lavon replicó que lo hiciera enseguida, y que le informara en cuanto hubiera resultados alentadores. Pero las palabras de la mujer no tardaron en desaparecer de sus pensamientos. El problema de Galimoin le ocupaba por entero.

El oficial de derrota se había situado en la plataforma elevada de estribor, donde en otros días hacía observaciones y cálculos de latitudes y longitudes. Estaba brincando como una bestia enloquecida, iba de un lado a otro gesticulando y gritando de modo incoherente, cantando estridentes baladas, denunciando a Lavon como el loco que deliberadamente los había conducido a esa trampa. Diez miembros de la tripulación se habían reunido abajo, atentos al oficial de derrota; unos se mofaban, otros chillaban su acuerdo. Y estaban llegando más tripulantes: era el deporte del momento, la diversión del día. Para su horror, Lavon vio que Mikdal Hasz se acercaba a la plataforma desde el lado opuesto. El cronista habló en voz baja, hizo gestos al oficial de derrota, le urgió serenamente a que bajara. Y Galimoin interrumpió varias veces su arenga para mirar a Hasz y gruñir una amenaza. Pero el cronista siguió avanzando. Se hallaba a un par de metros de Galimoin, sin dejar de hablarle, sonriente, enseñando las manos como si quisiera indicar que no llevaba armas.

—¡Vete! —rugió Galimoin—. ¡No te acerques! Lavon, también acercándose poco a poco a la plataforma, indicó por señas a Hasz que se mantuviera fuera del alcance del enloquecido oficial. Demasiado tarde: en un súbito momento de locura el furioso Galimoin se lanzó hacia Hasz, levantó al hombrecillo como si fuera un muñeco y lo lanzó al mar. Un grito de asombro brotó de los presentes. Lavon corrió hasta la barandilla a tiempo de ver al cronista que, agitando los brazos, caía en la superficie del mar. Al instante hubo convulsiva actividad en la hierba de dragón. Igual que enloquecidas anguilas, las pulposas plantas pulularon, se retorcieron, culebrearon. El mar pareció hervir por un instante. Y después Hasz desapareció. Un terrible mareo sobrecogió a Lavon. Pensó que el corazón llenaba todo su pecho y aplastaba sus pulmones, y que su cerebro daba vueltas dentro del cráneo. Nunca antes había presenciado violencia. En toda su vida jamás había tenido noticia de que un hombre matara deliberadamente a otro. Que ello hubiera ocurrido en su barco, siendo oficiales del mismo tanto la víctima como el capitán, en plena crisis, era intolerable, una herida mortal. Avanzó como un sonámbulo, puso las manos en los potentes y musculosos brazos de Galimoin y, con una fuerza que hasta entonces no había tenido, lanzó al oficial de derrota por encima de la barandilla, sin dificultad, sin pensarlo. Oyó un sofocado aullido, un chapoteo. Se asomó, consternado, asombrado, y vio que el mar bullía por segunda vez mientras la hierba de dragón envolvía el cuerpo de Galimoin pese a los frenéticos movimientos de éste.

Poco a poco, aturdido, Lavon bajó de la plataforma. Se sentía confuso y avergonzado. Algo parecía estar roto en su interior. Un círculo de difusas figuras le rodeaba. Gradualmente distinguió ojos, bocas, rasgos de caras conocidas. Quiso decir algo, pero no brotaron palabras, sólo sonidos. Se desplomó, le cogieron y llevaron a la cubierta. El brazo de alguien le rodeó los hombros; alguien le dio vino.

—Mirad sus ojos —oyó que decía una voz—. ¡Está conmocionado!

Lavon se puso a temblar. Sin saber cómo, porque no notó que lo levantaran, se encontró en su camarote, con Vormetch inclinado al lado y otras personas detrás del segundo oficial.

—El barco se mueve, capitán —dijo Vormetch.

—¿Qué? ¿Qué? Hasz ha muerto. Galimoin mató a Hasz y yo maté a Galimoin.

—Era la única alternativa. Ese hombre estaba loco.

—Yo lo maté, Vormetch.

—No podíamos tener encerrado a un loco durante los próximos diez años. Era un peligro para todos. Había perdido el derecho a vivir. Usted estaba al mando. Actuó correctamente.

—Nosotros no matamos —dijo Lavon—. Nuestros bárbaros antepasados lo hacían, en Vieja Tierra hace mucho tiempo, pero nosotros no matamos. Yo no mato. Fuimos bestias una vez, pero eso fue en otra época, en un planeta distinto. Yo maté a Galimoin, Vormetch.

—Usted es el capitán. Tenía derecho a hacerlo. Él era una amenaza para el éxito del viaje.

—¿Éxito? ¿Éxito?

—El barco se mueve otra vez, capitán.

Lavon forzó la vista, pero apenas podía ver.

—¿Qué está diciendo?

—Venga, véalo usted mismo.

Cuatro enormes brazos le rodearon y Lavon olió el almizcleño hedor del pelaje skandar. El gigante lo levantó y lo llevó a la cubierta, y lo dejó con sumo cuidado. Lavon se tambaleó, pero Vormetch estaba junto a él, y también Joachil Noor. El segundo oficial señaló el mar con un dedo. Una zona despejada en torno al Spurifon, de un lado a otro del casco.



—Sumergimos cables en el agua —dijo Joachil— y dimos a la hierba de dragón una buena sacudida eléctrica. Con ello cortocircuitamos los sistemas contráctiles. Las algas más próximas al barco murieron al instante y las demás retrocedieron. Hay un canal abierto delante del buque, hasta donde llega la vista.

—El viaje está salvado —dijo Vormetch—. ¡Ahora podemos seguir adelante, capitán!

—No —dijo Lavon. Notaba que la niebla y la confusión iban abandonando su mente—. ¿Quién es ahora el oficial de derrota? Que cambie el rumbo ciento ochenta grados, hacia Zimroel.

—Pero...

—¡Ciento ochenta grados! ¡A Zimroel!

Todos le miraban boquiabiertos, asombrados, atónitos.

—Capitán, aún no es usted mismo. Dar esa orden, cuando todo va bien otra vez... Necesita descanso, y dentro de pocas horas...

—El viaje ha terminado, Vormetch. Regresamos.

—¡No!

—¿No? ¿Debo entender que esto es un motín? —Los ojos de los demás eran inexpresivos, igual que sus rostros—. ¿Realmente quieren continuar? ¿A bordo de un barco condenado con un asesino como capitán? Todos estaban hartos del viaje antes de que sucediera esto. ¿Creen que yo no lo sabía? Añoraban el hogar. No se atrevían a decirlo, eso es todo. Bien, ahora siento lo mismo que ustedes.

—Llevamos cinco años en el mar —dijo Vormetch—. Tal vez estemos a medio camino. Tal vez nos cueste el mismo tiempo llegar a la otra costa que regresar.

—O tal vez nos cueste una eternidad —dijo Lavon—. No importa. No tengo ánimos para continuar.

—Mañana quizá piense otra cosa, capitán.

—Mañana todavía tendré sangre en las manos, Vormetch. Yo no estaba predestinado a llevar este barco al otro lado del Gran Océano. Compramos nuestra libertad a cambio de cuatro vidas, pero el viaje quedó interrumpido por ello.

—Capitán...

—Cambie el rumbo a ciento ochenta grados —dijo Lavon.

Cuando fueron a verle al día siguiente, suplicando que les permitiera continuar el viaje, argumentando que fama eterna e inmortalidad les aguardaban en las costas de Alhanroel, Lavon recurrió a toda la calma y serenidad de que era capaz para negarse a discutir el asunto con ellos. Continuar ahora, volvió a decirles, era imposible. De modo que todos intercambiaron miradas —tanto los que habían odiado el viaje y ansiado librarse de él como los que en el momento de victoria sobre la hierba de dragón habían cambiado de opinión— y cambiaron de opinión por segunda vez, porque sin la fuerza motriz de la voluntad de Lavon era imposible proseguir.

Pusieron rumbo al este y no hablaron más de atravesar el Gran Océano. Un año después fueron asaltados por varias tempestades y sufrieron grandes daños, y otros doce meses más tarde tuvieron un fatal encuentro con dragones marinos que ocasionaron importantes destrozos en la popa del barco.

Pero pudieron continuar a pesar de todo. Y de los ciento sesenta y tres viajeros que salieron de Til-omon hacía mucho tiempo, más de un centenar seguían vivos, el capitán Lavon entre ellos, cuando el Spurifon llegó renqueante a su puerto de origen en el curso del undécimo año de viaje.

#### IV - LAS EXPLICACIONES DE CALINTANE

Hissune está abatido durante varios días después. Él sabe, claro está, que el viaje fracasó: ningún barco ha cruzado el Gran Océano y ningún barco lo conseguirá jamás,

porque la idea es absurda y su realización seguramente imposible. Pero fracasar de ese modo, ir tan lejos y luego regresar, no por cobardía, enfermedades o hambre sino por pura desesperación moral... A Hissune le cuesta comprenderlo. Él nunca habría retrocedido. En el transcurso de los quince años de su vida siempre había avanzado hacia lo que percibía como su meta, y las personas que dudaban mientras recorrían sus sendas le parecían perezosas y débiles. Pero, claro, él no es Sinnabor Lavon; y tampoco él ha matado a nadie. Una hazaña violenta como ésta puede hacer temblar el alma de cualquiera. Por Sinnabor Lavon siente cierto desprecio, y bastante pena, y luego cuando profundiza en la consideración del hombre, cuando lo juzga desde dentro, algo parecido a admiración reemplaza al desprecio, porque Hissune comprende que el capitán Lavon no fue un ser apocado sino, de hecho, una persona de enorme fuerza moral. Se trata de un hallazgo sorprendente, y la depresión de Hissune desaparece en el instante en que el muchacho se da cuenta. Mi educación, piensa, prosigue.

A pesar de todo, él ha recurrido a las memorias de Sinnabor Lavon en busca de aventura y diversión, no para filosofar con tanta seriedad. No ha encontrado lo que buscaba. Pero pocos años después de ese viaje, Hissune lo sabe, se produjo un hecho en el mismo Laberinto que divirtió enormemente a todo el mundo, y al cabo de más de seis mil años ese hecho todavía retumba en la historia como una de las mayores extrañezas que Majipur ha visto. Cuando sus obligaciones se lo permiten, Hissune aprovecha la oportunidad para hacer un poco de investigación histórica. Y regresa al Registro de Almas para entrar en la mente de cierto joven secretario de la corte de Arioc, Pontífice de extravagante reputación.

En la mañana posterior al momento en que la crisis alcanzó su clímax y ocurrieron los definitivos disparates, una extraña quietud se posesionó del Laberinto de Majipur, como si la sorpresa impidiera hablar a todo el mundo. El impacto de los extraordinarios incidentes del día anterior estaba empezando a hacerse notar, aunque las personas que los habían presenciado aún no acababan de creerlos. La totalidad de ministerios permaneció cerrada, por orden del nuevo Pontífice. Los burócratas, tanto los importantes como los secundarios, habían padecido extremas tensiones por causa del reciente cataclismo, y se les concedió libertad para vencerlas durmiendo, mientras el nuevo Pontífice y la Nueva Corona —ambos aturdidos por la imprevista obtención del cargo real que los había golpeado con la fuerza del trueno— se retiraban a cámaras privadas para contemplar sus asombrosas transformaciones. Y ello ofreció a Calintane la compensación de poder ver a su amada Silimoor. Con aprensión —porque el mes entero la había tratado mezquinamente, y ella no era la clase de persona que olvida con facilidad— Calintane le envió una nota que decía: Sé que soy culpable de vergonzosa negligencia, pero quizás ahora empieces a comprender. Ven a verme a la hora de comer en la cafetería que hay junto a la Mansión de los Globos y te lo explicaré todo.

Silimoor se enfadaba con rapidez incluso en el mejor de los casos. Prácticamente ése era su único defecto pero un defecto grave, y Calintane temía la ira de la mujer. Eran amigos desde hacía un año, y estaban casi prometidos en matrimonio. Los secretarios veteranos de la corte pontificia estaban de acuerdo en que Calintane había elegido un buen partido. Silimoor era encantadora e inteligente, bien informada en asuntos políticos, y de buena familia, con tres coronas entre sus antepasados, entre ellos nada menos que el mítico lord Stiamot. Era obvio que sería la pareja ideal para un joven destinado a ocupar altos cargos. Aunque todavía a cierta distancia de los treinta, Calintane ya había llegado al borde externo del círculo íntimo que rodeaba al Pontífice, y se le habían encomendado responsabilidades que excedían las propias de su edad. En realidad, esas mismas responsabilidades le habían impedido en los últimos tiempos ver, o incluso hablar largamente con Silimoor. Por eso esperaba que Silimoor le regañara, y por eso confiaba sin excesiva convicción en que ella acabara perdonándole.

Durante la última noche en vela Calintane había ensayado en su fatigada mente un largo discurso justificativo que empezaba así. «Como ya sabes, estas últimas semanas he estado preocupado por urgentes asuntos de estado, muy delicados para discutirlos detalladamente contigo, y por eso...» Y mientras ascendía los niveles del Laberinto en dirección a la Mansión de los Globos para acudir a su cita con Silimoor, Calintane continuó dando vueltas a las frases. El espectral silencio del Laberinto esa mañana le hizo sentirse mucho más nervioso. Los niveles inferiores, donde se encontraban las oficinas gubernamentales, parecían estar totalmente desiertos, y más arriba vio escasas personas, reunidas en apretados grupos en los rincones más oscuros, que susurraban y murmuraban como si se hubiera producido un golpe de estado, cosa que en cierto sentido no estaba muy lejos de la realidad. Todo el mundo le miró. Algunos le señalaron con el dedo. Calintane se preguntó cómo era posible que supieran que él era secretario del Pontífice, hasta que recordó que aún llevaba puesta la máscara del cargo. De todas formas no se la quitó, conservándola a modo de protección contra la deslumbrante luz artificial, tan dolorosa para sus afligidos ojos. Hoy el Laberinto resultaba sofocante y opresivo. Calintane anheló la huida de las sombrías profundidades subterráneas, niveles y más niveles de grandes cámaras en espiral que se retorcían continuamente. En una sola noche el lugar se había vuelto detestable para él.

Salió del elevador en el nivel de la Mansión de los Globos y cruzó en diagonal la intrincada inmensidad, decorada con miles de esferas misteriosamente suspendidas, hasta llegar a la pequeña cafetería situada en la parte opuesta. Era mediodía en el momento en que entró. Silimoor ya estaba allí —Calintane ya lo esperaba; Ella usaba la puntualidad para expresar disgusto—, en una mesita junto a la pared trasera de pulido ónice. La mujer se levantó y no le ofreció los labios sino la mano derecha, otro detalle esperado por Calintane. La sonrisa de Silimoor era precisa y fría. Exhausto como estaba, la belleza de su amada le pareció excesiva: el corto pelo rubio peinado en forma de corona, los centelleantes ojos verde turquesa, los carnosos labios y los salientes pómulos, una elegancia penosamente soportable en esos momentos.

—Te he echado de menos —dijo él con voz ronca.

—Claro. Una separación tan larga... debe haber sido una carga terrible...

—Como ya sabes, estas últimas semanas he estado preocupado por urgentes asuntos de estado, muy delicados para discutirlos detalladamente contigo, y por eso...

Las palabras sonaban increíblemente estúpidas incluso en sus propios oídos. Fue un alivio que ella le interrumpiera con su suave voz.

—Hay tiempo para todo eso, cariño. ¿Pedimos vino?

—Por favor. Sí.

Silimoor hizo una señal. Un uniformado camarero, un yort de aspecto arrogante, se acercó para tomar nota y se fue a grandes zancadas.

—¿No piensas quitarte la máscara? —dijo Silimoor.

—Ah. Perdona. Han sido unos días tan revueltos...

Calintane se quitó la tira de color amarillo limón que cubría su nariz y sus ojos y le distinguía como secretario del Pontífice. La expresión de Silimoor varió al ver claramente a Calintane por primera vez; el aspecto de furia y serena presunción fue debilitándose, y en su rostro apareció algo similar a preocupación.

—Tienes los ojos inyectados de sangre... las mejillas pálidas y hundidas...

—No he dormido nada. Ha sido una noche de locura.

—Pobre Calintane.

—¿Crees que he estado alejado de ti porque deseaba hacerlo? Me han cogido en medio de este disparate, Silimoor.

—Lo sé. Veo que la tensión ha sido horrible.

Calintane comprendió de pronto que ella no estaba burlándose, que su pena era genuina, que en realidad las cosas iban a ser más fáciles de lo que él imaginaba.

—El problema de ser ambicioso —dijo Calintane— es que te ves envuelto en asuntos que escapan a tu dominio, y no tienes más alternativa que dejarte llevar. ¿Sabes qué hizo ayer el Pontífice Arioc?

Silimoor contuvo la risa.

—Sí, claro. Bueno, he oído los rumores. Como todo el mundo. ¿Es cierto? ¿Sucedió realmente?

—Por desgracia, sí.

—¡Maravilloso, perfectamente maravilloso! Pero una cosa así pone el mundo al revés, ¿verdad? ¿Te afecta eso de alguna forma desagradable?

—Nos afecta a ti, a mí, a todo el mundo —dijo Calintane, con un gesto que abarcaba más allá de la Mansión de los Globos, más allá del mismo Laberinto, que incluía todo el planeta alrededor de las claustrofóbicas profundidades de aquél, desde la impresionante cima del Monte del Castillo hasta las distantes ciudades del continente occidental—. Nos afecta a todos hasta un punto que todavía soy incapaz de comprender. Pero te explicaré la historia desde el principio...

Tal vez no sepas que el Pontífice Arioc estaba comportándose de un modo muy extraño desde hace varios meses. Supongo que en las tensiones que sufren los altos cargos hay algo que acaba por volver loca a la gente. O quizás hay que estar parcialmente loco, como mínimo, para aspirar a un alto cargo. Pero ya sabes que Arioc fue Corona durante trece años en el pontificado de Dizimaule, y que ha sido Pontífice otros doce años, y son muchos años detentando esa clase de poder. En especial cuando se vive en el Laberinto. De vez en cuando el Pontífice debe añorar el mundo externo, supongo... Notar las brisas del Monte del Castillo, cazar gihornas en Zimroel o nadar en algún río de verdad... Y en este dédalo se encuentra varios kilómetros bajo tierra, presidiendo rituales y dando órdenes a los burócratas hasta el final de sus días. Una vez, hace un año, Arioc se refirió de improviso a su deseo de hacer una gran procesión por Majipur. Yo estaba de servicio en la corte aquel día, junto con el duque Guadeloom. El Pontífice pidió mapas y planeó un viaje río abajo hasta Alaisor, una peregrinación a la Isla del Sueño para visitar a la Dama en el Templo Interior, luego un recorrido por Zimroel, con paradas en Piliplok, Ni-moya, Pidruid, Narabal... en fin, todo el mundo, un viaje que al menos duraría cinco años. Guadeloom me miró, divertido, y de un modo muy diplomático indicó a Arioc que la gran procesión la hace la Corona, no el Pontífice, y que lord Struin había terminado una hacía un par de años.

—¿Debo entender que se trata de algo prohibido para mí?—preguntó el Pontífice.

—No exactamente prohibido, vuestra majestad, pero la costumbre dicta...

—¿Que yo siga estando prisionero en el Laberinto?

—Prisionero no, ni mucho menos, vuestra majestad, pero...

—Pero será muy raro, si no imposible, que me aventure en el mundo exterior. ¿No es eso?

Y así sucesivamente. Debo decir que mis simpatías estaban del lado de Arioc. Pero recuerda que yo no soy, como eres tú, nativo del Laberinto. Sólo soy un hombre cuyas obligaciones lo han traído aquí, y a veces la vida subterránea me parece un poco anormal. De cualquier forma, Guadeloom convenció a su majestad de que una gran procesión no venía al caso. Pero vi inquietud en los ojos del Pontífice.

Lo siguiente que sucedió fue que su majestad se escabullía por las noches para vagar a solas por el Laberinto. Nadie sabe cuántas veces lo hizo antes de que lo averiguáramos, pero empezamos a oír extraños rumores sobre un personaje enmascarado muy parecido al Pontífice que había sido visto a primeras horas de la madrugada moviéndose furtivamente por la Mansión de las Pirámides o el Corredor de los Vientos. Consideramos absurdos los rumores, hasta que una noche un lacayo del dormitorio real creyó que el Pontífice tocaba el timbre para pedir algo. Entró y encontró vacío el dormitorio. Creo que

te acordarás de esa noche, Silimoor, porque estábamos pasándola juntos y un servidor de Guadeloom me encontró y me obligó a salir, afirmando que se había convocado una reunión urgente de altos consejeros y que se requería mi presencia. Tú te enfadaste mucho... te pusiste furiosa, diría yo. Naturalmente el objeto de la reunión era la desaparición del Pontífice, aunque más tarde ocultamos la verdad argumentando que se trataba de una discusión sobre la gran marea que había devastado gran parte de Stoienzar.

Encontramos a Arioc dos horas después de medianoche. Se hallaba en la Arena... ya sabes, ese absurdo lugar vacío que el Pontífice Dizimaule construyó en uno de sus instantes más alocados. Arioc estaba sentado con las piernas cruzadas en la parte más alejada, tocando un zutibar y cantando ante un auditorio de cinco o seis chiquillos andrajosos. Le llevamos a la corte. Pocas semanas después logró salir otra vez y llegar nada menos que a la Mansión de las Columnas. Guadeloom discutió con él. Arioc insistió en que era importante que un monarca visitara a su pueblo y oyera las quejas de éste, y citó precedentes tan antiguos como los reyes de Vieja Tierra. Guadeloom puso guardias en los recintos reales, con el pretexto de evitar la presencia de posibles asesinos... pero ¿quién iba a asesinar a un Pontífice? Los guardias estaban allí para que Arioc no saliera. Mas el Pontífice, aunque excéntrico, dista mucho de ser estúpido, y a pesar de los guardias se escapó otras dos veces en los meses siguientes. El problema era crítico. ¿Y si desaparecía una semana entera? ¿Y si salía del Laberinto para dar un paseo por el desierto?

—Puesto que no podemos evitar que salga —dije a Guadeloom—, ¿por qué no le buscamos un compañero, alguien que le acompañe en sus aventuras y que al mismo tiempo se preocupe de que no sufra ningún daño?

—Excelente idea —replicó el duque—. Y le designo a usted para ese puesto. El Pontífice le tiene cariño, Calintane. Y usted es joven y ágil, podrá sacar al Pontífice de cualquier dificultad en que se meta.

Eso fue hace seis semanas, Silimoor. Seguramente recordarás que yo dejé de pasar las noches contigo en esa época, pretextando nuevas responsabilidades en la corte, y así empezó nuestra separación. No podía explicarte qué obligaciones ocupaban mis noches, y sólo podía confiar en que tú no sospecharas que yo entregaba mi afecto a otra mujer. Pero ahora puedo revelarte que me vi forzado a alojarme cerca del dormitorio del Pontífice para atenderle todas las noches. Empecé a dormir durante el día, cuando podía. Y mediante diversas estratagemas me convertí en compañero de Arioc durante sus paseos nocturnos.

Fue un trabajo agotador. En realidad yo era el custodio del Pontífice, y ambos lo sabíamos, pero tuve que preocuparme de no subrayar la verdad imponiéndole indebidamente mi voluntad. No obstante tuve que protegerle de malas compañías y excursiones arriesgadas. Existen bellacos, camorristas, exaltados; ninguno causaría daño deliberado al Pontífice, pero era muy fácil que su majestad se encontrara por accidente en medio de una pelea. En mis raros momentos de sueño busqué la orientación de la Dama de la Isla (que ojalá descansa en el regazo del Divino) y ella me respondió en un bendito envío, y me dijo que debía hacerme amigo del Pontífice si no pretendía ser su carcelero. ¡Qué afortunados somos teniendo el consejo de una madre tan dulce en nuestros sueños! Y de ese modo me atreví a ser yo el que iniciara no pocas aventuras de Arioc.

—Vamos, salgamos esta noche —le dije una vez, y Guadeloom se habría quedado sin sangre en las venas si se hubiera enterado.

Mi idea era llevar al Pontífice a los niveles públicos del Laberinto, pasar una noche en tabernas y mercados. Disfrazados, claro está, sin posibilidad de que nos reconocieran. Lo conduje por misteriosos callejones donde vivían jugadores, pero jugadores que yo conocía, gente que no representaba amenaza. Y yo, en la noche más temeraria, guí al Pontífice al otro lado de los muros del mismo Laberinto. Sabía que ése era el mayor

deseo de Arioc, y que incluso él temía realizarlo, y por ello propuse la idea como secreto presente. Utilizamos el pasadizo real que asciende hasta salir a la Boca de las Aguas. Estuvimos tan cerca del Río Glayge que pudimos sentir el frío viento que sopla procedente del Monte del Castillo, y contemplamos las relucientes estrellas.

—No había salido de aquí desde hace seis años —dijo el Pontífice.

Él estaba temblando y creo que lloraba en su interior. Y yo, que tampoco había visto las estrellas desde hacía tiempo, estaba casi tan profundamente conmovido. Él señaló varias estrellas, y dijo que aquella era la del mundo de donde procedían los gayrogs, y aquella la de los yorts, y otra, un insignificante punto luminoso, nada menos que el sol de Vieja Tierra. Yo lo dudé, porque en la escuela me habían enseñado otra cosa, pero él estaba tan gozoso que no me atrevía a contradecirle. Y él me miró, me cogió del brazo y me dijo en voz baja:

—Calintane, soy el gobernante supremo de este mundo colosal, y no soy nada, sólo un esclavo, un prisionero. Daría cualquier cosa para huir de este Laberinto y pasar mis últimos días en libertad bajo las estrellas.

—Entonces, ¿por qué no abdica? —sugerí, asombrado por mi audacia. Arioc sonrió.

—Sería una cobardía. Soy el elegido del Divino, ¿cómo puedo rechazar esa carga? Estoy destinado a ser un Poder de Majipur hasta el final de mis días. Pero debe existir alguna forma honrosa de liberarme de esta miseria subterránea.

Y comprendí que el Pontífice no estaba loco, que no era un hombre travieso o caprichoso, que simplemente ansiaba ver la noche, las montañas, las lunas, los árboles y los ríos del mundo que se había visto forzado a abandonar al aceptar la responsabilidad del gobierno.

Después, hace dos semanas, llegó la noticia de que la Dama de la Isla, madre de lord Struin y de todos nosotros, estaba enferma y era improbable que se recuperara. Era una crisis anormal que creaba importantes problemas constitucionales, porque naturalmente la Dama es un Poder de igual rango que Pontífice y Corona, y es imposible reemplazarla de cualquier modo. Lord Struin, según se dijo, había salido del Monte del Castillo para conferenciar con el Pontífice, antes del viaje a la Isla del Sueño, ya que no podía llegar a tiempo de despedirse de su madre. Mientras tanto el duque Guadeloom, supremo portavoz del pontificado y presidente de la corte, compiló una lista de candidatas para el puesto, para compararla con la lista de lord Struin y comprobar si algún nombre aparecía en ambas. El consejo del Pontífice Arioc era preciso en el asunto, y pensamos que, dado su actual estado nervioso, le beneficiaría un mayor compromiso en problemas imperiales. Al menos en sentido técnico, la moribunda Dama era su esposa, porque de acuerdo con las formalidades de la ley de sucesión el Pontífice había adoptado a lord Struin como hijo al elegirle como Corona. Como es lógico la Dama tenía un esposo legal en algún lugar del Monte del Castillo, pero tú ya conoces las cuestiones legales de la práctica, ¿no es cierto? Guadeloom informó al Pontífice de la inminente muerte de la Dama y se inició una serie de conferencias gubernamentales. Yo no tomé parte en ellas, ya que no me corresponde ese nivel de autoridad y responsabilidad.

Me temo que supusimos que la gravedad de la situación llevaría a Arioc a mostrar una conducta menos errática, y al menos de un modo inconsciente redujimos la vigilancia. La misma noche que llegó al Laberinto la noticia del fallecimiento de la Dama, el Pontífice hizo una escapada él solo por primera vez desde que me nombraron su vigilante. Eludió a los guardias, a mí, a los criados... Salió a las interminables e intrincadas complejidades del Laberinto, y nadie sabía dónde estaba. Estuvimos buscándole esa noche y durante buena parte del día siguiente. Yo estaba dominado por el terror, por lo que pudiera ser del Pontífice y de mi carrera. En el colmo de la aprensión mandé gente a las siete entradas del Laberinto para que buscaran en el desolado y tórrido desierto. Visité los cubiles a donde había llevado a Arioc. Y personal de Guadeloom merodeó por lugares

desconocidos para mí. Mientras tanto nos esforzamos en evitar que el populacho supiera que el Pontífice había desaparecido. Creo que lo logramos.

Encontramos a su majestad a las doce del día posterior a su desaparición. Se hallaba en una vivienda del distrito denominado Dientes de Stiamot en el primer anillo del Laberinto, e iba disfrazado con prendas de mujer. Tal vez no le habríamos encontrado nunca si no hubiera sido por una reyerta a causa de una cuenta no pagada, cosa que llevó al lugar a varios agentes. Puesto que el Pontífice no se identificó satisfactoriamente, y como oyeron una voz masculina en boca de una supuesta mujer, los agentes tuvieron la sensatez de llamarme, y yo me apresuré a ponerle bajo mi custodia. El Pontífice tenía un aspecto pasmosamente extraño con la ropa y los brazaletes que llevaba, pero me saludó llamándome por mi nombre, muy sereno. Actuó con total compostura y racionalidad, y me dijo que esperaba no haberme causado grandes inconvenientes.

Yo creía que Guadeloom iba a degradarme. Pero el duque se mostró indulgente, o quizá fue que estaba inmerso en el otro problema y no podía preocuparse de mi descuido, porque no se refirió al hecho de que yo había dejado salir al Pontífice de su dormitorio.

—Lord Struin ha llegado esta mañana —me explicó Guadeloom, que parecía estar atormentado y muy cansado—. Naturalmente quería reunirse enseguida con el Pontífice, pero le dijimos que Arioc dormía y que no era sensato molestarlo... todo esto mientras la mitad del personal intentaba encontrarlo. Me apena mentir a la Corona, Calintane.

—En estos momentos el Pontífice está ciertamente dormido en sus habitaciones —dije yo.

—Sí. Sí. Y ahí permanecerá, creo.

—Haré todos los esfuerzos precisos para que así sea.

—No me refiero a eso —dijo Guadeloom—. El Pontífice Arioc ha perdido la razón, de eso no hay duda. Arrastrarse por las canalejas, merodear de noche por la ciudad, ataviarse con galas femeninas... eso supera la mera excentricidad, Calintane. En cuanto nos saquemos de encima el asunto de la nueva Dama, propondré que su majestad permanezca confinado en sus habitaciones de modo permanente bajo vigilancia (para protegerlo, Calintane, para protegerlo) y que las tareas pontificias pasen a una regencia. Existen precedentes. Los he revisado. Cuando era Pontífice, Barhold enfermó de malaria y ello afectó su cordura, y...

—Señor —dije yo—. No creo que el Pontífice esté loco.

Guadeloom frunció el ceño.

—¿De qué otro modo caracterizaría a una persona que hace lo que el Pontífice ha hecho?

—Se trata de los actos de un hombre que ha sido rey durante largo tiempo, y cuya alma se rebela contra lo que tiene que seguir soportando. Pero he llegado a conocerlo muy bien, y me atrevo a decir que lo que expresa en estas escapadas es tormento del alma, y no algún tipo de locura.

Fue una respuesta convincente y, aunque está mal que yo lo diga, intrépida, porque soy un consejero joven y Guadeloom era en ese momento el tercer personaje más poderoso del reino, detrás de Arioc y lord Struin. Pero llega un momento en que hay que dejar de lado la diplomacia, la ambición y la astucia, y decir simplemente la pura verdad. Y la idea de confinar al desgraciado Pontífice como si fuera un lunático vulgar, cuando ya ha sufrido mucho con su confinamiento en el Laberinto, me horrorizaba. Guadeloom guardó silencio largo rato y supongo que yo debí tener miedo ante la posibilidad de que me expulsaran del servicio o simplemente me enviaran a los archivos para pasar el resto de mi vida removiendo documentos. Pero yo estaba tranquilo, totalmente tranquilo, mientras aguardaba la respuesta del duque.

Entonces llamaron a la puerta: era un mensajero que traía una nota sellada con el gran estallido estelar, el sello particular de la Corona. El duque Guadeloom rasgó el sobre y leyó el mensaje. Lo leyó por segunda vez, luego por tercera, y yo nunca había visto una

expresión de incredulidad y horror como la que apareció entonces en el rostro del duque. Le temblaban las manos, sus mejillas no tenían color.

Me miró y, con voz apagada, me dijo:

—Esto lo manda la Corona de su puño y letra, me informa que el Pontífice ha salido de sus aposentos y ha ido al Paraje de las Máscaras, donde ha promulgado un decreto tan desconcertante que soy incapaz de pronunciar las palabras con mis propios labios. —Me entregó la nota—. Vamos, debemos ir enseguida al Paraje de las Máscaras.

Eché a correr, y yo detrás de él, mientras hacía desesperados esfuerzos por leer la nota. Pero la escritura de lord Struin es irregular y difícil de leer, Guadeloom corría a fenomenal velocidad, los pasillos tenían muchos recodos y el camino estaba muy poco iluminado. De modo que sólo conseguí leer diversos fragmentos del contenido, algo sobre una proclama, la designación de una nueva Dama, una abdicación. ¿Quién abdicaba si no era el Pontífice Arioc? Sin embargo, él me había dicho que sería una cobardía dar la espalda al destino que le había elegido como Poder del reino.

Llegué sin aliento al Paraje de las Máscaras, una zona del Laberinto que me resulta inquietante en el mejor de los casos, porque las grandes caras de ojos rasgados que se alzan sobre esas relucientes peanas de mármol me parecen personajes de pesadilla. Las pisadas de Guadeloom resonaban en el suelo de piedra, y las mías producían un doble ruido a bastante distancia detrás del duque, porque si bien éste doblaba mi edad, estaba corriendo como un demonio. Delante oí gritos, risas, aplausos. Y luego vi un grupo de ciento cincuenta ciudadanos, entre los que reconocí a varios importantes ministros del pontificado. Guadeloom y yo nos metimos en el grupo sin dejar de correr y sólo nos detuvimos al ver varias personas con el uniforme verde y dorado del servicio de la Corona, y luego a la misma Corona. Lord Struin estaba furioso y confuso al mismo tiempo, un hombre que ha sufrido una conmoción.

—Es imposible detenerlo —dijo roncamente la Corona—. Va de sitio en sitio, repitiendo su proclama. ¡Presten atención, va a empezar otra vez!

Vi al Pontífice Arioc delante del grupo, a hombros de un colosal criado skandar. Su majestad iba vestido con sueltas vestiduras blancas de estilo femenino, con espléndidos brocados en las orillas, y en su pecho había una joya color rojo brillante de maravillosa intensidad y refulgencia.

—¡Puesto que hay una vacante en los Poderes de Majipur!—gritó el Pontífice con una voz maravillosamente robusta—. ¡Y puesto que es necesario una nueva Dama de la Isla del Sueño! ¡Sea nombrada de inmediato! ¡Para que ella pueda dar auxilio a las almas del pueblo! ¡Apareciendo en los sueños de éste para ofrecer ayuda y solaz! ¡Y! ¡Puesto que es mi deseo más ansiado! ¡Renunciar a la carga del pontificado que he soportado estos doce años!

»¡Por todo ello!

»¡Yo! ¡Usando los supremos poderes que están a mi alcance! ¡Proclamo que a partir de ahora se me reconozca como miembro del sexo femenino! ¡Y en mi calidad de Pontífice nombro Dama de la Isla a la mujer Arioc, hasta ahora hombre!

—Locura —murmuró el duque Guadeloom.

—Es la tercera vez que lo oigo, y todavía no puedo creerlo —dijo la Corona, lord Struin.

—...¡Y por la presente proclama abduco al mismo tiempo de mi trono pontificio! ¡Y llamo a los moradores del Laberinto! ¡A preparar una carroza para la Dama Arioc! ¡Para transportarla al puerto de Stoien! ¡Y de ahí a la Isla del Sueño para que pueda enviar consuelos a todos vosotros!

Y en ese instante la mirada de Arioc se topó con la mía, y sus ojos observaron los míos. El Pontífice tenía las mejillas rojas de excitación y en su frente brillaba el sudor. Me reconoció, yo sonreí, y él hizo un guiño, un inconfundible guiño de gozo, un guiño de triunfo. Luego se alejó de mi vista.

—Hay que poner fin a esto —dijo Guadeloom.



Lord Struin sacudió la cabeza.

—¡Escuche los vítores! La gente está encantada. El gentío aumenta mientras el Pontífice va de nivel en nivel. Lo llevarán arriba, saldrá por la Boca de las Hojas y partirá hacia Stoien antes de que el día termine.

—Usted es la Corona —dijo Guadeloom—. ¿No puede hacer nada?

—¿Decidir en contra del Pontífice, a cuyo mando he jurado servir? ¿Cometer traición ante cientos de testigos? No, no, no, Guadeloom, lo hecho hecho está, por más descabellado que parezca, y ahora debemos resignarnos.

—¡Aclamemos a la Dama Arioc! —gritó una voz retumbante.

—¡Viva! ¡Viva la Dama Arioc! ¡Viva! ¡Viva!

Observé la escena con extremada incredulidad. La procesión avanzó por el Paraje de las Máscaras en dirección al Corredor de los Vientos o a la Mansión de las Pirámides. Nosotros, Guadeloom, la Corona y yo, no fuimos detrás. Nos quedamos perplejos, silenciosos e inmóviles mientras se alejaba el gentío con sus vítores y gesticulaciones. Me avergoncé por estar con dos grandes personajes de nuestro reino en momentos tan humillantes. Esa abdicación y ese nombramiento de una Dama era absurdo y fantástico, y ambos estaban estremecidos por ello.

—Si acepta la validez de la abdicación —dijo por fin Guadeloom—, ha dejado de ser Corona. Debe prepararse para fijar su residencia en el Laberinto, porque ahora es usted nuestro Pontífice.

Estas palabras cayeron sobre lord Struin igual que gruesos pedrones. En la locura del momento la Corona no había deducido ni siquiera la primera consecuencia de la proeza de Arioc.

Abrió la boca pero no brotaron palabras. Extendió y cerró las manos como si hiciera el símbolo del estallido estelar en su propio honor, pero yo sabía que sólo se trataba de una expresión de asombro. Yo noté escalofríos de reverente temor, porque ahí es nada presenciar un traspaso de poderes, y Struin estaba totalmente desprevenido. Renunciar a los gozos del Monte del Castillo en plena juventud, cambiar brillantes ciudades y espléndidos bosques por la penumbra del Laberinto, dejar la corona del estallido estelar por la diadema de la más elevada autoridad... No, él no estaba preparado, y cuando la realidad se asentó en su cabeza, su rostro palideció y sus párpados se crisparon violentamente.

—Bien, que así sea —dijo al cabo de mucho rato—. Y yo soy el Pontífice. ¿Y quién, pregunto, será Corona en mi lugar?

Supuse que se trataba de una pregunta retórica. Yo no respondí, claro está, y tampoco lo hizo el duque Gaudeloom.

—¿Quién va a ser la Corona? —repitió Struin en tono brusco y enojado—. ¡Estoy preguntándoselo a usted!

Su mirada estaba fija en Guadeloom.

Te lo prometo, ser testigo de estos hechos estuvo a punto de destrozarme, pues se trata de algo que no se olvidará aunque nuestra civilización dure otros diez mil años. ¡Pero a ellos tuvo que producirles un impacto muchísimo mayor! Guadeloom dio un paso atrás, tartamudeó. Puesto que tanto Arioc como lord Struin eran hombres relativamente jóvenes, apenas se había especulado respecto a quién les sucedería en el trono. Y aunque Guadeloom era un personaje poderoso y majestuoso, dudo que alguna vez hubiera esperado llegar a la cima del Monte del Castillo, y mucho menos de esa forma. Se quedó boquiabierto como un gromwark arponeado y fue incapaz de hablar. Yo fui el primero en reaccionar; hincué la rodilla, hice el gesto del estallido estelar y dije en voz sofocada:

—¡Guadeloom! ¡Lord Guadeloom! ¡Salve, lord Guadeloom! ¡Larga vida a lord Guadeloom!

Nunca volveré a ver dos hombres tan perplejos, tan confusos, tan repentinamente alterados como ex lord Struin, ahora Pontífice, y el ex duque Guadeloom, ahora Corona. Struin tenía el borrascoso semblante de alguien dominado por ira y dolor, lord Guadeloom estaba medio deshecho por el asombro.

Hubo otro largo silencio.

Después habló lord Guadeloom, con una voz extrañamente temblorosa.

—Puesto que soy la Corona, la costumbre exige que mi madre sea nombrada Dama de la Isla, ¿no es cierto?

—¿Qué edad tiene su madre? —preguntó Struin.

—Bastantes años. Es vieja, diría yo.

—Sí. Y no está preparada para las tareas de ese cargo ni es lo bastante fuerte para cargar con ellas.

—Cierto —dijo lord Guadeloom.

—Además —dijo Struin—, desde hoy tenemos una nueva Dama, y no estaría bien elegir otra tan pronto. Veamos cómo se comporta Su Señoría, Arioc, en el Templo Interior antes de buscar a otra persona para ese cargo, ¿eh?

—Una locura —dijo lord Guadeloom.

—Una locura, cierto —dijo el Pontífice Struin—. Bien, vamos a ver a la Dama y asegurémonos de que parte hacia la Isla sin mayores problemas.

Los acompañé hasta las zonas superiores del Laberinto, donde encontramos diez mil personas que aclamaban a Arioc. El ex Pontífice iba descalzo y vestido espléndidamente, y estaba a punto de subir a la carroza que debía llevarle (o llevarla) al puerto de Stoién. Era imposible acercarse a Arioc, dado lo apretados que estaban los cuerpos...

—Una locura —repetía sin cesar lord Guadeloom—. ¡Una locura, una locura!

Pero yo no pensaba igual, porque había visto el guiño de Arioc y mi comprensión era total. No se trataba de una locura. El Pontífice Arioc había encontrado una forma de salir del Laberinto, cosa que era su deseo más anhelado. Las generaciones futuras, estoy convencido, considerarán a este hombre como sinónimo de locura y absurdo. Pero yo sé que estaba completamente cuerdo, que era un hombre al que la corona había llegado a parecerle una agonía y cuyo honor le impedía retirarse a una vida privada.

Y por eso, tras los extraños hechos de ayer, tenemos un Pontífice, una Corona y una Dama, y ninguno de ellos es el que teníamos el mes pasado. Y ahora puedes comprender, querida Silimoor, todo lo que ha sucedido en nuestro mundo.

Calintane dejó de hablar y dio un largo trago de vino. Silimoor estaba mirándole con una expresión que a él le pareció una mezcla de piedad, desprecio y simpatía.

—Sois iguales que niños —dijo ella por fin—, con vuestros títulos, vuestras cortes reales y vuestros lazos de honor. Sin embargo, creo entender lo que has experimentado y cómo te ha trastornado.

—Hay una cosa más —dijo Calintane.

—¿Sí?

—La Corona, lord Guadeloom, me nombró canciller antes de retirarse a sus aposentos para iniciar la tarea de comprender estas transformaciones. La semana próxima partirá hacia el Monte del Castillo. Y yo debo estar al lado de él, como es lógico.

—Una magnífica novedad para ti —dijo fríamente Silimoor.

—Por lo tanto te ruego que me acompañes, que compartas mi vida en el Castillo —dijo Calintane, tan mesuradamente como fue capaz.

Los destellantes ojos color turquesa miraban a Calintane con idéntica frialdad.

—Soy nativa del Laberinto —respondió ella—. Adoro enormemente morar en sus recintos.

—Entonces, ¿ésa es la respuesta?

—No —dijo Silimoor—. Te daré la respuesta más tarde. Yo, como tu Pontífice y tu Corona, necesito tiempo para adaptarme a grandes cambios.

—¡Entonces has respondido!

—Más tarde —dijo ella.

Silimoor le dio las gracias por el vino y por el relato que había contado, y le dejó solo a la mesa. Calintane se levantó al cabo de unos minutos, y vagó como un espectro por las profundidades del Laberinto, con un agotamiento que superaba cualquier agotamiento imaginable. Oyó los murmullos de la gente conforme se extendían las noticias —Arioc es la Dama ahora, Struin el Pontífice y Guadeloom la Corona— y para sus oídos fue igual que el zumbido de los insectos. Se retiró a su habitación e intentó dormir. Pero no lo consiguió, y se sumió en las tinieblas de la situación de su vida, temiendo que el agrio período de separación de Silimoor hubiera causado daño fatal a su amor, y que ella, pese a su confusa alusión en sentido contrario, rechazara su petición.

Pero Calintane se equivocaba. Porque un día después Silimoor le mandó un mensaje diciéndole que estaba dispuesta a acompañarle, y cuando Calintane fijó su residencia en el Monte del Castillo ella estaba junto a él, y siguió estándolo cuando, muchos años más tarde, Calintane sucedió a Lord Guadeloom como Corona. Su reinado en ese puesto fue breve pero grato, y durante esa época completó la construcción de la gran carretera de la cima del Monte que lleva su nombre. Y cuando ya viejo volvió al Laberinto en calidad de Pontífice, lo hizo sin sentir la menor sorpresa, porque perdió la capacidad de sorprenderse el lejano día en que el Pontífice Arioc se nombró Dama de la Isla.

## V - EL DESIERTO DE LOS SUEÑOS ROBADOS

La leyenda ha oscurecido la verdad sobre Arioc, comprende ahora Hissune, del mismo modo que ha oscurecido la verdad de tantas cosas. Con las distorsiones del tiempo, Arioc ha llegado a tener un aspecto grotesco, de hombre antojadizo, un payaso de repentina inestabilidad. Y no obstante, si el testimonio de lord Calintane tiene algún significado, las cosas no fueron así. Un hombre que sufre y que busca la libertad elige una forma estrafalaria de obtenerla: no es un payaso, no es un demente. Hissune, que también está atrapado en el Laberinto y que anhela probar el aire puro del exterior, juzga al Pontífice Arioc como un personaje inesperadamente simpático, su hermano espiritual a miles de años en el tiempo.

Durante muchos días Hissune no vuelve al Registro de Almas. El impacto de estos viajes ilícitos al pasado ha sido muy fuerte. Su cabeza zumba con los dispersos fragmentos de las almas de Thesme, Calintane, Sinnabor Lavon y el capitán de grupo Eremoil, de modo que cuando todos forman un clamor al mismo tiempo, tiene dificultades para localizar a Hissune, y eso le consterna. Además, tiene otras cosas que hacer. Al cabo de año y medio ha completado la tarea de los documentos tributarios, y ya está tan introducido en la Casa de los Archivos que otra misión le aguarda: un estudio sobre la distribución de los pobladores aborígenes en el Majipur actual. Hissune sabe que lord Valentine ha tenido ciertos problemas con los metamorfos (en realidad hubo una conspiración de los cambiaspectos que le derrocó en los extraños sucesos de hacía algunos años) y recuerda haber oído decir a los nobles del Monte del Castillo, durante su visita allí, que lord Valentine planea integrar a esta raza de un modo más completo en la vida del planeta, si ello es posible. Hissune sospecha por ello que la estadística que le han ordenado compilar tiene cierta utilidad en la gran estrategia de la Corona, y esto le da secreto placer. Y le da también motivo para ciertas sonrisas irónicas. Porque él es muy listo y se percata de lo que está sucediendo al Hissune callejero. Aquel golfillo ágil y astuto que llamó la atención de la Corona hacía siete años es ahora un burócrata adolescente, transformado, domesticado, civilizado, serio. Que así sea, piensa Hissune:

uno no tiene siempre catorce años, y llega un momento en que hay que dejar la calle y convertirse en miembro útil de la sociedad. Aun así siente cierta pena por la pérdida del chico que había sido. Parte de la malicia de aquel chiquillo todavía bulle en él: sólo parte, pero bastante. Se ha dado cuenta de que tiene ideas de peso sobre la naturaleza de la sociedad de Majipur, la correlación orgánica de las fuerzas políticas, el concepto de que poder implica responsabilidad, que todos los seres se mantienen en armoniosa unión gracias a un sentimiento de obligación recíproca. Los cuatro grandes Poderes del reino (el Pontífice, la Corona, la Dama de la Isla, el Rey de los Sueños) actúan unidos de forma excelente. ¿Cómo han logrado hacerlo?, se pregunta Hissune. Incluso en una sociedad profundamente conservadora, donde poquísimas cosas han cambiado después de milenios, la armonía de los Poderes parece milagrosa, un equilibrio de fuerzas de forzosa inspiración divina. Hissune no ha recibido educación formal; no puede recurrir a nadie para conocer esos asuntos. Sin embargo, existe el Registro de Almas, con la prolífica vida del pasado de Majipur mantenida en prodigiosa suspensión, lista para liberar su apasionada vitalidad a una simple orden. Es absurdo no explorar ese yacimiento de conocimientos cuando la mente de uno está preocupada por tan graves problemas. Una vez más, Hissune falsifica los documentos. Una vez más, supera con desenvoltura la prueba de los lerdos guardianes de los archivos. Una vez más aprieta las teclas, ahora en busca no sólo de diversión, de gozar de lo prohibido, sino también con el ansia de entender la evolución de las instituciones políticas de su planeta. En qué joven tan serio estás convirtiéndote, se dice, mientras las destellantes luces de numerosos colores vibran en su mente y la oscura e intensa presencia de otro ser humano, muerto hace mucho tiempo pero eternamente intemporal, invade su alma.

1

Suvrael se extendía como una reluciente espada en el horizonte meridional, una férrea franja de oscura luz roja que lanzaba al aire trémulas vibraciones de calor. Dekkeret, de pie en la proa del carguero donde había hecho el largo y monótono trayecto marítimo, sintió que su pulso aceleraba. ¡Suvrael, por fin! Ese espantoso lugar, ese continente abominable, ese territorio inútil y miserable se hallaba ya a pocos días de distancia y ¿qué horrores aguardaban allí? Pero él estaba preparado. Pasara lo que pasara, tal era la creencia de Dekkeret, sería para bien, en Suvrael igual que en el Monte del Castillo. Dekkeret tenía veinte años, y era un hombretón muy musculoso, cuellicorto y de espalda enormemente amplia. Era el segundo verano del glorioso reinado de lord Prestimion y el gran Pontífice Confalume.

Si Dekkeret había emprendido el viaje a los ardientes desiertos del desolado Suvrael era para cumplir una penitencia. Había realizado una vergonzosa hazaña —sin pretenderlo, ciertamente; al principio apenas se dio cuenta de lo vergonzoso de su acción— mientras cazaba en las Fronteras de Khyntor del lejano norte, y creyó preciso algún tipo de expiación. Fue un gesto romántico y extravagante hasta cierto punto, y él lo sabía, pero podía perdonarse por ello. Si no hacía gestos románticos y extravagantes a los veinte años, ¿cuándo iba a hacerlos? No dentro de diez o quince años, cuando estuviera atado a su rueda del destino y estuviera establecido cómodamente de acuerdo con la carrera inevitablemente tranquila y fácil que seguiría como miembro del cortejo de lord Prestimion. El momento era éste, o ninguno. Por eso había decidido ir a Suvrael a purgar su alma, sin importarle las consecuencias.

Su amigo, consejero y compañero de caza en Khyntor, Akbalik, no pudo entenderlo. Pero naturalmente Akbalik no era un hombre romántico, y además había cumplido los veinte hacía muchos años. Una noche a principios de primavera, mientras tomaban unas

botellas de áspero vino dorado en una tosca taberna de las montañas, Dekkeret anunció su intención y la respuesta de Akbalik fue una ruda carcajada de burla.

—¿Suvrael? —gritó Akbalik—. Te juzgas con excesiva severidad. No hay pecado tan inhumano que merezca una excursión a Suvrael.

Y Dekkeret, molesto, creyendo ver paternalismo en la conducta de su amigo, meneó lentamente la cabeza.

—La maldad está en mí igual que una mancha. Haré que arda en mi alma bajo el sol del desierto.

—Haz la peregrinación a la Isla, si crees que debes hacer algo. Que la bendita Dama cure tu espíritu.

—No. Suvrael.

—¿Por qué?

—Para sufrir —dijo Dekkeret—. Para alejarme de los placeres del Monte del Castillo, para ir al lugar menos agradable de Majipur, un depresivo desierto de fieros vientos y aborrecibles peligros. Para mortificar la carne, Akbalik, y demostrar mi arrepentimiento. Para imponerme la disciplina de la incomodidad e incluso del dolor (dolor, ¿sabes qué es eso?) hasta que pueda perdonarme. ¿De acuerdo?

Akbalik, sonriente, hundió los dedos en la gruesa capa de negrísimas pieles de Khyntor que vestía Dekkeret.

—De acuerdo. Pero si has de mortificarte, hazlo completamente. Supongo que no te quitarás esto de tu cuerpo mientras estés bajo el sol de Suvrael.

Dekkeret contuvo la risa.

—Hay un límite —dijo— para mi necesidad de incomodidad.

Cogió la botella de vino. Akbalik casi doblaba la edad de Dekkeret, y era indudable que le divertía la seriedad del joven. Igual le ocurría a Dekkeret, hasta cierto punto; pero ello no iba a desviarle.

—¿Puedo intentar disuadirte por última vez?

—Es inútil.

—Considera la pérdida de tiempo —dijo de todas formas Akbalik—. Tienes que preocuparte de tu carrera. Tu nombre se oye con frecuencia en el Castillo. Lord Prestimion ha dicho magníficas cosas de ti. Un joven prometedor, que llegará muy lejos, con gran fortaleza de carácter, toda esa clase de cosas. Prestimion es joven, gobernará muchos años. Los que sean jóvenes ahora subirán tanto como él. Y aquí estás tú, metido en las montañas de Khyntor, jugando cuando deberías estar en la corte, y ya estás planeando otro viaje más temerario. Olvida esta tontería de Suvrael, Dekkeret, y vuelve al Monte conmigo. Cumple el mandato de la Corona, impresiona a los grandes con tu valía, y trabaja para el futuro. Estamos en una maravillosa época de Majipur, y sería espléndido encontrarse entre los que detentan el poder cuando las cosas progresen. ¿Eh? ¿Eh? ¿Por qué desterrarte a Suvrael? Nadie conoce ese... eh... pecado tuyo, ese insignificante lapso...

—Yo lo conozco.

—En ese caso, promete que no volverás a hacerlo, y absuélvete.

—No es tan sencillo —dijo Dekkeret.

—Malgastar un año o dos de tu vida, quizá perder por completo tu vida, por un absurdo e inútil viaje...

—No es absurdo. No es inútil.

—Excepto en lo puramente personal, lo es.

—No es cierto, Akbalik. Me puse en contacto con la gente del pontificado y me las arreglé para obtener un nombramiento oficial. Voy a Suvrael en misión de pesquisa. ¿No te parece estupendo? Suvrael no exporta su cupo de carne y ganado y el Pontífice quiere saber el porqué. ¿Comprendes? Sigo progresando en mi carrera aún cuando parto hacia lo que a ti te parece una aventura totalmente personal.

—De modo que ya has hecho preparativos.

—Me voy el próximo Día Cuarto. —Dekkeret extendió la mano derecha hacia su amigo—. Serán dos años, por lo menos. Volveremos a vernos en el Monte. ¿Qué te parece, Akbalik, en los juegos de Morpin Alta, dos años a partir del Día del Invierno?

Los serenos ojos grises de Akbalik se fijaron intensamente en los de Dekkeret.

—Estaré allí —dijo lentamente Akbalik—. Espero que tú también.

Esa conversación tuvo lugar sólo hacía dos meses. Pero Dekkeret, mientras notaba el palpitante calor del continente meridional que llegaba a él a través de las aguas verde claro del Mar Interior, creía que la charla ocurrió hacía una eternidad, y que el viaje había sido infinitamente largo. La primera parte de la travesía fue bastante placentera: el descenso de las montañas hasta la gran metrópolis de Ni-moya, y luego por barco fluvial Zimr abajo hasta el puerto de Piliplok en la costa oriental. Después Dekkeret subió a bordo de un carguero, el transporte más barato que encontró, con destino a la ciudad de Tolaghai (Suvrael), y a partir de entonces una travesía hacia el sur, siempre hacia el sur durante un verano entero, en un horrible y reducido camarote situado a favor del viento en una bodega atestada de fardos de pequeños dragones marinos secos. Y cuando el barco entró en la zona tropical, los días ofrecieron un calor desconocido para Dekkeret y las noches apenas fueron mejores. Y la tripulación, en su mayoría un puñado de peludos skandars, se rió de las penurias del viajero y le dijo que disfrutara del tiempo frío mientras pudiera, porque el verdadero calor le aguardaba en Suvrael. Bien, él quería sufrir, su anhelo estaba siendo generosamente satisfecho, y lo peor aún estaba por llegar. Dekkeret no se quejó. No se arrepintió. Pero su placentera vida entre los jóvenes caballeros del Monte del Castillo no le había preparado para noches en vela con el hedor de los dragones que se metía por sus ventanas nasales como si fuera un estilete, ni para el sofocante calor que envolvió el barco pocas semanas después de la partida de Piliplok, ni para el intenso hastío ante la invariable vista marina. El planeta era increíblemente enorme, ése era el problema. Costaba una eternidad ir de un sitio a otro. El viaje desde el continente natal de Dekkeret, Alhanroel, hasta las tierras occidentales de Zimroel había sido un proyecto grandioso: desde el Monte hasta Alaisor en barco fluvial, por mar hasta Piliplok y río arriba para llegar a las montañas de Khyntor. Pero entonces contó con Akbalik para alegrar el tiempo, y gozó de la excitación de su primer gran viaje, la extrañeza de nuevos parajes, nuevas comidas, nuevos acentos. Y le aguardaba la expedición de caza. ¿Y ahora? Encarcelado a bordo de un barco sucio y decrepito, repleto de trozos de carne de diabólico olor... el interminable transcurrir de días de ocio sin amigos, sin deberes, sin conversación...

Si algún monstruoso dragón apareciera, pensó Dekkeret más de una vez, y animara el viaje con una pizca de peligro... Pero no, no, los dragones seguían otro rumbo en sus migraciones; según se decía, una gran manada se hallaba en aguas occidentales frente a la costa de Narabal en esa época, y había otra a medio camino entre Piliplok y el archipiélago Rodamaunt. Dekkeret no vio a las grandes bestias, ni siquiera ejemplares dispersos. Lo que empeoraba el aburrimiento era que no parecía tener ningún valor purgante. Dekkeret sufría, cierto, y él suponía que el sufrimiento curaría su herida, pero la conciencia del acto terrible que había cometido en las montañas no disminuía en absoluto. Tenía calor, estaba aburrido y nervioso, y la sensación de culpabilidad continuaba desgarrándole, y a pesar de ello se atormentaba con la irónica certeza de que lord Prestimion, nada menos que la Corona, le alababa por su gran fuerza de carácter... mientras él no encontraba en su interior otra cosa que no fuera debilidad, cobardía y necedad. Tal vez sea preciso algo más que humedad, hastío y malos olores para curar el alma de una persona, decidió Dekkeret. En cualquier caso ya estaba harto del proceso de llegar a Suvrael, y se encontraba preparado para iniciar la siguiente fase de su peregrinación a lo desconocido.

Todos los viajes tienen su fin, incluso los interminables. El ardiente viento que llegaba del sur se intensificó día tras día hasta que el calor en cubierta impidió caminar y los descalzos skandars tuvieron que fregar el suelo cada pocas horas. Y luego, de pronto, la tórrida masa de tétrica oscuridad que ocupaba el horizonte se convirtió en el borde de una playa y en las fauces de un puerto. Al fin habían llegado a Tolaghai.

Suvrael entero era tropical. Buena parte de su interior era desértica, siempre oprimida por el colosal peso de un ambiente reseco y estancado en cuya periferia remolineaban agotadores ciclones. Pero los bordes del continente eran más o menos habitables, y había cinco ciudades relacionadas a través del comercio con el resto de Majipur. Mientras el carguero entraba en el amplio puerto, Dekkeret se sobresaltó por la extrañeza del lugar. En su corta vida había visto un buen número de las gigantescas ciudades del mundo — doce de las cincuenta que ocupaban las laderas del Monte del Castillo, la imponente Alaisor barrida por el viento, la vasta y asombrosa Ni-moya con sus muros blancos, la espléndida Piliplok y muchas más— y jamás había contemplado una ciudad con el aspecto severo, misterioso y prohibitivo de ésta. Tolaghai se aferraba como un cangrejo a una larga cresta a lo largo del mar. Sus edificios eran bajos y rechonchos, hechos con anaranjados ladrillos secados al sol, con simples rendijas por ventanas, y sólo había plantas dispersas alrededor de ellos, sobre todo deprimentes palmeras que eran todo tronco con minúsculas, plumosas copas a gran altura. Al mediodía las calles estaban prácticamente desiertas. El cálido viento arrojaba rociadas de arena sobre los agrietados adoquines. Dekkeret pensó que la ciudad era algo así como una cárcel en la frontera, brutal y horrorosa, o quizás una ciudad surgida del tiempo, un lugar perteneciente a un pueblo prehistórico, a una raza regimentada y autoritaria. ¿Por qué alguien había decidido construir un lugar tan ominoso? Sin duda por simple eficacia, porque una deformidad así era el mejor modo de hacer frente al clima de esas tierras... Pero de todas formas, de todas formas, pensó Dekkeret, el desafío del calor y la sequía podía haber exigido una arquitectura menos repelente.

En su inocencia, Dekkeret pensó que podía bajar a tierra al instante, pero las cosas no eran así en Tolaghai. El barco permaneció anclado más de una hora antes de que las autoridades portuarias, tres yorts de sombrío aspecto, subieran a bordo. Luego siguió la prolija tarea de la inspección sanitaria, el manifiesto de carga y el regateo de la cuota de ataque. Y por fin la docena de pasajeros recibió autorización para desembarcar. Un mozo de cuerda de raza gayrog cogió el equipaje de Dekkeret y preguntó el nombre del hotel. El viajero replicó que no había reservado habitación en ninguno, y la criatura semejante a un reptil, con la lengua en continuo movimiento y el negro y carnoso cabello retorciéndose como una masa de serpientes, le dedicó una mirada frígida y burlona.

—¿Qué piensa pagar? —dijo—. ¿Es usted rico?

—No mucho. ¿Qué puedo conseguir por tres coronas por noche?

—Poca cosa. Un lecho de paja. Sabandijas en las paredes.

—Llévame allí —dijo Dekkeret.

El gayrog reflejó la máxima sorpresa que un gayrog puede reflejar.

—No estará contento allí, distinguido caballero. Su porte indica señorío.

—Tal vez, pero mi bolsa es la de un pobre. Correré el riesgo de las sabandijas.

En realidad la posada no era tan mala como podía temerse: vieja, escuálida y depresiva, sí, pero así era todo lo que se veía, y la habitación que dieron a Dekkeret era casi palaciega después del alojamiento en el barco. Y tampoco ahí había el hedor de la carne de dragón marino, sólo el árido y penetrante olor del aire de Suvrael, como lo que hay dentro de una botella cerrada desde hace mil años. Dio al gayrog una moneda de media corona, que el mozo de cuerda no agradeció, y sacó sus escasas pertenencias.

A últimas horas de la tarde Dekkeret salió de la posada. El asfixiante calor no había menguado, pero el cortante viento parecía menos violento, y había más gentes en las calles. De todas formas la ciudad resultaba repulsiva. Era el lugar ideal para cumplir penitencia. Dekkeret acabaría aborreciendo las insípidas fachadas de los edificios de ladrillo y el marchito aspecto del paisaje, y echó de menos el suave aire puro de su ciudad natal, Normork, en la falda del Monte del Castillo. ¿Por qué, meditó, puede una persona tomar la decisión de vivir aquí, cuando hay muchísimas oportunidades en los continentes más benévolos? ¿Qué severidad del alma impulsa a millones de sus conciudadanos a flagelarse con las diarias crueldades de la vida en Suvrael?

Los representantes del pontificado tenían sus oficinas en la gran plaza sin adorno alguno que miraba hacia el puerto. Las instrucciones de Dekkeret le exigían presentarse allí, y pese a lo tarde de la hora encontró el lugar abierto, porque con el socarrante calor todos los ciudadanos de Tolaghai observaban la norma del cierre a mediodía y tramitaban sus asuntos hasta la puesta del sol. Dekkeret tuvo que esperar un rato en una antesala decorada con enormes retratos en cerámica blanca de los monarcas reinantes: el Pontífice Confalume de frente, con aspecto benigno pero de abrumadora grandeza y el joven lord Prestimion, la Corona, de perfil, con un brillo de inteligencia y dinamismo en sus ojos. Majipur tenía suerte con sus gobernantes, pensó Dekkeret. Siendo niño había visto a Confalume, entonces Corona, mientras presidía un tribunal en la maravillosa ciudad de Bombifale en lo alto del Monte, y tuvo deseos de llorar de puro gozo al contemplar la serenidad y radiante fuerza del monarca. Pocos años después lord Confalume accedió al pontificado y fue a vivir a las cavidades subterráneas del Laberinto, y Prestimion fue la nueva Corona. El último era un hombre muy distinto, tan imponente pero lleno de arrojo, vigor e impulsiva autoridad. Mientras la nueva Corona efectuaba la gran procesión por las ciudades del Monte, lord Prestimion vio al joven Dekkeret y, de acuerdo con su casual e imprevisible modo de proceder, le eligió para que tomara parte en el adiestramiento de caballeros en las Ciudades Altas. Un hecho que parecía haber ocurrido hacía un siglo, dados los grandes cambios acaecidos desde entonces en la vida de Dekkeret. A los dieciocho años se dio el placer de fantasear, de soñar que un día llegaría al trono de la Corona. Pero luego llegaron las desdichadas vacaciones en las montañas de Zimroel. Y ahora, con veinte años recién cumplidos, mientras se impacientaba en una polvorienta oficina de una deslustrada ciudad del inhospitalario Suvrael, Dekkeret pensó que carecía de futuro, sólo una desolada senda de años sin sentido que debía consumir.

Llegó un yort, gordinflón y con el semblante avinagrado.

—El archirregiomando Golator Lasgia le recibirá ahora —anunció.

Se trataba de un título resonante. Pero su poseedor era una mujer esbelta, de piel morena, casi tan joven como Dekkeret, que hizo a éste un atento escrutinio con sus ojos, grandes, brillantes y solemnes. De un modo rutinario, la mujer le saludó haciendo con la mano el símbolo del pontificado y cogió el documento de credenciales que Dekkeret le tendía.

—El iniciado Dekkeret —murmuró—. Misión de investigación, por encargo de la prefectura provincial de Khyntor. No lo entiendo, iniciado Dekkeret. ¿A quién sirve usted, a la Corona o al Pontífice?

—Pertenezco al personal de lord Prestimion, tengo una categoría muy baja —dijo Dekkeret, muy violento—. Pero mientras estaba en la provincia de Khyntor, la oficina del pontificado tuvo la necesidad de investigar cierto asunto en Suvrael, y cuando los funcionarios locales descubrieron que yo iba rumbo a Suvrael, me pidieron que aceptara la misión en aras de la economía, aunque yo no estaba al servicio del Pontífice. Y...

Golator Lasgia, muy pensativa, dio golpecitos a los documentos de Dekkeret que estaban sobre el escritorio.

—¿Usted iba rumbo a Suvrael? —dijo—. ¿Puedo preguntar el motivo?

Dekkeret se ruborizó.



—Un asunto personal, y discúlpeme.

Ella no le dio más importancia.

—¿Y qué asuntos de Suvrael pueden tener un interés tan urgente para mis hermanos pontificos de Khyntor, o mi curiosidad al respecto está también fuera de lugar?

El nerviosismo de Dekkeret aumentó.

—Tiene relación con un saldo comercial desfavorable —respondió, casi incapaz de resistir aquella mirada fría y penetrante—. Khyntor es un centro de producción, comercia productos a cambio de la ganadería de Suvrael. En los últimos dos años las exportaciones de blaves y monturas de Suvrael han descendido constantemente, y ahora surgen problemas en la economía de Khyntor. Los fabricantes tienen dificultades por haber dado tanto crédito a Suvrael.

—Nada de esto es nuevo para mí.

—Me han pedido que inspeccione las tierras de pasto de Suvrael —dijo Dekkeret— para determinar si puede esperarse un alza de la producción ganadera en breve plazo.

—¿Le apetece un vaso de vino? —dijo inesperadamente Golator Lasgia.

Dekkeret, desorientado, consideró los cánones sociales. Mientras él dudaba, Golator Lasgia sacó dos frascos de vino dorado, partió los sellos con gestos decididos y tendió a Dekkeret uno de los recipientes. Dekkeret lo cogió mientras esbozaba una sonrisa de agradecimiento. El vino estaba frío, y era dulce y ligeramente efervescente.

—Vino de Khyntor —dijo ella—. De este modo contribuimos al déficit comercial de Suvrael. La respuesta, iniciado Dekkeret, es que durante el último año del Pontífice Prankipin una terrible sequía azotó el continente... Y usted, iniciado, tal vez se pregunte qué diferencia hay aquí entre un año de sequía y un año de lluvias normales, pero hay diferencia, iniciado, hay una diferencia notable... Y las regiones de pastos sufrieron. No había forma alguna de alimentar al ganado, así que sacrificamos tantas reses como podía absorber el mercado, y vendimos gran parte de las existencias restantes a rancheros de Zimroel occidental. No mucho después de que Confalume llegara al Laberinto, volvieron las lluvias y la hierba empezó a crecer en las sabanas. Pero cuesta varios años volver a formar los rebaños. Por lo tanto el desequilibrio comercial continuará algún tiempo, y luego se corregirá. —La mujer sonrió sin cordialidad—. Bien. Le he ahorrado los inconvenientes de un insípido viaje al interior.

Dekkeret se percató de que sudaba mucho.

—A pesar de todo, debo hacerlo, archirregiomando Golator Lasgia.

—No averiguará más que lo que acabo de explicarle.

—No pretendo ser irrespetuoso. Pero la misión me exige en concreto que vea con mis propios ojos... Ella cerró los suyos un momento.

—Llegar a las tierras de pasto en estos momentos significaría para usted grandes dificultades, extrema incomodidad física, quizá considerable riesgo personal. Si yo fuera usted, me quedaría en Tolaghai, probaría las diversiones que hay aquí y me ocuparía de ese asunto personal que le ha traído a Suvrael. Y después de un intervalo apropiado, redactaría el informe en consulta con esta oficina y volvería a Khyntor.

Inmediatas sospechas florecieron en el pensamiento de Dekkeret. La sección del gobierno para la que trabajaba aquella mujer no siempre cooperaba con el personal de la Corona. Ella, de un modo muy diáfano, intentaba ocultar algo que estaba pasando en Suvrael. Y aunque la misión de investigación sólo era un pretexto para viajar por Suvrael, y no la tarea fundamental, Dekkeret tenía que considerar su carrera, y si permitía que un archirregiomando pontificio le embaucara con tanta facilidad, después las pasaría mal. Dekkeret se arrepintió de haber aceptado el vino. Mas para ocultar su confusión se concedió aún una serie de suaves sorbos.

—Mi sentido del honor —dijo por fin— no me permitiría seguir un curso tan fácil.

—¿Cuántos años tiene, iniciado Dekkeret?

—Nací en el duodécimo año del reinado de lord Confalume.

—Sí, en ese caso su sentido del honor seguirá causándole escozor. Venga, acompáñeme a mirar este mapa.

La mujer se levantó resueltamente. Dekkeret no esperaba que fuera tan alta, casi igualaba su estatura, y ese detalle le confería una apariencia de fragilidad. Su cabello, moreno y muy rizado, emitía una fragancia sorprendente que destacaba incluso sobre el aroma del fuerte vino. Golator Lasgia tocó la pared y apareció un mapa de Suvrael en brillantes tonalidades ocre y castaño rojizo.

—Esto es Tolaghai —dijo ella, tocando la punta noroeste del continente—. Las tierras de pasto están aquí. —Indicó una franja que empezaba a mil o mil doscientos kilómetros tierra adentro y se extendía en irregular círculo alrededor del desierto, en el corazón de Suvrael—. De Tolaghai parten tres puntos principales al territorio ganadero. Ésta es la primera. En la actualidad está azotada por tormentas de arena y ninguna clase de transporte puede usarla con seguridad. Ésta es la segunda ruta: aquí tenemos algunos problemas con bandidos cambiaspectos, y también está cerrada a los viajeros. La tercera ruta es la del paso de Khulag, pero esa carretera ha caído en desuso últimamente, y un brazo del gran desierto ha empezado a invadirla. ¿Se percata de los problemas?

Dekkeret se esforzó en mantener la calma.

—Dado que Suvrael se dedica a criar ganado para exportarlo, y puesto que todas las rutas entre las tierras de pasto y el puerto principal están bloqueadas, ¿es correcto afirmar que la falta de pasto es la verdadera causa del reciente descenso en la exportación de ganado?

Golator Lasgia sonrió.

—Hay otros puertos. En ellos embarcamos la producción en la situación actual.

—Bien, entonces, si voy a uno de esos puertos, encontraré una carretera que me lleve al territorio ganadero.

La mujer volvió a tocar el mapa.

—Desde el invierno pasado el puerto de Natu Gorvinu es el centro del comercio ganadero. Es éste, en la parte oriental, frente a la costa de Alhanroel, a diez mil kilómetros de aquí.

—Diez mil...

—Hay pocas razones para el comercio entre Tolaghai y Natu Gorvinu. Una vez al año, quizá, un barco va de un sitio a otro. Por vía terrestre la situación es peor, porque las carreteras que salen de Tolaghai no se conservan al este de Kangheez...—indicó una ciudad a mil kilómetros de distancia— y más allá, ¿quién sabe? El continente no está excesivamente poblado.

—¿Entonces ¿no hay forma de llegar a Natu Gorvinu?—dijo Dekkeret, perplejo.

—Hay una forma. Por barco desde Tolaghai hasta Stoién, en Alhanroel, y desde Stoién hasta Natu Gorvinu. Sólo tardará poco más de un año. Cuando usted llegue de nuevo a Suvrael y penetre hacia el interior, claro está, la crisis que ha venido a investigar seguramente habrá concluido. ¿Otro frasco de vino dorado, iniciado Dekkeret?

Muy aturdido, Dekkeret aceptó el vino. Las distancias le habían dejado estupefacto. Otro horrendo viaje por el Mar Interior, volver a su continente natal, Alhanroel, únicamente para dar media vuelta y hacer una tercera travesía en dirección a la punta opuesta de Suvrael para acabar averiguando, tal vez, que mientras tanto habían cerrado las carreteras del interior, y... no. No. Una penitencia no podía prolongarse tanto. Mejor abandonar la misión que someterse a tales absurdos.

—Es tarde —dijo Golator Lasgia mientras él seguía dudando— y sus problemas precisan larga consideración. ¿Ha hecho planes para cenar, iniciado Dekkeret?

De pronto, de un modo sorprendente, los oscuros ojos de la mujer emitieron un malicioso fulgor muy familiar.

En compañía del archirregiomando Golator Lasgia, Dekkeret descubrió que la vida en Tolaghai no era forzosamente tan triste como había indicado la primera, superficial inspección. Ella le llevó al hotel con un vehículo flotador —Dekkeret notó el disgusto de la mujer al ver el lugar— y le aconsejó que descansara, se lavara y estuviera listo al cabo de una hora. Un crepúsculo cobrizo había descendido sobre la ciudad, y cuando se cumplió la hora el cielo era tremendamente negro; sólo algunas extrañas constelaciones dejaban en él su irregular huella, aparte del indicio de una o dos lunas crecientes muy cerca del horizonte. Golator Lasgia vino a buscarle puntualmente. En lugar de la severa túnica, la mujer vestía ahora una prenda de malla muy ceñida, absurdamente seductora. Dekkeret se asombró. Había tenido éxito con las mujeres, sí, pero por lo que sabía él no había demostrado interés por aquella mujer, nada que no fuera el respeto más formal. Y sin embargo, era obvio que ella preveía una noche íntima. ¿Por qué? Ciertamente no por la irresistible sofisticación y el atractivo físico de Dekkeret, ni por ventajas políticas que él pudiera conferir a la archirregiomando, ni por cualquier otro motivo racional. Con una excepción, que Tolaghai era un sucio y apartado lugar donde la vida era incómoda e insulsa y él era un joven forastero capaz de ofrecer una noche de diversión a una mujer todavía joven. Dekkeret se sintió utilizado, pero por lo demás no vio nada malo en ello. Y después de haber pasado meses en el mar estaba ansioso de correr ciertos riesgos en nombre del placer. Cenaron en un club privado de las afueras, en un jardín elegantemente decorado con las famosas plantas animales de Stoienzar y otros prodigios vegetales que impulsaron a Dekkeret a calcular qué parte de las modestas reservas de agua de Tolaghai se dedicaba a mantener florido ese lugar. En otras mesas, muy separadas, había suvraelitas con elegantes vestiduras. Golator Lasgia inclinó la cabeza para saludar a algunos, pero ninguno habló con ella ni dedicó indebidas miradas a Dekkeret. Dentro del local soplaban una brisa fría y refrescante, la primera que había notado Dekkeret desde hacía semanas, como si allí estuviera funcionando una milagrosa máquina de los antiguos, algún aparato emparentado con los que generaban la deliciosa atmósfera del Monte del Castillo. La cena fue una espléndida combinación de fruta ligeramente fermentada y filetes de pescado de carne verde claro, tierna y jugosa, acompañada de un selecto vino seco de Amblemorn, nada menos, una de las Ciudades de la Falda del Monte del Castillo. Golator Lasgia bebió sin restricciones, igual que él. Los ojos de ambos cobraron brillo y animación, y las frías formalidades de la entrevista en la oficina quedaron atrás. Dekkeret se enteró de que ella era nueve años mayor que él, que había nacido en la húmeda y exuberante Narabal en el continente occidental, que había entrado al servicio del Pontífice cuando era una jovencita y que llevaba diez años en Suvrael. El ascenso al alto cargo administrativo que desempeñaba en Tolaghai lo había conseguido después que Confalume accediera al pontificado.

—¿Le gusta esto? —preguntó Dekkeret. Ella se encogió de hombros.

—Una se acostumbra.

—Dudo que yo me acostumbrara. Para mí, Suvrael es simplemente un lugar de tormento, una especie de purgatorio. Golator Lasgia asintió.

—Cierto.

Un destello brotó de los ojos de la mujer en dirección a los suyos. Dekkeret no se atrevió a pedir más explicaciones, pero algo le indicaba que ambos tenían mucho en común.

Dekkeret llenó de nuevo los vasos y se permitió el riesgo de esbozar una serena sonrisa de comprensión.

—¿Es un purgatorio lo que busca aquí? —dijo ella.

—Sí.

Golator Lasgia señaló los espléndidos jardines, las vacías botellas de vino, los costosos platos, los manjares a medio comer.

—En ese caso, ha empezado mal.

—Señora mía, cenar con usted no formaba parte de mi plan.

—Ni del mío. Pero el Divino otorga, y nosotros aceptamos. ¿Verdad? —Se acercó a Dekkeret—. ¿Qué piensa hacer? ¿El viaje a Natu Gorvinu?

—Parece una empresa demasiado dura.

—Entonces hágame caso. Quédese en Tolaghai hasta que se aburra. Luego regrese y redacte su informe. En Khyntor nadie estará más enterado que antes.

—No. Debo ir tierra adentro.

La expresión de la mujer se hizo burlona.

—¡Qué dedicación! Pero ¿cómo lo hará? Las carreteras que salen de aquí están cerradas.

—Usted mencionó la del paso de Khulag, la que había caído en desuso. El simple desuso no es tan grave como mortales tormentas de arena o bandidos cambiaspectos. A lo mejor contrato a un experto para que me guíe.

—¿Para ir al desierto?

—Si es preciso...

—El desierto es lugar visitado por fantasmas —dijo Golator Lasgia con suma naturalidad—. Olvide esa idea. Llame al camarero, no tenemos vino.

—Creo que ya ha bebido bastante, señora mía.

—En ese caso, vámonos. Iremos a otro sitio.

Salir del jardín refrescado por la brisa y notar el aire seco y ardiente de la calle fue como una sacudida. Pero pronto estuvieron en el flotador, y poco después en un segundo jardín, éste en la residencia oficial de Golator Lasgia, con una piscina en el centro. Aquí no había máquinas para aliviar el calor, pero la archirregiomando conocía otros métodos para hacerlo: se quitó el vestido y se acercó a la piscina. Su cuerpo, esbelto y flexible, fulguró un instante a la luz de las estrellas, y a continuación se zambulló, se deslizó bajo el agua prácticamente sin un chapoteo. Golator hizo una seña y Dekkeret se apresuró a reunirse con ella.

Más tarde se abrazaron en un lecho de gruesas briznas de hierba cortada de raíz. El acto sexual fue casi una pelea, porque ella se agarró a Dekkeret con sus largas y musculosas piernas, intentó maniatarle las manos, dio vueltas y más vueltas sin separarse de él y sin dejar de reír. Y a Dekkeret le sorprendió la fuerza de aquella mujer, la juguetona ferocidad de sus movimientos. Pero en cuanto acabaron el mutuo examen, ambos se movieron con más armonía, y fue una noche de poco sueño y mucho esfuerzo.

El amanecer fue una sorpresa: de improviso, el sol estaba en el cielo igual que un trompetazo, calcinando las montañas próximas con rayos de ardiente luz.

Acabaron relajados, agotados. Dekkeret miró a la mujer: con la cruel iluminación matutina ella tenía un aspecto menos juvenil que bajo las estrellas.

—Háblame de ese desierto frecuentado por fantasmas —dijo bruscamente Dekkeret—. ¿Qué espíritus encontraré allí?

—¡Eres muy insistente!

—Contéstame.

—Hay espectros capaces de entrar en tus sueños y robártelos. Despojan tu alma de alegría y dejan temores a cambio. Durante el día cantan a lo lejos, te confunden, te apartan del camino con su parloteo y su música.

—¿Debo creerlo?

—En los últimos años muchas personas que entraron en el desierto perecieron allí.

—Por culpa de los espectros ladrones de sueños.

—Eso se dice.

—Será un buen cuento para contarlo cuando vuelva al Monte del Castillo.

—Suponiendo que vuelvas —dijo ella.

—Acabas de explicarme que no todos los que entraron en ese desierto han muerto. Es obvio que no, porque alguien tuvo que vivir para contarlo. Por lo tanto, contrataré a un guía y correré el riesgo entre los fantasmas.

—Nadie te acompañará.

—Entonces iré solo.

—Y morirás sin remedio. —Golator acarició los fuertes brazos del viajero y emitió un suave ronroneo—. ¿Tan interesado estás en morir, tan pronto? Morir carece de valor. No confiere beneficio alguno. No sé qué tipo de paz buscas, pero no puede ser la paz de la tumba. Olvida el viaje al desierto. Quédate conmigo.

—Iremos juntos. Golator se echó a reír.

—Creo que no.

La idea, comprendió Dekkeret, era una locura. Él dudaba de la veracidad de esas historias de fantasmas y ladrones de sueños, quizá lo que ocurría en ese desierto era una artimaña de los rebeldes aborígenes cambiaspectos, e incluso esta posibilidad era dudosa. Tal vez las fábulas sobre peligros eran únicamente un ardid de Golator para retenerle más tiempo en Tolaghai. Muy lisonjero, si era cierto, pero de ninguna ayuda en su viaje. Y ella no se equivocaba al decir que la muerte era una absurda forma de purgación. Si quería que sus aventuras en Suvrael tuvieran significado, debía salir airoso de ellas.

Golator Lasgia le obligó a levantarse. Se bañaron rápidamente en la piscina. Después ella le condujo al interior de la vivienda, la morada mejor amueblada que Dekkeret había visto lejos del Monte del Castillo, y le ofreció un desayuno de fruta y pescado ahumado.

—¿Tienes que ir al interior? —dijo de pronto Golator, a media mañana.

—Una necesidad interna me impulsa en esa dirección.

—Muy bien. En Tolaghai tenemos cierto truhán que a menudo se aventura tierra adentro por el paso de Khulag, o eso afirma él, y vive para contarlo. No me cabe duda de que a cambio de una bolsa llena de reales te guiará hasta allí. Se llama Barjazid. Y si insistes, haré que venga y le pediré que te atienda.

#### 4

«Truhán» era un término correcto aplicado a Barjazid. Era un hombrecillo flaco y de mala apariencia, vestido de modo zarrapastroso con una vieja túnica marrón y raídas sandalias de cuero. Llevaba también un deslucido collar de huesos de dragón marino muy desiguales. Sus labios eran finos, sus ojos tenían aspecto vidrioso, febril, y su piel estaba quemada, casi negra a causa del sol del desierto. El hombrecillo contempló a Dekkeret como si sopesara el contenido de su bolsa.

—Si le llevo allí —dijo Barjazid, con una voz que carecía por completo de resonancia y sin embargo no era débil—, antes firmará una renuncia, absolviéndome de cualquier responsabilidad ante sus herederos, en caso de que muera.

—No tengo herederos —replicó Dekkeret.

—Parientes, pues. Ni su padre ni su hermana mayor me arrastrarán a los tribunales pontificios si usted perece en el desierto.

—¿Usted todavía no ha perecido en el desierto?

Barjazid se quedó perplejo.

—Una pregunta absurda.

—Usted se mete en ese desierto —insistió Dekkeret— y regresa vivo. ¿Sí? Bien, si conoce su oficio, volverá a salir con vida esta vez, igual que yo. Haré lo que usted haga e iré donde usted vaya. Si usted vive, yo viviré. Si yo perezco, también usted perecerá, y mi familia no podrá llevarle a los tribunales.

—Yo puedo resistir el poder de los ladrones de sueños —dijo Barjazid—. Lo sé después de muchísimas pruebas. ¿Cómo sabe usted que triunfará sobre ellos tan fácilmente?

Dekkeret se sirvió otra taza del té de Barjazid, una rica infusión preparada con un potente arbusto de las dunas. Los dos hombres se hallaban acucillados en mantas de piel de haigus en la húmeda trastienda de un establecimiento propiedad del sobrino de Barjazid: era obvio que se trataba de un clan muy numeroso. Dekkeret sorbió el fuerte y amargo té mientras reflexionaba.

—¿Quiénes son esos ladrones de sueños? —dijo al cabo de unos instantes.

—No sabría decirlo.

—¿Cambiaspectos, quizá?

Barjazid se encogió de hombros.

—No se han molestado en hablarme de su linaje. Cambiaspectos, gayrogs, vroones, humanos ordinarios... ¿Cómo quiere que lo sepa? En sueños todas las voces son iguales. Es cierto que hay tribus de cambiaspectos perdidas por ese desierto, y algunos son seres violentos dados a la maldad, y quizá tienen la habilidad de entrar en las mentes de otros junto con la habilidad de alterar sus cuerpos. O quizá no.

—Si los cambiaspectos han cerrado dos de las tres rutas que parten de Tolaghai, las fuerzas de la Corona tienen trabajo que hacer aquí.

—No es asunto mío.

—Los cambiaspectos son una raza subyugada. No debe consentírseles que interrumpen el curso normal de la vida en Majipur.

—Fue usted el que sugirió que los ladrones de sueños eran cambiaspectos —observó agriamente Barjazid—. Yo no tengo esa teoría. ¿Quién son los ladrones de sueños? No tiene importancia. Lo importante es que hacen peligrosas para los viajeros las tierras que hay más allá del paso de Khulag.

—¿Y por qué va usted allí?

—Es improbable que yo responda una pregunta que empieza con por qué —dijo Barjazid—. Voy allí porque tengo motivos para ir allí. A diferencia de otras personas, parece que regreso vivo.

—¿Mueren todos los que cruzan el paso?

—Lo dudo. No tengo la menor idea. Es indudable que ha perecido mucha gente desde que se empezó a oír hablar de los ladrones de sueños. Ese desierto siempre ha sido peligroso. —Barjazid revolvió el té. Empezaba a dar muestras de nerviosismo—. Si me acompaña, le protegeré lo mejor que pueda. Pero no le garantizo su seguridad. Por ese motivo le pido que me absuelva legalmente de cualquier responsabilidad.

—Si firmo un documento de ese tipo, sería como firmar mi sentencia de muerte. ¿Qué le impediría asesinarme diez kilómetros al otro lado del paso, desvalijar mi cadáver y culpar a los ladrones de sueños?

—¡Por la Dama, no soy un asesino! Ni siquiera soy un ladrón.

—Pero darle un documento diciendo que si yo muero en el viaje usted no tiene la culpa... ¿No tentaría eso, incluso al hombre más honrado, a traspasar cualquier límite?

Los ojos de Barjazid destellaban de furia. Hizo un gesto como si quisiera poner fin a la entrevista.

—Lo que traspasa cualquier límite es su audacia —dijo mientras se levantaba y tiraba la taza a un lado—. Busque otro guía, ya que tiene tanto miedo de mí.

Dekkeret permaneció sentado.

—Lamento la sugerencia —dijo tranquilamente—. Lo único que le pido es que comprenda mi situación: un joven forastero en una tierra remota y difícil, forzado a buscar ayuda de gente desconocida para ir a lugares donde suceden cosas increíbles. Debo ser precavido.

—Pues sea más precavido. Suba al próximo barco que salga hacia Stoien y vuelva a la vida fácil del Monte del Castillo.

—Le pido otra vez que sea mi guía. A cambio de una buena recompensa, y que no se hable más de firmar ese documento. ¿Cuáles son sus honorarios?

—Treinta reales —dijo Barjazid.

Dekkeret gruñó como si le hubieran golpeado por debajo de las costillas. Le había costado menos de la mitad navegar de Piliplok a Tolaghai. Treinta reales era el salario anual de alguien como Barjazid. Pagar ese precio exigiría a Dekkeret recurrir a una costosa carta de crédito. Su impulso fue responder con el desprecio propio de un caballero, y ofrecer diez reales. Pero se dio cuenta de que había perdido fuerza de negociación al poner reparos al documento solicitado por Barjazid. Si regateaba también el precio, Barjazid se limitaría a dar por concluida la negociación.

—Perfectamente —dijo al fin—. Pero sin documento. Barjazid le miró agriamente.

—Muy bien. Sin documento, ya que insiste.

—¿Cómo hay que pagar el dinero?

—La mitad ahora, la mitad la mañana de la partida.

—Diez reales ahora —dijo Dekkeret—, diez la mañana de la partida y diez el día de mi regreso a Tolaghai.

—Eso condiciona la tercera parte de mis honorarios a que usted sobreviva al viaje. Recuerde que yo no lo garantizo.

—Quizá mi supervivencia sea más probable si retengo una tercera parte de los honorarios hasta el final.

—Uno espera cierta arrogancia en un caballero de la Corona, y uno aprende a ignorarla como simple peculiaridad, hasta cierto punto. Pero creo que usted se ha pasado de la raya. —Barjazid hizo de nuevo un gesto de despedida—. Hay poca confianza entre nosotros. Sería mala idea viajar juntos.

—No pretendo ser irrespetuoso —dijo Dekkeret.

—Pero me exige que quede a merced de su parentela si usted muere, y me considera como un vulgar criminal o como un bandido en el mejor de los casos, y le parece preciso arreglar el pago de manera que yo tenga menos motivos para asesinarle. —Barjazid escupió—. La otra cara de la arrogada es la cortesía, joven caballero. Un dragonero skandar me habría mostrado más cortesía. Yo no busqué este trabajo, no lo olvide. No me humillaré para ayudarle. Con su permiso.

—Espere.

—Tengo otros asuntos esta mañana.

—Quince reales ahora —dijo Dekkeret— y quince cuando partamos, tal como usted quiere. ¿De acuerdo?

—¿A pesar de que piensa que le asesinaré en el desierto?

—Empecé a mostrarme muy receloso porque no deseaba parecer muy inocente —dijo Dekkeret—. He obrado sin tacto al decir las cosas que he dicho. Le ruego que acepte en los términos convenidos.

Barjazid guardó silencio.

Dekkeret sacó de su bolsa tres monedas de cinco reales. Dos eran de vieja acuñación, y en ellas se veía al Pontífice Prankipin con lord Confalume. La tercera era muy brillante, de reciente acuñación, y mostraba a Confalume como Pontífice y la imagen de lord Prestimion en el reverso. Dekkeret tendió las monedas a Barjazid, que cogió la nueva y la examinó con gran curiosidad.

—No he visto ninguna de éstas anteriormente —dijo—. ¿Tendremos que llamar a mi sobrino para que dé su opinión respecto a la autenticidad?

Ya era demasiado.

—¿Me toma por un traficante de moneda falsa? —rugió Dekkeret mientras se levantaba de un brinco y miraba ferozmente al hombrecillo.

El furor vibraba en su interior. Estuvo a punto de golpear a Barjazid.

Pero se dio cuenta de que el otro hombre permanecía completamente impertérrito e inmóvil frente a su furia. Barjazid incluso sonrió, y cogió las otras dos monedas de la temblorosa mano de Dekkeret.

—De manera que a usted tampoco le gustan mucho las acusaciones sin fundamento, ¿eh, joven caballero? —Barjazid se echó a reír—. Bien, hagamos un trato. Usted no esperará que yo le asesine después del paso de Khulag, y yo no mandaré las monedas al cambista para que dé su aprobación, ¿eh? ¿Qué me dice? ¿Acordado?

Dekkeret asintió cansadamente.

—Sin embargo, será un viaje peligroso —dijo Barjazid—, y yo de usted no confiaría demasiado en un feliz regreso. Casi todo depende de su fuerza cuando llegue el momento de la prueba.

—Muy bien. ¿Cuándo partimos?

—El Día Quinto, a la hora del ocaso. Saldremos de la ciudad por la Puerta de Pinitor. ¿Conoce ese lugar?

—Lo encontraré —dijo Dekkeret—. Hasta el Día Quinto, a la hora del ocaso.

Ofreció la mano al hombrecillo.

## 5

Faltaban setenta y dos horas para el Día Quinto. Dekkeret no lamentó el retraso, porque así tenía tres noches más con la archirregiomando Golator Lasgia. O eso creyó él, porque en realidad las cosas fueron distintas. Ella no estaba en su despacho de las cercanías del puerto la tarde en que Dekkeret se reunió con Barjazid, y sus ayudantes se negaron a transmitirle el mensaje. Dekkeret vagó por la tórrida ciudad hasta mucho después del anochecer, no encontró compañía de ningún tipo y finalmente se contentó con una cena insulsa y llena de arena en su hotel, todavía con la esperanza de que Golator apareciera milagrosamente y le sacara de allí. No fue así, y durmió a ratos muy nervioso, obsesionado por los recuerdos de los tensos costados, los pechos firmes y menudos y la boca hambrienta y agresiva de Golator. Hacia el amanecer tuvo un sueño, vago e incomprensible, en el que ella, Barjazid y varios yorts y vrones ejecutaban una compleja danza en las ruinas de un edificio de piedra, sin techo y barrido por la arena, y después cayó en un profundo sueño y no despertó hasta el mediodía del Día Marino. La ciudad entera parecía estar escondida a esa hora, pero cuando llegaron las horas más frías Dekkeret fue directamente a la oficina de la archirregiomando, sin encontrarla allí y pasó la tarde con la misma falta de propósito que la noche anterior. En el momento de entregarse al sueño rogó fervientemente a la Dama de la Isla que le enviara a Golator Lasgia. Pero no era función de la Dama hacer tales cosas, y lo único que llegó a Dekkeret durante la noche fue un sueño tierno y alegre, quizá un presente de la bendita Dama (aunque probablemente no lo fue). Dekkeret se vio en una choza con techo de paja en las costas del Gran Océano, junto a Til-omon, y mordisqueó dulces frutas purpurinas cuyo jugo brotó a chorros y manchó sus mejillas. Al despertar había un yort del personal de la archirregiomando que aguardaba en la puerta de su habitación, para comunicarle que debía presentarse ante Golator Lasgia.

Esa noche cenaron juntos tarde, y fueron otra vez a la residencia de ella, para gozar de una noche de amor que hizo que su primer encuentro pareciera una reunión casta. En ningún momento preguntó Dekkeret por qué ella le había negado las dos noches anteriores. Sin embargo todo se aclaró después, mientras desayunaban pieles de gihorna y vino dorado, ambos vigorosos y frescos pese a no haber dormido ni un cuarto de hora.



—Me habría gustado pasar más tiempo contigo esta semana —dijo Golator—, pero al menos he podido compartir tu última noche. Ahora te irás al Desierto de los Sueños Robados con mi sabor en tus labios. ¿Te he hecho olvidar a las demás mujeres?

—Ya sabes la respuesta.

—Estupendo. Estupendo. Es posible que jamás abrases a otra mujer. Pero la última fue la mejor, y pocos tienen tanta suerte.

—¿Tan segura estás de que moriré en el desierto?

—Pocos viajeros regresan —dijo ella—. Las posibilidades de que vuelva a verte son remotas.

Dekkeret se estremeció ligeramente... no por miedo, sino porque había comprendido los motivos personales de Golator. Cierta morbosidad de su amante la había impulsado a negarle las dos noches anteriores, de forma que la tercera fuera mucho más intensa, porque ella debía creer que Dekkeret no tardaría en ser hombre muerto y deseaba el especial placer de ser su última mujer. El pensamiento le produjo escalofríos. Si iba a morir pronto, él habría gozado igualmente las otras dos noches con ella. Pero al parecer las sutilidades de la mente de Golator iban más allá de nociones tan toscas. Dekkeret se despidió cortésmente, sin saber si volverían a verse alguna vez, sin saber siquiera si él deseaba volver a verla pese a toda su belleza y sus voluptuosas habilidades. Excesivos detalles misteriosos y peligrosamente caprichosos yacían enroscados en el interior de Golator.

Poco después de la puesta del sol Dekkeret se presentó en la Puerta de Pinitor, en la parte sureste de la ciudad. No le habría sorprendido que Barjazid hubiera incumplido el acuerdo... pero no, un vehículo flotante aguardaba junto al hoyoso arco de arenisca de la vieja puerta, y el hombrecillo estaba apoyado en el coche. Le acompañaban tres personas: un vron, una skandar y un hombre joven y delgado, de mirada penetrante, que indudablemente era el hijo de Barjazid.

A una señal de Barjazid la gigantesca skandar de cuatro brazos cogió los dos gruesos bolsos de Dekkeret y los puso sin esfuerzo alguno en el techo del vehículo.

—Se llama Khaymak Gran —dijo Barjazid—. Es muda, pero dista mucho de ser estúpida. Me ha servido muchos años, desde que la encontré sin lengua y más que medio muerta en el desierto. El vron es Serifain Reinaulion, que suele hablar demasiado pero que conoce las rutas del desierto mejor que nadie en esta ciudad.

Dekkeret intercambió bruscos saludos con el menudo ser tentacular.

—Y mi hijo, Dinitak, también nos acompañará —dijo Barjazid—. ¿Ha descansado bien, iniciado?

—Bastante bien —respondió Dekkeret. Había dormido casi todo el día, después de la noche en vela.

—Viajaremos casi siempre aprovechando la oscuridad y acamparemos durante el calor del día. Entiendo que debo llevarle a través del paso de Khulag, cruzar la estepa denominada Desierto de los Sueños Robados y llegar al borde de las tierras de pasto que rodean Ghyzyn Kor, donde usted tiene que hacer ciertas averiguaciones entre los pastores. Y luego regresar a Tolaghai. ¿Es así?

—Exactamente —dijo Dekkeret.

Barjazid no dio un paso para entrar en el flotador. Dekkeret arrugó la frente... y entonces lo comprendió. Sacó de su bolsa tres piezas de cinco reales, dos viejas de la acuñación de Prankipin la tercera una reluciente moneda de lord Prestimion. Las entregó a Barjazid, que separó la de Prestimion y la lanzó a su hijo. El joven miró recelosamente la brillante moneda.

—La nueva Corona —dijo Barjazid—. Familiarízate con su cara. Vamos a verla a menudo.

—Él tendrá un glorioso reinado —dijo Dekkeret—. Sobrepasará en grandeza incluso a lord Confalume. Una ola de nueva prosperidad barre ya los continentes septentrionales, y

antes eran muy prósperos. Lord Prestimion es un hombre vigoroso y resuelto, y sus planes son ambiciosos.

—Los acontecimientos en los continentes del norte —dijo Barjazid, tras encogerse de hombros— tienen poca influencia aquí, y la prosperidad de Alhanroel o Zimroel... no sé cómo decirlo, apenas importa en Suvrael. Pero nos alegra que el Divino nos haya bendecido con otra espléndida Corona. Ojalá él recuerde, alguna vez, que también existe un continente en el sur, y ciudadanos de su reino que lo pueblan. Vamos, es hora de partir.

## 6

La Puerta de Pinitor delimitaba una frontera absoluta entre la ciudad y el desierto. A un lado había un barrio de bajas e irregulares villas, un barrio amurallado sin rasgos notables; al otro lado, más allá de la periferia de la ciudad, sólo había un desolado yermo. Nada rompía la vacuidad del desierto aparte de la carretera, una amplia senda pavimentada con adoquines que serpenteaba y ascendía poco a poco hacia la cima de las colinas que rodeaban Tolaghai.

El calor era intolerable. Por la noche el desierto era perceptiblemente más frío que durante el día, pero igualmente abrasador. Aunque desapareció el gran ojo en llamas del sol, la anaranjada arena irradiaba hacia el cielo el calor almacenado durante el día, y rielaba y chisporroteaba con la intensidad de un horno rebosante. Se levantó un fuerte viento —al llegar la noche, según observó Dekkeret, la dirección del viento se invirtió y sopló desde el corazón del continente hacia el mar— pero la diferencia fue nula: terrenal o marítimo, ambas eran opresivas corrientes de aire tórrido y seco que no tenía misericordia. En la clara y árida atmósfera la luz de las estrellas y las lunas era anormalmente brillante, y también había un fulgor terrenal, una extraña refulgencia de fantasmagórico color verdoso que brotaba en irregulares zonas de las laderas que bordeaban la carretera. Dekkeret se interesó por el fenómeno.

—Surge de ciertas plantas —dijo el vroom—. Brillan con luz propia en la oscuridad. Tocar una de esas plantas siempre es doloroso y a menudo fatal.

—¿Cómo puedo reconocerlas durante el día?

—Parecen trozos de cuerda vieja, curtida por la intemperie y deshilachada, que salen en manojos de las grietas de la roca. No todas las plantas de esa clase son peligrosas, pero hará bien apartándose de todas.

—De cualquier planta —intervino Barjazid—. En este desierto las plantas se defienden muy bien, a veces de formas sorprendentes. Todos los años nuestro jardín nos enseña algún nuevo secreto, siempre horrible.

Dekkeret asintió. No pensaba pasear por allí pero si lo hacía, su norma sería no tocar nada.

El vehículo flotante era viejo y lento, y la carretera empinada. El coche avanzó sin prisa alguna en la tórrida noche. En el interior hubo escasa conversación. La skandar era la conductora, con el vroom al lado, y de vez en cuando Serifain Reinaulion hacía algún comentario sobre el estado de la carretera. En el compartimiento de atrás los dos Barjazid permanecieron sentados en silencio y Dekkeret quedó solo, contemplando con creciente desconsuelo el infernal paisaje. Sometido a los implacables martillos del sol, el terreno parecía golpeado, roto. La humedad que el invierno aportó al territorio fue succionada hacía mucho tiempo, dejando macilentas e irregulares fisuras. La superficie del terreno era como un cutis picado de viruelas en los puntos donde el incesante viento la había bombardeado con partículas de arena, y las plantas, de escasa altura y muy dispersas, eran de numerosas variedades; pero todas estaban retorcidas, torturadas, deformes y nudosas. Dekkeret fue acostumbrándose poco a poco al calor: el calor estaba allí,

simplemente eso, igual que la piel de uno, y al cabo de un rato se acaba aceptándolo. Pero la mortífera fealdad de todo lo que contemplaba, la sequedad, la despreocupada desolación tosca y llena de agujeros, aturdió su alma. Un paisaje odioso constituía un nuevo concepto para él, un concepto casi inconcebible. En todos los lugares de Majipur que había visitado sólo encontró belleza. Pensó en su ciudad natal, Normork, extendida a lo largo de los peñascos del Monte, las sinuosas calles, la prodigiosa muralla de roca y las suaves lluvias de medianoche. Pensó en la gigantesca ciudad de Stee, en las alturas del Monte, donde una vez paseó al alba por un jardín de árboles no más altos que su tobillo, con hojas de tonalidad verde que deslumbraron sus ojos. Pensó en Morpin Alta, el reluciente milagro urbano dedicado por entero al placer, situado prácticamente a la sombra del impresionante castillo de la Corona en la cima del Monte. Las abruptas inmensidades forestales de Khyntor, las brillantes torres blancas de Ni-moya, las encantadoras vegas del valle de Glayge... Qué mundo tan hermoso es éste, pensó Dekkeret, qué maravillas contiene. ¡Y qué terrible es el lugar donde me encuentro ahora!

Se dijo que debía alterar su escala de valores y esforzarse en descubrir las bellezas del desierto, o de lo contrario el desierto paralizaría su espíritu. Que haya belleza en el colmo de la sequedad, pensó Dekkeret, belleza en la amenazadora angulosidad, belleza en cicatrices de viruelas, belleza en raídas plantas que por la noche emitían un fulgor verde claro. Que lo puntiagudo sea hermoso, que lo desolado sea hermoso, que lo áspero sea hermoso. ¿Qué es belleza, se preguntó Dekkeret, si no una respuesta aprendida a las cosas que se contemplan? ¿Por qué una pradera es en sí más hermosa que un desierto lleno de guijarros? La belleza, dicen, depende de los ojos del que observa. En consecuencia vuelve a educar tu vista, Dekkeret, no sea que la fealdad de este territorio acabe contigo. Se esforzó en amar el desierto. Apartó de su mente adjetivos como «desolado», «depresivo» y «repugnante» como si extrajera los colmillos de un animal salvaje, y se obligó a considerar el panorama como delicado y alentador. Se forzó a admirar los retorcidos estratos de las fases rocosas visibles y las enormes muescas de los desecados lechos. Descubrió aspectos de gozo en los sucios y exhaustos matorrales. Vio rasgos apreciables en las menudas, dentudas criaturas nocturnas que de vez en cuando cruzaban velozmente la carretera. Y conforme iba consumiéndose la noche, el desierto le pareció menos odioso, luego neutral, y por fin creyó que realmente veía cierta belleza. Una hora antes del amanecer, Dekkeret había dejado de pensar en todo ello. La mañana llegó de repente: un haz de llamas anaranjadas que chocaban en la pared montañosa, al oeste, un brazo de fuego rojo brillante que se alzaba sobre el borde opuesto de las montañas, y luego el sol, con su faz amarillenta exhibiendo una tonalidad verde y bronce más acusada que en las latitudes septentrionales, irrumpiendo en el cielo igual que un globo desatado. En el momento de la apocalíptica salida del sol Dekkeret se sorprendió al recordar con agudo dolor a la archirregiomando Golator Lasgia y preguntarse si ella estaría viendo el amanecer, y en compañía de quién. Saboreó el dolor durante un rato, y después, tras desterrar esos pensamientos, habló con Barjazid.

—Una noche sin fantasmas —dijo—. Se suponía que este desierto es morada de espectros.

—Las verdaderas dificultades empiezan más allá del paso —replicó el hombrecillo.

Siguieron avanzando durante las primeras horas del día. Dinitak sirvió un crudo desayuno, pan seco y vino muy áspero. Al mirar hacia atrás, Dekkeret contempló una vista impresionante. El terreno descendía como un gran delantal leonado, todo pliegues y arrugas, y al fondo aparecía la ciudad de Tolaghai, apenas visible como una confusa masa, con la inmensidad del mar al norte, extendida hasta el horizonte. El cielo no tenía nubes, y su color azul quedaba tan realzado por el tinte terracota del terreno que casi parecía un segundo mar. El calor ya estaba aumentando. A media mañana era simplemente insoportable, pero la conductora skandar, impasible, siguió ascendiendo por el corazón de la montaña. Dekkeret se quedó dormido varias veces aunque era imposible

dormir en el atestado vehículo. ¿Iban a viajar la noche entera y después todo el día? Dekkeret no hizo preguntas. Pero cuando la fatiga y la incomodidad estaban alcanzando niveles intolerables, Khaymak Gran viró bruscamente a la izquierda, y descendió por un breve espolón de la montaña y frenó.

—El campamento de nuestra primera jornada —anunció Barjazid.

Al final del espolón, un saliente rocoso se levantaba del suelo del desierto y formaba un refugio en forma de arco. Delante, protegida por sombras a esa hora del día, había una zona de arena que sin duda alguna había sido usada muchas veces como campamento. En la base de la formación rocosa Dekkeret vio una mancha oscura donde, de modo misterioso, brotaba agua de la tierra. No era exactamente un manantial pródigo, pero sí muy útil y venturoso para los sedientos viajeros del desierto. El lugar era ideal. Y era indudable que el trayecto de la primera jornada estaba calculado para llegar allí antes de las peores horas de calor.

La skandar y el hijo de Barjazid sacaron esteras de paja de un compartimiento del vehículo flotante y las extendieron en la arena. Después se sirvió la comida: trozos de tasajo, un poco de fruta agria y tibia aguamiel skandar. A continuación, sin decir palabra, los dos Barjazid, y el vroom y la skandar se tumbaron en las esteras y quedaron dormidos al instante. Dekkeret se quedó solo, hurgándose los dientes en busca de un trocito de carne atrapado. Ahora que podía dormir, no tenía sueño. Erró por las cercanías del campamento y observó la extensión de tierra azotada por el sol al otro lado de la zona de sombra. No se veía una sola criatura, e incluso las plantas, raquílicas y mezquinas, parecían esforzarse en mantenerse bajo tierra. Las montañas se alzaban abruptamente hacia el sur. El paso no podía estar muy lejos. ¿Y después? ¿Y después?

Dekkeret intentó dormir. Indeseadas imágenes le importunaron. Golator Lasgia se cernía sobre la estera, tan cerca que él creyó que podía cogerla y abrazarla, pero ella se alejó de pronto y se perdió en la calina. Por milésima vez Dekkeret se vio en aquel bosque de las Fronteras de Khyntor: perseguía a su presa, apuntaba, se echaba a temblar de improviso. Se deshizo de esas imágenes y se encontró paseando junto al gran muro de Normork, con aire fresco y delicioso en sus pulmones. Pero no se trataba de sueños, sólo vanas fantasías y fugitivos recuerdos; el sueño tardó mucho en llegar, y cuando llegó, fue profundo, sin fantasías y breve. Extraños sonidos le despertaron: susurros, cantos, instrumentos musicales a lo lejos, los ruidos tenues pero claros de una caravana formada por muchos viajeros. Creyó oír campanilleos, el redoble de tambores. Durante unos minutos permaneció quieto, atento, esforzándose en comprender. Luego se incorporó, pestañeó, miró alrededor. El crepúsculo había llegado. Dekkeret había dormido durante la parte más calurosa del día, y en ese momento las sombras cubrían el lado contrario. Sus cuatro compañeros estaban levantados y recogiendo las esteras. Dekkeret aguzó el oído en busca de la fuente de los sonidos. Pero los ruidos llegaban de todas partes, o de ninguna. Recordó las explicaciones de Golator sobre los fantasmas del desierto que cantaban de día, confundían a los viajeros y los apartaban del camino verdadero con su charla y su música.

—¿Qué son esos sonidos? —dijo a Barjazid.

—¿Sonidos?

—¿No los oye? Voces, campanas, pisadas, el canturreo de muchos viajeros...

Barjazid parecía divertido.

—¿Se refiere a las canciones del desierto?

—¿Las canciones de los fantasmas?

—Podría ser. O simplemente los sonidos de caminantes que descienden la montaña, cadenas que resuenan, gongs golpeados. ¿Qué le parece más probable?

—Ninguna de las dos cosas —dijo Dekkeret, ceñudo—. No existen fantasmas en el mundo que yo habito. Pero en esta carretera no hay más viajeros que nosotros.

—¿Está seguro, iniciado?

—¿De que no hay viajeros, o de que no hay fantasmas?

—De las dos cosas.

Dinitak Barjazid, que había estado de pie a un lado, escuchando la conversación, se acercó a Dekkeret.

—¿Está asustado?

—Lo desconocido siempre es inquietante. Pero en este momento siento más curiosidad que miedo.

—En ese caso, daré satisfacción a su curiosidad. Cuando el calor del día disminuye, los peñascos y la arena liberan el calor, y al enfriarse se contraen y emiten sonidos. Eso explica las campanadas y tambores que usted oye. No hay fantasmas en este lugar —dijo el joven.

El Barjazid de más edad hizo un brusco gesto. Tranquilamente, el joven se apartó.

—¿No le ha gustado que él me dijera eso, eh? —preguntó Dekkeret—. ¿Prefiere que yo crea que estoy rodeado de fantasmas por todas partes?

—Me da igual —dijo Barjazid, sonriente—. Puede creer la explicación que le parezca más alentadora. Encontrará suficientes fantasmas, se lo aseguro, al otro lado del paso.

## 7

Durante toda la tarde del Día Estelar ascendieron la tortuosa carretera de la faz de la montaña, y cerca de medianoche llegaron al paso de Khulag. El ambiente era más frío, ya que el lugar se hallaba a buena altura sobre el nivel del mar y vientos en discordia aliviaban en parte el bochorno. El paso era un amplio corte en la montaña, un corte sorprendentemente profundo; ya había empezado la mañana del Día Solar cuando terminaron de cruzarlo y comenzaron el descenso hacia el desierto del interior, mucho más extenso.

Dekkeret quedó atónito al ver el espectáculo que tenía delante. La brillante luz de la luna le permitió contemplar un escenario de monotonía sin precedentes, que convertía en jardines las tierras del otro lado del paso. El desierto anterior era rocoso, pero éste era de arena, un océano de dunas interrumpido en algunos lugares por pedazos de tierra salpicada de guijarros. La vegetación era escasísima, ni una sola planta en las dunas y tristes brotes en el resto. ¡Y el calor! Del oscuro cuenco que había delante llegaban corrientes en ráfagas de pasmoso ardor, un aire que parecía despojado de nutrición, un aire calcinado hasta la muerte. A Dekkeret le sorprendió que en algún lugar de ese horno existieran tierras de pasto. Trató de recordar el mapa del despacho de la archirregiomando: el territorio ganadero era un círculo que bordeaba la zona desértica más interior del continente, pero cerca del paso de Khulag un brazo de las extremidades centrales había conseguido pasar los límites del círculo... Ésa era la explicación. Al otro lado de la franja de formidable esterilidad se hallaba un verde territorio de hierba y bestias que pacían... o así lo esperaba Dekkeret.

Durante las primeras horas de la mañana bajaron por la faz interior de las montañas y salieron a la gran llanura central. Con la primera luz del alba Dekkeret advirtió un extraño rasgo muy lejos ladera abajo, un óvalo de enorme negrura claramente perfilado sobre el color de ante del desierto, y cuando estuvo más cerca vio que era una especie de oasis; el óvalo negro se convirtió en un bosquecillo de cenceños árboles de largas ramas y pequeñas hojas con manchas de color violeta. Este lugar fue el campamento de la segunda jornada. Las huellas de la arena indicaban que otros grupos habían acampado allí; había restos esparcidos bajo los árboles; y en el claro del centro de la arboleda había toscos refugios hechos con piedras amontonadas rematadas con viejas ramas secas. Al otro lado, un riachuelo salobre serpenteaba entre los árboles y terminaba en una charca de agua estancada, de color verde a causa de las algas. Y poco más allá había otra

charca, al parecer alimentada por una corriente de agua que discurría totalmente bajo tierra, cuyas aguas eran puras. Dekkeret vio una curiosa construcción entre ambas charcas, siete columnas de piedra con las puntas redondeadas que llegaban a la altura de la cintura, dispuestas en doble arco. Las examinó.

—Obra de los cambiaspectos —le explicó Barjazid.

—¿Un altar metamorfo?

—Eso creemos. Sabemos que los cambiaspectos visitan a menudo este oasis. Aquí encontramos algunos recuerdos piurivares: varas de oración, fragmentos de plumas, tacitas hechas con mimbre, muy ingeniosas...

Dekkeret miró los árboles, intranquilo, como si esperara que pudieran transformarse durante un instante en un grupo de salvajes aborígenes. Había tenido pocos contactos con la raza nativa de Majipur, los derrotados y desalojados indígenas de la jungla, y lo que sabía de los metamorfos era en esencia rumor y fantasía, leyendas producto del miedo, la ignorancia y el sentimiento de culpabilidad. En otro tiempo los piurivares tuvieron grandes ciudades, eso sí era cierto... Alhanroel estaba salpicado de ruinas, y mientras estudiaba Dekkeret había visto cuadros de la ciudad metamorfa más famosa, la vasta y pétrea Velalisier no muy lejos del Laberinto del Pontífice. Pero esas ciudades habían muerto hacía miles de años, y con la llegada a Majipur del hombre y otras razas, los nativos piurivares se vieron forzados a retirarse a los lugares más oscuros del planeta, principalmente a una gran reserva poblada de árboles en Zimroel, al sureste de Khyntor. Que él supiera, Dekkeret sólo había visto metamorfos de carne y hueso dos o tres veces, frágiles individuos verdosos con extraños rostros sin rasgos salientes. Pero naturalmente los piurivares pasaban de una forma a otra con suma facilidad, ejecutando maravillosas imitaciones, y el menudo vroom, o el mismo Barjazid, podían ser cambiaspectos secretos.

—¿Cómo es posible que un metamorfo, o cualquier otra persona, pueda sobrevivir en este desierto? —dijo Dekkeret.

—Son gente con muchos recursos. Se adaptan.

—¿Hay muchos aquí?

—¿Quién puede saberlo? He encontrado algunas bandas dispersas, cincuenta, setenta y cinco en total. Seguramente hay más. O quizás encuentro siempre a los mismos con diferentes disfraces, ¿eh?

—Gente extraña —dijo Dekkeret mientras pasaba la mano por la lisa cúpula de piedra que remataba la columna más próxima.

Con asombrosa rapidez, Barjazid asió y apartó la muñeca de Dekkeret.

—¡No las toque!

—¿Por qué no? —dijo Dekkeret, estupefacto.

—Estas piedras son sagradas.

—¿Para usted?

—Para los que las erigieron —dijo hoscamente Barjazid—. Nosotros las respetamos. Honramos la magia que pueden contener. Y en esta tierra nadie invita a la venganza de sus vecinos.

Dekkeret contempló asombrado al hombrecillo, las columnas, las dos charcas, los gráciles árboles que le rodeaban. Sintió un escalofrío a pesar del calor. Miró más allá de los confines del pequeño oasis, hacia las dunas de hundidos lomos que dominaban el paisaje, hacia el polvoriento brazo de carretera que desaparecía al sur en la tierra de los misterios. El sol estaba subiendo con rapidez y su calor era un terrible mayal que golpeaba el cielo, la tierra, los escasos y vulnerables viajeros que erraban por el horrible lugar. Dekkeret miró hacia atrás y observó las montañas que acababa de cruzar, un muro inmenso y ominoso que le separaba de la supuesta civilización del tórrido continente. Se sentía aterradoramente solo, débil, perdido.

Se presentó Dinitak Barjazid, tambaleante bajo una gran carga de botellas que por poco cayeron a los pies de Dekkeret. Éste ayudó al joven a llenarlas en la charca de agua

pura, una tarea que se hizo inesperadamente larga. Probó el agua: fresca, clara, con un extraño gusto metálico, no desagradable, que según Dinitak procedía de minerales disueltos. Fue precisa una decena de viajes para llevar todos los recipientes al flotador. No habría más fuentes de agua dulce, explicó Dinitak, durante varios días.

Comieron las acostumbradas burdas provisiones y luego, mientras el calor avanzaba hacia el abrumador máximo del mediodía, se acomodaron en las esteras de paja para dormir. Era el tercer día que Dekkeret dormía durante las horas de sol y su cuerpo iba adaptándose al cambio. Cerró los ojos, encomendó su alma a la amada Dama de la Isla, santa madre de lord Prestimion, y casi al instante cayó en un profundo sueño.

Esta vez hubo sueños.

Dekkeret no había soñado debidamente desde hacía muchos días, demasiados. Para él, como para el resto de habitantes de Majipur, los sueños eran parte central de la existencia; por las noches proporcionaban alivio, y muchas cosas más. Ya desde la niñez se enseñaba al individuo a hacer receptiva su mente a los mensajeros del sueño, a observar y recordar los sueños, a llevarlos en su interior durante la noche y las posteriores horas de vela. Y la benévola y omnipresente figura de la Dama de la Isla del Sueño siempre rondaba a las personas, ayudándolas a explorar las entrañas del espíritu; y a través de sus envíos la Dama ofrecía comunicación directa a los millones y millones de almas que moraban en el vasto Majipur.

Dekkeret se vio caminando por una zona montañosa que creyó identificar con la parte alta de la cordillera que había cruzado anteriormente. Estaba solo y el sol era increíblemente enorme, llenaba la mitad del cielo. Sin embargo, el calor no era penoso. Tan empinada era la ladera que Dekkeret podía mirar hacia abajo sin ninguna dificultad, hacia abajo, hacia abajo, un abismo que parecía tener cientos de kilómetros. Y vio una caldera que rugía y emitía humo, un hirviente cráter volcánico cuyo rojizo magma burbujeaba y se agitaba. Esa inmensa vorágine de energía subterránea no le asustó; en realidad sintió una extraña seducción, una poderosa atracción, ansió lanzarse al abismo, zambullirse en sus profundidades y nadar en su fundido corazón. Empezó a descender, corrió y resbaló, se levantó del suelo y flotó, voló por la inmensa ladera. Y al acercarse creyó ver caras en la palpitante lava: lord Prestimion, el Pontífice, el rostro de Barjazid, el de Golator Lasgia... y unas raras imágenes, asustadizas y apenas visibles... ¿eran metamorfos? El núcleo del volcán era una mezcla de potentes personajes. Dekkeret corrió hacia ellos rebosante de amor mientras pensaba, «Aceptadme, aquí estoy, ya voy». Y cuando percibió, detrás de todas las imágenes, un gran disco blanco que juzgó era el amoroso semblante de la Dama de la Isla, una profunda e intensa dicha invadió su alma, porque en ese instante supo que estaba recibiendo un envío, y habían transcurrido muchos meses desde la última vez que la bondadosa Dama llegó a su mente dormida.

Dormido pero consciente, observando al Dekkeret del sueño, aguardó la consumación, la unión en sueños de él y la Dama, la inmolación en el volcán que aportara alguna revelación, alguna verdad, algún instante de conocimiento que condujera al gozo. Pero entonces algo extraño cruzó el sueño como un velo que se extiende. Los colores fueron apagándose, las caras se debilitaron. Dekkeret siguió corriendo, bajando por la pared de la montaña, pero tropezó muchas veces, cayó, se magulló manos y rodillas en las ardientes rocas del desierto, y se apartó completamente del camino, fue hacia un lado en vez de hacia abajo, incapaz de continuar. Había estado al borde de un momento de gozo y sin saber cómo ese momento estaba fuera de su alcance, y sólo sentía angustia, desasosiego, aturdimiento. El éxtasis que era la aparente promesa del sueño estaba disipándose. Los brillantes colores se doblegaron ante un gris global, y cesó todo movimiento: Dekkeret se vio paralizado en la ladera, contemplando rígidamente un cráter apagado, y la visión le causó temblores. Apoyó la cabeza en las rodillas y estuvo sollozando hasta que despertó.

Parpadeó y se incorporó. Tenía un martilleo en la cabeza y notaba los ojos secos, y había una depresiva tensión en su pecho y en sus hombros. Los sueños, incluso los más terroríficos, no causaban esas sensaciones, ese arenoso residuo de malestar, confusión, miedo. Eran las primeras horas de la tarde y el cegador sol pendía sobre las copas de los árboles. Cerca de Dekkeret estaban echados Khaymak Gran y el vroom, Serifain Reinaulion. Algo más lejos estaba Dinitak Barjazid. Todos parecían dormir profundamente. El Barjazid de más edad no se veía por ninguna parte. Dekkeret se dio la vuelta, apoyó la mejilla en la cálida arena junto a la estera y se esforzó en liberarse de la tensión. Algo se había torcido en su sueño, Dekkeret lo sabía. Cierta oscura fuerza se había entrometido en su sueño, le había despojado de virtud y ofrecido dolor a cambio. ¿Se referían a eso al hablar de la espectral fama del desierto? ¿Era eso robar un sueño? Dekkeret se encogió hasta formar una irregular bola. Se sentía mancillado, utilizado, invadido. Se preguntó si a partir de ese momento, conforme fueran adentrándose en el horroroso desierto, todos los períodos de sueño serían iguales ¿O serían peores todavía?

Al cabo de un rato Dekkeret volvió a dormirse. Llegaron más sueños, fragmentos confusos y descarriados sin ritmo ni orden. Él se desentendió. Al despertar, el día tocaba a su fin y los sonidos del desierto, los sonidos de los fantasmas, eran como mordiscos en sus orejas: tintineos, murmullos y distantes risas. Dekkeret se encontraba más cansado que si no hubiera dormido.

## 8

Los demás no dieron muestras de haber experimentado molestias mientras dormían. Al levantarse saludaron a Dekkeret como de costumbre: la enorme y taciturna skandar ni le miró, el menudo vroom emitió amistosos y zumbantes gorjeos y retorció y entrelazó los tentáculos, y los dos Barjazid hicieron correctas inclinaciones de cabeza, y si sabían que un miembro del grupo había recibido en sueños la visita de ciertos tormentos, no dijeron nada. Después del desayuno Barjazid sostuvo una breve conferencia con Serifain Reinaulion para determinar la ruta que seguirían esa noche, y luego el coche flotante se puso en marcha de nuevo en la oscuridad iluminada por la luna.

Fingiré que nada extraordinario ha sucedido, decidió Dekkeret. No sabrán que yo soy vulnerable a estos fantasmas.

Pero su resolución duró muy poco. Mientras el flotador atravesaba una zona de secos lechos de lagos de los que sobresalían miles de raros montículos de piedra verduzca, Barjazid se volvió de pronto hacia Dekkeret e interrumpió el prolongado silencio.

—¿Ha dormido bien? —dijo.

Dekkeret sabía que no podía ocultar la fatiga.

—He descansado mejor otras veces —murmuró.

Los lustrosos ojos de Barjazid se fijaron inexorablemente en los del iniciado.

—Mi hijo dice que le oyó gemir mientras dormía, que usted no ha parado de dar vueltas y que se aferraba a sus rodillas. ¿Ha notado el contacto de los ladrones de sueños, iniciado?

—Sentí la presencia de una fuerza inquietante en mis sueños. Si es o no es obra de los ladrones de sueños, no tengo forma de saberlo.

—¿Podría describir las sensaciones?

—¿Acaso es usted un ladrón de sueños, Barjazid? —espetó Dekkeret con repentino enojo—. ¿Por qué tengo que permitir que sondee y hurgue en mi mente? ¡Mis sueños son personales!

—Calma, calma, buen caballero. No pretendía entrometerme.

—Pues déjeme en paz.



—Soy responsable de su seguridad. Si los demonios de este territorio baldío han empezado a llegar a su espíritu, debe informarme por su propio provecho.

—¿Demonios, eso son?

—Demonios, espectros, fantasmas, cambiaspectos descontentos... lo que sean —dijo Barjazid, impaciente—. Los seres que acosan a los viajeros dormidos. ¿Le han visitado o no?

—Mis sueños no han sido placenteros.

—Le ruego que me explique en qué forma.

Dekkeret suspiró lentamente.

—Pensé que había recibido un envío de la Dama, un sueño de paz y alegría. Y poco a poco fue cambiando la naturaleza del sueño, ¿comprende? Se hizo tétrico, caótico, perdió toda su alegría, y cuando acabó yo estaba peor que cuando me había introducido en él.

—Sí, sí, éstos son los síntomas —dijo Barjazid, asintiendo vigorosamente—. Algo llega a la mente, invade el sueño, se sobrepone a él de un modo alarmante, extrae energía.

—¿Una especie de vampirismo? —sugirió Dekkeret—. ¿Criaturas que acechan en este desierto y extraen energía vital de confiados viajeros?

Barjazid sonrió.

—Insiste en especular. Yo no formulo hipótesis de ningún tipo, iniciado.

—¿Ha notado usted el contacto mientras duerme?

El hombrecillo miró a Dekkeret de una forma muy extraña.

—No. No, nunca.

—¿Nunca? ¿Es usted inmune?

—Así lo parece.

—¿Y su hijo?

—A él le ha ocurrido varias veces. Muy raramente, quizá una vez cada cincuenta noches. Pero la inmunidad no es hereditaria, diría yo.

—¿Y la skandar? ¿Y el vroom?

—También les ha afectado —dijo Barjazid—. Poquísimas veces. Les resulta molesto pero no intolerable.

—Sin embargo otras personas han muerto a causa del contacto con los ladrones de sueños.

—Más hipótesis —dijo Barjazid—. Muchos viajeros que han pasado por aquí en los últimos años se quejaron de haber experimentado sueños extraños. Otros se perdieron y no consiguieron regresar. ¿Cómo podemos saber si existe relación entre los sueños inquietantes y la desorientación?

—Es usted un hombre precavido —dijo Dekkeret—. No se arriesga a sacar conclusiones.

—Y he sobrevivido hasta una edad bastante avanzada, mientras mucha gente más arriesgada ha regresado a la Fuente.

—¿Piensa que la mera supervivencia es el mayor logro que puede obtener una persona?

Barjazid se echó a reír.

—¡Habla como un auténtico caballero del Castillo! No, iniciado, creo que vivir es algo más que eludir la muerte. Pero sobrevivir es una buena ayuda, ¿eh, iniciado? Sobrevivir es una excelente exigencia básica para los que persiguen altas cotas. La muerte no sirve para nada.

Dekkeret no quiso alargar el tema. Las escalas de valores de un caballero iniciado y de una persona como Barjazid eran difícilmente comparables. Y además, la forma de discutir de Barjazid revelaba que era un hombre taimado y hábil, y Dekkeret se sentía lento, pesado y paralizado, y le disgustaba estar expuesto a esa sensación. Guardó silencio unos instantes.

—¿Empeoran los sueños al adentrarse en el desierto? —preguntó después.

—Me inclino a creer que sí —dijo Barjazid.

Sin embargo, cuando declinó la noche y llegó el momento de acampar, Dekkeret estaba listo, incluso ansioso de enfrentarse de nuevo a los fantasmas del sueño. Ese día habían acampado a bastante distancia del cuenco del desierto, en una zona baja donde los azotadores vientos habían barrido buena parte de la arena, y el suelo de roca asomaba entre la que quedaba. El seco aire emitía raros crujidos, una especie de zumbido llevado por el viento, como si la fuerza del sol estuviera despojando de materia a las partículas del lugar. Faltaba una hora para el mediodía cuando todos se acostaron. Dekkeret se acomodó tranquilamente en su estera de paja y, sin temor, a punto de dormirse, ofreció su alma a cualquier cosa que pudiera venir. En su orden de caballería le habían enseñado las acostumbradas nociones de valor, claro está, y debía enfrentarse a los retos sin temor, pero hasta el momento apenas se había visto puesto a prueba. En el plácido Majipur había que hacer grandes esfuerzos para encontrar tales retos, había que desplazarse a las partes incivilizadas del mundo, porque en las regiones colonizadas la vida era ordenada y cortés. Por eso Dekkeret decidió viajar. Pero no le fue muy bien en su primera gran prueba, en los bosques de las Fronteras de Khyntor. En Suvrael tenía otra oportunidad. Los desagradables sueños del desierto le ofrecían, en cierto sentido, la promesa de la redención. Dekkeret se entregó al sueño.

Y no tardó en soñar. Estaba otra vez en Tolaghai, pero en una Tolaghai curiosamente transformada, una ciudad con casas de alabastro de elegante aspecto y espesos jardines repletos de verdor. Vagó por una calle, luego por otra, admirando la elegancia de la arquitectura y el esplendor de la vegetación. Su túnica era del tradicional color verde y oro característico del séquito de la Corona, y al encontrar ciudadanos de Tolaghai que disfrutaban de paseos vespertinos, les saludaba haciendo graciosas reverencias e intercambiaba con ellos el símbolo del estallido estelar hecho con los dedos que reconocía la autoridad de la Corona. Vio que se acercaba la esbelta figura de la encantadora archirregiomando Golator Lasgia. Ella sonrió, le cogió la mano y le condujo a un lugar de exuberantes fuentes donde un frío rocío flotaba en el aire. Se desnudaron y se bañaron, y salieron desnudos del perfumado estanque, y pasearon, casi sin tocar el suelo con los pies, hasta llegar a un jardín repleto de arqueados tallos y grandes y relucientes hojas multilobadas. Sin emplear palabras Golator le animó a seguir adelante por umbrosas avenidas bordeadas por hileras de apretados árboles. Golator iba delante, un perfil esquivo y tentador que flotaba a escasos centímetros fuera del alcance de Dekkeret. Luego, poco a poco, la distancia fue aumentando.

Al principio, la tarea de atrapar a Golator no ofrecía dificultades, pero Dekkeret no reducía la distancia y tuvo que avanzar cada vez más deprisa para no perder de vista a la mujer. La piel olivácea de Golator brillaba bajo la luz de la luna, y ella volvió la cabeza varias veces para mirarle, sonriendo esplendorosamente, meneando la cabeza para animarle a cogerla. Pero Dekkeret no podía. Golator le llevaba una ventaja de casi todo el jardín en esos momentos. Con creciente desesperación, Dekkeret se lanzó hacia su amada, pero la imagen de ésta iba menguando, estaba a punto de desaparecer, se hallaba tan lejos que apenas se distinguía la acción de los músculos bajo la reluciente piel desnuda. Mientras se precipitaba por los senderos del jardín, Dekkeret notó un aumento de temperatura, un cambio repentino y constante en el ambiente, porque extrañamente el sol había salido de noche y la fuerza del astro golpeaba sus hombros. Los árboles se agostaron y languidecieron. Las hojas cayeron. Dekkeret se esforzó en mantenerse erguido. Golator era una simple mota en el horizonte; seguía haciéndole señas, continuaba sonriente y agitando la cabeza, pero cada vez más pequeña. Y el sol siguió subiendo, haciéndose más potente, marchitando, incinerando y ajando todo lo que estaba a su alcance. El jardín se convirtió en un lugar de flacas ramas desnudas y suelo árido y agrietado. Una sed horrorosa abrumaba a Dekkeret, pero no había agua, y cuando vio figuras al acecho (metamorfos, eso eran, sutiles y falsas criaturas que no mantenían su

aspecto, que fluctuaban y variaban de un modo enloquecedor) detrás de los árboles ennegrecidos y llenos de ampollas, pidió a gritos algo para beber, y recibió únicamente agudas risas tintineantes para aliviar su sequedad. Dekkeret siguió avanzando, tambaleante. La brutal vibración luminosa del cielo estaba empezando a tostarle; notaba que su piel se endurecía, crujía, se contraía, se partía. Un instante más y quedaría chamuscado. ¿Qué había sido de Golator Lasgia? ¿Dónde estaban los sonrientes ciudadanos que hacía poco le saludaban y hacían el símbolo del estallido estelar? Dekkeret no vio el jardín. Se hallaba en el desierto, dando tumbos y tropezando en una tórrida y calcinadora desolación donde incluso las sombras ardían. Un terror genuino brotó en su interior, porque pese a estar soñando experimentaba el dolor del calor, y la parte de su alma que observaba la escena se alarmó, pensando que la fuerza del sueño pudiera dañar la parte física de Dekkeret. Había relatos al respecto, gente que había perecido mientras dormía a causa de sueños de abrumadora potencia. Aunque terminar prematuramente un sueño iba en contra de su instrucción, aunque sabía que debía ver hasta el peor de los horrores hasta la definitiva revelación, Dekkeret consideró la posibilidad de despertarse en aras de su seguridad, y estuvo a punto de hacerlo. Pero juzgó que ello sería una especie de cobardía y juró permanecer en el sueño aunque le costara la vida. Estaba arrodillado, arrastrándose en la ardiente arena, contemplando con anormal claridad misteriosos insectos, diminutos y dorados, que marchaban en hilera por los bordes de las dunas en dirección hacia él... Hormigas, eso eran, con horribles e hinchadas pinzas. Todas, una a una, fueron trepando a su cuerpo y le dieron mordiscos, mordiscos infinitamente pequeños, y se aferraron a su piel, de tal forma que al cabo de unos instantes miles de minúsculas criaturas le cubrían. Dekkeret intentó apartarlas con las manos pero no pudo soltarlas de su cuerpo. Las pinzas resistían y las cabezas de las hormigas quedaban separadas del abdomen; la arena se volvió negra con tantas hormigas sin cabeza. Pero los insectos cubrían la piel como una túnica, y Dekkeret se restregó cada vez con más vigor mientras nuevas hormigas trepaban e hincaban sus pinzas. Dekkeret se cansó de restregarse. En realidad estaba más fresco con ese manto de hormigas, pensó. Los insectos le protegían de la fuerza del sol, aunque también le picaban y le quemaban, pero no de un modo tan doloroso como los rayos solares. ¿Nunca iba a acabar el sueño? Dekkeret se esforzó en dominarse, trató de convertir el flujo de agresivas hormigas en un riachuelo de agua pura, pero no lo consiguió, y volvió a deslizarse en la pesadilla y siguió arrastrándose, agotado, en la arena.

Y poco a poco Dekkeret comprendió que ya no estaba soñando.

No hubo frontera detectable entre el sueño y la vigilia, pero por fin Dekkeret se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos y que sus dos centros de conciencia, el soñador que observaba y el Dekkeret del sueño que sufría, se habían fusionado. Mas él continuaba en el desierto, bajo el terrible sol de mediodía. Estaba desnudo, con la piel en carne viva y llena de ampollas. Y había hormigas trepando por su cuerpo, por sus piernas hasta la altura de las rodillas, diminutas hormigas oscuras que hundían las minúsculas pinzas en la carne. Perplejo, Dekkeret se preguntó si no había pasado de un sueño a otro, pero no, por lo que él veía se encontraba en el mundo real, despierto, en el auténtico desierto, perdido en plena inmensidad. Se levantó, se limpió de hormigas, que igual que en el sueño se aferraron a su piel aún a costa de perder la cabeza, y miró alrededor en busca del campamento.

No lo vio. Mientras dormía se había metido en el abrasador yunque del corazón del desierto y se había extraviado. Que esto siga siendo un sueño, pensó intensamente, y que despierte a la sombra del flotador de Barjazid. Pero no hubo despertar. Dekkeret comprendió en ese instante cómo moría la gente en el Desierto de los Sueños Robados.

—¿Barjazid? —gritó—. ¡Barjazid!

Los ecos volvieron a él desde las distantes montañas. Gritó de nuevo, dos, tres veces, y escuchó las repercusiones de su voz, pero no hubo respuesta. ¿Cuánto tiempo podría sobrevivir? ¿Una hora? ¿Dos? No tenía agua ni cobijo, ni siquiera un trozo de tela. Su cabeza estaba indefensa bajo el gran ojo llameante del sol. Era la hora más calurosa del día. El paisaje era igual en todas direcciones, liso, un cuenco poco hondo barrido por tórridos vientos. Dekkeret siguió sus pisadas, pero el rastro desapareció al cabo de pocos metros, ya que el terreno era duro y rocoso y él no había dejado huellas. El campamento podía estar en cualquier punto de los alrededores, oculto por cualquier ligera elevación del terreno. Pidió ayuda otra vez y de nuevo recibió solamente ecos. Si encontraba una duna quizá podría enterrarse hasta el cuello, y aguardar a que remitiera el calor, y por la noche localizaría el campamento gracias a la hoguera. Pero no vio dunas. Si encontraba un lugar alto que le ofreciera una vista general, subiría allí y examinaría el horizonte en busca del campamento. Pero Dekkeret no vio montecillos. ¿Qué habría hecho lord Stiamot en esta situación, se preguntó, o lord Thimin, o cualquier gran guerrero del pasado? ¿Qué iba a hacer Dekkeret? Es absurdo morir así, pensó; será una muerte inútil, desagradable, horrorosa. Volvió la cabeza otra vez, y otra, y otra, para inspeccionar en todas direcciones. No había rastros, y era absurdo ponerse a caminar sin saber adonde iba. Dekkeret se encogió de hombros y se acuclilló en un lugar donde no había hormigas. No existía una táctica asombrosamente inteligente que pudiera salvarle. No existía ningún recurso interno que le condujera, luchando contra una fuerza superior, a la seguridad. Se había perdido mientras dormía, e iba a morir tal como había pronosticado Golator Lasgia, y ahí acababa todo. Sólo le quedaba una cosa, y esa cosa era su fortaleza de carácter: moriría serena y tranquilamente, sin temores, sin enojo, sin rabia contra las fuerzas del destino. Quizá pasaría una hora. Quizá menos. Lo único importante era morir con honor, porque cuando la muerte es inevitable es absurdo comportarse como un chambón.

Dekkeret aguardó la llegada de la muerte.

Pero lo que llegó en lugar de la muerte —diez minutos, media hora después... a él le fue imposible saberlo— fue Serifain Reinaulion. El vroom apareció igual que un espejismo hacia el este, caminando lenta y trabajosamente bajo el peso de dos botellas de agua, y cuando estuvo a cien metros de Dekkeret agitó dos tentáculos.

—¿Está vivo? —gritó.

—Más o menos. ¿Es usted real?

—Muy real. Hemos estado buscándole durante media tarde. —Con gran agitación de sus correosas extremidades, la menuda criatura puso una botella en las manos de Dekkeret—. Tenga. Beba a sorbos. No se precipite. No se precipite. Está tan deshidratado que se ahogará por goloso.

Dekkeret reprimió el impulso de apurar la botella de un largo trago. El vroom tenía razón: un sorbo, otro sorbo, modérate o te harás daño. Dejó que el agua goteara en su boca, enjuagó ésta, mojó la hinchada lengua y, por último, permitió que el agua pasara por su garganta. Ah. Otro precavido trago. Otro más, luego un buen trago. Dekkeret se mareó ligeramente. Serifain Reinaulion le pidió la botella. Dekkeret apartó al vroom, bebió de nuevo, se frotó las mejillas y labios con un poco de agua.

—¿A qué distancia estamos del campamento? —preguntó finalmente.

—Diez minutos. ¿Tiene fuerza para caminar, o voy a buscar a los demás?

—Puedo caminar.

—Vámonos, pues. Dekkeret asintió.

—Un sorbito más...

—Coja la botella. Beba cuanto le apetezca. Si se debilita, dígamelo y descansaremos. Recuerde, yo no puedo llevarle.

El vroom partió lentamente hacia un bajo reborde arenoso a quinientos metros al este. Tambaleante y aturdido, Dekkeret marchó detrás del otro, y se sorprendió al ver que el terreno se inclinaba hacia arriba. El reborde arenoso no era tan bajo, comprendió; una ilusión creada por el resplandor hacía opinar de otra forma. En realidad la arena se alzaba hasta alcanzar dos o tres veces la estatura de Dekkeret, suficiente altura para ocultar montículos inferiores al otro lado. El flotador estaba aparcado en las sombras del montículo más lejano.

Barjazid era la única persona en el campamento. Miró a Dekkeret con un reflejo de aparente desprecio o preocupación en sus ojos.

—¿Se fue a dar un paseo, es eso? ¿A mediodía?

—Sonambulismo. Los ladrones de sueños me embaucaron. Fue igual que estar hechizado. —Dekkeret temblaba, ya que las quemaduras de sol habían empezado a afectar los sistemas difusores de calor de su organismo. Se dejó caer junto al coche y se acurrucó bajo una ligera túnica—. Cuando desperté no vi el campamento. Estaba seguro de que iba a morir.

—Media hora más y habría muerto. De todas formas debe tener fritas las dos terceras partes del cuerpo. Tuvo suerte de que mi hijo despertara y viera que usted había desaparecido.

Dekkeret apretó la túnica alrededor de su cuerpo.

—¿Así muere la gente aquí? ¿Caminando dormidos a mediodía?

—Es una de las formas, sí.

—Le debo la vida.

—Me debe la vida desde que cruzamos el paso de Khulag. Si hubiera viajado solo ya habría muerto cincuenta veces. Pero dé las gracias al vroom, si es que quiere darlas. Él hizo el trabajo real de encontrarle.

Dekkeret asintió.

—¿Dónde está su hijo? ¿Y Khaymak Gran? ¿También están buscándome?

—Volverán enseguida —dijo Barjazid.

De hecho, la skandar y el joven aparecieron instantes después. Sin dedicar una sola mirada a Dekkeret, la skandar se echó en la estera de dormir. Dinitak Barjazid sonrió maliciosamente.

—¿Ha sido un paseo agradable? —dijo.

—No mucho. Lamento los inconvenientes que he causado.

—Nosotros también.

—Tal vez deba dormir atado a partir de ahora.

—O con un gran peso apoyado en el pecho —sugirió Dinitak. Bostezó—. Intente estar quieto hasta la puesta de sol, como mínimo. ¿Lo hará?

—Eso pretendo —dijo Dekkeret.

Pero le fue imposible dormir. La piel le picaba en mil puntos a causa de las picaduras de los insectos, y las quemaduras de sol, pese al refrescante unguento que le dio Serifain Reinaulion, le hicieron sentirse atroz. Tenía una sensación de sequedad, de tener polvo en la garganta que ninguna cantidad de agua curaba, y una dolorosa vibración en los ojos. Como si estuviera examinando una irritante llaga, Dekkeret repasó los recuerdos de su penosa experiencia en el desierto: el sueño, el calor, las hormigas, la sed, la certeza de una muerte inminente. Con sumo rigor, buscó momentos de cobardía y no encontró ninguno. Desaliento, sí, y rabia, e incomodidad, pero no había ningún recuerdo de pánico o de temor. Bien. Bien. La peor parte de la experiencia, decidió, no había sido el calor, la sed o el peligro, sino el sueño, el oscuro e inquietante sueño, el sueño que una vez más había empezado con gozo y que en su mitad había sufrido una sombría metamorfosis. Que se me niegue el solaz de sueños saludables es como morir en vida, pensó Dekkeret, mucho peor que perecer en un desierto, porque morir sólo ocupa un momento mientras que soñar afecta todo el futuro de la persona. ¿Y qué conocimiento estaban impartiendo

esos desolados sueños suvraelitas? Dekkeret sabía que los sueños enviados por la Dama debían estudiarse atentamente, si era preciso con la ayuda de un practicante del arte de interpretar sueños, porque contenían información vital para la conducta correcta que debía seguirse en la vida. Pero estos sueños no podían ser de la Dama, emanaban más bien de un oscuro Poder, de cierta fuerza siniestra y opresiva más dada a tomar que a dar. ¿Cambiaspectos? Tal vez. ¿Y si alguna tribu de metamorfos había conseguido mediante engaño uno de los artilugios que permitían a la Dama de la Isla llegar a las mentes de su congregación? ¿Y si esa tribu estaba al acecho en el tórrido corazón de Suvrael y elegía sus víctimas entre confiados viajeros, robaba en las almas de éstos, los despojaba de vitalidad, imponía una desconocida e insondable venganza a los seres que habían hurtado su mundo?

Cuando las sombras de la tarde se alargaron, Dekkeret notó que estaba volviendo a caer dormido. Se resistió, puesto que temía el contacto con los invisibles intrusos que entraban en su alma. Mantuvo los ojos abiertos, desesperado; contempló el desierto que iba oscureciéndose y prestó atención al espectral canturreo y a los zumbidos del desierto. Pero era imposible tener a raya al agotamiento por más tiempo. Dekkeret cayó en un sueño ligero y desasosegado, interrumpido de vez en cuando por fantasías que, de acuerdo con sus percepciones, no procedían de la Dama, ni de otra fuerza externa, sino que flotaban al azar en los estratos de su fatigada mente, fragmentos de incidentes sin sentido e imágenes dispersas e incomprensibles. Y luego alguien le zarandeó para despertarle... el vroom, era el vroom. La mente de Dekkeret estaba nebulosa y actuaba con lentitud. Se sentía paralizado. Tenía agrietados los labios y dolorida la espalda. Había caído la noche, y sus compañeros ya estaban levantando el campamento. Serifain Reinaulion ofreció a Dekkeret una taza de cierto jugo, dulce, espeso y de color verdeazulado, y él lo bebió de un solo trago.

—Vamos —dijo el vroom— Es hora de continuar.

10

El desierto sufrió un nuevo cambio y el paisaje se hizo violento y abrupto. Era obvio que se habían producido grandes terremotos en la zona, y más de uno, porque el terreno estaba fracturado y levantado, con gruesos bloques de suelo del desierto amontonados y formando ángulos increíbles y enormes e irregulares taludes al pie de los bajos y destrozados peñascos. En esta caótica zona de turbulencia y desorden sólo había una ruta transitable: el amplio lecho suavemente curvado de un río extinto en lejanos tiempos cuyo arenoso suelo se desviaba en largos y suaves recodos entre montones de rocas agrietadas y partidas. Había una gran luna llena en el cielo y el grotesco escenario tenía un brillo casi diurno. Al cabo de varias horas de atravesar un territorio tan parecido de un kilómetro a otro que era casi como si el vehículo flotante no se moviera, Dekkeret conversó con Barjazid.

—¿Cuánto nos queda para llegar a Ghyzyn Kor?

—Este valle es la frontera entre desierto y tierras de pasto. —Barjazid apuntó hacia el suroeste, donde el lecho del río desaparecía entre dos impresionantes y escarpados picos que se elevaban como dagas del suelo del desierto—. Más allá de ese lugar, el desfiladero de Munnerak, el clima es totalmente distinto. En el lado opuesto de la pared montañosa las nieblas marinas penetran de noche procedentes del oeste, y la tierra es verde y adecuada para el pastoreo. Mañana acamparemos a medio camino del desfiladero, y lo cruzaremos pasado mañana. El Día Marino, a más tardar, usted estará en su alojamiento de Ghyzyn Kor.

—¿Y ustedes? —preguntó Dekkeret.

—Mi hijo y yo tenemos asuntos en otra parte de la zona. Volveremos a buscarle a Ghyzyn Kor dentro de... ¿tres días? ¿Cinco?

—Cinco serán suficientes.

—Sí. Y luego el viaje de vuelta.

—¿Por la misma ruta?

—No hay otra —dijo Barjazid—. ¿No le explicaron en Tolaghai que el acceso a las tierras de pasto estaba cortado, excepto por este desierto? Además, ¿por qué tiene miedo a esta ruta? Los sueños no son tan espantosos, ¿no? Y mientras no vaya por ahí dormido, no correrá ningún peligro.

Parecía muy sencillo. En realidad Dekkeret estaba convencido de que sobreviviría al viaje. Pero el último sueño había sido suficiente tormento, y aguardaba sin alegría alguna los que aún pudieran llegar. Cuando acamparon la mañana siguiente, Dekkeret se sintió nervioso a la hora de volver a confiarse al sueño. Durante la primera hora del período de reposo se mantuvo en vela, atento al estruendo metálico de las demolidas rocas que se agitaban y estremecían con el calor, hasta que el sueño tapó su mente como una espesa nube negra y le cogió desprevenido.

Y a su debido tiempo un sueño se apoderó de él, y ese sueño, Dekkeret lo sabía, iba a ser el más terrible.

Primero hubo dolor: un dolor persistente, un retortijón, una punzada. Y luego, de súbito, una desgarradora explosión de luz deslumbrante en las paredes de su cráneo, una explosión que le hizo gruñir y agarrarse la cabeza. El angustioso espasmo pasó enseguida, empero, y Dekkeret percibió la suave presencia de Golator Lasgia cerca de él, una presencia que le calmaba y le mecía en sus senos. Ella le acunó, murmuró cosas en sus oídos y le tranquilizó hasta que abrió los ojos. Después Dekkeret se incorporó y miró alrededor, y vio que había salido del desierto, que estaba libre de Suvrael. El y Golator se hallaban en un fresco claro de un bosque donde árboles gigantes con troncos de corteza amarilla perfectamente rectos se alzaban a inmensurables alturas. Un río de rápido curso, tachonado de salientes rocosos, corría y bramaba violentamente casi a los pies de los visitantes. Al otro lado de la corriente el terreno descendía bruscamente, dejando ver un lejano valle, y en el punto más alejado de éste, una grisácea montaña, serrada y coronada de nieve, que Dekkeret reconoció al instante como uno de los nueve inmensos picos de las Fronteras de Khyntor.

—No —dijo él—. No quiero estar aquí.

Golator se echó a reír, y el bonito timbre de la risa fue un detalle siniestro en los oídos de Dekkeret, como los delicados sonidos que el desierto emitía durante el crepúsculo.

—¡Pero si es un sueño, amigo mío! ¡Debes aceptar lo que llega en los sueños!

—Yo dirigiré mi sueño. No tengo deseos de regresar a las fronteras de Khyntor. Mira, el panorama cambia. Estamos en el Zimr, acercándonos al gran recodo del río. ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Ves la ciudad de Ni-moya, que destella delante de nosotros?

Dekkeret veía la inmensa ciudad, blanca y perfilada sobre el verde fondo de las boscosas montañas. Pero Golator meneó la cabeza.

—No hay ninguna ciudad, amor mío. Son los bosques del norte. ¿Notas el viento? Escucha el sonido del río. Ven... arrodíllate, coge las agujas que han caído al suelo. Ni-moya está muy lejos, y nosotros hemos venido aquí a cazar.

—Te lo suplico, quiero que estemos en Ni-moya.

—En otra ocasión —dijo Golator.

Dekkeret no pudo imponerse. Las mágicas torres de Ni-moya fluctuaron, se hicieron transparentes y desaparecieron, y sólo quedaron los árboles amarillos, las frías brisas, los sonidos del bosque. Dekkeret se estremeció. Era prisionero del sueño y no había escape posible.

Cinco cazadores con toscas vestimentas negras de piel de haigus aparecieron en el sueño, hicieron rutinarios gestos de deferencia y tendieron a Dekkeret distintas armas: el

como tubo de un lanzaenergía, un puñal corto y centelleante y otra arma blanca más larga con un gancho en la punta. Dekkeret sacudió la cabeza, y un cazador se acercó y sonrió burlonamente, mostrando una dentadura con mellas y una amplia boca que apestaba a pescado frito. Dekkeret reconoció aquella cara, y apartó la mirada, avergonzado, porque se trataba de la cazadora muerta en las Fronteras de Khyntor aquel día de hacía un millón de años. Si ella no estuviera aquí, pensó Dekkeret, el sueño sería soportable. Qué diabólica tortura, forzarle a revivir todo esto.

—Coge las armas que ella te ofrece —dijo Golator Lasgia—. Los estitmoys se van y debemos ir en su busca.

—No tengo deseos de...

—¡Qué tontería, creer que los sueños respetan los deseos! El sueño es tu deseo. Coge las armas.

Dekkeret comprendió. Con fríos dedos, aceptó las armas blancas y el lanzaenergía y las colocó en lugares apropiados de su cinto. Los cazadores sonrieron y le gruñeron algo en el confuso y tosco dialecto del norte. A continuación echaron a correr a lo largo de la orilla del río, dando largos y desenvueltos saltos, tocando el suelo sólo una vez cada cinco zancadas. Y de buen o mal grado, Dekkeret corrió con ellos, con torpeza al principio, con idéntica gracia flotante después. Golator, al lado de él, avanzaba al mismo paso sin ninguna dificultad. El moreno pelo revoloteando sobre su cara, los ojos brillantes de excitación. Viraron a la izquierda, se introdujeron en el corazón del bosque y se desplegaron en una formación semicircular que se ensanchaba y encogía para hacer frente a la presa.

¡La presa! Dekkeret vio tres estitmoys de piel blanca que brillaba como un farol en las profundidades del bosque. Las bestias vagaban inquietas, gruñían ante la presencia de intrusos, pero se mostraban reacias a abandonar su territorio. Eran grandes criaturas, tal vez los animales salvajes más peligrosos de Majipur, rápidos, potentes, astutos, el terror de las tierras septentrionales. Dekkeret sacó el puñal. Matar estitmoys con un lanzaenergía no era deporte, y además podía dañar buena parte de la valiosa piel del animal. La táctica acostumbrada consistía en ponerse muy cerca de la presa y matarla con un arma blanca, preferiblemente el puñal, y si era preciso el machete de punta encorvada.

Los cazadores miraron a Dekkeret. Elige uno, estaban diciéndole, elige tu presa. Dekkeret señaló con la cabeza. El del medio, indicó. Los cazadores sonrieron fríamente. ¿Qué estaban ocultándole? También aquella otra vez había sido así, el desdén apenas oculto que la gente de la montaña sentía por los consentidos caballeres que buscaban mortíferas diversiones en los bosques. Y aquella excursión había terminado mal. Dekkeret levantó el puñal. El estitmoy del sueño que se movía nervioso detrás de los árboles era increíblemente enorme, una inmensidad de gruesas ancas que un hombre solo era capaz de matar si únicamente llevaba armas de mano. Pero era imposible retroceder, Dekkeret sabía que estaba destinado a la suerte que el sueño le ofreciera. Mediante cuernos de caza y palmadas los cazadores contratados provocaron el pánico de la presa. El estitmoy, encolerizado y desconcertado por los repentinos y estridentes sonidos, se irguió, dio violentas vueltas, rascó los árboles con sus garras, viró en redondo y, más por disgusto que por miedo, empezó a correr.

La cacería había comenzado.

Dekkeret sabía que los cazadores estaban separando los animales, apartando a los dos rechazados para que él tuviera una clara oportunidad con la bestia elegida. Pero él no miró ni a derecha ni a izquierda. Acompañado de Golator y un cazador, se lanzó hacia adelante, en persecución del estitmoy del centro que avanzaba estruendosa y violentamente por el bosque. Se trataba del peor momento de la cacería, pues si bien los hombres eran más rápidos, los estitmoys estaban mejor dotados para atravesar barreras de maleza, y la presa podía perderse por completo en la confusión de la carrera. En esa



zona el bosque era poco denso, pero el estitmo buscaba protección, y Dekkeret no tardó en tener que forcejear para superar árboles jóvenes, enredaderas y matorrales bajos, casi sin poder mantener la vigilancia sobre el albo fantasma que huía. Con terca intensidad, Dekkeret siguió corriendo y blandiendo el machete para cruzar la espesura. Todo era terriblemente familiar, una vieja historia, en especial cuando vio que el estitmo volvía atrás, daba la vuelta por la parte hollada del bosque como si planeara un contraataque...

Pronto llegaría el momento temido por el soñador Dekkeret, el instante en que el enloquecido animal tropezaría con la cazadora de la dentadura mellada, cogería a la montañesa y la arrojaría contra un árbol. Y Dekkeret, sin querer o sin poder detenerse, seguiría adelante, continuaría la cacería, dejando abandonada a la mujer; cuando aquella bestia carroñera, rechoncha y con grueso hocico emergiera de su madriguera y destrozara el estómago de la herida, nadie podría defenderla, y sólo más tarde, cuando las cosas estuvieran más calmadas y hubiera tiempo para retroceder hacia la cazadora, Dekkeret lamentaría la insensible concentración que le había hecho desentenderse de la compañera caída para no perder de vista a la presa. Y después vergüenza, sensación de culpabilidad, interminables autoacusaciones... Sí, reviviría todo eso mientras dormía sometido al asfixiante calor del desierto suvraelita.

No.

No, no era tan sencillo, porque el lenguaje de los sueños es complejo, y entre las densas nieblas que de repente cubrieron el bosque Dekkeret vio que el estitmo retrocedía, atacaba a la mujer de la dentadura mellada y la derribaba... pero la mujer se levantó, escupió varios dientes llenos de sangre y se echó a reír. Y la caza continuó. Mejor, la caza retrocedió hasta el mismo punto: el estitmo salió de súbito de la parte más oscura del bosque y atacó al mismo Dekkeret, le despojó del puñal y el machete que llevaba en las manos, le alzó dispuesto para asestar el golpe mortal... Pero no hubo golpe mortal, porque la imagen varió y fue Golator la que apareció bajo las enfurecidas garras mientras Dekkeret iba de un lado a otro cerca de su amada, incapaz de moverse en una dirección útil. Luego la víctima fue de nuevo la cazadora, y otra vez Dekkeret, y de pronto, increíblemente, el enjuto Barjazid, y después Golator Lasgia. Mientras Dekkeret observaba, una voz muy cercana le dijo:

—¿Qué importa? Todos debemos una muerte al Divino. Quizás era más importante que usted siguiera a la presa.

Dekkeret se sorprendió. La voz pertenecía a la cazadora de la dentadura mellada. El sonido de esa voz le dejó perplejo y tembloroso. El sueño era cada vez más enredado. Dekkeret se esforzó en penetrar en los misterios de lo que veía.

Barjazid estaba junto a Dekkeret en el oscuro y fresco claro del bosque. El estitmo atacó una vez más a la montañesa.

—¿Así fue realmente? —preguntó Barjazid.

—Supongo que sí. Yo no lo ví.

—¿Qué hizo usted?

—Continuar corriendo. No quería perder el animal.

—¿Lo mató?

—Sí.

—¿Y luego?

—Retrocedí. Y encontré a la mujer. Así...

Dekkeret señaló con el dedo. El husmeante animal carroñero estaba a horcajadas sobre la mujer. Golator se encontraba muy cerca, con los brazos cruzados, sonriente.

—¿Y después?

—Llegaron los otros. Enterraron a su compañera. Despellejamos el estitmo y volvimos al campamento.

—¿Y después? ¿Y después? ¿Y después?

—¿Quién es usted? ¿Por qué me hace estas preguntas?

Dekkeret vio fugazmente su cara bajo el hocico y los colmillos de la bestia carroñera.

—¿Sintió vergüenza? —dijo Barjazid.

—Naturalmente. Puse los placeres del deporte por encima de una vida humana.

—Usted no tenía forma de saber que ella estaba herida.

—Lo percibí. Lo vi, pero no me permití verlo, ¿comprende? Yo sabía que la mujer estaba herida. Continué corriendo.

—¿A quién le importaba?

—A mí.

—¿Se molestó la gente de la tribu?

—Yo me molesté.

—¿Y qué? ¿Y qué? ¿Y qué?

—Eso me preocupó a mí. Ellos se preocuparon por otras cosas.

—¿Se siente culpable?

—Naturalmente.

—Es usted culpable. De ser joven, de hacer tonterías, de ser ingenuo.

—¿Y usted es mi juez?

—Naturalmente que lo soy —dijo Barjazid—. ¿Ve mi cara?

Barjazid, se arrancó las mejillas, curtidas por la intemperie, tiró y retorció hasta que su correosa piel bronceada por el desierto empezó a desgarrarse, y la cara salió como una máscara, dejando ver otro rostro debajo: un rostro deforme, irónico y espantoso, arrugado por una risa burlona y convulsiva, y ese rostro era el de Dekkeret.

## 11

En ese instante Dekkeret experimentó una sensación extraña, como si una brillante aguja de penetrante luz se introdujera por la base de su cráneo. Sufrió el dolor más intenso que jamás había conocido, una repentina e insoportable punzada de agobiadora angustia que ardió en su cerebro con monstruosa fuerza. La angustia encendió una llama en su conciencia, y con esa funesta luz se vio él mismo tétricamente iluminado, necio, romántico, un niño, el único inventor de un drama que a nadie más interesaba, el creador de una tragedia con un solo espectador, un hombre que buscaba purgación por un pecado sin contenido, un pecado que no era tal, un pecado de, a lo sumo, complacencia para consigo mismo. En plena agonía, Dekkeret escuchó un gran gong que sonaba muy lejos y el seco y áspero sonido de la demoníaca risa de Barjazid. Tras un repentino retorcimiento, Dekkeret se liberó del sueño y se revolvió, tembloroso, estremecido, todavía atormentado por la hiriente estocada del dolor, aunque éste ya empezaba a menguar mientras las últimas ataduras del sueño iban soltándose.

Dekkeret trató de levantarse y se vio envuelto en un espeso y almizcleño pelaje, como si el estitmo le hubiera atrapado y estuviera aplastándole con su pecho. Fuertes brazos le agarraban... cuatro brazos, comprendió. Mientras completaba el trayecto de salida de los sueños, Dekkeret se dio cuenta de que sufría el abrazo de la gigante skandar, Khaymak Gran. Seguramente él debía haber gritado mientras soñaba, se habría agitado, y al intentar levantarse torpemente la skandar había supuesto que él iba a dar un nuevo paseo de sonámbulo y estaba resuelta a impedirselo. Ella estaba abrazándole con fuerza suficiente para romperle las costillas.

—No pasa nada —murmuró Dekkeret, apretado contra el abundante pelaje gris de la skandar—. ¡Estoy despierto! ¡No voy a ir a ninguna parte!

La skandar siguió aferrada a él de todos modos.

—Está... haciéndome... daño...

Dekkeret se esforzó en respirar. Con su desmesurada y torpe solicitud, Khaymak Gran podía matarle con maternal amabilidad. Dekkeret empujó, incluso pateó, se retorció,

golpeó a la skandar con la cabeza. Al contorcerse entre los cuatro brazos, hizo perder el equilibrio a Khaymak Gran, y ambos cayeron al suelo, ella debajo de él; en el último momento los brazos de la skandar se abrieron, y Dekkeret pudo escabullirse. Cayó de rodillas y se quedó encogido, con dolor en diez sitios distintos y aturdido por lo ocurrido en los últimos segundos. Pero el aturdimiento no le impidió, en el instante en que se levantaba, ver que Barjazid, al otro lado del flotador, se quitaba apresuradamente cierto mecanismo que llevaba en la frente, un aro muy delgado parecido a una corona, e intentaba ocultarlo en un compartimiento del flotador.

—¿Qué es eso? —preguntó Dekkeret en tono imperioso. Barjazid tenía el rostro anormalmente encendido.

—Nada. Un simple juguete.

—Quiero verlo.

Barjazid hizo una señal. Dekkeret vio por el rabillo del ojo que Khaymak Gran se ponía de pie y avanzaba hacia él, pero antes de que la poderosa skandar consiguiera su propósito Dekkeret se escabulló, dio la vuelta al vehículo y se puso junto a Barjazid. El hombrecillo aún estaba atareado con su intrincado artificio. Dekkeret, cuya estatura descollaba sobre la de Barjazid igual que la de la skandar sobre él mismo, se apresuró a coger la mano del otro hombre y la puso detrás de la espalda de éste. Luego sacó el mecanismo de la caja donde estaba guardado y lo examinó.

Todos los viajeros estaban despiertos en ese momento. El vroom contemplaba la escena con ojos saltones y el joven Dinitak, tras sacar un cuchillo no muy distinto al del sueño de Dekkeret, miró a éste amenazadoramente.

—Suelte a mi padre —dijo.

Dekkeret puso a Barjazid delante de él para usarlo como escudo.

—Diga a su hijo que se deshaga de ese puñal. Barjazid guardó silencio.

—O suelta el puñal o estrujo este objeto en mi mano. ¿Qué prefiere?

Barjazid dio la orden con un suave gruñido. Dinitak tiró el cuchillo a la arena casi a los pies de Dekkeret, y éste, tras avanzar un paso, lo puso más cerca y le dio una patada para alejarlo. Dekkeret suspendió el mecanismo delante de la cara de Barjazid: un objeto de oro, cristal y marfil, muy bien acabado, con misteriosos cables y conexiones.

—¿Qué es esto? —dijo Dekkeret.

—Ya se lo he dicho. Un juguete. Por favor... démelo, antes de que lo rompa.

—¿Qué finalidad tiene este juguete?

—Me divierte mientras duermo —dijo roncamente Barjazid.

—¿De qué forma?

—Mejora mis sueños y los hace más interesantes.

Dekkeret observó el artilugio con más atención.

—Si me lo pongo yo, ¿mejorará mis sueños?

—Sólo le causará daño, iniciado.

—Explíqueme qué efectos le produce.

—Es muy difícil explicarlo —dijo Barjazid.

—Esfuércese. Intente encontrar las palabras. ¿Cómo se las arregló para ser un personaje de mi sueño, Barjazid? Estar en ese sueño personal no era de su incumbencia.

El hombrecillo se encogió de hombros.

—¿Que yo estaba en su sueño? —dijo, muy nervioso—. ¿Cómo puedo saber las incidencias de su sueño? Nadie puede meterse en el sueño de otra persona.

—Creo que esta máquina le ayudó a meterse allí. Y tal vez le ayudó a saber qué soñaba yo.

Barjazid respondió únicamente con sombrío silencio.

—Describame el funcionamiento de esta máquina, o la haré papilla en mi mano.

—Por favor...

Los gruesos y fuertes dedos de Dekkeret apretaron una de las partes aparentemente más frágiles del artillugio. Barjazid contuvo la respiración, su cuerpo se puso tenso pese a la presa de Dekkeret.

—¿Bien? —dijo Dekkeret.

—Su conjetura es cierta. Este aparato... este aparato me permite entrar en mentes dormidas.

—¿De verdad? ¿Dónde ha conseguido esto?

—Es un invento mío. Un concepto que he estado perfeccionando desde hace años.

—¿Como las máquinas de la Dama de la Isla?

—Distinto. Más potente. Ella sólo puede hablar con las mentes. Yo leo los sueños, controlo su forma, me apodero de la mente dormida de una persona de un modo más completo.

—Y este artillugio lo ha hecho usted. No lo ha robado de la Isla.

—Es mío —murmuró Barjazid.

Un torrente de cólera recorrió a Dekkeret. Durante un instante quiso aplastar la máquina de Barjazid con un rápido estrujón y luego machacar al mismo inventor. Al recordar las verdades a medias, las evasivas y francas mentiras de Barjazid, al pensar en que Barjazid se había entrometido en sus sueños, en la crueldad del hombrecillo al distorsionar y transformar el reposo curativo que Dekkeret precisaba con tanta urgencia, en que había interpuesto capas de temores, tormentos e incertidumbres en el presente enviado por la Dama, su auténtico y dichoso descanso, Dekkeret sintió una furia casi asesina porque le hubieran invadido y manipulado de esa forma. Su corazón latió con fuerza, su garganta se secó, su visión se hizo confusa. Su mano retorció el doblado brazo de Barjazid hasta que el hombrecillo gimió y lloriqueó. Con más fuerza... con más fuerza... rómpeselo... No.

Dekkeret llegó a un pico interno de cólera, permaneció allí un instante y descendió hacia la tranquilidad por la otra ladera. Poco a poco fue recuperando la estabilidad, recobró el aliento, menguó el tamborileo que había en su pecho. Mantuvo agarrado a Barjazid hasta que se sintió totalmente tranquilo. Después soltó al hombrecillo y lo lanzó contra el flotador, Barjazid se tambaleó y se aferró al curvado lateral del vehículo. El color había abandonado sus mejillas. Se frotó suavemente el brazo magullado, y miró a Dekkeret con una expresión compuesta de terror, dolor y resentimiento por partes iguales. Dekkeret examinó con cuidado el curioso instrumento, pasó las yemas de los dedos por las elegantes y complejas partes. Luego hizo ademán de ponérselo en la frente. Barjazid se quedó boquiabierto.

—¡No lo haga!

—¿Qué sucederá? ¿Lo estropearé?

—Sí. Y se hará daño.

Dekkeret asintió. Barjazid podía estar engañándole, pero no se atrevió a comprobarlo.

—No hay ladrones de sueños cambiaspectos en este desierto, ¿me equivoco? —dijo al cabo de unos instantes.

—Así es —musitó Barjazid.

—Sólo usted, que experimenta en secreto con las mentes de otros viajeros. ¿Cierto?

—Cierto.

—Y que causa la muerte de esos hombres.

—No —dijo Barjazid—. No pretendía matar a nadie. Si murieron fue porque se alarmaron, se confundieron, porque se dejaron llevar por el pánico y corrieron hacia lugares peligrosos... porque andaban mientras dormían, como usted...

—Pero murieron porque usted se había entrometido en sus mentes.

—¿Quién puede asegurarlo? Algunos murieron, otros no. Yo no tenía deseos de que alguien pereciera. ¿Recuerda que cuando usted se fue por ahí nosotros nos apresuramos a buscarle?

—Le contraté para que me guiara y me protegiera —dijo Dekkeret—. Los otros eran inocentes desconocidos que usted acosaba desde lejos, ¿no es cierto?

Barjazid guardó silencio.

—Usted sabía que la gente moría como resultado directo de sus experimentos, y continuó experimentando.

Barjazid se encogió de hombros.

—¿Desde cuándo hace esto?

—Varios años.

—¿Y por qué razón?

Barjazid miró hacia el coche.

—Se lo dije una vez. Nunca responderé una pregunta de ese tipo.

—¿Y si rompo su máquina?

—Va a romperla de todas formas.

—Nada de eso —replicó Dekkeret—. Tenga. Aquí la tiene.

—¿Qué?

Dekkeret extendió la mano, con la máquina de los sueños en la palma.

—Vamos. Cójala. Guárdela. No la quiero.

—¿No va a matarme? —dijo Barjazid, asombrado.

—¿Soy yo su juez? Si vuelvo a sorprenderle usando conmigo ese artilugio, puede estar seguro de que le mataré. Pero en caso contrario, no. Matar no es mi deporte. Ya tengo un pecado en mi alma. Y necesito que me lleve a Tolaghai, ¿o lo había olvidado?

—Claro. Claro. —Barjazid estaba perplejo por la misericordia de Dekkeret.

—¿Por qué iba a matarle yo? —dijo Dekkeret.

—Por entrar en su mente... por entrometerme en sus sueños...

—Ah.

—Por arriesgar su vida en el desierto.

—También por eso.

—Y sin embargo, ¿no tiene ansias de venganza? Dekkeret agitó la cabeza.

—Se tomó grandes libertades con mi alma, y eso me enojó, pero el enojo pertenece al pasado, ha terminado. No le castigaré. Hicimos un trato, usted y yo, he invertido bien mi dinero, y este invento suyo ha sido valioso para mí, hasta cierto punto. —Dekkeret se inclinó para estar más cerca del hombrecillo y añadió, en voz baja y grave—: Vine a Suvrael lleno de dudas, confusión y sensación de culpabilidad, con el objeto de purgarme mediante sufrimiento físico. Eso fue una tontería. El sufrimiento físico hace que el cuerpo esté incómodo y refuerza la voluntad, pero poco beneficio causa al espíritu herido. Usted me dio otra cosa, usted y su juguete para entrometerse en la mente. Me atormentó en sueños y puso un espejo delante de mi alma, y me vi con toda claridad. ¿Hasta qué punto pudo ver ese último sueño, Barjazid?

—Usted se hallaba en un bosque... en el norte...

—Sí.

—De cacería. Uno de sus compañeros fue herido por un animal, ¿no es cierto? ¿No es cierto?

—Prosigas.

—Y usted no atendió a esa mujer. Continuó la caza. Y después, cuando volvió para interesarse por ella, era demasiado tarde, y se culpó usted mismo de su muerte. Percibí su gran sensación de culpabilidad. Noté la fuerza con que esa sensación emanaba de usted.

—Sí —dijo Dekkeret—. Un sentimiento de culpabilidad que llevaré siempre sobre mis espaldas. Pero ya no puede hacerse nada para repararlo, ¿no le parece?

Una asombrosa serenidad se había extendido en su interior. No estaba muy seguro de lo que había pasado, excepto que en su sueño había hecho frente a los incidentes del bosque de Khyntor. Se había enfrentado a la verdad de lo que había hecho y lo que no

había hecho allí, había comprendido, de un modo indefinible con palabras, que era absurdo flagelarse durante toda la vida por un aislado acto de descuido e insensible estupidez, que había llegado el momento de olvidar las autoacusaciones y proseguir con la tarea de su vida. El proceso de perdonarse ya había empezado. Había llegado a Suvrael para que le purgaran y en cierto sentido lo había logrado. Y debía agradecimiento a Barjazid por ese favor.

—Tal vez pude salvarla, tal vez —dijo a Barjazid—. Pero mis pensamientos estaban en otra parte, y en mi estupidez pasé por alto a la mujer para cobrar mi presa. Pero revolcarse en sentimientos de culpabilidad no es una expiación provechosa, ¿eh, Barjazid? Los muertos están muertos. Debo ofrecer mis servicios a los vivos. Vamos, dé la vuelta a este flotador e iniciemos el regreso a Tolaghai.

—¿Y su visita a las tierras de pasto? ¿Y Ghyzyn Kor?

—Una misión ridícula. Ya no tiene importancia. Reducción de la producción de carne, desequilibrios comerciales... Estos problemas ya están resueltos. Lléveme a Tolaghai.

—¿Y después?

—Usted me acompañará al Monte del Castillo. Para hacer una demostración de su juguete ante la Corona.

—¡No! —gritó Barjazid, horrorizado. Estaba sinceramente asustado por primera vez desde que Dekkeret le conocía—. Le suplico...

—¿Padre? —dijo Dinitak.

Bajo el sol de mediodía, el joven parecía envuelto en luz. Había una desbordante y fiera expresión de orgullo en su semblante.

—Padre, acompáñale al Monte del Castillo. Que enseñe a sus maestros lo que tenemos aquí. Barjazid se humedeció los labios.

—Me da miedo que...

—No tema nada. Está empezando nuestra hora.

Dekkeret miró alternativamente a los dos Barjazid, al repentinamente tímido y encogido anciano y al exaltado y resplandeciente joven. Tenía la sensación de que estaban produciéndose hechos históricos, que poderosas fuerzas se desequilibraban y adoptaban una nueva configuración, y apenas lo comprendía. Pero sabía que su destino y el de estos habitantes del desierto estaban unidos de algún modo. Y la máquina de los sueños creada por Barjazid era el hilo que unía sus vidas.

—Bien, ¿qué me sucederá en el Monte del Castillo? —dijo secamente Barjazid.

—No tengo la menor idea —dijo Dekkeret—. Es posible que le corten la cabeza y la pongan en lo alto de la Torre de Lord Siminave. O quizá suba muy alto y le nombren Poder de Majipur. Puede suceder cualquier cosa. ¿Cómo quiere que lo sepa?

Dekkeret se dio cuenta de que el problema carecía de interés para él, que le era indiferente la suerte de Barjazid, que no sentía enojo alguno ante aquel desdorado chapucero que manipulaba las mentes, sino sólo una especie de gratitud, perversa y abstracta, porque Barjazid le había ayudado a liberarse de sus demonios.

—Estos asuntos están en manos de la Corona. Pero una cosa es segura: usted me acompañará al Monte, y su máquina vendrá con nosotros. Vamos, ponga en marcha el flotador, lléveme a Tolaghai.

—Todavía es de día —murmuró Barjazid—. El calor diurno es rabioso, está en el punto más alto.

—Nos las arreglaremos. ¡Vamos, muévase, y deprisa! Tenemos que subir a bordo de un barco en Tolaghai, y en esa ciudad hay una mujer que deseo ver otra vez, antes de hacernos a la mar.

Estos hechos sucedieron durante los primeros años de estado adulto del hombre que se convertiría en lord Dekkeret, Corona de Majipur durante el pontificado de Prestimion. Y el joven Dinitak Barjazid fue el primero en reinar en Suvrael sobre las mentes de todos los durmientes de Majipur, con el título de Rey de los Sueños.

## VI - EL PINTOR ESPIRITUAL Y EL CAMBIASPECTOS

Se ha convertido en una afición. La mente de Hissune se abre ahora en todas direcciones, y el Registro de Almas es la puerta de un infinito mundo de nueva comprensión. Cuando se habita en el Laberinto se adquiere una peculiar sensación del mundo como algo vago e irreal, meros hombres en vez de lugares concretos: sólo el oscuro y hermético Laberinto tiene sustancia, y todo lo demás es vapor. Pero Hissune ya ha viajado mediante sustituto a todos los continentes, ha saboreado extrañas comidas y visto fantásticos paisajes, ha experimentado extremos de frío y de calor, y con todo ello ha adquirido unos conocimientos sobre la complejidad del mundo que, sospecha él, pocas personas tienen. Ahora las visitas se suceden. Hissune ya no tiene que preocuparse de falsificar documentos; es un usuario tan regular de los archivos que un gesto de cabeza es suficiente para permitirle el acceso, y así tiene a su disposición todo el Majipur del ayer. Es frecuente que esté con una cápsula sólo unos segundos, hasta determinar que no contiene nada que le haga avanzar más en la ruta del conocimiento. A veces, en una mañana, solicita y rechaza ocho, diez, doce cápsulas en rápida sucesión. Sí, él sabe que cualquier alma contiene un universo; pero no todos los universos son igualmente interesantes, y cuando lo que puede aprender de las honduras más íntimas de una persona que pasó la vida barriendo las calles de Piliplok o murmurando plegarias en el séquito de la Dama de la Isla no le parece de utilidad inmediata, Hissune considera otras posibilidades. Por eso solicita cápsulas, las rechaza y solicita otras, se sumerge acá y allá en el pasado de Majipur, y persevera hasta que se encuentra en contacto con una mente que promete verdadera revelación. Incluso coronas y pontífices pueden ser latosos, eso ha descubierto Hissune. Pero siempre hay inesperados hallazgos prodigiosos... un hombre que se enamoró de un metamorfo, por ejemplo...

Un exceso de perfección hizo que el pintor espiritual Therion Nismile cambiara las cristalinas ciudades del Monte del Castillo por la oscura selva del continente occidental. Siempre había vivido entre las maravillas del Monte. Había viajado por las Cincuenta Ciudades de acuerdo con las exigencias de su carrera, había cambiado un tipo de esplendor por otro cada pocos años. Dundilmir era su ciudad natal —los primeros lienzos de Therion Nismile representaban escenas del Valle Ardiente, cuadros tempestuosos y apasionados que reflejaban la desigual energía de su juventud— y después vivió varios años en la maravillosa Canzilaine de las estatuas parlantes. Luego se trasladó a Stee la prodigiosa, con unas afueras que costaba tres días cruzar, a la dorada Halanx en los alrededores del Castillo, y estuvo cinco años en el mismo Castillo, donde pintó en la corte de la Corona, lord Thraym. Sus cuadros eran muy apreciados por la serena elegancia y la perfección de forma que contenían, reflejando al máximo la impecabilidad de las Cincuenta Ciudades. Pero la belleza de esos lugares aturde el alma, al cabo de un tiempo, y paraliza los instintos artísticos. Cuando cumplió cuarenta años, Nismile descubrió que había empezado a identificar perfección con estancamiento; aborrecía sus obras más famosas, y su espíritu pedía a gritos revolución, incertidumbre, transformación.

El momento de crisis le sorprendió en los jardines de la Barrera de Tolingar, el maravilloso parque situado en la llanura que separaba Dundilmir de Stipool. La Corona le había solicitado una colección de cuadros de los jardines para decorar la pérgola que estaba en construcción en el contorno del Castillo. Servicialmente, Nismile hizo el largo

descenso de la enorme montaña, recorrió los sesenta kilómetros de parque, eligió los escenarios donde quería trabajar, inició el primer lienzo en el promontorio de Kazkas, donde los contornos del parque se elevaban formando enormes volutas verdes, simétricas y fluctuantes. Aquel lugar le había encantado desde niño. En todo Majipur no había lugar más sereno, más ordenado, porque los jardines de Tolingar contenían plantas de una especie particular que se mantenían en trascendental aseo. Ninguna herramienta de jardinero tocaba árboles y arbustos. Las plantas crecían independientemente en gracioso equilibrio, regulaban el espacio entre ellas y el ritmo de renovación, eliminaban la cizaña de los alrededores y controlaban sus proporciones de forma que el modelo original se mantenía constante para siempre. Cuando dejaban caer sus hojas o les parecía preciso eliminar una rama muerta, ciertas enzimas internas disolvían rápidamente la materia desechada para formar compuestos útiles. Lord Havilbove, hacía más de un siglo, fue el fundador de los jardines. Sus sucesores, lord Kanaba y lord SIRRUTH, continuaron y ampliaron el programa de modificación genética que regía el parque. Y bajo el reinado de la actual Corona, lord Thraym, el programa estaba completado, de modo que la Barrera de Tolingar se conservaría eternamente perfecta, eternamente equilibrada. Nismile fue al lugar precisamente para captar esa perfección.

Un día, el pintor se puso delante de un lienzo blanco, llenó sus pulmones de aire y se dispuso a entrar en estado de trance. Su alma sólo precisaba un instante para separarse de la dormida mente e imprimir en el tejido psicosenible la extraordinaria intensidad de la visión del panorama del pintor. Nismile observó por última vez las suaves ondulaciones, los artísticos matorrales, las delicadas formas de las hojas... y una oleada de rebelde furia chocó contra él. Nismile sintió escalofríos, tembló y estuvo a punto de desplomarse. Aquel inmóvil paisaje, la estática y estéril belleza, el impecable e incomparable jardín, no le necesitaba. Era un paisaje tan invariable como un cuadro, igualmente inerte, paralizado en sus perfectos ritmos hasta el fin del tiempo. ¡Qué espantoso! Nismile inclinó la cabeza y se llevó las manos a su palpitante cráneo. Oyó los tenues gruñidos de sorpresa de sus acompañantes, y al abrir los ojos vio que todos contemplaban horrorizados e inquietos el ennegrecido y burbujeante lienzo.

—¡Tapadlo! —gritó Nismile, y volvió la cabeza.

Todos respondieron al instante. Y Nismile, en el centro del grupo, se mantuvo inmóvil como una estatua, hasta que por fin recuperó el habla.

—Informad a lord Thraym que no podré cumplir su encargo —dijo en voz baja.

Aquel mismo día Nismile adquirió en Dundilmir todo cuanto necesitaba e inició el largo trayecto hacia las tierras bajas. Llegó a la amplia y calurosa llanura aluvial del río Iyann, y a bordo de un barco fluvial siguió el interminable curso hacia el puerto de Alaisor. En Alaisor, tras una espera de varias semanas, se embarcó con destino a Numinor, en la Isla del Sueño, donde se demoró un mes. Luego encontró pasaje en un barco de peregrinos que navegó hasta Piliplok, en el agreste continente Zimroeliano. Nismile estaba convencido de que Zimroel no le oprimiría con elegancia y perfección. El continente sólo tenía ocho o nueve poblaciones, que seguramente debían ser poco más que pueblos fronterizos. Todo el interior era selvático, usado por lord Stiamot para confinar a los aborígenes metamorfos después de la definitiva derrota de éstos hacía cuatro mil años. Un hombre cansado de civilización podría rehacer su alma en ese ambiente.

Nismile esperaba que Piliplok fuera un hoyo de fango. Para su sorpresa, se trataba de una ciudad antigua y enorme, construida según un plan matemático enloquecedoramente rígido. Era una deformidad aunque nada refrescante, y Nismile se trasladó Zimr arriba en un barco fluvial. En su viaje pasó por la gran Ni-moya, famosa incluso para los habitantes del otro continente, y no se detuvo allí. Pero en un pueblo llamado Verf obedeció a un impulso, bajó del barco y partió en un vagón alquilado hacia los bosques del sur. Se internó en la espesura hasta que le fue imposible ver rastros de civilización, y levantó una cabaña junto a un curso de agua rápido y sombrío. Habían pasado tres años desde la



partida del Monte del Castillo. Durante el viaje siempre había ido solo, y únicamente había hablado con otras personas cuando no tuvo más remedio que hacerlo, y no había pintado cuadros.

Nismile empezó a notar que sanaba. Todo lo que veía en su nueva residencia era desconocido y hermoso. En el Monte del Castillo, donde el clima se controlaba por medios artificiales, reinaba una interminable y dulce primavera, el irreal aire era claro y puro, y la lluvia caía a intervalos previsibles. Pero ahora se hallaba en un bosque tropical cargado de humedad, donde el suelo era esponjoso y blando, con frecuentes nubes y lenguas de niebla, numerosos chaparrones, y una vegetación caótica, una enmarañada anarquía, increíblemente distinta a las simetrías de la Barrera de Tolingar. Nismile apenas usaba ropa, había aprendido mediante tanteo a reconocer qué tipo de raíces, bayas y tallos era comestible, y construyó con juncos una esclusa para capturar a los finos peces de color escarlata que centelleaban como fuegos artificiales entre las aguas. Hizo excursiones de varias horas por la espesa jungla, y saboreó no sólo la extraña belleza del lugar sino también el tenso placer de preguntarse si no se perdería al volver a la cabaña. Solía cantar, en voz alta e irregular, pese a que jamás lo había hecho en el Monte del Castillo. De vez en cuando preparaba un lienzo, pero siempre lo recogía sin haberlo usado. Componía poemas sin sentido, voluptuosas ristas de sílabas, y los recitaba ante un auditorio formado por delgados y altos árboles y lianas increíblemente entrelazadas. A veces se preguntaba cómo irían las cosas en la corte de lord Thraym, si la Corona habría contratado a un nuevo artista para pintar los decorados de la pérgola, y si las halatingas estarían floreciendo a lo largo de la carretera de Morpin Alta. Pero raramente le acudían esos pensamientos.

Nismile se olvidó del tiempo. Transcurrieron cuatro, cinco, quizá seis semanas —¿cómo iba a saberlo?— antes de que viera al primer metamorfo.

El encuentro tuvo lugar en una pantanosa vega a tres kilómetros de la cabaña. Nismile había ido allí a recoger suculentos tubérculos escarlata de los lirios del fango, que sabía machacar y cocer para hacer pan. Los tubérculos estaban muy hondos, y Nismile los arrancó metiendo el brazo en el barro, hasta el hombro, y buscándolos a tientas con la mejilla apretada al suelo. Acabó con la cara cubierta de fango y empapado, con un chorreante puñado de tubérculos en la mano, y se sorprendió al ver que alguien le observaba tranquilamente desde una distancia de diez metros.

Nismile jamás había visto un metamorfo. Los seres nativos de Majipur estaban exiliados a perpetuidad del continente principal, Alhanroel, donde Nismile había pasado toda su vida. Pero se había formado una idea de los aborígenes, y por eso pensó que estaba ante un metamorfo: una criatura enormemente alta, frágil, de piel amarillenta, facciones enjutas, ojos hundidos, nariz apenas visible y pelo fibroso, correoso, de color verde muy claro. El metamorfo sólo vestía un taparrabos de cuero, y llevaba atado a la cadera un puñal, corto y afilado, de madera negra pulida. Con espectral dignidad, el metamorfo se mantenía en equilibrio con una frágil pierna doblada alrededor de la rodilla de la otra. Su aspecto era siniestro y noble, amenazador y cómico al mismo tiempo. Nismile decidió no alarmarse.

—Hola —dijo—. ¿Le importa que recoja tubérculos aquí? El metamorfo guardó silencio.

—Tengo una cabaña río abajo. Me llamo Therion Nismile. Fui pintor espiritual mientras viví en el Monte del Castillo.

El metamorfo le observó con aire solemne. El temblor de una expresión ilegible cruzó su cara. Después dio media vuelta y se deslizó ágilmente en la jungla, donde desapareció casi al instante.

Nismile se encogió de hombros. Siguió escarbando en busca de más tubérculos de los lirios del fango.

Una o dos semanas más tarde encontró a otro metamorfo, o quizás era el mismo, en esta ocasión mientras arrancaba la corteza de una planta que pensaba usar como cuerda

en una trampa para bilantunes. El aborigen permaneció mudo tras materializarse en silencio, como una aparición, delante de Nismile, y observó al pintor en la misma postura perturbadora, apoyado sobre una sola pierna. Por segunda vez Nismile intentó entablar conversación con la criatura, pero con las primeras palabras el metamorfo desapareció como un fantasma.

—¡Aguarde! —gritó Nismile—. ¡Me gustaría hablar con usted!

Pero el pintor estaba solo.

Pocos días después se encontraba recogiendo leña cuando se dio cuenta de que alguien estaba examinándole.

—He atrapado un bilantún y estoy a punto de asarlo —se apresuró a decir al metamorfo—. Hay más carne de la que yo necesito. ¿Quiere compartir mi comida?

El metamorfo sonrió —Nismile consideró el enigmático temblor como una sonrisa, aunque podía ser cualquier cosa— y a modo de réplica experimentó un repentino y asombroso cambio, convirtiéndose en una imagen perfecta del pintor, maciza y musculosa, con ojos oscuros y penetrantes y pelo moreno hasta los hombros. Nismile pestañeó bruscamente y se echó a temblar. Luego, tras recobrase, sonrió y decidió juzgar la imitación como cierta forma de comunicación.

—¡Maravilloso! —dijo—. ¡No llevo a comprender cómo lo hacen!

Hizo una señal al metamorfo.

—Acérquese. Me costará hora y media asar el bilantún y mientras tanto podemos hablar. Entiende nuestro idioma, ¿no? ¿No?

Hablar a un duplicado de sí mismo iba más allá de lo grotesco.

—¿No quiere decir nada, eh? Dígame: ¿hay alguna aldea metamorfa en los alrededores? ¿Alguna aldea piurivar? —corrigió, al recordar el nombre con que se denominaban los metamorfos—. ¿Eh? ¿Muchos piurivares por aquí, en la jungla?

Nismile hizo un nuevo gesto.

—Venga conmigo a la cabaña y encenderemos una hoguera. No tendrá vino, ¿verdad? Es lo único que echo de menos, creo. Un vino fuerte, como el que hacen en Muldemar. Supongo que no volveré a probarlo, pero en Zimroel hay vino, ¿no? ¿Eh? ¿No quiere decir nada?

Pero el metamorfo respondió únicamente con una mueca, tal vez una sonrisa, que retorció la cara de Nismile formando una imagen cruel y extraña. Después el piurivar recuperó su aspecto en menos de un segundo y se alejó con serenas y flotantes zancadas.

Nismile confió durante un rato en que el metamorfo regresaría con una botella de vino, pero no volvió a verlo. Curiosas criaturas, pensó. ¿Estaban enojados porque él había acampado en su territorio? ¿Le mantenían bajo vigilancia por temor a que él fuera la vanguardia de una ola de colonizadores humanos? De un modo muy curioso, Nismile no creyó encontrarse en peligro. En general se consideraba a los metamorfos como una raza malévola; no había duda de que eran seres inquietantes, extraños e insondables. Había infinidad de relatos sobre ataques metamorfos a remotos poblados humanos, y seguramente el pueblo cambiaspecto albergaba amargo odio hacia los hombres que habían llegado a su mundo para desterrarlos y llevarlos a las junglas. Sin embargo Nismile se consideraba un hombre de buena voluntad, que jamás había hecho daño al prójimo y que sólo deseaba paz para vivir, y por eso imaginó que un sutil sentido impulsaría a los metamorfos a comprender que él no era su enemigo. Ojalá pudiera hacerme amigo de ellos, pensó Nismile. Tenía ansias de conversar después de tanto tiempo de soledad, y sería excitante y remunerador intercambiar ideas con la extraña raza. Incluso podría retratar a un metamorfo. Últimamente había vuelto a pensar en continuar su arte, experimentar una vez más el momento de éxtasis creativo mientras su alma cubría la distancia que la separaba del lienzo psicosenitivo y grababa las imágenes

que sólo él podía moldear. Seguramente él era distinto ahora del hombre cada vez más infeliz que había sido en el Monte del Castillo, y esa diferencia se reflejaría en su obra.

Durante los días siguientes Nismile ensayó discursos para ganar la confianza de los metamorfos, para superar la rara timidez de esos seres, la delicadeza de conducta que impedía cualquier tipo de contacto. A su debido tiempo, pensó el pintor, se acostumbrarán a mi presencia, empezarán a hablar, aceptarán mis invitaciones para comer juntos, y entonces quizá quieran posar...

Pero en los días que siguieron Nismile no vio más metamorfos. Vagó por el bosque, buscó en espesuras y zonas arbóreas envueltas en niebla, lleno de esperanza, y no encontró un solo metamorfo. Llegó a la conclusión de que se había mostrado demasiado audaz con ellos —¡y que luego hablaran de la maldad de los monstruosos metamorfos!— y al cabo de un tiempo perdió la esperanza de tener nuevos contactos con ellos. Y eso le molestó. No había ansiado compañía mientras tal cosa era improbable, pero tener la certeza de que había seres inteligentes en algún lugar de la región encendió en él una sensación de soledad difícilmente soportable.

Un húmedo y caluroso día varias semanas después del último encuentro con un metamorfo, Nismile se hallaba andando en la fría laguna formada por una presa natural de rocas a medio kilómetro de su cabaña, cuando vio una silueta pálida y delgada que avanzaba con rapidez por una espesa trama de arbustos de hojas azules cerca de la orilla. Nismile salió del agua, despellejándose las rodillas con las rocas.

—¡Aguarde! —gritó—. ¡Por favor! ¡No tenga miedo! ¡No huya!

La silueta desapareció, pero Nismile, tras meterse frenéticamente entre la maleza, la vio otra vez al cabo de unos instantes, apoyada en un enorme árbol de vivida corteza roja.

Nismile se detuvo bruscamente, perplejo, porque no estaba viendo a un metamorfo, sino a una mujer.

Ella era esbelta y joven, estaba desnuda y tenía un espeso cabello castaño rojizo, pequeños y erguidos pechos y ojos brillantes e inquietos. No daba muestras de estar asustada del pintor, era un duende que había disfrutado impulsándole a esta cacería. Mientras la miraba boquiabierto, ella le observó de arriba abajo, sin apresurarse, y después prorrumpió en risas de sonido claro y agudo.

—¡Tienes todo el cuerpo lleno de rasguños! —dijo la mujer—. ¿No sabes ir por el bosque con más cuidado?

—No quería que se fuera.

—Oh, no pensaba irme muy lejos. ¿Sabes una cosa? He estado observándote mucho rato antes de que me vieras. Tú eres el hombre de la cabaña, ¿verdad?

—Sí. Y usted... ¿dónde vive?

—Por aquí, por allí —dijo ella, en tono frívolo.

Nismile la contempló maravillado. Su belleza le encantaba, su descarado le aturdía. Ella puede ser una alucinación, pensó. ¿De dónde ha salido? ¿Qué hacía un ser humano, desnudo y solitario, en una espesa jungla?

¿Un ser humano?

Naturalmente que no, comprendió Nismile, con el repentino pesar de un niño que ha recibido un codiciado tesoro en un sueño, despierta radiante de alegría y percibe la triste realidad. Al recordar la facilidad con que el metamorfo le había imitado, Nismile imaginó la turbadora posibilidad: se trataba de una picardía, de una mascarada. Miró atentamente a la mujer en busca de un rasgo de identidad metamorfa, una fluctuación de la proyección, un rastro de los afiladísimos pómulos y los ojos hundidos oculto en aquel rostro gozosamente descarado. Ella era convincentemente humana en todos los aspectos. Sin embargo... qué raro encontrar en la jungla un miembro de raza humana, era mucho más probable que se tratara de un cambiaspecto, un embaucador...

Nismile no quería creerlo. Decidió enfrentarse a la posibilidad de una decepción en un consciente acto de fe, esperando que así ella fuera lo que parecía ser.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Sarise. ¿Y tú?

—Nismile. ¿Dónde vive?

—En el bosque.

—Entonces habrá algún poblado humano a poca distancia. Sarise hizo un gesto desdeñoso.

—Vivo sola.

La mujer se acercó. Nismile notó la creciente rigidez de sus músculos, algo que se retorció en su estómago, quemazón en la piel... Y Sarise pasó los dedos con mucha suavidad por los cortes que las plantas habían dejado en los brazos y en el pecho del pintor.

—¿No te molestan estos rasguños?

—Están empezando a molestarme. Tengo que lavarlos.

—Sí. Volvamos a la laguna. Conozco un camino mejor que el que has seguido. ¡Sígueme!

Sarise separó las frondas de un espeso montón de helechos y dejó al descubierto una senda estrecha y casi borrada. Echó a correr graciosamente, y Nismile detrás de ella, deleitado por la desenvoltura de los movimientos, por la acción de los músculos de la espalda y las nalgas de la mujer. El pintor se zambulló en la laguna un instante después de Sarise, y ambos chapotearon un rato. La frialdad del agua alivió el picor de los cortes. Al salir, Nismile sintió el deseo de abrazarla y estrecharla entre sus brazos, pero no se atrevió. Se tendieron en la musgosa orilla. Había malicia en los ojos de Sarise.

—Mi cabaña no está lejos —dijo Nismile.

—Lo sé.

—¿Le gustaría visitarla?

—En otro momento, Nismile.

—De acuerdo. En otro momento.

—¿De dónde eres? —preguntó ella.

—Nací en el Monte del Castillo. ¿Sabe dónde está eso? Fui pintor espiritual en la corte de la Corona. ¿Sabe qué es la pintura espiritual? Se hace con la mente y un lienzo sensible, y... Puedo hacerle una demostración. Podría retratarla, Sarise. Yo miro atentamente una cosa, capto su esencia con lo más profundo de mi consciencia, entro en una especie de trance, como si estuviera soñando pero sin dormir, transformo lo que he visto en algo personal y lo lanzo sobre el lienzo. Capto la verdad del tema en una llamarada de transferencia... —Hizo una pausa—. Te lo explicaré mejor haciéndote un cuadro.

Sarise no parecía estar escuchándole.

—¿Te gustaría tocarme, Nismile?

—Sí. Mucho.

El espeso musgo azul turquesa era igual que una alfombra. Sarise rodó hacia él y la mano del pintor se detuvo sobre el desnudo cuerpo... y titubeó, porque aún existía la duda de que ella fuera un metamorfo que se divertía jugando con él un perverso juego de los cambiaspectos. Una herencia de miles de años de espanto y aversión afloró en su mente, y le aterrorizó tocar aquel cuerpo y descubrir que la piel poseía la repugnante textura húmeda y fría que él atribuía a los metamorfos, o que ella cambiara de aspecto y se convirtiera en un ser extraño en el momento de abrazarla. Sarise tenía los ojos cerrados, los labios separados, la lengua moviéndose entre ellos como la de una serpiente: estaba aguardando. Horrorizado, Nismile hizo un esfuerzo para poner la mano en los senos. Pero la carne era cálida y blanda, muy parecida a la carne de una mujer joven, al menos por lo que Nismile recordaba después de tantos años de soledad. Tras un tenue gemido, Sarise se apretó a él. Durante un horrible instante la grotesca imagen de un metamorfo surgió en

el cerebro del pintor, un ser sin curvas, con largas piernas y desprovisto de nariz, pero apartó ese pensamiento y se entregó por entero al flexible y vigoroso cuerpo femenino.

Durante muchos minutos después ambos permanecieron inmóviles, juntos, con las manos cogidas, sin decir nada. Tampoco se movieron con la suave lluvia que cayó: dejaron que la rápida llovizna se llevara el sudor de sus cuerpos. Nismile abrió los ojos por fin y vio que ella le observaba con curiosidad.

—Quiero pintarte —dijo él.

—No.

—No ahora. Mañana. Vendrás a la cabaña y...

—No.

—Hace años que no pinto. Es importante que empiece de nuevo. Y tengo grandes deseos de pintarte.

—Yo tengo grandes deseos de que no me pintes —dijo ella.

—Por favor.

—No —dijo suavemente Sarise. Se separó y se levantó—. Pinta la jungla. Pinta la laguna. A mí no, ¿eh, Nismile? ¿De acuerdo?

El pintor contestó con un triste gesto de aceptación.

—Tengo que irme —dijo Sarise.

—¿No quieres decirme dónde vives?

—Ya te lo he dicho. Por aquí, por allí. En el bosque. ¿Por qué me haces esas preguntas?

—Para poder encontrarte de nuevo. Si desapareces, ¿dónde te buscaré?

—Yo sé dónde encontrarte —dijo ella—. Eso basta.

—¿Vendrás a verme mañana? ¿A la cabaña?

—Creo que sí.

Nismile la cogió de la mano y la atrajo hacia él. Pero ella había cambiado de actitud, se mostraba indecisa, distante. Los misterios de esa mujer latían en la mente del pintor. En realidad ella no le había dicho nada, aparte de su nombre. Le resultaba difícil creer que Sarise, igual que él, fuera un solitario ser de la jungla, una mujer que vagaba a su antojo. Y dudaba que él no hubiera descubierto, después de tantas semanas, la existencia de un pueblo en las proximidades. La explicación más probable continuaba siendo la misma, que Sarise era un cambiaspecto, embarcado por desconocidos motivos en una aventura con un hombre. Y si bien él se resistía a aceptar esa idea, era demasiado racional para rechazarla por completo. Pero ella parecía humana, tenía el tacto de una mujer, actuaba como una mujer. ¿Hasta qué punto llegaba la pericia de los metamorfos para transformarse? Nismile estuvo tentado de preguntar francamente si sus sospechas eran ciertas, pero ello era absurdo. Sarise no había respondido otras preguntas y seguramente no respondería ésta. El pintor se reservó las dudas. Sarise liberó suavemente su mano, atrapada por la de Nismile, moldeó un beso con los labios y desapareció por la senda bordeada de helechos.

Nismile aguardó en la cabaña durante el día siguiente. Sarise no se presentó, cosa que no sorprendió en exceso al pintor. El encuentro había sido un sueño, una fantasía, un interludio más allá del tiempo y del espacio. No esperaba volver a verla nunca. Al anochecer sacó un lienzo de la mochila y lo dispuso para pintar, con la idea de hacer un cuadro del paisaje que veía desde la cabaña mientras el crepúsculo tenía de púrpura el aire del bosque. Estudió la vista largo rato, examinó las verticales de los esbeltos árboles sobre la gruesa horizontal de la irregular extensión de arbustos con bayas amarillas, y finalmente sacudió la cabeza y olvidó el lienzo. El paisaje no tenía nada que precisara la captación del arte. Por la mañana, pensó Nismile, haré una excursión río arriba, cruzaré la llanura para ir hasta esa gran roca con la grieta tan profunda donde crecen las carnosas frutas rojas que parecen astas de cuero. Un panorama más prometedor, seguramente. Pero por la mañana Nismile encontró excusas para retrasar la marcha, y al mediodía

pensó que era demasiado tarde para salir. En lugar de eso trabajó en su pequeño huerto, donde estaba trasplantando ciertos arbustos que producían frutas u hojas comestibles. Y eso le mantuvo ocupado durante horas. A últimas horas de la tarde una niebla lechosa se posó sobre el bosque. Nismile entró en la Cabaña. Y pocos minutos más tarde oyó un golpe en la puerta.

—Había perdido la esperanza —dijo a Sarise.

La frente y las cejas de Sarise estaban adornadas con gotitas. La niebla, pensó Nismile. O quizá ella había venido brincando por el sendero.

—Prometí que vendría —dijo ella en voz baja.

—Ayer.

—Hoy es ayer —dijo ella, sonriente. Sacó una botella de la túnica—. ¿Te gusta el vino? He encontrado esto. Tuve que andar mucho para conseguirlo. Ayer.

Era vino gris, de reciente cosecha, un vino cuya efervescencia causaba picor a la lengua. La botella no tenía etiqueta, pero Nismile supuso que era un vino de Zimroel desconocido en el Monte del Castillo. Bebieron la botella entera, Nismile más que Sarise (ella le llenó el vaso repetidas veces) y cuando el vino se acabó salieron de la cabaña para hacer el amor en la fría y húmeda tierra próxima al río. Después dormitaron, hasta que ella le despertó de madrugada y le llevó a la cama. Pasaron el resto de la noche muy apretados, y por la mañana ella no mostró deseo alguno de irse. Fueron a la laguna para iniciar la jornada con un chapuzón. Se abrazaron de nuevo en el musgo azul turquesa. Luego Sarise llevó al pintor al gigantesco árbol de corteza donde se habían conocido, y le indicó una colosal fruta amarilla, de tres o cuatro metros de anchura, que había caído de las enormes ramas. Nismile la observó recelosamente. La fruta se había partido, y en su interior había una pulpa escarlata llena de inmensas semillas negras.

—Una duika —dijo Sarise—. Nos emborrachará.

Sarise se despojó de la túnica y la usó para envolver grandes trozos de fruta. Los llevaron a la cabaña y pasaron toda la mañana comiendo. Cantaron y rieron buena parte de la tarde. Para cenar frieron pescado cogido de la esclusa de Nismile. Más tarde, cogidos del brazo mientras observaban el descenso de la noche, Sarise le hizo mil preguntas sobre su pasado, sus cuadros, su infancia, sus viajes, el Monte del Castillo, las Cincuenta Ciudades, los Seis Ríos, la corte real de lord Thraym, el Castillo de incontables habitaciones. Las preguntas brotaron en torrente, una detrás de otra casi sin que Nismile tuviera tiempo de contestar la anterior. La curiosidad de Sarise era inagotable. Y ello sirvió también para apagar la curiosidad del pintor; aunque ansiaba saber muchas cosas sobre Sarise —todo— no tuvo oportunidad de preguntar, y no se preocupó más, ya que dudaba que ella le respondiera.

—¿Qué haremos mañana? —preguntó finalmente ella.

Y así se hicieron amantes. Los primeros días hicieron poca cosa más aparte de comer, nadar, abrazarse y devorar el embriagador fruto de los duikos. Nismile dejó de temer, tal como le había ocurrido al principio, que la mujer desapareciera tan inesperadamente como había llegado. El torrente de preguntas amainó al cabo de unos días, pero de todas formas Nismile decidió no aprovechar la ocasión; prefería no traspasar los misterios de Sarise.

El pintor no podía librarse de la obsesión de que ella era un metamorfo. El pensamiento le producía escalofríos —que la belleza de Sarise era un engaño, que detrás de esa belleza se ocultaba un ser extraño y grotesco— en especial cuando pasaba las manos por la fresca y dulce tersura de los muslos y los pechos de la mujer. Constantemente tenía que reprimir sus sospechas. Pero las sospechas no desaparecían. No había poblados humanos en esa zona de Zimroel y era muy improbable que una mujer joven —y Sarise era muy joven— hubiera decidido, igual que Nismile, emprender una vida apartada en la jungla. Era mucho más probable, pensaba Nismile, que ella fuera nativa del lugar, un cambiaspecto más de los muchos que se deslizaban como fantasmas por las húmedas

arboledas. A veces, mientras Sarise dormía, Nismile la observaba a la tenue luz de las estrellas para comprobar si empezaba a perder su forma humana. Pero Sarise siempre permanecía igual, y aun así, Nismile recelaba de ella.

Y sin embargo... buscar compañía humana o demostrar cordialidad a los hombres no era rasgo de la naturaleza de los metamorfos. Para casi todos los habitantes de Majipur, los metamorfos eran espectros de una época anterior, fantasmas irreales y legendarios. ¿Qué razón había para que un piurivar encontrara al recluso Nismile, se ofreciera al pintor en una convincente farsa amorosa y se esforzara con tanto celo en iluminarle los días y animarle las noches? En un momento de paranoia, Nismile imaginó que Sarise volvía a su estado primitivo en la oscuridad y se echaba sobre él aprovechando que dormía para hundirle un reluciente puñal en el cuello: la venganza por los crímenes de los antepasados humanos del pintor. ¡Pero qué locas eran esas fantasías! Si los metamorfos deseaban asesinarle, no precisaban una charada tan compleja.

Para apartar de sus pensamientos estos asuntos, Nismile decidió reanudar su arte. Un día anormalmente claro y soleado partió con Sarise hacia la roca de las suculentas plantas rojas, con un lienzo blanco bajo el brazo. Ella le observó, fascinada, mientras se preparaba.

—¿Haces el cuadro únicamente con la mente? —le preguntó.

—Únicamente. Preparo la escena en mi alma, transformo, arreglo, y luego... ya lo verás.

—¿No te importa que mire? ¿No lo estropearé?

—Claro que no.

—Pero si la mente de otra persona se mete en el cuadro...

—Imposible. Los lienzos están adaptados a mí. Nismile observó con un ojo cerrado, formó cuadrados con los dedos, se movió unos centímetros a uno y otro lado. Tenía la garganta seca y le temblaban las manos. Habían transcurrido muchos años desde el último cuadro. ¿Habría conservado su talento? ¿Y la técnica? Dispuso el lienzo del modo más conveniente y efectuó mentalmente el contacto preliminar. El paisaje era excelente, vívido, original; los contrastes de color, notables; los rasgos de la composición, fascinantes. La enorme roca, las raras y carnosas plantas rojas con minúsculas brácteas florales de color amarillo en las puntas, la luz salpicada de las sombras de la vegetación... Sí, sí, daría resultado, serviría con creces como el vehículo que permitiría al artista transmitir la textura de esa densa y enmarañada jungla, de ese lugar de formas variables...

Nismile cerró los ojos. Entró en trance. Lanzó la imagen al lienzo.

Sarise emitió un apagado grito de sorpresa.

Nismile notó que sudaba por todas partes. Se tambaleó, jadeó. Al cabo de unos instantes se recuperó y contempló el lienzo.

—¡Qué hermoso! —murmuró Sarise.

Pero Nismile se estremeció al ver cuadro. Vertiginosas diagonales... difusos colores jaspeados... Un cielo oscuro, de grasienta apariencia, con bruscos bucles suspendidos sobre el horizonte... totalmente distinto al paisaje que él intentaba plasmar y, un detalle mucho más preocupante, sin ningún parecido con la obra de Therion Nismile. Era un cuadro tétrico, angustioso, corrompido por impensadas discordancias.

—¿No te gusta? —preguntó Sarise.

—No es lo que tenía en mente.

—Aunque así sea... es hermoso conseguir que la imagen salga en el lienzo de esta forma... y es tan bonito...

—¿Piensas que es bonito?

—¡Sí, claro! ¿No estás de acuerdo?

Nismile la miró fijamente. ¿Este cuadro? ¿Bonito? ¿Estaba halagándole, desconocía los gustos de la época, o realmente admiraba el cuadro? Un cuadro extraño, atormentado, tenebroso y extraño...

Extraño...

—No te gusta —dijo Sarise, y esta vez no era una pregunta.

—No pintaba desde hace casi cuatro años. Quizá me hace falta ir poco a poco, volver a adquirir la destreza...

—He estropeado tu cuadro —dijo Sarise.

—¿Tú? No seas tonta.

—Mi mente se ha entrometido. Mi forma de ver las cosas.

—Ya te he explicado que los lienzos están adaptados únicamente a mí. Podría estar rodeado de mil personas y ninguna afectaría el cuadro.

—Pero es posible que te haya distraído, que haya desviado tus pensamientos.

—Es absurdo.

—Iré a dar un paseo. Pinta otra cosa mientras tanto.

—No, Sarise. Éste es espléndido. Cuanto más lo miro, más me complace. Vamos, volvamos a casa. Nadaremos un rato, comeremos duika y haremos el amor. ¿De acuerdo?

Nismile sacó el lienzo del caballete y lo enrolló. Pero la reacción de Sarise le había afectado más de lo que fingía. Algo muy extraño se había introducido en el cuadro, era indudable. ¿Y si Sarise lo había contaminado de algún modo? ¿Y si la oculta alma metamorfa de ella había proyectado su esencia sobre el espíritu del pintor, tiñendo los impulsos mentales de éste con un matiz no humano?

Caminaron río abajo en silencio. Al llegar al prado de los lirios de fango donde Nismile vio por primera vez un metamorfo, el pintor no pudo contenerse.

—Sarise, quiero hacerte una pregunta.

—¿Sí?

Le fue imposible callar.

—Tú no eres humana, ¿verdad? En realidad eres un metamorfo, ¿no es cierto?

Sarise le miró con los ojos muy abiertos, mientras brotaba color en sus mejillas.

—¿Lo dices en serio?

Nismile asintió.

—¿Yo? ¿Un metamorfo? —Sarise se echó a reír, de forma poco convincente—. ¡Qué idea tan disparatada!

—Respóndeme, Sarise. Mírame a los ojos y respóndeme.

—Esto es una locura, Therion.

—Por favor. Respóndeme.

—¿Quieres que demuestre que soy humana? ¿Cómo lo hago?

—Quiero que me digas que eres humana. O que eres de otra raza.

—Soy humana —dijo ella.

—¿Puedo creerte?

—No lo sé. ¿Puedes creerme? Te he respondido. —Los ojos de Sarise brillaban de alegría—. ¿No parezco humana? ¿No actúo como humana? ¿Tengo aspecto de ser una imitación?

—Tal vez yo no puedo notar la diferencia.

—¿Por qué piensas que soy un metamorfo?

—Porque sólo los metamorfos viven en esta jungla —dijo él—. Me parece... lógico. De todos modos... pese a... —Nismile titubeó—. Mira, ya me has respondido. Ha sido una pregunta estúpida y me gustaría cambiar de tema. ¿De acuerdo?

—¡Qué extraño eres! Debes estar enfadado conmigo. Crees que he estropeado tu cuadro.

—No es cierto.



—Eres mal mentiroso, Therion.

—Muy bien. Algo estropeó el cuadro. No sé qué ha sido. No es el cuadro que yo pretendía pintar,

—Pues pinta otro.

—Lo haré. Acepta posar para mí, Sarise.

—Ya te dije que no quería.

—Necesito hacerlo. Necesito ver qué hay en mi alma, y la única forma de saberlo...

—Pinta el duiko, Therion. Pinta la cabaña.

—¿Por qué no quieres posar?

—La idea me desagrada.

—No me das una respuesta real. ¿Qué tiene de malo posar...?

—Por favor, Therion.

—¿Temes que te vea en el lienzo de una forma que te desagradara? ¿Es eso? ¿Que obtenga otra respuesta a mis preguntas cuando te retrate?

—Por favor.

—Déjame pintarte.

—No.

—Entonces dime una razón.

—No puedo dártela —dijo ella.

—En ese caso es imposible que te niegues. —Nismile sacó un lienzo de la mochila—. Ahí, en el prado, ahora mismo. Vamos, Sarise. Ponte junto al río. Sólo será un momento...

—No, Therion.

—Si me amas, Sarise, no te negarás.

Fue una torpe hazaña de chantaje, y Nismile se avergonzó por ello. Y Sarise se enojó, porque el pintor vio un áspero brillo en los ojos de su compañera, un brillo que no había visto hasta ese momento. Los dos se miraron durante un largo, tenso instante.

—Aquí, no, Therion —dijo ella por fin, en tono frío y desabrido—. En la cabaña. Dejaré que me retrates allí, ya que insistes.

Ninguno de los dos habló durante el resto del camino.

Nismile tuvo deseos de olvidar el asunto. Creía haber impuesto por la fuerza su voluntad, haber cometido una especie de ultraje, y casi ansiaba poder retirarse de la posición que había conquistado. Pero el retorno a la fácil armonía anterior entre los dos era imposible. Y él debía obtener la respuesta que precisaba. Muy nervioso, el pintor preparó el lienzo.

—¿Dónde me pongo? —preguntó Sarise.

—En cualquier parte. Junto al río. Junto a la cabaña.

Sarise se acercó a la cabaña con andar indolente y despacioso. Nismile inclinó la cabeza para dar su aprobación y, apenas sin ánimo, efectuó los preparativos finales antes de entrar en trance. Sarise le miraba con expresión de enojo. Brotaban lágrimas de sus ojos.

—¡Te amo! —gritó bruscamente el pintor.

Se sumió en el estado de trance, y lo último que vio antes de cerrar los ojos fue que Sarise alteraba su postura: la mujer puso fin a su taciturna indolencia, irguió los hombros, sus ojos cobraron repentino brillo y apareció una sonrisa en los labios.

Cuando Nismile abrió los ojos, el cuadro estaba terminado y Sarise miraba tímidamente al pintor desde la puerta de la cabaña.

—¿Cómo ha salido? —preguntó Sarise.

—Ven. Júzgalo tú misma.

Sarise se acercó. Examinaron juntos el cuadro, y al cabo de unos instantes Nismile pasó el brazo por los hombros de su compañera. Ésta se estremeció y se apretó al pintor. En el cuadro se veía una hembra con ojos humanos y nariz y labios metamorfos, sobre un fondo irregular y caótico de discordantes tonos rojos, anaranjados y rosas.

—¿Ya sabes lo que querías saber? —dijo en voz baja.

—¿Fuiste tú el metamorfo del prado? ¿Y las otras dos veces?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me interesabas, Therion. Quería conocerte a fondo. Jamás había visto una persona como tú.

—Todavía no puedo creerlo —musitó Nismile.

Sarise señaló el cuadro.

—Créelo, Therion.

—No. No.

—Ahora conoces la respuesta.

—Sé que eres humana. El cuadro miente.

—No, Therion.

—Demuéstralo. Cambia de forma. Cambia ahora mismo. —Nismile la soltó y se apartó un poco—. Hazlo. Hazlo por mí.

Sarise le miró tristemente. Luego, sin transición perceptible, se convirtió en una réplica del pintor, igual que la vez anterior: la prueba definitiva, la irrefutable respuesta. Un músculo tembló violentamente en la mejilla de Nismile. Miró sin pestañear su propia imagen, y hubo un nuevo cambio: algo terrorífico y monstruoso, un ser de pesadilla que era un globo picado de viruelas, de piel grisácea y lacia, ojos grandes como platos y un pico negro en forma de gancho. Y después una tercera transformación: un metamorfo más alto que el pintor, con el pecho hundido, deforme. Y por fin apareció otra vez Sarise, con cascadas de pelo castaño rojizo, manos delicadas, firmes y fuertes muslos.

—No —dijo Nismile—. Eso no. Basta de imitaciones.

Sarise volvió a ser un metamorfo. Nismile asintió.

—Sí. Así está mejor. Quédate así. Es más hermoso.

—¿Hermoso, Therion?

—Me pareces hermosa. Así. Tal como eres. El engaño siempre es horrible.

Cogió la mano del metamorfo. Tenía seis dedos, muy largos y finos, sin uñas ni articulaciones visibles. La piel era sedosa y débilmente brillante, y no tenía el tacto esperado por Nismile. El pintor pasó las manos por aquel cuerpo, enjuto y prácticamente descarnado. Ella se quedó completamente inmóvil.

—Debo irme —dijo ella al fin.

—Quédate conmigo. Vive aquí en mi compañía.

—¿A pesar de todo?

—A pesar de todo. En tu forma verdadera.

—¿Sigues queriéndome?

—Muchísimo —dijo Nismile—. ¿Te quedarás?

—Cuando vine a verte la primera vez, fue para observarte, para estudiarte, para jugar contigo, incluso para burlarme de ti y hacerte sufrir. Eres el enemigo, Therion. Tu raza siempre ha sido el enemigo. Pero cuando empezamos a vivir juntos descubrí que no había motivos para odiarte. No a ti, como individuo especial, ¿comprendes?

Era la voz de Sarise que salía de unos labios extraños. Qué raro, pensó Nismile, es muy parecido a un sueño.

—Empecé a desear estar en tu compañía —dijo ella—. Para que el juego durara siempre, ¿comprendes? Pero el juego debía tener un final. Y sin embargo sigo deseando estar contigo.

—Entonces quédate, Sarise.

—Sólo si me quieres de verdad.

—Ya te lo he dicho.

—¿No te horrorizo?

—No.

—Vuelve a retratarme, Therion. Demuéstrame con un cuadro. Muéstrame amor en el lienzo, Therion, y me quedaré.

Nismile la pintó día tras día, hasta que terminó los lienzos, y los colgó en el interior de la Cabaña: Sarise y el duiko, Sarise en el prado, Sarise en la lechosa niebla del atardecer, Sarise en el crepúsculo, verde sobre fondo púrpura. No hubo forma de preparar más lienzos, pese a que el pintor lo intentó. Pero era igual. Ambos realizaron juntos largos viajes de exploración, siguieron el curso de los ríos, fueron a lejanas partes de la jungla. Sarise le enseñó nuevos árboles y flores, las criaturas de la selva, dentados lagartos, gusanos dorados y siniestros amorfibotes de voluminoso aspecto que pasaban los días durmiendo en fangosos lagos. Hablaron muy poco; la hora de responder preguntas había pasado y ya no hacían falta palabras.

Pasaron días, semanas, y en un territorio sin estaciones era difícil medir el paso del tiempo. Quizá fue un mes, quizá fueron seis. No encontraron a nadie. La jungla estaba repleta de metamorfos, explicó Sarise, pero todos se mantenían a distancia, y ella esperaba que la dejaran en paz para siempre.

Una tarde de constante llovizna Nismile fue a mirar las trampas, y al volver una hora más tarde supo inmediatamente que pasaba algo raro. Mientras se acercaba a la cabaña vio salir a cuatro metamorfos. Estaba seguro de que uno era Sarise, pero no sabía cuál de los cuatro.

—¡Un momento! —gritó mientras los cambiaspectos pasaban junto a él. Echó a correr detrás del grupo—. ¿Qué van a hacer con ella? ¡Suéltela! ¿Sarise? ¿Sarise? ¿Quiénes son éstos? ¿Qué quieren?

Durante un instante un metamorfo cambió de aspecto, y Nismile vio a la joven del pelo castaño rojizo, pero sólo durante un instante. Después vio otra vez cuatro metamorfos que se deslizaban como espectros hacia las entrañas de la jungla. La lluvia se hizo más intensa, y el denso banco de niebla que cubrió la zona impidió la visibilidad. Nismile se detuvo al borde del claro, desesperado, aguzando el oído para captar sonidos pese al chapoteo de la lluvia y la fuerte palpitación del río. Creyó oír sollozos, creyó oír un grito de dolor, pero quizá fue un simple sonido de la jungla. Era imposible seguir a los metamorfos en una impenetrable zona de espesa niebla blanca.

Nismile jamás volvió a ver a Sarise, ni a otro metamorfo. Durante algún tiempo confió en que encontraría cambiaspectos en el bosque y le matarían con sus pequeños puñales de madera pulida, puesto que la soledad era intolerable. Pero no fue así, y cuando se convenció de que estaba viviendo en una especie de cuarentena, apartado no sólo de Sarise —suponiendo que estuviera viva— sino también de la comunidad metamorfa, Nismile comprendió que no podía seguir morando en el claro cercano al río. Enrolló los lienzos de Sarise, desmontó cuidadosamente la cabaña e inició el largo y peligroso regreso a la civilización.

Faltaba una semana para su cuadragésimo cumpleaños cuando Nismile llegó a las cercanías del Monte del Castillo. En su ausencia, descubrió, lord Thraym había accedido al pontificado y la nueva Corona era lord Vildivar, hombre poco amante del arte. Nismile alquiló un estudio junto a la orilla del río, en Stee, y siguió pintando. Sólo trabajó utilizando sus recuerdos: tétricas e inquietantes escenas de la vida selvática, donde a menudo aparecían metamorfos al acecho en segundo plano. No era un tipo de cuadros con posibilidad de hacerse popular en el alegre y despreocupado mundo de Majipur, y al principio Nismile encontró pocos compradores. Pero más tarde su obra llamó la atención del duque de Qurain, que estaba empezando a cansarse de risueña serenidad y perfectas proporciones. Bajo el patrocinio del duque la obra de Nismile se hizo famosa, y en los últimos años de su vida dispuso de un mercado dispuesto a comprar todo lo que pintara.

Muchos pintores imitaron a Therion Nismile, aunque nunca con éxito, y el maestro fue objeto de numerosos ensayos críticos y estudios biográficos.

—Sus cuadros son turbulentos y extraños en grado sumo —le dijo un día un erudito—. ¿Ha ideado algún método para pintar lo que ve en sueños?

—Sólo trabajo partiendo de mis recuerdos —dijo Nismile.

—Dolorosos recuerdos, me atrevería a conjeturar.

—En absoluto —respondió Nismile—. Todo mi trabajo pretende ayudarme a volver a captar una época de alegría, una época de amor, los momentos más felices y preciados de mi vida.

Nismile miró más allá del hombre que le interrogaba y vio distantes nieblas, espesas y blandas como la lana, que remolineaban entre altos árboles unidos por una enmarañada red de lianas.

## VII - CRIMEN Y CASTIGO

El último relato conduce a Hissune al principio de la exploración de estos archivos. Thesme y el gayrog otra vez, otro romance en el bosque, el amor de un humano y un no humano. Sin embargo las similitudes se hallan en la superficie, porque se trata de gente muy distinta en circunstancias muy distintas. Hissune acaba el relato con una comprensión razonablemente buena, opina él, del pintor espiritual Therion Nismile —parte de su obra, se entera Hissune, sigue expuesta en las galerías del Castillo de lord Valentine— pero el metamorfo continúa siendo un misterio para él, quizá un misterio tan enorme como lo fue para Nismile. Hissune examina el índice en busca de grabaciones de almas metamorfos, pero le sorprende descubrir que no hay ninguna. ¿Acaso los cambiaspectos se niegan a grabar? ¿O tal vez el aparato es incapaz de captar las emanaciones de sus mentes? ¿O simplemente están proscritos en los archivos? Hissune no lo sabe y le es imposible averiguarlo. A su debido tiempo, piensa, todo tendrá una respuesta. Mientras tanto, queda mucho por descubrir. Las funciones del Rey de los Sueños, por ejemplo... Hissune tiene mucho que aprender en este terreno. Durante mil años los descendientes de la familia Barjazid han tenido la tarea de fustigar las mentes dormidas de los criminales. Hissune no sabe cómo lo hacen. Busca en los archivos, y la fortuna no tarda en poner a su disposición el alma de un proscrito, monótonamente disfrazado de comerciante de la ciudad de Stee..

La ejecución del asesinato fue asombrosamente fácil. El endeble Gleim estaba de pie junto a la abierta ventana en la pequeña habitación del primer piso de una posada de Vugel donde él y Haligome habían acordado reunirse. Haligome se hallaba cerca de la cama. La discusión no iba bien. Haligome pidió una vez más a Gleim que reconsiderara.

—Está perdiendo su tiempo y el mío —dijo Gleim, en tono indiferente—. No veo dónde están sus argumentos.

En ese momento Haligome pensó que Gleim, y sólo Gleim, se interponía entre él y la vida tranquila que creía merecer, que Gleim era su enemigo, su némesis, su perseguidor. Haligome se acercó a él muy despacio, con tanta calma que el otro hombre no se alarmó lo más mínimo, y con un repentino y contundente movimiento tiró por la ventana a Gleim.

El semblante de Gleim reflejó sorpresa. Pareció quedar inmóvil, suspendido en el aire durante un instante sorprendentemente largo. Después cayó hacia el rápido curso del río próximo a la posada, chocó con el agua produciendo una infinita salpicadura y la corriente alejó el cuerpo con rapidez hacia las distantes estribaciones del Monte del Castillo. Se perdió de vista enseguida.

Haligome se miró las manos como si acabaran de brotar en sus muñecas. No podía creer que ellas hubieran cometido tal acción. Se vio de nuevo caminando hacia Gleim; vio otra vez la expresión de asombro de la víctima en el aire, antes de perderse en el oscuro río. Seguramente Gleim debía estar muerto. Si no era así, lo estaría antes de un pasar de

minutos. Encontrarían el cadáver tarde o temprano, arrojado a alguna rocosa orilla a la altura de Canzilaine o Perimor, y se las arreglarían para identificarlo como un comerciante de Gimkandale, desaparecido en los últimos siete o diez días. Pero ¿habría razones para que sospecharan que había sido asesinado? El asesinato era un crimen infrecuente. Gleim podía haberse caído. Podía haberse tirado. Aunque logran demostrar —sólo el Divino sabría cómo— que Gleim no había muerto por voluntad propia, ¿cómo demostrarían que alguien le había empujado desde la ventana de una posada de Vugel, y que ese alguien era Sigmar Haligome, ciudadano de Stee? Era imposible, meditó Haligome. Pero ello no alteraba la verdad esencial de la situación: Gleim había muerto asesinado y Haligome era el asesino.

¿El asesino? Ese nuevo apodo dejó perplejo a Haligome. No había venido a la posada para matar a Gleim, sólo a negociar con él. Pero las negociaciones fueron agrias desde el principio. Gleim, un hombrecillo fastidioso, se negó en redondo a admitir su responsabilidad en un problema de material defectuoso, y culpó a los inspectores de Haligome. Gleim se negó a pagar un solo peso, ni siquiera se compadeció del embarazoso apuro financiero de Haligome. Después de esta última, insensible negativa, Gleim se infló hasta ocupar el horizonte entero, y todo él era aborrecible, y el único deseo de Haligome fue librarse de él, a cualquier coste. Si se hubiera detenido a pensar en su reacción y en las consecuencias de ésta, naturalmente no habría tirado por la ventana a Gleim, porque Haligome no era un criminal, ni mucho menos. Pero no se había parado a considerar, y Gleim había muerto y la vida de Haligome había sufrido una nueva y grotesca definición; en un segundo había dejado de ser Haligome el distribuidor de instrumentos de precisión para convertirse en Haligome el asesino. ¡Qué repentino! ¡Qué extraño! ¡Qué terrible! ¿Y ahora?

Tembloroso, sudoroso, con la garganta reseca, Haligome cerró la ventana y se dejó caer en la cama. No tenía la menor idea sobre qué debía hacer a continuación. ¿Entregarse a los agentes imperiales? ¿Confesar, capitular, ingresar en prisión o en el lugar adonde enviaban a los criminales? No estaba preparado para ello. Había leído viejas narraciones de crímenes y castigos, antiguos mitos y fábulas, pero por lo que él sabía el asesinato era un crimen extinguido y los mecanismos para detectarlo y expiarlo habían enmohecido hacía mil años. Haligome se sintió prehistórico, primitivo. Conocía la famosa historia de un capitán de barco del remoto pasado que tiró por la borda a un tripulante loco durante una infortunada expedición para cruzar el Gran Océano, después de que ese tripulante hubiera asesinado a otra persona. Haligome siempre había creído que esas historias eran estrafalarias y poco plausibles. Pero él mismo, sin esfuerzo, sin pensarlo, acababa de convertirse en un personaje legendario, un monstruo, un hombre capaz de arrebatar la vida a otro. Sabía que nada volvería a ser igual para él. Una cosa que debía hacer era marcharse de la posada. Si alguien había visto la caída de Gleim —cosa poco probable, porque el edificio se hallaba junto a la orilla del río; Gleim había caído por una ventana de la parte trasera y la impetuosa corriente engulló el cuerpo al instante— era absurdo quedarse allí aguardando la llegada de posibles indagadores. Se apresuró a meter sus pertenencias en el único maletín que llevaba, comprobó que Gleim no había dejado nada en la habitación y fue a la planta baja. Había un yort en el mostrador. Haligome sacó varias coronas.

—Quiero pagar mi cuenta —dijo.

Reprimió el impulso de charlar. No era el momento de hacer ingeniosas observaciones que pudieran dejar huella en la memoria del yort. Paga la cuenta y lárgate enseguida, pensó Haligome. ¿Sabía el yort que el cliente de Stee había recibido una visita en su habitación? Bien, el yort no tardaría en olvidarse de ese detalle, igual que del cliente de Stee, si Haligome no le daba motivos para recordar. El empleado sumó las cifras y Haligome le entregó varias monedas. A la rutinaria frase «Esperamos volver a verle por aquí» Haligome contestó con otra igualmente manida, y salió a la calle, donde se

apresuró a alejarse del río. Soplabla una fuerte brisa ladera abajo. La luz del sol era brillante y cálida. Haligome no había estado en Vugel desde hacía años, y en otras circunstancias habría dedicado algunas horas a visitar la famosa plaza engalanada con joyas, los famosos murales ejecutados por pintores espirituales y el resto de maravillas de la localidad, pero hacer un recorrido turístico estaba fuera de lugar. Llegó corriendo a la estación terminal y compró un billete de ida a Stee.

Miedo, incertidumbre, sentimiento de culpabilidad y vergüenza viajaron con él de ciudad en ciudad por la ladera del Monte del Castillo.

Las extensas y familiares cercanías de la gigantesca Stee le proporcionaron cierto reposo. Llegar al hogar significaba estar a salvo. Los sucesivos amaneceres de la entrada en Stee hicieron que Haligome se sintiera cada vez mejor. Allí estaba el caudaloso río que daba nombre a la ciudad, precipitándose con asombrosa velocidad Monte abajo. Allí estaban las lisas y relucientes fachadas de los Edificios Ribereños, con cuarenta pisos de altura y varios kilómetros de longitud. Allí estaba el puente de Kinniken, la torre de Thimin... ¡El hogar! La enorme vitalidad y poderío de Stee confortó a Haligome en gran medida.

Sintió que todo vibraba alrededor de él mientras iba de la estación central al barrio de las afueras donde vivía. Estando en una ciudad que había llegado a ser la mayor de Majipur (su inmensa expansión se debía al trato de favor recibido de un hijo de la ciudad, lord Kinniken, Corona del reino en ese tiempo) Haligome no podía temer las tenebrosas consecuencias, fueran las que fuesen, del alocado acto que acababa de cometer en Vugel.

Abrazó a su esposa, a sus dos jóvenes hijas, a su robusto hijo. Todos vieron sin dificultad la fatiga y la tensión del recién llegado, o así lo pareció, puesto que le trataron con exagerada delicadeza, como si el viaje le hubiera transformado en un hombre frágil. Le trajeron vino, la pipa, unas zapatillas; se mostraron enormemente solícitos, radiantes de amor y buenos deseos; no le hicieron preguntas sobre el desarrollo del viaje, y en lugar de eso le obsequiaron con los chismorreos locales. Pero Haligome no dio explicaciones hasta después de la cena.

—Creo que Gleim y yo hemos resuelto todos los problemas —dijo—. Hay motivos para estar esperanzados.

Incluso él estuvo a punto de creérselo. ¿Podrían culparle del asesinato si se limitaba a guardar silencio? Haligome no creía que hubiera testigos. Las autoridades no tendrían dificultad alguna para descubrir que él y Gleim habían acordado verse en Vugel —un terreno neutral— para discutir sus desavenencias comerciales, mas eso no probaba nada. «Sí, vi a Gleim en una posada cercana al río», diría Haligome. «Comimos, bebimos mucho vino y llegamos a un acuerdo, y después yo me fui. Debo decir que él se tambaleaba un poco cuando me marché.» Y el pobre Gleim, achispado y mareado después de haberse llenado la barriga con fuerte vino de Muldemar, debió asomarse demasiado a la ventana después de irse Haligome, quizá para ver a una pareja de nobles que navegaba por el río... No, no, no, que especulen ellos, pensó Haligome. «Nos vimos para comer y llegamos a un acuerdo, y luego me marché», y nada más. ¿Y quién podía demostrar que fue de otra forma?

Haligome volvió a su despacho el día siguiente y continuó su trabajo como si nada anormal hubiera ocurrido en Vugel. No podía complacerse en meditaciones sobre el crimen. Su situación era precaria: estaba al borde de la bancarrota, no podía pedir más créditos y su capacidad de endeudamiento había sufrido considerable merma. Todo ello por culpa de Gleim. Pero cuando un comerciante distribuye productos de mala calidad, sufrirá durante largo tiempo aunque sea completamente inocente. No habiendo obtenido satisfacción alguna de Gleim —y ya era imposible obtenerla— el único recurso de Haligome era luchar con intensa dedicación para recuperar la confianza de quienes

recibían instrumentos de precisión distribuidos por él, y al mismo tiempo para contener a los acreedores hasta que la situación recuperara el equilibrio.

Mantener a Gleim fuera de sus pensamientos fue difícil. Durante los días que siguieron el nombre del fallecido se mencionó con frecuencia, y Haligome tuvo que hacer grandes esfuerzos para ocultar sus reacciones. Todo el mundo parecía comprender que Gleim había tomado por tonto a Haligome, y todo el mundo trataba de mostrar sus simpatías. Ello era alentador por sí mismo. Pero que todas las conversaciones giraran en torno a Gleim —las iniquidades de Gleim, el carácter vengativo de Gleim, la tacañería de Gleim— era excesivo y desequilibraba constantemente a Haligome. Aquel apellido era como un detonante: ¡Gleim!, y Haligome se quedaba rígido. ¡Gleim!, y latían los músculos de sus mejillas. ¡Gleim!, y escondía las manos como si en ellas llevara las huellas del efluvio del muerto. Haligome imaginaba que, en un momento de franco cansancio, diría a un cliente: «Yo le maté, ¿sabe usted? Lo tiré por una ventana cuando nos vimos en Vugel.» ¡Con qué facilidad brotarían las palabras de sus labios si no lograba controlarse!

Haligome pensó en hacer una peregrinación a la Isla para purificar su alma. Más adelante, quizá: no ahora, porque debía dedicar todas las horas que estuviera despierto a sus negocios, o su empresa quebraría y su familia se vería sumida en la pobreza. Haligome pensó también llegar rápidamente a cierto acuerdo con las autoridades que le permitiera expiar el crimen sin interrumpir sus actividades comerciales. Una multa, tal vez, aunque... ¿cómo iba a pagarla en estos momentos? Además, ¿le perdonarían con tanta facilidad? Finalmente no hizo nada excepto esforzarse en apartar el crimen de su cabeza, y todo pareció ir bien durante la primera semana, los diez primeros días. Después empezaron los sueños.

El primero se produjo la noche del Día Estelar de la segunda semana de verano, y Haligome supo al instante que era un envío tenebroso y doloroso. Ocurrió durante el tercer período de sueño de esa noche, el período más profundo poco antes del ascenso de la mente hacia el alba, y Haligome se encontró atravesando un campo de fulgurantes y resbalosos dientes amarillos que se agitaban y revolvían bajo sus pies. El ambiente estaba viciado, era una atmósfera pantanosa con un depresivo tinte grisáceo. Viscosas tiras de una sustancia áspera y carnosa pendían del cielo; estas tiras rozaban las mejillas y los brazos de Haligome y dejaban pegajosas señales que ardían y vibraban. Haligome notó un zumbido en sus oídos: el severo y tenso silencio de un maligno envío, con la sensación de que el mundo entero se asfixia dentro de una bolsa demasiado cerrada, y muy lejos una risa burlona. Una luz cuyo brillo era intolerable chamuscó el cielo. Haligome estaba atravesando una planta boca, un espantoso monstruo carnívoro abundante en el distante Zimroel, que él vio una vez en el Pabellón de Kinniken durante una exhibición de curiosidades. Pero aquella vez se trataba de ejemplares de tres o cuatro metros de diámetro, mientras que el de su sueño tenía las dimensiones de un gran barrio urbano, y Haligome se hallaba atrapado en el diabólico centro, corriendo con la máxima velocidad posible para evitar caer en los despiadados dientes.

Así que esto es lo que me espera, pensó Haligome, suspendido sobre su sueño y observándolo tristemente. Es el primer envío, y el Rey de los Sueños me atormentará a partir de ahora. Era imposible ocultarse. Los dientes tenían ojos, y los ojos pertenecían a Gleim. Haligome prosiguió su esfuerzo, resbaló, varias veces, notó que estaba envuelto en sudor. Dio un traspíe y cayó sobre un grupo de crueles dientes que le mordisquearon la mano, y cuando logró levantarse comprobó que la ensangrentada mano no era la suya, sino la mano menuda y descolorida de Gleim mal encajada en su muñeca. Haligome cayó por segunda vez, los dientes volvieron a morderle, sufrió otra desagradable metamorfosis. La escena se repitió sin cesar, y Haligome siguió corriendo, gimiendo y sollozando, mitad Gleim, mitad Haligome, hasta que el sueño se interrumpió y vio que estaba incorporado, tembloroso, empapado en sudor, aferrado al muslo de su asombrada esposa como si fuera un salvavidas.

—Suéltame —murmuró ella—. Estás haciéndome daño. ¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?

—Un sueño... muy malo...

—¿Un envío? —inquirió su esposa—. Sí, debe ser un envío. Noto el olor de un envío en tu sudor. Oh, Sigmar, ¿qué ocurre?

Halogome se estremeció.

—Algo que comí. La carne de dragón marino... era muy seca, poco fresca...

Se levantó de la cama, muy nervioso, y se sirvió un vaso de vino. La bebida le calmó. Su esposa le acarició, le refrescó su calenturienta frente y le abrazó hasta que se tranquilizó un poco. Pero Haligome no se atrevió a seguir durmiendo, y permaneció en vela hasta el amanecer, contemplando la grisácea oscuridad. ¡El Rey de los Sueños! Así que éste iba a ser su castigo. Afligido, Haligome consideró su situación. Siempre había creído que el Rey de los Sueños era un cuento para que los niños se portaran bien. Sí, sí, decían que el Rey vivía en Suvrael, que ese título era hereditario y pertenecía a la familia Barjazid, que el Rey y sus esbirros registraban el aire nocturno en busca de sentimientos de culpabilidad de las personas que dormían, y que encontraban las almas de los indignos y las atormentaban... ¿Sería cierto? Haligome no conocía a una sola persona que hubiera recibido un envío del Rey de los Sueños. Creía haber recibido un envío de la Dama, pero no estaba seguro, y en cualquier caso eran sueños distintos. La Dama sólo ofrecía visiones muy generales. El Rey de los Sueños, según los rumores, causaba auténtico dolor. Pero ¿era posible que el Rey de los Sueños vigilara el planeta entero, un planeta tan poblado, con miles de millones de habitantes y no todos virtuosos?

Seguramente la única causa es una indigestión, pensó Haligome.

Al ver que las dos siguientes noches transcurrían en calma, Haligome se autorizó a creer que el sueño había sido una anomalía fortuita. Quizá el Rey era una fábula. Pero el Día Segundo recibió otro inconfundible envío.

El mismo silencioso zumbido. La misma luz, ardiente y deslumbrante, iluminaba el paisaje del sueño. Imágenes de Gleim. Risas. Ecos. Expansiones y contracciones del tejido del cosmos. Un desgarrador aturdimiento golpeó su espíritu de un modo vertiginoso. Haligome sollozó. Hundió la cabeza en la almohada y trató de recobrar el aliento. No se atrevía a despertarse, porque si lo hacía revelaría a su esposa la angustia que le dominaba; ella le sugeriría que fuera a visitar a una oráculo, y eso era imposible. Cualquier oráculo merecedora de los honorarios que cobraba comprendería al instante que había unido su alma con el alma de un criminal. ¿Y qué sería de él? Por este motivo Haligome decidió sufrir la pesadilla hasta que se consumiera la fuerza del envío. Después despertó, debilitado y tembloroso, y aguardó la llegada del día.

Ésa fue la pesadilla del Día Segundo. La del Día Cuarto fue peor. Haligome voló y cayó, y quedó empalado en el ápice más elevado del Monte del Castillo, una lanza tan fría como el hielo. Estuvo allí durante horas mientras unas aves, gihornas con la cabeza de Gleim, desgarraban su vientre y bombardeaban sus goteantes heridas con ardientes deyecciones. El Día Quinto Haligome durmió razonablemente bien, aunque tenso, alerta a los sueños. Tampoco hubo envíos el Día Estelar. El Día Solar Haligome se encontró nadando en océanos de sangre coagulada mientras perdía dientes y sus dedos se convertían en irregulares amasijos. El Día Lunar y el Día Segundo hubo horrores más moderados, aunque igualmente horrorosos. Y por la mañana del Día Marino su esposa habló con él.

—Estos sueños tuyos no acabarán. Sigmar, ¿qué has hecho?

—¿Hecho? ¡No he hecho nada!

—Creo que los sueños te agitan noche tras noche.

Halogome intentó restar importancia al asunto.

—Algún error de los Poderes que nos gobiernan. Debe ocurrir de vez en cuando: sueños que deberían llegar a cierto sinvergüenza de Pendiwane que comete abusos con



niños llegan a un distribuidor de instrumentos de precisión de Stee. Tarde o temprano advertirán el error y me dejarán en paz.

—¿Y si no es así? —La mujer le miró de un modo muy penetrante—. ¿Y si los sueños van destinados a ti?

Haligome se preguntó si su esposa sabía la verdad. Ella sabía que su esposo había ido a Vugel para hablar con Gleim. Quizá se había enterado, aunque era difícil imaginar cómo, de que Gleim no había regresado a su hogar de Gimkandale. Puesto que su esposo recibía envíos del Rey de los Sueños, no era difícil extraer conclusiones. ¿Podía ser? Y si ella sabía la verdad, ¿cuál sería su reacción? ¿Denunciar a su esposo? A pesar de que amaba a Haligome, ella podía denunciarle, ya que si protegía a un asesino se exponía también a la venganza del Rey mientras dormía.

—Si los sueños continúan —dijo Haligome—, rogaré a los representantes del Pontífice que intercedan por mí.

Naturalmente, no podía hacer eso. Se esforzó en forcejear con los sueños y reprimirlos, de modo que no despertara sospechas en la mujer que dormía junto a él. En sus meditaciones antes de dormir Haligome se ordenó guardar la calma, aceptar las imágenes que aparecieran, considerarlas como simples fantasías de un alma trastornada y no como realidades que por fuerza debía arrastrar. Y a pesar de ello, cuando vio que flotaba sobre un rojizo mar de fuego y que de vez en cuando se hundía hasta el tobillo, no pudo contener los gritos. Y cuando crecieron agujas en su carne y atravesaron la piel dándole el aspecto de un manculain la intocable bestia espinosa de las tórridas tierras del sur, Haligome sollozó y suplicó misericordia mientras dormía. Y cuando paseó por los immaculados jardines de lord Havilbove junto a la Barrera de Tolingar y las perfectas plantas se transformaron en burlones seres dentados y velludos de siniestra fealdad, Haligome lloró y sudó tanto que el colchón quedó empapado. Su esposa no le hizo nuevas preguntas, pero le observaba a menudo, muy nerviosa, y siempre parecía estar a punto de exigirle que pusiera fin a las intrusiones en su espíritu.

Haligome apenas pudo atender su negocio. Los acreedores no le dejaban en paz, los fabricantes se negaban a darle más crédito y las quejas de los clientes remolineaban alrededor de Haligome igual que hojas de otoño muertas y marchitas. En secreto, Haligome investigó en las bibliotecas en busca de información sobre el Rey de los Sueños y los poderes de éste, como si hubiera contraído una enfermedad desconocida y tuviera que documentarse ampliamente. Pero la información era escasa y obvia; el Rey era una entidad del gobierno, un Poder de igual autoridad que el Pontífice, la Corona y la Dama de la Isla, y durante cientos de años su misión había consistido en imponer castigos a los culpables.

No se me ha juzgado, protestó en silencio Haligome...

Pero él sabía que no era preciso juicio alguno, y que el Rey también estaba en conocimiento de ese detalle. Los horrorosos sueños prosiguieron, machacaron el alma de Haligome, le exacerbaron los nervios, y el comerciante comprendió que no había esperanza de resistirse a estos envíos. Su vida en Stee estaba acabada. Un instante de irreflexión y se había convertido en un proscrito, condenado a errar por la vasta superficie del planeta en busca de un lugar donde ocultarse.

—Necesito descanso —explicó a su esposa—. Estaré fuera uno o dos meses, y recuperaré la paz interna.

Llamó a su hijo (ya era casi un hombre, podía enfrentarse a las responsabilidades) y le entregó las riendas del negocio; en sólo una hora enseñó al muchacho una lista de máximas que a él le había costado media vida aprender. Luego, con el escaso dinero que logró exprimir de su disminuidísimo activo, abandonó su espléndida ciudad natal en un flotador de tercera clase con destino a Normork, en el círculo de las Ciudades de la Falda y cerca del pie del Monte del Castillo. Cuando llevaba una hora de viaje decidió que nunca

volvería a llamarse Sigmar Haligome y que su nuevo nombre sería Miklan Forb. ¿Bastaría eso para desviar la fuerza del Rey de los Sueños?

Quizá sí. El vehículo flotante recorrió la faz del Monte del Castillo, descendió perezosamente de Stee a Normork pasando por Amanecer Bajo, el llano de Bibiroon y la Barrera de Tolingar. Todas las noches, en la hospedería correspondiente, Haligome se acostaba aferrado a la almohada, aterrorizado; pero sólo tuvo los ordinarios sueños de un hombre cansado e inquieto, sin la peculiar, desagradable intensidad que caracterizaba los envíos del Rey. Fue muy placentero observar que los jardines de la Barrera de Tolingar eran simétricos y perfectamente pulcros, no como los horribles desiertos de los sueños de Haligome. El comerciante empezó a sosegar un poco. Comparó los jardines con las imágenes de sus sueños, y le sorprendió comprobar que el Rey le había ofrecido una vista soberbia, detallada y precisa de esos jardines antes de transformarlos en horror, en un horror superlativo. Pero él nunca los había visto, detalle indicativo de que el envío había transmitido a su cerebro toda una colección de nuevos datos, en tanto que los sueños ordinarios se limitaban a evocar cosas que ya estaban en la mente.

Con ello se aclaraba una duda que había preocupado a Haligome. Él no sabía si el Rey se limitaba a liberar los detritos de su subconsciente, a revolver las lóbregas entrañas desde lejos, o si introducía imágenes en su cerebro. No había duda de que el segundo supuesto era el verdadero. Pero de esa forma se planteaba otro problema respecto a las pesadillas; ¿estaban ideadas para Sigmar Haligome en especial, tramadas por especialistas para despertar los terrores de ese individuo concreto? Era imposible que en Suvrael hubiera personal suficiente para realizar esa tarea. Pero suponiendo que lo hubiera, ello significaba que Haligome estaba sometido a estrecha vigilancia, y era absurdo pensar que él disponía de medios para esconderse. Haligome prefirió creer que el Rey y sus esbirros poseían una lista de pesadillas típicas (envíadle los dientes, envíadle los enormes y grasientos grumos, envíadle el mar de fuego) que se usaban una detrás de otra con todos los malhechores, una operación impersonal y mecánica. En ese mismo instante tal vez estaban enviando espeluznantes fantasmas a la vacía almohada de su hogar en Stee.

Pasó por Dundilmir y Stipool antes de llegar a Normork, la tétrica y hermética ciudad amurallada que descansaba en los formidables colmillos de la cresta que llevaba su nombre. Hasta ese momento Haligome no había pensado de un modo consciente que Normork, con la enorme circunvalación de bloques de negra piedra, tenía las cualidades apropiadas de un escondite: protegida, segura, inexpugnable. Pero ni siquiera los muros de Normork podían contener los vengativos dardos del Rey de los Sueños, comprendió Haligome.

La Puerta de Dekkeret, un ojo en el muro de quince metros de altura, estaba abierta como siempre. Era la única brecha de la fortificación, hecha con pulida madera negra unida mediante tiras de hierro, y su valor era incalculable. Haligome hubiera preferido que estuviera cerrada y mejor aún con una cerradura triple. Pero la gran puerta se hallaba abierta, porque lord Dekkeret, que ordenó la construcción en el trigésimo año de su afortunado reinado, decretó que sólo se cerraría cuando el mundo estuviera en peligro, y en esos momentos, bajo la dichosa tutela de lord Kinniken y el Pontífice Thimin, todo florecía en Majipur... salvo la atormentada alma de Sigmar Haligome, que ahora se llamaba Miklan Forb. Con su nuevo nombre encontró alojamiento poco costoso en el barrio próximo a la ladera; desde ahí el Monte se erguía hacia arriba como un segundo muro de inmensurable altura. Con su nuevo nombre aceptó un empleo para formar parte de la cuadrilla de mantenimiento que día tras día patrullaba el muro de la ciudad para arrancar la tenaz cizaña de alambre que brotaba entre las piedras no argamasadas. Con su nuevo nombre la somnolencia le sorprendió todas las noches temeroso de lo que pudiera ocurrir, pero lo que ocurrió, semana tras semana, fue que tuvo las confusas y absurdas fantasías de los sueños ordinarios. Durante nueve meses vivió oculto en

Normork, preguntándose si por fin habría escapado a la mano de Suvrael. Y una noche, después de una placentera cena y una botella de excelente vino escarlata de Bannikanniklole, se dejó caer en la cama sintiéndose contento por primera vez desde el funesto encuentro con Gleim. Se durmió sin recelo alguno, y llegó un envío del Rey que asió su alma por la garganta y la flageló con monstruosas imágenes de carne derretida y ríos de légamo. Cuando el sueño acabó de incordiarle, Haligome despertó anegado en lágrimas, porque sabía que no podía esconderse durante mucho tiempo del vengativo Poder que le perseguía.

Sin embargo, la vida como Miklan Forb le había proporcionado nueve meses de paz. Con sus escasos ahorros compró un billete para bajar a Amblemorn, donde se convirtió en Degrial Gilalin, y ganó diez coronas semanales cazando pájaros con liga en las posesiones de un príncipe local. Gozó de cinco meses de libertad del tormento, hasta la noche en que un sueño le trajo el crujido del silencio, la furia de una luz ilimitada y la visión de un arco formado por ojos separados del cuerpo que se extendía igual que un puente a través del universo, y todos los ojos le miraban a él. Viajó por el río Glayge hasta Makroprosopos, donde vivió sano y salvo durante un mes haciéndose pasar por Ogvorn Brill... antes de la llegada de un sueño de cristales de ardiente metal que se multiplicaban como cabellos en su garganta. Recorrió el árido interior formando parte de una caravana que iba a la ciudad comercial de Sisivondal, un trayecto que debía durar once semanas. El Rey de los Sueños le encontró en la séptima semana del viaje y le obligó a echar a correr dando gritos durante la noche, hasta que se enredó en unos matorrales de plantas puño de látigo, y no fue ningún sueño, porque Haligome se encontró lleno de sangre e hinchazones cuando por fin logró librarse de las plantas, y tuvieron que llevarle al pueblo más cercano para recibir medicación. Sus compañeros de viaje se enteraron así de que recibía envíos del Rey, y le abandonaron. Pero finalmente llegó a Sisivondal, un lugar insulso y monocromo, tan distinto a las espléndidas ciudades del Monte del Castillo que Haligome se echaba a llorar todas las mañanas en cuanto lo veía. Pero a pesar de todo permaneció allí seis meses sin que hubiera incidentes. Después volvieron los sueños y le empujaron hacia el oeste, un mes aquí y seis semanas allí. Nueve ciudades y otras tantas identidades. Acabó en Alaisor, un puerto de mar donde gozó de un año de tranquilidad con el nombre falso de Badril Maganorn mientras destripaba pescado en un mercado del puerto. Pese a sus presentimientos, Haligome empezó a creer que el Rey había terminado con él, y especuló con la posibilidad de volver a su vieja vida en Stee, ciudad de la que llevaba ausente casi cuatro años. ¿No bastaban cuatro años de castigo para un crimen no premeditado, casi accidental?

Era evidente que no. Cuando empezaba su segundo año en Alaisor, Haligome percibió el familiar zumbido ominoso de un envío que sonaba entre las paredes de su cráneo, y el sueño que llegó hizo que todos los anteriores parecieran obras escénicas para niños. El sueño comenzó en el monótono desierto de Suvrael, donde Haligome ocupaba un escabroso pico. Desde su posición veía un valle reseco y ajado y más allá un bosque de sigupos. El bosque despedía una emanación fatal para todo tipo de vida que se encontrara en un radio de quince kilómetros, incluyendo confiados pájaros e insectos que sobrevolaban las gruesas ramas. También vio a su esposa y a sus hijos, que caminaban por el valle hacia los mortíferos árboles. Corrió hacia ellos, sobre una arena que se pegaba como melaza. Los árboles se agitaron, atrajeron a los caminantes, y los seres queridos de Haligome fueron engullidos por la siniestra refulgencia, cayeron y se esfumaron por completo. Pero él siguió avanzando hasta que se encontró en el torvo perímetro. Suplicó la muerte, pero él era el único ser vivo inmune a los árboles. Se adentró en la arboleda y vio que todos los árboles estaban aislados y muy separados unos de otros sin que creciera nada entre ellos; ni un matorral, ni una enredadera, ni una brizna de hierba, sólo una larga y deforme sucesión de árboles sin hojas, estacas en medio de nada. A eso se reducía el sueño, pero su carga de pavor superaba con mucho

las extravagantes imágenes que Haligome había soportado hasta entonces. El sueño se alargó interminablemente. Haligome, afligido y solitario, vagó entre los pelados árboles igual que en un sofocante vacío, y al despertar tenía el rostro arrugado y los ojos le temblaban como si hubiera envejecido diez años de la noche a la mañana.

Estaba totalmente derrotado. Huir era inútil, ocultarse era fútil. Estaba vinculado para siempre al Rey de los Sueños.

Había perdido la fuerza para continuar creándose vidas e identidades en refugios temporales. Cuando el alba se llevó de su espíritu el terror del bosque del sueño, Haligome marchó dando tumbos al templo de la Dama en las montañas de Alaisor, y solicitó autorización para efectuar la peregrinación a la Isla del Sueño. Se presentó como Sigmar Haligome. ¿Qué le quedaba por ocultar?

Le aceptaron, como a cualquier persona, y a su debido tiempo se embarcó con otros peregrinos con rumbo a Numinor, en el lado noreste de la Isla. Ocasionales envíos le acosaron durante la travesía, unos simplemente irritantes, otros de terrible impacto. Pero cuando despertaba tembloroso y sollozante siempre había otros peregrinos que le consolaban. Además, puesto que había entregado su vida a la Dama, los sueños, incluso los peores, tenían poca importancia. El principal dolor que causaban los envíos, y Haligome lo sabía perfectamente, consistía en el desorden de la vida cotidiana del individuo: la sensación de acoso, de extrañeza, pero careciendo de vida independiente no podía temer desorden alguno. ¿Qué podía importarle que al abrir los ojos le aguardara una mañana de temblores? Haligome ya no era un distribuidor de instrumentos de precisión, ni arrancaba brotes de cizaña de alambre, ni cazaba pájaros con liga. No era nada, no era nadie, carecía de personalidad que defender contra las incursiones de su enemigo. Sometido a una ráfaga de envíos, un extraño tipo de paz le dominaba.

En Numinor Haligome fue admitido en la Terraza de Evaluación, el borde externo de la Isla, donde él pensaba pasar el resto de su vida. La Dama iba atrayendo a los peregrinos paso a paso, de acuerdo con el ritmo de invisible progreso interno que demostraban, y una persona con el alma manchada por un asesinato podía permanecer siempre en los límites del sagrado dominio desempeñando un papel secundario. No había problema. Haligome sólo deseaba escapar de los envíos del Rey, y su esperanza era que tarde o temprano la Dama le protegería y Suvrael le olvidaría.

Ataviado con las blandas vestiduras de los peregrinos, Haligome trabajó como jardinero en la terraza más externa durante seis años. Su cabello se volvió blanco, su espalda se encorvó. Aprendió a diferenciar los brotes de mala hierba del resto de brotes. Al principio tuvo que sufrir envíos mensuales o bimensuales, y luego con menos frecuencia, y aunque no lograba librarse de ellos, los sueños fueron perdiendo importancia para él, como punzadas de una herida antigua. De vez en cuando pensaba en su familia, que sin lugar a dudas debía creerle muerto. También recordaba a Gleim, siempre paralizado de asombro, suspendido en el aire antes de caer hacia la muerte. ¿Había existido una persona llamada Gleim? ¿Era cierto que Haligome había asesinado a ese hombre? Todo parecía irreal, terriblemente alejado en el tiempo. Haligome no sentía culpabilidad por un crimen cuya existencia empezaba a dudar. Pero recordaba una discusión de negocios, la arrogante negativa del otro comerciante a considerar su alarmante dilema, y un instante de ciega cólera que le impulsó a dejar fuera de combate a su enemigo. Sí, sí, era cierto. Y tanto Gleim como yo, pensó Haligome, perdimos la vida en ese momento de furia.

Haligome cumplió sus tareas fielmente, meditó, visitó a las oráculos (la visita era obligada, aunque ellas jamás hacían comentarios o interpretaciones) y recibió instrucción sagrada. Durante la primavera del séptimo año le autorizaron a pasar a la siguiente etapa de la peregrinación, la Terraza de Iniciación, y allí permaneció mes tras mes mientras otros peregrinos pasaban a la Terraza de los Espejos. Apenas hablaba, no hacía amistades, y aceptaba resignado los envíos que continuaban llegándole a intervalos muy espaciados.

Durante su tercer año en la Terraza de Iniciación Haligome reparó en un hombre de edad madura que le observaba mientras comía, un hombre bajito y frágil de apariencia curiosamente familiar. El recién llegado sometió a estrecha vigilancia a Haligome durante dos semanas, y finalmente la curiosidad del vigilado fue tan enorme que le hizo reaccionar. Haligome hizo preguntas y averiguó que aquel hombre se llamaba Goviran Gleim.

Lógico. Haligome habló con él durante una hora de asueto.

—¿Haría el favor de contestar una pregunta?

—Si puedo hacerlo...

—¿Procede usted de la ciudad de Gimkandale, en el Monte del Castillo?

—Sí —dijo Goviran Gleim—. ¿Y usted es de Stee?

—Sí —dijo Haligome.

Ambos guardaron silencio unos instantes.

—¿Ha estado persiguiéndome todos estos años? —dijo por fin Haligome.

—Oh, no. En absoluto.

—¿Es simple coincidencia que ambos estemos aquí?

—Creo que no existe nada llamado coincidencia —dijo Goviran Gleim—. Si llegué al lugar donde estaba usted no fue porque yo lo pretendiera.

—¿Sabe quién soy, conoce mi culpa?

—Sí.

—¿Y qué desea de mí? —preguntó Haligome.

—¿Desear? ¿Desear? —Los ojos de Gleim, pequeños, oscuros y brillantes como los de su fallecido padre, miraron fijamente los de Haligome—. ¿Qué deseo yo? Explíqueme qué sucedió en la ciudad de Vugel.

—Venga. Daremos un paseo. —dijo Haligome.

Pasaron junto a un seto vivo, verdeazulado y podado con gran esmero, y entraron en el jardín de alabandinos donde Haligome recortaba brotes para que las plantas crecieran más. En ese aromático ambiente Haligome describió, clara y serenamente, los hechos que jamás había explicado y que con el tiempo habían llegado a parecerle irreal: la querella, la reunión, la ventana, el río. En el transcurso del relato ninguna emoción se reflejó en el semblante de Goviran Gleim, a pesar de que Haligome examinó atentamente las facciones del otro hombre para tratar de interpretar sus intenciones.

Al terminar de explicar el asesinato, Haligome aguardó una respuesta. No hubo ninguna.

—¿Y qué fue de usted después? —preguntó finalmente Gleim—. ¿Por qué desapareció?

—El Rey de los Sueños azotó mi alma con diabólicos envíos, y me atormentó tanto que decidí esconderme en Normork. Pero el Rey me localizó y seguí huyendo de ciudad en ciudad, hasta que no pude más y vine a la Isla como peregrino.

—¿Y el Rey continúa persiguiéndole?

—De vez en cuando recibo envíos —dijo Haligome. Sacudió la cabeza—. Pero son ineficaces. He sufrido, he hecho penitencia, y todo ha sido absurdo, porque no siento culpa por mi crimen. Fue un momento de locura, y mil veces he deseado que no hubiera ocurrido, pero en mi interior no hay responsabilidad por la muerte de su padre. Él me incitó a la locura, le di un empujón y cayó. Pero ese acto no tenía relación alguna con la forma en que yo llevaba los demás aspectos de mi vida, y por lo tanto no era un acto típico en mí.

—¿Realmente piensa así?

—Sí. Y estos años de atormentados sueños... ¿para qué han servido? Si yo me hubiera refrenado de matar por miedo al Rey, el sistema de castigo estaría totalmente justificado. Pero yo no presté atención a nada, y menos al Rey de los Sueños, y en consecuencia el código que dictó mi castigo me parece fútil. Y lo mismo opino de mi

peregrinación: vine aquí no tanto para expiar el crimen como para ocultarme del Rey y los envíos de éste, y creo que, en esencia, lo he conseguido. Pero ni mi expiación ni mis sufrimientos devolverán la vida a su padre, de forma que esta charada carece de finalidad. Bien, máteme y que todo acabe aquí.

—¿Matarle? —dijo Gleim.

—¿No es ésa su intención?

—Yo era un niño cuando mi padre desapareció. He dejado de ser joven, usted sigue siendo más viejo, y todo esto es historia antigua. Sólo quería saber la verdad sobre la muerte de mi padre, y ahora la sé. ¿Por qué iba a matarle? Si con ello devolviera la vida a mi padre, tal vez lo hiciera. No siento cólera hacia usted y no tengo deseo alguno de experimentar tormentos a manos del Rey. Para mí, por lo menos, el sistema es un valioso freno.

—No tiene deseos de matarme —dijo Haligome, perplejo.

—Ninguno.

—No. No. Entiendo. ¿Por qué iba a matarme? Así me libraría de una vida que ha llegado a ser un largo castigo. Gleim reflejó asombro nuevamente.

—¿Lo considera usted así?

—Usted me condena a vivir, sí.

—¡Pero si su castigo terminó hace mucho tiempo! ¡La gracia de la Dama está en usted ahora! ¡La muerte de mi padre le abrió el camino hasta ella!

Haligome no sabía si el hijo de Gleim estaba burlándose o hablaba en serio.

—¿Ve gracia en mí? —preguntó.

—Sí.

Haligome sacudió la cabeza.

—La Isla y todo lo que representa no es nada para mí. Llegué aquí sólo para escapar de las acometidas del Rey. Finalmente he encontrado un lugar para ocultarme, y simplemente eso.

Gleim le miraba sin pestañear.

—Está engañándose —dijo, y se fue, dejando a Haligome atónito y aturdido.

¿Podía ser cierto? ¿Había purgado su crimen y no se había enterado de ello? Haligome tomó una decisión. Si esa noche llegaba un envío del Rey (cosa muy probable, porque casi había pasado un año desde el último) iría hasta el borde externo de la Terraza de Evaluación y se tiraría al mar. Pero lo que llegó esa noche fue un envío de la Dama, un sueño cálido y apacible que le citaba en la Terraza de los Espejos. Haligome seguía sin tener una comprensión total de las cosas, y dudaba que algún día la tuviera. Pero su oráculo le ordenó por la mañana que fuera inmediatamente a la fulgurante Terraza de los Espejos, puesto que había empezado la siguiente etapa de su peregrinación.

## VIII - ENTRE LAS ORÁCULOS

Hissune descubre ahora muy a menudo que una aventura exige inmediata explicación mediante otra. Y al terminar el sombrío aunque instructivo relato del asesino Sigmar Haligome, comprende en gran medida las funciones de los actos del Rey de los Sueños. Pero por lo que respecta a las oráculos, esos intermediarios entre el mundo de los sueños y el mundo real, Hissune sabe muy poco. Nunca ha consultado a una oráculo. Considera sus sueños más como hechos teatrales que como mensajes de guía. Ello está en contra de la tradición espiritual del mundo, e Hissune lo sabe, pero él hace y piensa muchas cosas que están en contra de las tradiciones. Él es como es, un niño de las calles del Laberinto, atento observador de su mundo pero no incondicional practicante de todas las normas.

En Zimroel existe, o existió, una famosa oráculo llamada Tisana, que Hissune conoció mientras asistía a la segunda ceremonia de coronación de lord Valentine. Era una mujer gorda y vieja natural de Falkynkip, y sin duda alguna desempeñó cierto papel en el redescubrimiento de la identidad perdida de lord Valentine. Hissune no sabe nada al respecto, pero recuerda con cierto malestar los penetrantes ojos, la fuerte y vigorosa personalidad de la anciana. Por razones desconocidas, Tisana se encariñó con el jovencito Hissune: ve a la mujer junto a él, recuerda que pensó, serás un enano al lado de ella y deseó que Tisana no tuviera la idea de abrazarle, porque seguramente le habría aplastado en su vasto pecho. Después Tisana dijo: «¡Aquí tenemos otro principito perdido!» ¿Qué significado tenían esas palabras? Una oráculo sabría la respuesta, piensa Hissune de vez en cuando, pero todavía no se ha decidido a consultar a una. Se pregunta si Tisana habrá dejado una grabación en el Registro de Almas. Examina los archivos. Sí, sí, hay una. La solicita y no tarda en descubrir que se grabó durante una época anterior de la vida de la oráculo, quince años antes, cuando estaba aprendiendo su oficio, y no hay más grabaciones de ella. Hissune está a punto de rechazar la cápsula. Pero el sabor de Tisana se rezaga en la mente del joven al cabo de unos instantes de grabación. A lo mejor aprendo algo de ella, decide Hissune, y vuelve a ponerse el casco para que el alma vehemente de la joven Tisana entre en su conciencia.

La mañana del día anterior a la Prueba de Tisana empezó a llover de repente, y todas salieron corriendo de la casa capitular para verlo: novicias, comprometidas, consumadas y tutoras, e incluso Inuelda, la vieja oráculo-superiora. La lluvia era un acontecimiento en el desierto de la llanura de Velalisier. Tisana salió con las demás, y contempló las gotas, gruesas y transparentes, que caían siguiendo un inclinado curso del solitario nubarrón de oscuros bordes suspendido sobre el capitel de la casa capitular, como si estuviera trabado a ella. Las gotas cayeron en el reseco suelo de arena con audible impacto; manchas oscuras cada vez más grandes, curiosamente distantes, se formaron en la arena de tenue color rojizo. Novicias, comprometidas, consumadas y tutoras se despojaron de sus mantos y retozaron bajo la lluvia.

—La primera desde hace más de un año —dijo alguien.

—Un augurio —murmuró Freylis, la comprometida que era íntima amiga de Tisana en la casa capitular—. Tendrás una Prueba fácil.

—¿De verdad que crees en esas cosas?

—Cuesta tanto ver buenos augurios como ver malos augurios —dijo Freylis.

—Un lema provechoso para una intérprete de sueños —dijo Tisana, y ambas se echaron a reír. Freylis tiró de la mano de Tisana.

—¡Acompáñame a brincar ahí fuera! —instó a Tisana.

Tisana movió la cabeza de un lado a otro. Se quedó al amparo del voladizo, y los tirones de Freylis fueron en vano. Tisana era una mujer alta, robusta, huesuda y fuerte. Freylis, frágil y menuda, era como un pájaro comparada con ella. Brincar bajo la lluvia no convenía al estado de ánimo de Tisana. Mañana llegaría el clímax de siete años de instrucción. Todavía no tenía la menor idea de lo que iban a exigirle en ese ritual, mas estaba perversamente convencida de que la declararían no apta y, para mayor desgracia, tendría que regresar a su lejana ciudad natal. Temores y negros presentimientos eran un lastre de plomo en su espíritu, y brincar en esas condiciones era una increíble frivolidad.

—¡Mira! —gritó Freylis—. ¡La superiora!

Sí, incluso la venerable Inuelda se hallaba bajo la lluvia. Danzaba con majestuoso abandono, describiendo círculos fluctuantes pero ceremoniosos, con los enjutos brazos extendidos y la cara levantada hacia el cielo en un gesto de éxtasis. Y era una anciana canosa, demacrada y arrugada. Tisana sonrió al verla. La superiora avistó la furtiva mirada de la comprometida, hizo una mueca y gesticuló, igual que si animara a una niña enfurruñada a que participara en el juego. Pero la superiora había pasado su Prueba

hacía muchísimos años, y debía haber olvidado que eran momentos terribles; no cabía duda de que era incapaz de comprender la sombría preocupación de Tisana ante la difícil experiencia de mañana. Tras un imperceptible gesto de excusa, Tisana dio media vuelta y entró en el edificio. Oyó a su espalda el brusco tamborileo del fuerte chaparrón, y después un silencio total. La extraña tormenta había terminado.

Tisana entró en su celda, agachándose para pasar bajo el bajo arco de pétreos bloques azules, y se apoyó un instante en la tosca pared para liberarse de la tensión. La celda era diminuta, apenas suficiente para contener un colchón, una jofaina, un armario, una mesa de trabajo y una pequeña estantería. Y Tisana, sólida y corpulenta, dotada del cuerpo robusto y saludable de la campesina que había sido, casi llenaba la habitación. Pero se había acostumbrado a las estrechuras y la celda le resultaba curiosamente cómoda. Cómodas, asimismo, eran las rutinas de la casa capitular, el diario período de estudio, prácticas e instrucción, y su labor como tutora de novicias desde que obtuvo categoría de consumada. Cuando empezó la lluvia Tisana estaba preparando el vino onírico, un quehacer que durante dos años había ocupado una hora de su tiempo todas las mañanas. Tras la breve pausa, agradecida por las dificultades de la tarea, Tisana continuó la preparación del vino. Era una distracción bien acogida en un día de nervios.

El vino onírico usado en Majipur se producía en la casa capitular de Velalisier, con el trabajo de comprometidas y consumadas. La preparación requería dedos más ágiles y delicados que los de Tisana, pero aun así era una experta. Ante ella tenía las redomas de hierbas, las minúsculas hojas grises de muhorna, las suculentas raíces de vejlu, las secas bayas de siteril y la infinidad de ingredientes causantes del trance que permitía comprender los sueños. Tisana se concentró en el momento de moler y mezclar las substancias —tenía que hacerse en un orden preciso, o de lo contrario se alteraban las reacciones químicas— para proseguir con la ignición, el chamuscado, la reducción a polvo, la disolución del polvo en aguardiente de uva y la mezcla del conjunto con el vino. Al cabo de un rato la intensidad de su concentración contribuyó a tranquilizarle, incluso a devolverle la jovialidad.

Mientras trabajaba, notó una suave respiración detrás.

—¿Freylis?

—¿No molesto si paso?

—Claro que no. Casi he terminado. ¿Aún siguen bailando las demás?

—No, no, todo ha vuelto a la normalidad. El sol brilla otra vez.

Tisana agitó el oscuro, espeso vino de la botella.

—En Falkynkip, donde crecí yo, el clima también es caluroso y seco. Pero no abandonamos el trabajo y nos ponemos a hacer cabriolas en cuanto empieza a llover.

—En Falkynkip —dijo Freyilis— nadie se asusta de nada. Un skandar de once brazos no excitaría a esa gente. Si el Pontífice visitara la ciudad e hiciera la vertical en la plaza, acudirían cuatro gatos a verlo.

—¿Ah sí? ¿Has estado en Falkynkip?

—Una vez, cuando era niña. Mi padre tuvo la idea de criar ganado. Pero le faltaba temperamento para ese trabajo, y al cabo de un año regresamos a Til-omon. Pero nunca se cansó de hablar de la gente de Falkynkip, de lo lentos, impasibles y pausados que son.

—¿Yo también soy así? —preguntó Tisana, con cierta malicia.

—Tú eres... bueno... el colmo de la estabilidad.

—En ese caso, ¿por qué me preocupo tanto por mañana?

Freylis se arrodilló delante de Tisana y cogió ambas manos de ésta entre las suyas.

—No tienes nada de que preocuparte —dijo tiernamente.

—Lo desconocido siempre inquieta.

—¡Sólo es un examen, Tisana!

—El último examen. ¿Y si fracaso? ¿Y si demuestro un terrible defecto de carácter que me incapacita por completo para ser oráculo?



—¿Qué? —preguntó Freylis.

—Vaya, habré perdido siete años. Regresaré a Falkynkip arrastrándome como una necia, sin oficio, sin talento para nada, y pasaré el resto de mi vida recogiendo cieno en alguna granja.

—Si la Prueba demuestra que no eres apta para ser oráculo, tendrás que tomártelo con filosofía. No podemos consentir que gente incompetente se entrometa en las mentes de otras personas, ya lo sabes. Además, no estás incapacitada para ser oráculo, la Prueba no será un problema para ti y no comprendo por qué te trastorna tanto.

—Porque no tengo ninguna pista de cómo va a ser.

—Bueno, seguramente te someterán a una interpretación. Te darán el vino, examinarán tu mente y verán que eres fuerte, inteligente y buena. Acabará la sesión, la superiora te abrazará y te dirá que has aprobado, y ya está.

—¿Estás segura? ¿Lo sabes?

—Es una conjetura lógica, ¿no crees?

Tisana se encogió de hombros.

—He oído otras conjeturas. Que te hacen algo especial y te encuentras cara a cara con lo peor que has hecho en tu vida. O con lo que más te asusta en este mundo. O con el secreto que temes que otras personas averigüen. ¿No has oído estas historias?

—Sí.

—Si hoy fuera el último día antes de tu Prueba, ¿no estarías un poco nerviosa?

—Sólo son fantasías, Tisana. Nadie sabe cómo es una Prueba, excepto las mujeres que la superan.

—Y las que fracasan.

—¿Tienes noticias de que alguien fracasara?

—Bueno... supongo que...

Freylis sonrió.

—Sospecho que las tutoras acaban con las posibles fracasadas antes de que lleguen a ser consumadas. Incluso antes de que lleguen a ser comprometidas. —Freylis se levantó y jugueteó con las redomas de hierbas que había en la mesa de trabajo de Tisana—. En cuanto seas oráculo, ¿regresarás a Falkynkip?

—Creo que sí.

—¿Te gusta mucho esa ciudad?

—Es mi hogar.

—El mundo es tan enorme, Tisana... Podrías ir a Ni-moya, o a Piliplok, o quedarte en Alhanroel, incluso vivir en el Monte del Castillo...

—Falkynkip me satisface —dijo Tisana—. Me gustan las calles llenas de polvo. Me gustan las montañas, reseca y pardas. No las he visto desde hace siete años. Y en Falkynkip hacen falta oráculos, cosa que no pasa en las grandes ciudades. Todas hablan de ser oráculo en Ni-moya o en Stee, ¿no es verdad? Yo prefiero Falkynkip.

—¿Te aguarda un novio allí? —preguntó tímidamente Freylis.

Tisana respondió con un bufido.

—¡No lo creo! ¿Después de siete años?

—Yo tenía uno en Til-omon. Pensábamos casarnos, construir un barco y navegar por todas las costas de Zimroel, tres o cuatro años de viaje. Y después habríamos ido río arriba hasta Ni-moya para establecernos y abrir una tienda en la Galería Telaraña.

Tisana se sobresaltó. Nunca habían hablado de esas cosas en todo el tiempo que se conocían.

—¿Qué sucedió?

—Un envío me indicó que debía ser oráculo —dijo Freylis en voz baja—. Hablé con él y le pregunté su opinión. Yo ni siquiera estaba segura de lo que iba a hacer, pero quería saber qué pensaba él. Y en el momento de decírselo vi la respuesta, porque se quedó asombrado y con la boca abierta, y un poco enfadado, como si ser oráculo contrariara sus

planes (y naturalmente que los contrariaba). Me dijo que debía concederle un par de días para meditar. Ésa fue la última vez que lo vi. Un amigo de ese hombre me dijo que aquella misma noche él recibió un envío indicándole que fuera a Pidruid, cosa que hizo a la mañana siguiente. Después se casó con una antigua novia que encontró allí por casualidad, y supongo que aún estarán hablando de construir un barco y dar la vuelta a Zimroel. Yo obedecí las indicaciones del envío, hice la peregrinación y vine aquí. Y aquí estoy. El mes que viene seré consumada, y si todo va bien dentro de un año seré toda una oráculo. Iré a Ni-moya y ofreceré mis servicios en el Gran Bazar.

—¡Pobre Freylis!

—No tienes que sentir compasión por mí, Tisana. Estoy mucho mejor gracias a lo que sucedió. Sólo sufrí durante algunas semanas. Aquel hombre era despreciable. Yo lo habría averiguado más tarde o más temprano, y en cualquier caso habría acabado separándome de él. Pero de esta forma seré oráculo y rendiré un servicio al Divino, mientras que en el otro caso habría sido una inútil. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Y en realidad no me hacía falta ser la esposa de alguien.

—A mí tampoco —dijo Tisana.

Olió el nuevo vino, dio su aprobación y empezó a poner en orden la mesa de trabajo, tapando con mucho cuidado las redomas y disponiéndolas en precisa sucesión. Freylis era muy amable, pensó Tisana; tan cariñosa, tan tierna, tan comprensiva... Las virtudes femeninas. Tisana no encontraba esos rasgos en su persona. Su alma tal vez era más parecida a su idea de un alma varonil, resistente, dura, fuerte, capaz de soportar toda clase de tensiones pero poco flexible y sin duda insensible a matices y delicadezas. En realidad Tisana sabía que los hombres no eran así, del modo que las mujeres no eran invariables modelos de sutilidad y sensibilidad. Pero la noción tenía cierta parte de verdad, y Tisana siempre se había juzgado demasiado corpulenta, demasiado robusta, demasiado cuadrada para ser realmente femenina. Y en consecuencia la menuda Freylis, delicada y volátil, con un alma variable como el mercurio y una mente de pajarito, le parecía formar parte de una especie completamente distinta. Freylis, pensó Tisana, sería una oráculo soberbia, penetraría intuitivamente en las mentes de las personas que recurrieran a ella en solicitud de interpretaciones y les aclararía, de un modo muy provechoso, lo que más necesitaban saber. La Dama de la Isla y el Rey de los Sueños, cuando visitaban cada cual a su manera las mentes de los durmientes, solían expresarse de una forma enigmática y confusa. La tarea de la oráculo consistía en servir de interlocutora entre esos imponentes Poderes y los miles de millones de habitantes del planeta, para descifrar, interpretar y guiar. Ello significaba una responsabilidad terrible. Una oráculo podía formar o reformar la vida de una persona. La tarea cuadraba bien a Freylis: sabía con exactitud cuándo debía ser severa, cuándo debía mostrar poca seriedad y cuándo hacía falta consuelo y cordialidad. ¿Cómo había aprendido estas cosas? Seguramente en dura lucha con la vida, a través de experiencias de dolor, desengaño, fracaso y derrota. Aun desconociendo numerosos detalles del pasado de su amiga, Tisana veía en los serenos ojos claros de Freylis el reflejo de unos conocimientos valiosísimos, y esos conocimientos, más que todos los trucos y técnicas que aprendiera en la casa capitular, la pertrechaban para la profesión que había elegido. Tisana albergaba serias dudas sobre su vocación de intérprete de sueños, puesto que no había encontrado la apasionada agitación que moldeaba a las Freylis del mundo. Su vida había sido plácida, fácil, el colmo de... ¿qué había dicho Freylis?... el colmo de la estabilidad. La vida típica de Falkynkip: levantarse con el sol, ocuparse de los quehaceres domésticos, comer, trabajar, jugar y acostarse bien alimentada y muy cansada. Sin tempestades, sin cataclismos, sin ambiciones desmedidas que fueran causa de grandes caídas. Carencia total de dolor. ¿Cómo iba a entender ella los sufrimientos de la gente que sufre? Tisana pensó en Freylis y el traicionero novio de su amiga, el hombre que la había traicionado en

una décima de segundo porque los inciertos planes de la mujer no cuadraban exactamente con los suyos. Y después pensó en sus insignificantes romances campesinos, tan superficiales, tan casuales, simple compañerismo, dos personas que se unían un rato sin mayores preocupaciones y se separaban con idéntica naturalidad, sin angustias, sin tormentos. Incluso cuando había hecho el amor, el supuesto colmo de la comunión, fue un ejercicio trivial, el enlazamiento de dos cuerpos saludables y robustos, una fácil fusión, un poco de agitación, unos cuantos apretones, jadeos y gemidos, un rápido estremecimiento de placer, desunión y separación. Nada más. Podía afirmarse que Tisana se había deslizado por la vida sin sufrir heridas, intacta, en línea recta. Y por lo tanto, ¿podía ser valiosa para otras personas? Las confusiones y los conflictos de la gente carecían de sentido para ella. Y quizá fuera eso lo que temía de la Prueba: que examinaran su alma y descubrieran su incapacidad para ser oráculo dada su inocencia y carencia de complicaciones, que finalmente averiguaran su impostura. ¡Qué ironía, estar preocupada por haber llevado una vida libre de preocupaciones! Las manos de Tisana empezaron a temblar. Las extendió y las contempló: manos de campesina, estúpidas y ásperas manos de gruesos dedos, manos que temblaban como si estuvieran estrujándolas. Freylis, al ver ese gesto, cogió las manos de Tisana y las estrechó, apenas capaz de tapparlas con sus frágiles y menudos dedos.

—Tranquilízate —musitó impetuosamente—. ¡No hay nada de que asustarse!

Tisana asintió.

—¿Qué hora es?

—La hora de que tú estés con las novicias y yo haga mis prácticas.

—Sí. Sí. Bien, vamos allá.

—Nos veremos después. En la cena. Y esta noche haré vela onírica contigo, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo Tisana—. Me gustaría mucho.

Salieron de la celda. Tisana apretó el paso y atravesó el patio para ir a la sala de reuniones, donde la aguardaba un grupo de novicias. No quedaba rastro de la lluvia: el cruel sol del desierto había evaporado hasta la última gota. Cuando era mediodía hasta las lagartijas se escondían. Mientras se aproximaba al otro lado de la casa capitular vio salir a una veterana tutora, Vandune, una mujer de Piliplok casi tan anciana como la superiora. Tisana esbozó una sonrisa y siguió su camino. Pero la tutora se detuvo y la llamó.

—¿Mañana es tu día? —dijo.

—Me temo que sí.

—¿Te han dicho quién te hará la Prueba?

—No me han dicho nada —replicó Tisana—. Me tienen abandonada a mis conjeturas.

—Así debe ser —dijo Vandune—. La incertidumbre es buena para el alma.

—Claro, como el problema no es suyo —murmuró Tisana mientras Vandune se alejaba.

Se preguntó si ella sería tan cordialmente despiadada con las candidatas a la Prueba, suponiendo que aprobara y la nombraran tutora. Seguramente. Seguramente. La forma de ver las cosas cambia cuando se está al otro lado de la pared, pensó Tisana, mientras recordaba que siendo niña había prometido comprender los especiales problemas de los niños cuando fuera adulta, y no tratar a los pequeños con la despreocupada crueldad que reciben por parte de los inconsiderados mayores; ella no había olvidado su promesa, aunque, quince o veinte años más tarde, no recordaba qué había de especial en la infancia, y dudaba que demostrara gran sensibilidad con los niños a pesar de todo. Con la Prueba le pasaría igual, seguramente.

Entró en la sala de reuniones. La enseñanza en la casa capitular era una tarea que hacían fundamentalmente las tutoras, intérpretes de sueños plenamente cualificadas que de modo voluntario abandonaban la práctica durante algunos años para dar clases. Pero

las consumadas, las estudiantes de último año a un paso de ser oráculos, debían trabajar con las novicias para adquirir experiencia en tratar personas. Tisana enseñaba la preparación del vino onírico, teoría de envíos y armonía social. Las novicias levantaron los ojos hacia ella con reverente temor cuando se dispuso a ocupar su lugar ante la mesa. ¿Hasta qué punto conocían sus temores y sus dudas? Tisana era para ellas una iniciada en el rito, a escasa distancia por debajo de la superiora Inuelda. Ella dominaba todos los temas que las novicias se esforzaban duramente en comprender. Y si tenían alguna noción de la Prueba era igual que un oscuro nubarrón en el distante horizonte, tan importante en sus inmediatas preocupaciones como la vejez y la muerte.

—Ayer —empezó Tisana, tras respirar profundamente y esforzarse en parecer fría y serena, una oráculo, una fuente de sabiduría— hablamos del papel del Rey de los Sueños en la regulación del comportamiento de la sociedad de Majipur. Tú, Meliara, planteaste el tema de la frecuente malevolencia de las imágenes que aparecen en los envíos del Rey, y cuestionaste la moralidad fundamental de un sistema social basado en el castigo mediante sueños. Hoy me gustaría discutir este tema con más detalle. Consideremos un individuo hipotético... por ejemplo, un cazador de dragones marinos de Piliplok, que en un momento de extrema tensión interna comete un acto de impremeditada pero grave violencia contra un compañero de la tripulación, y...

Las palabras fueron saliendo de sus labios como un torrente. Las novicias tomaron apresuradas notas, arrugaron la frente, menearon la cabeza, tomaron notas con mayor frenesí. Tisana recordó que, durante su noviciado, sintió la desesperada sensación de estarse enfrentando a una infinidad de cosas que aprender, no las simples técnicas de la interpretación de los sueños, sino toda clase de matices y conceptos secundarios. No había previsto nada de eso, seguramente igual que las novicias que la precedieron. Pero Tisana, lógicamente, había meditado muy poco sobre las dificultades que la interpretación de los sueños iba a plantearle. Preocuparse por adelantado, hasta que faltó poco para la Prueba, nunca había sido su costumbre. Un día, hacía seis años, recibió un envío de la Dama diciéndole que abandonara la granja y dirigiera sus esfuerzos a la interpretación de los sueños, y ella obedeció sin poner reparos. Pidió dinero prestado, emprendió la larga peregrinación a la Isla del Sueño para recibir instrucción preparatoria, y después, tras obtener permiso para matricularse en la casa capitular de Velalisier, prosiguió la travesía del interminable mar hasta el remoto y desolado desierto donde había vivido los últimos cuatro años. Sin dudas, sin vacilaciones.

¡Pero había tanto que aprender!... La miríada de detalles sobre la relación de la oráculo con los clientes, la etiqueta profesional, las responsabilidades, los escollos. El método para mezclar el vino y fundir las mentes. Las formas de expresar interpretaciones con palabras provechosamente ambiguas. ¡Y los mismos sueños! Los tipos, los significados, las significaciones encubiertas. Los siete sueños engañosos y los nueve sueños instructivos, los sueños de citación, los sueños de despedida, los tres sueños de trascendencia del ego, los sueños de aplazamiento del placer, los sueños de conciencia menguada, los once sueños de tormento, los cinco sueños de dicha, los sueños de viaje interrumpido, los sueños de esfuerzo, los sueños de buenas ilusiones, los sueños de malas ilusiones, los sueños de equivocada ambición, los trece sueños de gracia... Tisana los había aprendido todos, la lista entera había entrado a formar parte de su sistema nervioso de la misma forma que las tablas de multiplicar y el alfabeto. Había experimentado con rigor las numerosas clases de sueños mediante meses de sueño programado. De modo que era una verdadera experta, una iniciada. Ella había aprendido todo lo que aquellas uniformadas jovencitas que la miraban con los ojos muy abiertos se esforzaban en aprender en esos momentos, y sin embargo la Prueba del día siguiente podía trastornarla por completo, cosa que las novicias eran incapaces de comprender.

¿O podían comprenderlo? La lección llegó a su fin y Tisana permaneció unos instantes ante la mesa, aturdida, recogiendo sus papeles, mientras las novicias iban desfilando.

Una de éstas, una rubia bajita y rechoncha procedente de una de las Ciudades Guardianas del Monte del Castillo, se detuvo ante ella (empequeñecida por la mole de Tisana, como casi todas las personas), levantó la cabeza y apoyó suavemente las yemas de los dedos en el brazo de la consumada, el roce de un ala de mariposa.

—Mañana todo irá bien —musitó tímidamente—. Estoy segura.

Sonrió y se alejó, con las mejillas encendidas.

De modo que lo sabían... algunas. Esa bendición permaneció con Tisana el resto del día igual que el resplandor de una vela. Fue un día horrible, lleno de quehaceres ineludibles, porque Tisana habría preferido estar sola y caminar por el desierto. Pero había rituales que observar, prácticas que hacer y una penosa excavación en la ubicación de la nueva capilla de la Dama. Y por la tarde otra clase de novicias, un poco de soledad antes de la cena, y por fin la misma cena, al anochecer. Durante la cena Tisana pensó que la insignificante tormenta matutina había ocurrido hacía semanas, o quizás en un sueño.

La cena fue una hora de tensión. Tisana apenas tenía apetito, un detalle desconocido en ella. En el comedor, alrededor de ella, fluía a torrentes la cordialidad y la vitalidad de la casa capitular: risas, charlatanería, estridentes canciones... Tisana creyó estar sentada en el centro de todo ello, aislada como si la rodeara una invisible esfera de cristal. Las mujeres de más edad ignoraron deliberadamente el hecho de que era la víspera de la Prueba de la consumada, mientras las más jóvenes, que se esforzaban en imitar a las primeras, lanzaron furtivas miradas a Tisana, las mismas miradas encubiertas dedicadas a alguien que de pronto ha recibido una responsabilidad especial. Tisana no sabía qué era peor, si el imperturbable fingimiento de consumadas y tutoras o la nerviosa curiosidad de comprometidas y novicias. Juguetó con la comida. Freylis la reprendió igual que a una niña, le dijo que mañana iba a necesitar fuerza. Tisana respondió con una ligera sonrisa mientras daba golpecitos a su rolliza barriga.

—Tengo suficientes reservas para una docena de pruebas —dijo.

—Es igual —replicó Freylis—. Come.

—No puedo. Estoy muy nerviosa.

De la parte del estrado llegó el sonido de una cuchara que arrancaba tintineos a un vaso. Tisana levantó la cabeza. La superiora estaba de pie para hacer un anuncio.

—¡Que la Dama me guarde! —murmuró Tisana, alarmada—. ¿Piensa decir algo de mi Prueba delante de todo el mundo?

—Es sobre la nueva Corona —dijo Freylis—. La noticia llegó esta tarde.

—¿Qué nueva Corona?

—El que ocupará el lugar de lord Tyeveras, que ahora es Pontífice. ¿Dónde has estado? En las últimas cinco semanas...

—...y la lluvia de esta mañana fue una señal de gratas noticias y una nueva primavera —estaba diciendo la superiora.

Tisana se esforzó en seguir las palabras de la anciana.

—Hoy he recibido un mensaje que os alegrará a todas. ¡Tenemos Corona otra vez! El Pontífice Tyeveras ha elegido a Malibor de Bombifale, que esta noche ocupará su lugar en el Trono Confalume del Monte del Castillo.

Hubo vítores y golpes en las mesas, y se hizo el símbolo del estallido estelar. Tisana, como una sonámbula, imitó a las demás. ¿Una nueva Corona? Sí, sí, lo había olvidado, el anterior Pontífice murió hacía varios meses y la maquinaria del estado había funcionado una vez más: lord Tyeveras era el nuevo Pontífice y otro hombre estaría en lo alto del Monte del Castillo.

—¡Malibor! ¡Lord Malibor! ¡Larga vida a la Corona! —gritó Tisana en compañía de las demás.

Sin embargo la noticia era irreal y carente de importancia para ella. ¿Una nueva Corona? Otro nombre en la larga, larguísima lista. Bien por lord Malibor, sea quien sea, y

que el Divino le trate con amabilidad, porque sus problemas acaban de empezar, pensó Tisana. Pero apenas le importaba. Se suponía que todo el mundo debía celebrar el amanecer de un reinado. Tisana recordó haberse emborrachado un poco con vino de palmera flamígera cuando era una jovencita y falleció el famoso Kinniken, llevando a lord Ossier al Laberinto del Pontífice y elevando a Tyeveras al Monte del Castillo. Ahora lord Tyeveras era Pontífice y había otra Corona, y algún día, no había duda, Tisana se enteraría de que ese lord Malibor se trasladaba al Laberinto y otro ansioso joven ocupaba el trono de la Corona. Aunque se suponía que estos hechos eran de terrible importancia, Tisana era incapaz de preocuparse en esos momentos del nombre del rey, Malibor, Tyeveras, Ossier o Kinniken. El Monte del Castillo estaba muy lejos, a miles de kilómetros, era como si no existiera. Lo que se alzaba ante Tisana a tanta altura como el Monte del Castillo era la Prueba. Su obsesión por la Prueba oscurecía cualquier otra cosa, convertía en espectro cualquier otro detalle. Ella sabía que tal cosa era absurda. Se hallaba bajo la extraña intensificación de las sensaciones que se produce cuando una persona está enferma, cuando el universo entero se centra en el dolor del ojo izquierdo o en el vacío del estómago, y ninguna otra cosa tiene importancia. ¿Lord Malibor? Tisana celebraría el nombramiento en otro momento.

—Vamos —dijo Freylis—. Vamos a tu habitación.

Tisana asintió. El comedor no era el lugar que le convenía esa noche. Sabedora de que todos los ojos estaban fijos en ella, avanzó vacilante por el castillo y salió a la oscuridad. Soplaban un viento seco y cálido, un viento áspero que irritó los nervios de Tisana. Al llegar a la celda de Tisana Freylis encendió velas y con gran suavidad obligó a la consumada a echarse en la cama. Sacó dos tazas del armario, y una botellita que llevaba bajo la túnica.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tisana.

—Vino. Para que te tranquilices.

—¿Vino onírico?

—¿Por qué no?

—No está bien que... —empezó a decir Tisana, muy seria.

—No se trata de una interpretación de sueños. Sólo es para tranquilizarte, para que estemos tan juntas que pueda compartir mi fuerza contigo. ¿De acuerdo? —Freylis llenó las dos tazas con el espeso y oscuro vino y puso una en la mano de Tisana—. Bebe. Bébelo, Tisana.

Tisana obedeció aturdidamente. Freylis apuró su taza con gran rapidez y se desnudó. Tisana la miró, asombrada. Jamás había tenido una mujer como amante. ¿Eran ésas las intenciones de Freylis? ¿Por qué? «Esto es un error», pensó Tisana. En la víspera de la Prueba, beber vino onírico, compartir mi cama con Freylis...

—Desnúdate —musitó Freylis.

—¿Qué piensas hacer?

—Pasar la noche en vela onírica en tu compañía, tonta. Tal como lo convinimos. Nada más. ¡Termina el vino y quítate la ropa!

Freylis estaba desnuda. Su cuerpo era casi como el de una niña, sin apenas curvas, enjuto, con la piel muy blanca y pequeños y juveniles pechos. Tisana dejó caer la ropa en el suelo. La pesadez de su carne la avergonzaba. Esos fornidos brazos, las gruesas columnas de muslos y piernas... Siempre se estaba desnuda al hacer interpretaciones de sueños, y al cabo de un tiempo de prácticas se perdía la preocupación por la desnudez. Pero esto era distinto, íntimo, personal. Freylis sirvió más vino para las dos. Tisana bebió sin protestar. A continuación Freylis cogió a Tisana por ambas muñecas, se arrodilló ante ella y la miró a los ojos.

—¡Estúpida, deja de preocuparte por mañana! —dijo, en tono afectuoso y burlón al mismo tiempo—. La Prueba no es nada. Nada. —Apagó las velas y se echó junto a Tisana—. Duerme bien. Que tengas buenos sueños.

Freyllis se acurrucó en el regazo de Tisana, se apretó a ella, mas se quedó inmóvil, y se durmió enseguida.

No iban a ser amantes. Tisana se sintió aliviada. En otra ocasión, quizá —¿por qué no?—. Pero no era momento de aventuras. Tisana cerró los ojos y abrazó a Freyllis como si abrazara a una niña dormida. El vino le causó una vibración interna, y calor. El vino onírico abría las mentes, y Tisana empezó a sentirse agudamente consciente del espíritu de Freyllis. Pero no se trataba de una sesión de interpretación y tampoco habían hecho los ejercicios de concentración que creaban la unión total. De Freyllis fluían únicamente amplias e indefinidas emanaciones de paz, amor y energía. Era una mujer fuerte, mucho más fuerte de lo que podía pensarse dada la fragilidad de su cuerpo, y la mente de Tisana obtuvo creciente bienestar con la cercanía de la otra mujer, mientras el vino onírico iba dominándola con más fuerza. La somnolencia fue dominándola poco a poco. Pero todavía estaba inquieta. Inquieta por la Prueba, por lo que pudieran pensar las demás al verlas acostadas tan temprano, por la violación técnica de las reglas que habían cometido al compartir el vino de ese modo... Agitadas corrientes de culpabilidad, vergüenza y miedo remolinearon en su espíritu durante cierto tiempo. Pero poco a poco fue tranquilizándose. Se durmió. Su experta mirada de oráculo le permitió vigilar sus sueños, mas éstos carecían de forma y de secuencia, las imágenes eran misteriosamente imprecisas: un vago horizonte iluminado por un distante fulgor, y tal vez el semblante de la Dama, o de la superiora Inuelda, o de Freyllis, pero en esencia una simple franja de luz cálida y consoladora. Y después amaneció y un pájaro chilló en el desierto, anunciando el nuevo día.

Tisana pestañeó y se incorporó. Estaba sola. Freyllis había guardado las velas y lavado las tazas, y había dejado una nota en la mesa... no, no era una nota, era el símbolo del rayo del Rey de los Sueños dentro del triángulo inscrito en otro triángulo que a su vez era el símbolo de la Dama de la Isla, y alrededor un corazón bordeado por un sol radiante: un mensaje de amor y buen humor.

—¿Tisana?

Se acercó a la puerta. La vieja tutora Vandune estaba allí.

—¿Es la hora? —preguntó Tisana.

—La hora bien pasada. El sol salió hace veinte minutos. ¿Estás lista?

—Sí —dijo Tisana. Sentía una extraña calma. ¡Qué ironía, después de una semana de temores! Cuando el momento estaba próximo, ya no quedaba miedo. Será lo que deba ser, pensó, y si no me consideran apta después de la Prueba, perfectamente, será para bien.

Siguieron a Vandune por el patio y el huerto, hasta que abandonaron los terrenos de la casa capitular. Algunas mujeres ya estaban levantadas, pero ninguna habló. Con la luz verdemar del alba Tisana y Vandune marcharon en silencio sobre la encostrada arena del desierto. La consumada ajustó su paso para mantenerse justo detrás de la anciana. Caminaron hacia el este y luego hacia el sur, sin cruzar una sola palabra, durante un tiempo que pareció ser de horas y horas, kilómetros y kilómetros. Por fin en el vacío del desierto aparecieron las ruinas de Velalisier, la antigua ciudad metamorfa, un lugar vasto y espectral, de imponente extensión y majestad, que contaba miles de años de antigüedad. Velalisier era una ciudad maldita abandonada por sus constructores desde hacía muchos siglos. Tisana creyó comprender. La Prueba consistiría en dejarla abandonada entre las ruinas, vagando entre los fantasmas durante todo el día. Pero ¿sería posible? ¿Una cosa tan infantil, tan ingenua? Los espectros no albergaban terrores para ella. Y además, si querían asustarla, habrían tenido que hacerle la Prueba por la noche. Velalisier, vista de día, era un conjunto de montecillos y pétreas protuberancias, templos en ruinas, columnas destrozadas, pirámides enterradas bajo la arena...

Finalmente llegaron a una especie de anfiteatro, bien conservado, anillos y más anillos de asientos de piedra que se extendían hacia fuera formando un extenso arco. En el

centro se alzaba una mesa de piedra y varios bancos del mismo material, y en la mesa había una botella y una taza. ¡De modo que ése era el lugar de la Prueba! Y ahora, conjeturó Tisana, yo y la vieja Vandune compartiremos el vino, nos echaremos en el liso suelo de arena y haremos una sesión de interpretación. Y cuando nos levantemos Vandune sabrá si debe inscribir a Tisana de Falkynkip en la nómina de oráculos.

Pero las cosas tampoco fueron así. Vandune señaló la botella.

—Contiene vino onírico —dijo—. Sírvete tanto como quieras, bebe, examina el interior de tu alma. Tú misma te harás la Prueba.

—¿Yo? Vandune sonrió.

—¿Qué otra persona puede probarte? Adelante. Bebe. Volveré más tarde.

La anciana tutora inclinó la cabeza y se alejó. La cabeza de Tisana rebosaba de preguntas, mas la consumada se controló, puesto que percibía que la Prueba ya había empezado y que la primera parte de ella era no formular preguntas. Perpleja, vio que Vandune cruzaba una brecha del muro del anfiteatro y desaparecía en un nicho. No hubo más sonidos después, ni siquiera una pisada. Con el total silencio de la desierta ciudad, la arena parecía estar rugiendo, aunque en silencio. Tisana frunció el ceño, sonrió, se echó a reír... estruendosas carcajadas que levantaron lejanos ecos. ¡Estaban gastándole una broma! ¡Idea tu Prueba, ése era el secreto! ¡Que tengan miedo de ese día, luego las lleváis a las ruinas y explicáis que ellas mismas deben dirigir el espectáculo! Atrás quedaban las temerosas previsiones de espantosas experiencias y los fantasmas inventados por el alma.

Pero ¿cómo...?

Tisana se alzó de hombros. Sirvió vino, bebió. Vino dulce, tal vez de otro año. La botella era grande. Muy bien: soy una mujer grande. Se sirvió otro trago. Tenía el estómago vacío; casi al instante sintió que el líquido abrasaba su cerebro. Sin embargo bebió una tercera taza.

El sol ascendía rápidamente. El borde delantero de la luz había llegado a la parte más alta del muro del anfiteatro.

—¡Tisana! —gritó. Y replicó a su grito—: ¿Sí, Tisana?

Se echó a reír. Bebió otra vez.

Jamás había bebido vino onírico a solas. Ese vino siempre se tomaba en presencia de alguien, bien durante una sesión de interpretación o bien en compañía de una tutora. Beberlo a solas era como formular preguntas a la imagen de uno mismo. Tisana experimentó el tipo de confusión que resulta de hallarse entre dos espejos y ver la imagen repetida a ambos lados hasta el infinito.

—Tisana —dijo—, ésta es tu Prueba. ¿Eres apta para ser oráculo?

—He estudiado cuatro años —respondió—, y antes pasé otros tres en la peregrinación a la Isla. Conozco los siete sueños engañosos y los nueve sueños instructivos, los sueños de citación, los sueños...

—Muy bien. Pasa por alto todo eso. ¿Eres apta para ser oráculo?

—Soy muy estable. Tengo un alma tranquila.

—Estás evadiendo la pregunta.

—Soy fuerte, estoy capacitada. Tengo poca malicia. Deseo servir al Divino.

—¿Qué opinas de servir al prójimo?

—Sirvo al Divino sirviendo al prójimo.

—Una respuesta muy elegante. ¿Quién te dijo esa frase, Tisana?

—Se me ha ocurrido. ¿Puedo beber más?

—Como gustes.

—Gracias —dijo Tisana.

Bebió. Se sentía mareada, aunque no borracha, y la misteriosa facultad del vino onírico para unir mentes no era visible, ya que ella estaba sola y despierta.

—¿Cuál es la siguiente pregunta? —dijo.



—Todavía no has respondido la primera.

—Formula la siguiente.

—Sólo hay una pregunta, Tisana. ¿Eres apta para ser oráculo? ¿Puedes sosegar las almas de los que recurran a ti?

—Lo intentaré.

—¿Ésa es tu respuesta?

—Sí —dijo Tisana—. Ésa es mi respuesta. Déjame sola y lo intentaré. Soy una mujer de buena voluntad. Poseo pericia y tengo deseos de ayudar a otras personas. Y la Dama me ha ordenado que sea oráculo.

—¿Te acostarás junto a todos los que te necesiten? ¿Con humanos, gayrogs, skandars, liis, vrones y todas las razas del mundo?

—Con todos —dijo Tisana.

—¿Los librarás de sus confusiones?

—Si puedo, lo haré.

—¿Eres apta para ser oráculo?

—Déjame intentarlo, y entonces lo sabremos —dijo Tisana.

—Eso me parece justo —dijo Tisana—. No tengo más preguntas.

Sirvió el resto del vino y lo bebió. Después se quedó sentada tranquilamente mientras el sol subía y aumentaba el calor diurno. Estaba totalmente serena, sin impaciencia, sin malestar. Habría estado así día y noche, si hubiera sido preciso. Pasó, quizás, una hora, o un poco más, y de pronto apareció Vandune.

—¿Has terminado la Prueba? —dijo la anciana, en voz baja.

—Sí.

—¿Cómo ha ido?

—He aprobado —dijo Tisana. Vandune sonrió.

—Sí. Estaba segura de que aprobarías. Vamos. Debemos hablar con la superiora y hacer preparativos para tu futuro, oráculo Tisana.

Regresaron a la casa capitular con idéntico silencio que antes, caminando con rapidez pese al creciente calor. Casi era mediodía cuando salieron de la zona de ruinas. Las novicias y comprometidas que trabajaban en el campo se disponían a entrar en la casa para comer. Todas miraron a Tisana con expresión de incertidumbre, y Tisana contestó con una sonrisa, una sonrisa alegre y tranquilizadora.

Al entrar en el edificio principal se toparon con Freylis, que se cruzó con Tisana como por casualidad, y le lanzó una rápida mirada de preocupación.

—¿Y bien? —preguntó Freylis, en tono tenso.

Tisana sonrió. Sintió el impulso de contestar: «No ha sido nada, una broma, una formalidad, un simple ritual, la Prueba real tuvo lugar hace mucho tiempo». Pero Freylis tendría que descubrirlo por sí misma. Ahora estaban separadas por un abismo, porque Tisana era oráculo y Freylis seguía siendo una comprometida.

—Todo va bien —se limitó a replicar Tisana.

—Estupendo. ¡Oh, qué estupendo, Tisana, qué estupendo! ¡Me alegro por ti!

—Te doy las gracias por tu ayuda —dijo seriamente Tisana.

De pronto una sombra cruzó el patio. Tisana levantó la cabeza. Una nubécula negra, como la de ayer, erraba por el cielo. Un fragmento descarriado, sin duda, de una tormenta de la distante costa. Estaba suspendida como si un gancho la atara al chapitel de la casa capitular, y pareció que se abría un cerrojo, porque de improviso la nube liberó gruesas gotas de agua.

—¡Mira! —dijo Tisana— ¡Está lloviendo otra vez! ¡Vamos, Freylis! ¡Vamos a brincar!

Hacia el fin del séptimo año de la restauración de lord Valentine, llegan noticias al Laberinto de que la Corona efectuará una pronta visita... y esas noticias hacen que el pulso de Hissune se dispare y que su corazón se desboque. ¿Va a ver a la Corona? ¿Se acordará de él lord Valentine? Una vez la Corona se tomó la molestia de llamarle al mismísimo Monte del Castillo para la segunda ceremonia de coronación; seguramente la Corona debe recordarle, seguramente lord Valentine tendrá algún recuerdo del niño que...

Probablemente no, decide Hissune. Su excitación se apaga, su fría personalidad racional recupera el dominio. Si ve a lord Valentine durante la visita de éste, será extraordinario. Y si lord Valentine le recuerda, será un milagro. Seguramente la Corona entrará y saldrá del Laberinto sin ver a nadie aparte de los ministros del Pontífice. Hay rumores de que el monarca partió en majestuosa procesión con destino a Alaisor, y de ahí a la Isla para visitar a su madre, y ese itinerario hace obligatorio un alto en el Laberinto. Pero Hissune sabe que los monarcas tienen tendencia a no gozar de las estancias en el Laberinto, un lugar que les recuerda el desagradable alojamiento que les espera cuando llegue la hora de acceder al pontificado. Y también sabe que el Pontífice Tyeveras es un espectro, un hombre más muerto que vivo, perdido en inescrutables sueños dentro del capullo de los mecanismos que sustentan su vida, incapaz de hablar como un ser racional, un símbolo más que un hombre, que tendría que estar enterrado desde hace muchos años pero cuya vida se mantiene para prolongar la época de lord Valentine como Corona. Se trata de una solución apropiada para lord Valentine e, indudablemente, para Majipur, piensa Hissune. Pero no tan apropiada para el anciano Tyeveras. Tales asuntos, empero, no conciernen a Hissune. Regresa al Registro de Almas sin dejar de especular en vano sobre la próxima visita de la Corona. Distráido, solicita una cápsula, y aparece la grabación sobre una ciudadana de Ni-moya. El principio es tan poco prometedor que Hissune está a punto de rechazar la cápsula, pero ansia echar una ojeada a la gran ciudad del otro continente. Para conocer Ni-moya Hissune se da el placer de llevar la vida de la propietaria de una tienda... y pronto deja de lamentarse.

1

La madre de Inyanna fue tendera en Velathys durante toda su vida, igual que su abuela materna, y tal parece que ése va a ser el destino de la misma Inyanna. Ni su madre ni la madre de su madre se habían lamentado de llevar esa vida, pero Inyanna, única propietaria a sus diecinueve años, creía que la tienda era un peso agobiante que destrozaba su espalda, una joroba, una presión intolerable. A menudo pensaba en vender la tienda y encontrar su verdadero destino en otra ciudad lejana, en Piliplok, en Pidruid, incluso en la gran metrópoli de Ni-moya, en el distante norte cuyas maravillas superaban la imaginación de cualquier persona que no las hubiera contemplado.

Pero los tiempos eran malos, los negocios progresaban con lentitud e Inyanna no veía posibles compradores en el horizonte. Además, la tienda había sido el centro de la vida familiar durante varias generaciones, y abandonarla no resultaba fácil a pesar de lo odiosa que había llegado a ser. Así las cosas, Inyanna se levantaba todas las mañanas al amanecer, salía a la adoquinada terraza y se zambullía en el tanque de piedra lleno de agua de lluvia que tenía allí para bañarse. Después se vestía, desayunaba pescado ahumado y vino, y bajaba a la tienda para abrirla. Era un negocio de artículos diversos; rollos de tela, cacharros de arcilla procedentes de la costa meridional, barriles de especias, frutas en conserva, jarras de vino, la afilada cuchillería de Narabal, filetes de costosa carne de dragón marino, relucientes linternas de filigrana hechas en Til-omon y muchos artículos más. En Velathys había infinidad de tiendas similares, y ninguna era particularmente próspera. Desde la muerte de su madre, Inyanna se ocupaba de la contabilidad, renovaba las existencias, barría el suelo, sacaba brillo a los mostradores y cumplimentaba impresos y autorizaciones gubernamentales, y estaba harta de todo ello.

Pero ¿qué otras posibilidades de vida había? Ella era una chica insignificante que vivía en una insignificante ciudad rodeada de montañas y muy lluviosa, y no tenía esperanza alguna de que su situación cambiara en los próximos sesenta o setenta años.

Tenía pocos clientes humanos. Durante décadas, ese barrio de Velathys había estado ocupado por yorts y líis... y también por bastantes metamorfos, puesto que la provincia metamorfa de Piurifayne se hallaba al otro lado de la cordillera del norte de la ciudad y un considerable número de cambiaspectos se había infiltrado en Velathys. Inyanna no se asustaba de nadie, ni siquiera de los metamorfos, que ponían nerviosos a casi todos los humanos. Lo único que lamentaba de su clientela era que no podía ver a los miembros de su raza; y por tal razón, a pesar de que era esbelta y atractiva, alta, pelirroja y con unos llamativos ojos verdes, apenas encontraba algún pretendiente y jamás había conocido un hombre que quisiera vivir con ella. Compartir la tienda con alguien habría suavizado mucho el trabajo. Por otra parte, ello le costaría buena parte de su libertad, sin olvidar la libertad de soñar en una época en que no fuera tendera en Velathys.

Un día, después de las lluvias del mediodía, dos desconocidos entraron en la tienda. Eran los primeros clientes desde hacía horas. El primero era bajito y rechoncho, un redondeado tocón de árbol más que un hombre, y el segundo pálido, enjuto y alargado, con un famélico semblante lleno de bultos y ángulos, con el aspecto de una criatura de rapiña de las montañas. Ambos vestían pesadas túnicas blancas con cintos de brillante color naranja, una moda que al parecer era normal en las grandes ciudades del norte, y observaron el establecimiento con las rápidas y desdeñosas miradas típicas de alguien acostumbrado a una calidad muy superior de mercancías.

—¿Es usted Inyanna Forlana? —dijo el bajito.

—Sí.

El hombrecillo consultó un documento.

—¿Hija de Forlana Hayorn, a su vez hija de Hayorn Inyanna?

—Soy la persona que buscan. ¿Puedo preguntar...?

—¡Por fin! —gritó el alto—. ¡Qué persecución tan larga y tan monótona! ¡Si supiera el tiempo que llevamos buscándola! Río arriba hasta Khyntor, después hasta Dulorn, cruzamos esas malditas montañas (¿nunca deja de llover aquí?) y luego de casa en casa, de tienda en tienda, por toda Velathys haciendo preguntas y más preguntas...

—¿Y me buscan a mí?

—Si puede demostrar su abolengo, sí.

Inyanna hizo un gesto de indiferencia.

—Tengo documentos. Pero ¿qué quieren de mí?

—Permítanos presentarnos —dijo el bajito—. Yo soy Vezan Ormus y mi colega se llama Steyg, y ambos somos delegados de su majestad el Pontífice Tyeveras en la Sección de Validación de Ni-moya. —Vezan Ormus sacó un manojito de documentos de un bolso de cuero de elegante acabado. Los revolvió deliberadamente y añadió—: La hermana mayor de su abuela era una tal Saleen Inyanna que, durante el vigésimotercer año del pontificado de Kinniken, siendo Corona lord Ossier, se estableció en la ciudad de Ni-moya y contrajo matrimonio con un tal Helmyot Gavoon, primo en tercer grado del duque.

Inyanna le miró inexpresivamente.

—No sé nada de esa gente.

—No nos sorprende —dijo Steyg—. Fue hace varias generaciones. Y sin duda hubo poca relación entre las dos ramas de la familia, dado el enorme abismo que representaba la distancia y la diferencia de posición social.

—Mi abuela nunca mencionó que tenía parientes ricos en Ni-moya —dijo Inyanna.

Vezan Ormus tosió y buscó un documento.

—Olvidemos ese detalle. De la unión de Helmyot Gavoon y Saleen Inyanna nacieron tres criaturas, y la mayor, una mujer, heredó las posesiones de la familia. Murió muy joven

en un percance de caza y las tierras pasaron a ser propiedad de su único hijo, Gavoon Dilamayne, que murió sin dejar descendencia durante el décimo año del pontificado de Tyeveras, es decir, hace nueve años. Desde entonces la propiedad ha permanecido vacante en tanto se realizaba la búsqueda de los legítimos herederos. Hace tres años se decidió...

—¿Que yo soy la heredera?

—Exacto —dijo suavemente Steyg, con una amplia y huesuda sonrisa.

Inyanna, que desde hacía algunos minutos había visto el curso que seguía la conversación, se sorprendió a pesar de todo. Le temblaron las piernas, labios y boca quedaron secos y, muy confusa, extendió un brazo de repente, tirando y destrozando un valioso vaso de porcelana de Zimroel. Turbada por todo ello, Inyanna hizo un esfuerzo para dominarse.

—¿Y qué se supone que he heredado? —dijo.

—La señorial mansión denominada Vista de Nissimorn, en la orilla norte del Zimr, cerca de Ni-moya, y posesiones en tres lugares del valle del Steiche, todas ellas arrendadas y produciendo beneficios —dijo Steyg.

—La felicitamos —dijo Veza Ormus.

—Y yo les felicito —replicó Inyanna— por su gran ingenio. Gracias por esos momentos de diversión. Y ahora, a menos que deseen comprar algo, les ruego que me permitan proseguir con mi trabajo, porque debo pagar los impuestos y...

—Usted se muestra escéptica —dijo Veza Ormus—. Era de esperar. Nos presentamos aquí con una historia fantástica y usted no puede absorber el impacto de nuestras palabras. Pero escuche esto. Somos ciudadanos de Ni-moya. ¿Habríamos recorrido miles de kilómetros hasta llegar a Velathys sólo para gastar una broma a una tendera? Mire... tenga...

Veza Ormus ordenó el manojito de documentos y lo tendió a Inyanna. Ésta los examinó con temblorosas manos. Una vista de la mansión (deslumbrante) y una serie de documentos de propiedad, una genealogía y una nota con el sello del Pontífice y un nombre: Inyanna Forlana.

Inyanna levantó los ojos de la nota, perpleja, aturdida.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó en voz débil y apagada.

—Los procedimientos son pura rutina —replicó Steyg—. Debe presentar declaraciones juradas demostrativas de que usted es en realidad Inyanna Forlana, debe firmar documentos comprometiéndose a satisfacer los impuestos de sus propiedades por rentas acumuladas en cuanto tome posesión, tendrá que abonar los gastos ocasionados por la transferencia de títulos, etcétera, etcétera. Nosotros podemos ocuparnos de eso.

—¿Gastos?

—Es cuestión de algunos reales.

Los ojos de Inyanna se abrieron desmesuradamente.

—Que puedo pagar con las rentas acumuladas de las posesiones...

—Por desgracia, no —dijo Veza Ormus—. El dinero debe pagarse antes de que usted tome posesión y, como es lógico, no tendrá acceso a las rentas hasta después de tomar posesión. De modo que...

—Una formalidad fastidiosa —dijo Steyg—. Pero insignificante, si bien se mira.

2

Los gastos ascendían a un total de veinte reales. Era una enorme suma de dinero para Inyanna, casi todos sus ahorros. Pero el estudio de los documentos le indicó que las rentas de los terrenos agrícolas eran de novecientos reales anuales, y además contaba

con otros beneficios de sus posesiones, la mansión y el contenido de ésta, rentas y regalías de ciertas propiedades en zonas ribereñas...

Vezaan Ormus y Steyg fueron de gran ayuda para cumplimentar los formularios. Inyanna puso el letrero de cerrado por necesidades del negocio, aunque poca importancia tenía en una temporada tan mala en ventas, y durante toda la tarde los tres estuvieron en el pequeño despacho del primer piso. Los dos hombres fueron dándole papeles para que los firmara, antes de signarlos con sellos pontificios de impresionante aspecto. Después Inyanna decidió celebrarlo invitando a los delegados a unas rondas de vino en la taberna de la falda de la colina. Steyg insistió en pagar, y apartó la mano de Inyanna y dejó caer media corona por una botella de selecto vino de palmera de Pidruud. Inyanna quedó impresionada por la extravagancia (normalmente bebía vinos más sencillos) pero luego recordó que había topado con la fortuna y, en cuanto se acabó la primera botella, pidió otra. La taberna estaba atestada, sobre todo de yorts y gayrogs, y los burócratas del norte no se sentían muy cómodos entre tantos no humanos; varias veces se pusieron la mano sobre la nariz, como si quisieran filtrar el olor a carne extraña. Inyanna, para aliviar el malestar, no se cansó de repetirles lo agradecida que estaba por las molestias que se habían tomado para localizarla en la oscuridad de Velathys.

—¡Pero si es nuestro trabajo! —protestó Vezaan Ormus—. En este mundo todos debemos servir al Divino desempeñando nuestro papel en las complejidades de la vida cotidiana. Unos terrenos ociosos, una gran mansión desocupada, la genuina heredera viviendo monótonamente sin saber nada... La justicia exige que se corrijan las injusticias. En nosotros recae el privilegio de hacerlo.

—Es igual —dijo Inyanna, con las mejillas encendidas por el vino, mientras se apoyaba primero en uno, luego en otro hombre, casi con coquetería—. Han sufrido grandes molestias por mi culpa, y yo siempre estaré en deuda con ustedes. ¿Me permiten invitarles a otra botella?

Hacía bastante rato que había oscurecido cuando salieron de la taberna. Había varias lunas, y las montañas que bordeaban la ciudad, los remotos colmillos de la gran cordillera Gonghar, eran irregulares pilares de negro hielo bajo la tenue iluminación. Inyanna acompañó a los visitantes a la hospedería, sita junto a la plaza Dekkeret, y tal era la ofuscación que le había causado el vino que estuvo a punto de invitarse a pasar la noche con ellos. Pero al parecer los delegados no tenían ese ansia, quizá recelaban incluso de tal posibilidad, e Inyanna acabó clara y expertamente rechazada en la misma puerta.

Tambaleándose un poco, hizo el largo y empinado recorrido hasta su casa y salió a la terraza para tomar el aire nocturno. La cabeza le daba vueltas. Demasiado vino, demasiada conversación, demasiadas noticias sorprendentes. Contempló la ciudad que la rodeaba, hileras y más hileras de casas con paredes estucadas y techos de tejas que iban descendiendo por el gran cuenco que era la cuenca de Velathys. Irregulares franjas de parques, algunas plazas y mansiones, el destartalado castillo del duque extendido a lo largo del borde oriental, la carretera que envolvía la ciudad igual que una guirnalda, las descollantes y opresivas montañas que empezaban al otro lado de la carretera, las canteras de mármol, sangrantes heridas en las faldas... todo eso veía Inyanna desde su nido de la cumbre de la colina. ¡Adiós! Es una ciudad ni fea ni bonita, pensó. Simplemente un lugar tranquilo, húmedo, monótono, frío, ordinario, famoso por su fino mármol, sus expertos albañiles y poca cosa más, una ciudad provincial en un continente provincial. Inyanna se había resignado a terminar sus días allí. Pero ahora, cuando los milagros acababan de invadir su vida, incluso pasar una hora más allí era intolerable. ¡La aguardaba la fulgurante Ni-moya, Ni-moya, Ni-moya!

Durmió a ratos. Por la mañana se reunió con Vezaan Ormus y Steyg en la oficina del notario, detrás del banco, y les entregó su bolsita de gastados reales, casi todos viejos y algunos muy viejos, con los rostros de Kinniken, Thimin y Ossier; también había una moneda del reinado del gran Confalume, una pieza con siglos de antigüedad. A cambio le

dieron una sola hoja de papel; un recibo reconociendo el cobro de veinte reales que emplearían en satisfacer los gastos legales. Los demás documentos, según explicaron los delegados, debían volver a Ni-moya para ser refrendados y validados. Pero los devolverían en cuanto la transferencia estuviera lista, y entonces Inyanna podría ir a Ni-moya para tomar posesión de sus propiedades.

—Serán mis huéspedes —les anunció generosamente—. Pasarán un mes de caza y festines en cuanto yo esté en mis posesiones.

—Oh, no —dijo en voz baja Vezan Ormus—. No sería apropiado que personas como nosotros se mezclaran socialmente con la señora de Vista de Nissimorn. Pero comprendemos sus buenas intenciones, y las agradecemos.

Inyanna les invitó a comer. Pero ellos tenían que proseguir su trabajo, replicó Steyg. Tenían que ponerse en contacto con otros herederos, diversas tareas de validación a efectuar en Narabal, Til-omon y Pidruid; pasarían muchos meses antes de que volvieran a ver sus hogares y a sus esposas en Ni-moya. ¿Significaba eso, preguntó Inyanna, repentinamente consternada, que no iba a tomarse medida alguna para tramitar su herencia hasta que ellos completaran su recorrido?

—En absoluto —dijo Steyg—. Esta misma noche los documentos saldrán hacia Ni-moya mediante correo directo. El proceso legal se iniciará tan pronto como sea posible. Usted tendrá noticias de nuestras oficinas dentro de... oh, digamos que dentro de siete o nueve semanas como mucho.

Inyanna les acompañó al hotel, aguardó fuera mientras preparaban el equipaje y después fue a despedirlos al vehículo flotante donde iban a viajar. Los despidió agitando los brazos en medio de la calle mientras el coche se alejaba hacia la carretera que conducía a la costa suroeste. Luego abrió la tienda. Por la tarde vinieron dos clientes, uno a comprar ocho pesos de clavos y el otro a adquirir falso satén, tres metros a sesenta pesos el metro, de modo que las ventas del día no pasaron de dos coronas. Pero no importaba. Ella no tardaría en ser rica.

Pasó un mes y no llegaron noticias de Ni-moya. Otro mes, y prosiguió el silencio.

La paciencia que había mantenido a Inyanna en Velathys durante diecinueve años era la paciencia de la impotencia, de la resignación. Pero con grandes cambios ante ella, ya no le quedaba paciencia. Siempre estaba inquieta, iba de un lado a otro, hacía anotaciones en el calendario. El verano, con lluvias prácticamente diarias, llegó a su fin y se inició el seco otoño, la estación que hacía arder las hojas del invierno, las masas de aire húmedo procedentes del valle del Zimr que cruzaban el territorio metamorfo y chocaban con los fuertes vientos de las montañas. Había nieve en las crestas más elevadas de la cordillera Gonghar, y ríos de barro recorrieron las calles de Velathys. Ninguna noticia de Ni-moya. Inyanna recordó sus veinte reales, y el terror empezó a mezclarse con la preocupación en su alma. Celebró en soledad su vigésimo cumpleaños, llena de amargura, bebiendo vino avinagrado e imaginando qué sentiría cuando tuviera a su disposición las rentas de Vista de Nissimorn. ¿Por qué tardaban tanto? No había duda de que Vezan Ormus y Steyg habían enviado los documentos a las oficinas del Pontífice. Pero los documentos, casi con idéntica certeza, debían estar olvidados en un polvoriento despacho, a la espera de los trámites legales, mientras crecía mala hierba en los jardines de Vista de Nissimorn.

La víspera del Día del Invierno Inyanna tomó la decisión de ir a Ni-moya y ocuparse personalmente del caso.

El viaje sería costoso, y además se había desprendido de sus ahorros. Para obtener el dinero alquiló el local a una familia de yorts. Le dieron diez reales; irían vendiendo las existencias para obtener beneficios y, en el supuesto de que recuperaran el dinero antes de que ella volviera, seguirían haciéndose cargo del negocio en nombre de ella y le pagarían un tanto por ciento. El contrato favorecía enormemente a los yorts, pero Inyanna no se preocupó: sabía, aunque no lo dijo a nadie, que jamás volvería a ver la tienda, ni a

los yorts, ni a la misma Velathys. Lo único importante era disponer de dinero para ir a Ni-moya.

No era un viaje insignificante. La ruta más directa entre Velathys y Ni-moya cruzaba la provincia metamorfa de Piurifayne, y entrar en ella era peligroso e imprudente. Había que hacer un enorme desvío hacia el oeste para cruzar el paso de Stiamot, y seguir hacia el norte por el extenso valle que era la Fractura de Dulorn, con el prodigioso muro de la escarpa de Velathys, de casi dos mil metros de altura, erguido a la derecha durante cientos de kilómetros. Después de llegar a la ciudad de Dulorn, Inyanna aún tendría que atravesar medio Zimroel, por tierra y por río, antes de ver Ni-moya. Pero todo eso era una gloriosa aventura para Inyanna, por mucho tiempo que durara. Nunca había estado en otro sitio, excepto cuando tenía diez años y su madre, aprovechando un invierno de anormal prosperidad, la mandó a pasar un mes en las tórridas tierras al sur de la cordillera Gonghar. Otras ciudades, a pesar de que había visto cuadros de ellas, le parecían tan remotas e increíbles como otros mundos. Su madre estuvo una vez en Til-omon, y dijo que era un lugar donde el sol brillaba como vino dorado y donde el suave clima estival no terminaba jamás. La abuela de Inyanna llegó a Narabal, donde el aire tropical era húmedo y agobiante y se pegaba al cuerpo igual que un manto. Pero las demás ciudades (Pidruid, Piliplok, Dulorn, Ni-moya...) eran simples nombres para ella. La noción del océano superaba su imaginación, y le resultaba tremendamente imposible creer que existía otro continente allende el mar, con diez grandes ciudades por cada una de Zimroel, miles de millones de personas, una asfixiante madriguera bajo la arena del desierto denominada Laberinto, donde vivía el Pontífice, una montaña de cincuenta mil metros de altura, en cuya cima moraba la Corona y su principesca corte... Pensar en tales cosas le causaba dolor en la garganta y un zumbido en los oídos. Terrible e incomprensible, Majipur era un dulce tan gigantesco que era imposible comerlo de un solo bocado. Pero irlo agotando a bocaditos, kilómetro tras kilómetro, era maravilloso para una persona que sólo una vez había cruzado los lindes de Velathys.

Así pues Inyanna percibió fascinada el cambio de ambiente mientras el gran autocar flotante atravesaba el paso y descendía hacia las llanuras del lado oeste de la cordillera. En esa región aún era invierno —los días eran cortos, el sol pálido y verdusco— mas el viento resultaba benigno, carecía de filo invernal, y tenía un aroma dulce y penetrante. Inyanna vio sorprendida que el terreno era denso y desmoronadizo, esponjoso, muy distinto al suelo poco profundo y lleno de rocas que rodeaba su hogar, y que en algunos puntos tenía una asombrosa tonalidad rojo brillante que se extendía kilómetros y kilómetros. Las plantas eran diferentes, las hojas gruesas y brillantes, las aves tenían desconocidos plumajes. Las poblaciones que bordeaban la carretera eran airosas y gráciles, pueblos agrícolas totalmente distintos a la gris y ponderosa Velathys, con audaces casitas de madera caprichosamente adornadas con volutas y pintadas con llamativos brochazos amarillos, azules y escarlatas. Otro detalle terriblemente extraño era no tener montañas por todos lados, puesto que Velathys descansaba en el regazo de la cordillera Gonghar; Inyanna se encontraba en la extensa y honda llanura comprendida entre las montañas y la distante franja costera, y al mirar hacia el oeste veía tan lejos que el panorama casi resultaba aterrador: una vista sin límites que se perdía en el infinito. Al otro lado se hallaba la escarpa de Velathys, la pared externa de la cadena montañosa, pero incluso ese paisaje era extraño, una sólida y abrupta barrera vertical que sólo de vez en cuando se dividía en picos y se extendía interminablemente hacia el norte. Pero por fin la escarpa se acabó, y el territorio sufrió de nuevo profundos cambios mientras Inyanna continuaba avanzando hacia el norte para alcanzar el extremo más elevado de la Fractura de Dulorn. El colosal valle contenía abundante yeso, y las onduladas colinas estaban blancas como si las cubriera la escarcha. La piedra tenía un aspecto espectral, una tela de araña con un lustre frío y misterioso. Inyanna había aprendido en la escuela que la ciudad de Dulorn estaba construida por entero con este mineral, y había visto cuadros:

agujas, arcos y fachadas cristalinas que resplandecían como brasas a la luz del día. Ese detalle le había parecido típico de una fábula, como las historias de Vieja Tierra, el planeta en donde supuestamente había nacido su raza. Pero un día, a finales del invierno, Inyanna contempló las afueras de la auténtica Dulorn y comprobó que la fábula no era obra de la imaginación.

Dulorn era mucho más hermosa y extraña que lo que ella había imaginado. Parecía brillar con luz propia mientras la luz del sol, refractada, diseminada y desviada por la miríada de ángulos y facetas de los elevadísimos edificios barrocos, caía en las calles en fulgurantes aguaceros.

¡Esto era una ciudad! Comparada con ella, pensó Inyanna, Velathys era una ciénaga. Habría permanecido allí un mes, un año, para siempre, recorriendo las calles una por una, contemplando torres y puentes, examinando las misteriosas tiendas radiantes de costosas mercancías, tan distintas a su lastimoso e insignificante establecimiento. Las hordas de gente con aspecto serpentino (Dulorn era una ciudad gayrog, poblada por millones de seres cuasireptiles y un puñado de otras razas) se movían con impresionante determinación mientras realizaban tareas desconocidas para sencillos montañeses... Carteles luminosos anunciaban el famoso Circo Perpetuo de Dulorn... Elegantes restaurantes, hoteles, parques... Inyanna se quedó paralizada de asombro. Seguramente ninguna ciudad de Majipur podía compararse con Dulorn. Sin embargo, decían que Ni-moya era mucho más grande, y que Stee, en el Monte del Castillo, superaba a ambas. Además estaba la famosa Piliplok, el puerto de Alaisor... ¡y tantas más!

Pero Inyanna no podía estar más de medio día en Dulorn, el tiempo que tardaba el autocar flotante en dejar pasajeros y prepararse para la siguiente etapa del viaje. Medio día era lo mismo que nada. Un día más tarde, rumbo hacia el este a través de los bosques que separaban Dulorn de Mazadone, Inyanna no sabía a ciencia cierta si había visto Dulorn o había soñado que la veía.

Nuevas maravillas se presentaron diariamente: lugares donde el ambiente era de color púrpura, árboles con tamaño de colinas, malezas de helechos cantores... Después hubo largas sucesiones de ciudades grises e indistintas: Cynthion, Mazadone, Thagobar... En el autocar flotante subían y bajaban pasajeros, los conductores se relevaban cada mil o mil quinientos kilómetros e Inyanna era la única que continuaba, una chica del campo con deseos de ver mundo, cuyos ojos se nublaban y cuyo cerebro se llenaba de bruma ante el interminable panorama que iba apareciendo. Finalmente hubo fugaces vistas de géiseres, lagos de ardiente agua y otras maravillas termales: las cercanías de Khyntor, la gran ciudad del interior donde Inyanna debía subir a bordo del barco fluvial que la conduciría a Ni-moya. En esa región el río Zimr descendía del noroeste, un río tan ancho como un mar; mirar de una orilla a otra era un esfuerzo para la vista. En Velathys, Inyanna sólo había conocido arroyos montañosos, rápidos y estrechos, que no constituían preparación alguna para ver el impresionante y retorcido monstruo de oscura agua que era el Zimr.

Inyanna navegó varias semanas en el seno de ese monstruo, y pasó junto a Verf, Stroyrn, Lagomandino y otras cincuenta poblaciones cuyos nombres fueron simples ruidos para ella. El barco fluvial se convirtió en su único mundo. En el valle del Zimr las estaciones eran moderadas y no era difícil perder de vista el paso del tiempo. La apariencia era primaveral, mas Inyanna sabía que era verano, y un verano que estaba concluyendo, porque llevaba medio año embarcada en ese viaje. Quizá no hubiera final, quizá su destino era ir de lugar en lugar, sin más experiencias, sin desembarco posible. Muy bien. Inyanna había empezado a olvidarse de sí misma. En algún lugar había una tienda que le había pertenecido, un enorme territorio que sería suyo, una joven llamada Inyanna Forlana nacida en Velathys... pero todo ello se había disuelto en mero movimiento mientras ella flotaba a lo largo del interminable Majipur.



Un día, por centésima vez, una ciudad comenzó a mostrarse junto a la orilla del Zimr. Se produjo repentina agitación en el barco, carreras hacia la barandilla para contemplar la nebulosa lejanía.

—¡Ni-moya! ¡Ni-moya! —oyó gritar Inyanna, y en ese instante supo que el viaje había terminado, que su vagar había concluido, que había llegado a su auténtico hogar.

### 3

La sensatez de Inyanna le permitió comprender que intentar desentrañar Ni-moya era tan absurdo como tratar de contar las estrellas. Se trataba de una metrópoli veinte veces mayor que Velathys, extendida cientos de kilómetros a lo largo de ambas orillas del inmenso Zimr, e Inyanna pensó que una persona podía pasar toda una vida allí y continuar necesitando un mapa para orientarse. Muy bien. Inyanna decidió no dejarse asustar o abrumar por los grotescos excesos de todo lo que veía alrededor de ella. Conquistaría esa ciudad paso a paso. Esa serena decisión fue el principio de su transformación en genuina ni-moyana.

Sin embargo, el primer paso estaba por dar. El barco fluvial había atracado en la orilla meridional del Zimr. Con su único bolso aferrado en una mano, Inyanna contempló un inmenso brazo de agua (en esa zona el tamaño del Zimr quedaba agrandado por la confluencia con varios importantes afluentes) y vio ciudades en ambas orillas. ¿Cuál era Ni-moya? ¿Dónde estarían las oficinas del pontificado? ¿Cómo iba a localizar sus tierras y su mansión? Letreros luminosos la condujeron hasta los transbordadores, pero los destinos de éstos eran lugares llamados Gimbeluc, Istmoy, Strelain y Vista de la Costa: barrios, supuso ella. Ningún letrado anunciaba un transbordador a Ni-moya porque todos esos lugares eran Ni-moya.

—¿Estás perdida? —dijo una voz muy aguda.

Inyanna volvió la cabeza y vio a una muchacha que había estado en el barco, dos o tres años más joven que ella, con la cara sucia y un pelo estropajoso extravagantemente teñido de color lavándula. Demasiado orgullosa o quizá demasiado tímida para aceptar ayuda de la desconocida (no estaba segura del motivo), Inyanna sacudió bruscamente la cabeza y apartó la mirada. Notó un vivo calor en las mejillas.

—Hay una cabina de información detrás de las ventanillas de billetes —dijo la muchacha, y desapareció entre las hordas que iban hacia los transbordadores.

Inyanna hizo cola para informarse, llegó por fin a la cabina de comunicación y metió la cabeza en la blanda capucha de contacto.

—Información —dijo una voz.

—Oficina del Pontífice —replicó escuetamente Inyanna—. Sección de validación.

—Esa sección no está relacionada.

Inyanna arrugó la frente.

—Oficina del Pontífice, entonces.

—Paseo Rodamaunt 853, Strelain.

Con cierta preocupación, Inyanna pagó billete para el transbordador que iba a Strelain: una corona y veinte pesos. Le quedaban exactamente dos reales, quizá suficientes para los gastos de un par de semanas en la costosa ciudad. ¿Y después? Soy la heredera de Vista de Nissimorn, pensó Inyanna, henchida de orgullo, y subió al transbordador. Pero... ¿por qué no estaba relacionada la sección de validación?

Eran las tres de la tarde. El transbordador, tras un bocinazo de aviso, se deslizó serenamente fuera del embarcadero. Inyanna se agarró a la barandilla y observó maravillada la ciudad que se extendía en la otra orilla. Todos los edificios eran iguales, radiantes torres blancas de techo plano que ascendían poco a poco hacia las verdes colinas del norte. Cerca de la escalera que llevaba a la cubierta inferior había un mapa.

Strelain, vio Inyanna, era el barrio central de la ciudad, al otro lado del muelle de transbordadores, que se hallaba en el barrio de Nissimorn. Los delegados pontificios le habían dicho que sus posesiones se hallaban en la orilla norte. En consecuencia, puesto que la mansión se llamaba Vista de Nissimorn y debía mirar hacia el barrio del mismo nombre, sus posesiones tenían que estar en el mismo Strelain, tal vez en la extensión de bosque que había en la orilla hacia el noreste. Gimbeluc era un suburbio occidental, separado de Strelain por un afluente con numerosos puentes que lo cruzaban. Itsmoy se encontraba al este. Por el sur llegaban las aguas del río Steiche, casi tan ancho como el mismo Zimr, y los barrios de su ribera eran...

—¿Tu primera vez? —Otra vez la chica del pelo color lavándula.

Inyanna sonrió nerviosamente.

—Sí. Soy de Velathys. Una campesina, vamos.

—Parece que me tengas miedo.

—¿Yo? ¿Sí?

—No voy a morderte. Tampoco te engañaré. Me llamo Liloyve. Soy ladrona en el Gran Bazar.

—¿Has dicho ladrona?

—Es una profesión reconocida en Ni-moya. Todavía no nos han autorizado, pero no se meten con nosotros. Y tenemos registro oficial, como cualquier gremio. He estado en Lagomandino, vendiendo cosas robadas para mi tío. ¿Tan mala me crees? ¿O es que eres muy tímida?

—Nada de eso —dijo Inyanna—. He hecho un viaje muy largo, sola, y he perdido la costumbre de hablar con gente. Creo que es eso. —Otra sonrisa forzada—. ¿De verdad que eres una ladrona?

—Sí. Pero no robo bolsas. ¡Qué preocupada estás! Es igual, ¿cómo te llamas?

—Inyanna Forlana.

—Me gusta como suena. Nunca había conocido a una Inyanna. ¿Has viajado de Velathys a Ni-moya? ¿Para qué?

—Para reclamar mi herencia —respondió Inyanna—. Las propiedades del nieto de la hermana de mi abuela. Una finca llamada Vista de Nissimorn, en la orilla norte del...

Liloyve se rió tontamente. Intentó contener la risa, y sus mejillas se hincharon. Tosió y se apretó los labios con la mano, casi en un ataque de risa. Pero la alegría acabó enseguida y la expresión de la muchacha se ablandó, reflejó compasión.

—Entonces debes ser de la familia del duque —dijo en voz baja—, y debo pedirte perdón por ser tan grosera.

—¿La familia del duque? No, claro que no. ¿Por qué...?

—Vista de Nissimorn pertenece a Calain, el hermano menor del duque.

Inyanna sacudió la cabeza.

—No. El nieto de la hermana de...

—Pobrecilla, no hace falta que te roben la bolsa. ¡Alguien lo ha hecho ya!

Inyanna aferró su bolso.

—No —dijo Liloyve—. Lo que quiero decir es que te han tomado el pelo si crees que vas a heredar Vista de Nissimorn.

—Había documentos con el sello pontificio. Los delegados de Ni-moya los trajeron personalmente a Velathys. Puedo ser una campesina, pero no tan tonta como para hacer este viaje sin pruebas. Sospeché un poco, sí, pero vi los documentos. ¡He reclamado el título de propiedad! ¡Pagué veinte reales, pero los documentos estaban en orden!

—¿Dónde te alojarás cuando estés en Strelain? —dijo Liloyve.

—No lo he pensado. En una posada, supongo.

—Ahórrate tus coronas. Vas a necesitarlas. Te alojaremos con nosotros en el Bazar. Y por la mañana aclararás las cosas con las gentes imperiales. Es posible que ellos te ayuden a recuperar parte de lo que has perdido, ¿eh?.

Desde el principio la posibilidad de ser víctima de unos embaucadores había estado en el pensamiento de Inyanna, igual que un fastidioso zumbido mientras se escucha agradable música. Pero había preferido no prestar atención a ese ruido, e incluso en estos momentos, cuando el zumbido se había transformado en un espantoso rugido, Inyanna se exigió no perder la confianza. Esa zarrapastrosa chica de bazar, esa convicta ladrona profesional poseía sin duda el carácter intrínsecamente receloso de una persona que vive de su ingenio en un mundo hostil, y veía fraude y malicia en todas partes, aunque las cosas fueran de otra forma. Inyanna sabía que la credulidad podía haberla inducido a cometer un terrible error, pero era absurdo lamentarse tan pronto. Tal vez ella formaba parte de la familia del duque a pesar de todo, o quizá Liloyve estaba confundida respecto a quién era el propietario de Vista de Nissimorn. Y si en realidad había ido a Ni-moya para nada, gastando sus últimas coronas en el improductivo viaje, al menos se encontraba en Ni-moya, no en Velathys, y ello era por sí mismo causa de regocijo.

Mientras el transbordador entraba en el muelle de Strelain, Inyanna vio de cerca por primera vez el centro de Ni-moya. Torres de pasmoso color blanco llegaban casi hasta el borde del agua; se alzaban hacia el cielo de un modo tan pronunciado y abrupto que parecían inestables, y era difícil comprender el motivo de que no cayeran al río. La noche empezaba a caer. Fulguraban luces por todas partes. Inyanna mantuvo la calma de una sonámbula ante los esplendores de la ciudad. He llegado al hogar, aquí me siento en casa. De todas formas se preocupó de no alejarse de Liloyve cuando llegó el momento de abrirse paso entre las pululantes multitudes de viajeros que salían a la calle por el corredor.

En el portalón de la estación terminal había tres enormes pájaros metálicos con enjorjados ojos: una gihorna con las vastas alas abiertas, un ridículo hazenmarl de larguísimas patas y un ave desconocida para Inyanna provista de un pico abolsado y doblado en forma de hoz. Los animales mecánicos se movían con lentitud, inclinaban la cabeza, ahuecaban las alas.

—Emblemas de la ciudad —dijo Liloyve—. Los verás por todas partes. ¡Son ridículos y bobos! Y tienen una fortuna en joyas preciosas en los ojos.

—¿A nadie se le ha ocurrido robarlas?

—Ojalá yo tuviera valor. Treparía y las arrancarías. Pero son mil años de mala suerte, eso dicen. Los metamorfos se rebelarán otra vez y nos expulsarán, las torres se derrumbarán y muchas tonterías más.

—Si no crees en leyendas, ¿por qué no robas las joyas? Liloyve hizo una nueva demostración de su risita de mofa.

—¿Quién me las compraría? Cualquier traficante sabría su procedencia. Estando malditas, no habría compradores. Un mundo de preocupaciones para el ladrón, el Rey de los Sueños aullándote dentro de la cabeza hasta que tuvieras ganas de chillar... Prefiero tener el bolsillo lleno de cristales de colores que llevar los ojos de los pájaros de Ni-moya. Vamos, entra. Abrió la puerta de un pequeño flotador callejero aparcado junto a la estación terminal y dio un empujón a Inyanna para que tomara asiento. Después de sentarse, Liloyve tecleó un código en la placa de pago del flotador y el vehículo se puso en movimiento.

—Debemos este paseo a tu noble pariente —dijo Liloyve.

—¿Qué? ¿Quién?

—Calain, el hermano del duque. He usado su código de pago. Alguien se enteró del código el mes pasado, y somos muchos los que viajamos gratis, por cortesía de Calain.

En cuanto lleguen las facturas el secretario de Calain cambiará el número, claro, pero hasta entonces... ¿comprendes?

—Soy muy ingenua —dijo Inyanna—. Sigo creyendo que la Dama y el Rey ven nuestros pecados mientras dormimos y envían sueños para que nadie haga esas cosas.

—Eso se pretende que creas —replicó Liloyve—. Mata a alguien y tendrás noticias del Rey de los Sueños, eso está claro. Pero hay... ¿Cuánta gente hay en Majipur? ¿Dieciocho mil millones? ¿Treinta mil? ¿Cincuenta mil? ¿Crees que el Rey tiene tiempo de emporcar los sueños de cualquiera que da un paseo en un flotador callejero y no paga? ¿Lo crees?

—Pues...

—¿Crees que tiene tiempo para castigar a los que venden falsos títulos de propiedad de palacios que ya tienen dueño?

Las mejillas de Inyanna enrojecieron y sus ojos miraron a otra parte.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó con apagada voz.

—Ya hemos llegado. El Gran Bazar. ¡Sal!

Inyanna y Liloyve salieron a una amplia plaza con tres lados rodeados de imponentes torres y el cuarto delimitado por un edificio de escasa altura al que se accedía por una multitud de pétreos escalones, bajos y alargados. Cientos, quizá miles de personas con las elegantes túnicas blancas típicas de Ni-moya entraban y salían por la gran boca del edificio. Sobre el arco de la entrada había un altorrelieve de los tres pájaros simbólicos, de nuevo con joyas en los ojos.

—Ésta es la Puerta de Pidruid —dijo Liloyve—, una de las trece entradas. El Bazar comprende cuarenta kilómetros cuadrados, ¿sabes?... Es parecido al Laberinto, aunque no está tan enterrado, casi todo está a la altura de las calles. Corre como una serpiente por toda la ciudad, atraviesa otros edificios, va por debajo de algunas calles, entre edificios... Una ciudad dentro de una ciudad, podría decirse. Mi familia vive en el Bazar desde hace siglos. Somos ladrones hereditarios. Sin nosotros, los tenderos tendrían problemas muy graves.

—Yo tenía una tienda en Velathys. Allí no hay ladrones, y creo que nunca tuvimos necesidad de que hubiera —dijo secamente Inyanna mientras se dejaba arrastrar por los escalones para cruzar la entrada del Gran Bazar.

—Aquí es distinto —dijo Liloyve.

El Bazar se extendía en todas direcciones: un laberinto de estrechas galerías, pasillos, túneles y arcadas brillantemente iluminados, divididos y subdivididos en infinidad de minúsculos puestos de venta. En lo alto, una gran tira continua de luminotela amarilla se perdía a lo lejos, despidiendo un brillante fulgor gracias a su luminiscencia interna. Esa visión sorprendió a Inyanna más que todo lo que había visto hasta el momento en Ni-moya. De vez en cuando había vendido luminotela en su tienda, a tres reales el rollo, y ese tipo de tejido servía para decorar a lo sumo una habitación de reducidas dimensiones. Su alma se encogió al pensar en cuarenta kilómetros cuadrados de luminotela, y su mente, ágil como era para esos problemas, fue incapaz de calcular el precio. ¡Ni-moya! Hacer frente a tales excesos sólo era posible si se recurría a la risa.

Se adentraron en el Bazar. Las callejuelas eran idénticas. Todas abundaban en tiendas de porcelana, tejidos, vasijas y ropa de vestir, frutas, carne, hortalizas y bocados delicados, todas tenían una vinatería, un establecimiento de especias y una galería de piedras preciosas, en todas había un vendedor de salchichas a la parrilla, otro de pescado frito... Pero Liloyve sabía exactamente las bifurcaciones y canales que debía seguir, cuál de las innumerables e idénticas callejuelas conducían a su destino, porque avanzaba con resolución y rapidez, y sólo se detuvo para «comprar» la cena, es decir, para coger hábilmente un espetón de pescado de un mostrador o una botella de vino de otro. Los vendedores la vieron varias veces mientras robaba, y se limitaron a sonreír.

—¿No les importa? —dijo Inyanna, desconcertada.

—Me conocen. Pero te lo aseguro, los ladrones estamos muy bien considerados aquí. Nos necesitan.

—Ojalá lo comprendiera.

—Mantenemos el orden en el Bazar, ¿entiendes? Nadie roba aquí aparte de nosotros, y sólo cogemos lo que necesitamos. Vigilamos el lugar para que no actúen aficionados. ¿Qué pasaría, con estas muchedumbres, si un cliente de cada diez se llenara el bolso de mercancías? Pero nosotros nos mezclamos entre la gente, llenamos nuestros bolsillos y frenamos a los otros. Somos un número conocido. ¿Entiendes? Lo que cogemos es una especie de impuesto que pagan los comerciantes, una especie de sueldo que nos pagan para controlar a los que atestan las galerías. ¡Alto ahí!

Las últimas palabras no iban dirigidas a Inyanna, sino a un pilluelo de aproximadamente doce años, moreno y flaco como un palillo que estaba revolviendo cuchillos de caza en un baúl abierto. Con una rápida arremetida Liloyve cogió la mano del jovencito y, con el mismo movimiento, agarró los agitados tentáculos de un vroom no más alto que el muchacho que estaba oculto en las sombras a pocos pasos de distancia. Inyanna oyó que Liloyve hablaba en voz baja y violenta, pero no entendió una sola palabra. El encuentro concluyó en unos instantes, y el vroom y el chico se alejaron muy apenados.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Inyanna.

—Estaban robando cuchillos. El chico se los pasaba al vroom. Les he dicho que se fueran del Bazar ahora mismo, o mis hermanos cortarían los tentáculos del vroom y el chico tendría que comérselos fritos con aceite de estinnim.

—¿Habrían hecho eso?

—Claro que no. Representaría una vida de sueños avinagrados para cualquiera que lo hiciera. Pero ellos lo han entendido. Sólo ladrones autorizados pueden robar en este lugar. ¿Entiendes? Somos los agentes imperiales del Bazar, para que me entiendas. Somos indispensables. Mira, aquí vivo yo. Eres mi invitada.

## 5

Liloyve vivía en un sótano, en una vivienda de blanqueada piedra que formaba parte de un grupo de siete u ocho bajo un sector del Gran Bazar dedicado a vendedores de quesos y aceites. Una trampilla y una escalerilla de cuerda conducían a las habitaciones subterráneas. En cuanto inició el descenso, Inyanna fue incapaz de percibir los ruidos y el frenesí del Bazar, y el único recordatorio de lo que había arriba fue el olor, tenue pero indiscutible, a queso rojo de Stoienzar que traspasaba incluso las paredes de piedra.

—Nuestro cubil —dijo Liloyve.

Cantó una rítmica melodía y empezó a salir gente de las habitaciones, gente andrajosa, de mirada furtiva, casi todos bajitos y delgados, con un gran parecido a Liloyve, como si estuvieran hechos con materiales de calidad inferior.

—Mis hermanos Sidoun y Hanoun —dijo Liloyve—. Mi hermana Medill Faryun. Mis primos Avayne, Amayne y Athayne. Y éste es mi tío Agourmole, jefe de nuestro clan. Tío, ésta es Inyanna Forlana, de Velathys. Dos pillos ambulantes le vendieron Vista de Nissimorn por veinte reales. La he conocido en el barco. Vivirá con nosotros y trabajará de ladrona.

Inyanna se quedó sin aliento.

—Yo...

Agourmole, con desmesurada ceremonia, hizo un gesto típico de la Dama a modo de bendición.

—Eres de los nuestros. ¿Podrás vestir ropa de hombre?

—Sí, supongo que sí —contestó Inyanna, aturdida—. Pero no compren...

—Tengo un hermano más joven que yo que está inscrito en el gremio de ladrones. Vive en Avendroyne, con los cambiaspectos, y hace años que no se le ve en Ni-moya. Su nombre y su puesto son tuyos. Eso es más sencillo que pedir otra inscripción. Dame tu mano. —Inyanna no opuso resistencia. Las palmas del hombre estaban húmedas, y eran blandas. Agourmole la miró a los ojos y dijo en voz baja e intensa—: Tu verdadera vida acaba de empezar. Todo lo ocurrido hasta ahora ha sido un simple sueño. Ahora eres una ladrona de Ni-moya y tu nombre es Kulibhai. —Guiñó un ojo y agregó—: Veinte reales por Vista de Nissimorn es un precio excelente.

—Los di para pagar los gastos legales —dijo Inyanna—. Me explicaron que había heredado la mansión, gracias a la hermana de mi abuela.

—Si es cierto, tendrás que celebrar una gran fiesta en nuestro honor, en cuanto tomes posesión de la casa, para recompensar nuestra hospitalidad. ¿De acuerdo? —Agourmole se echó a reír—. ¡Avayne! ¡Vino para tu tío Kulibhai! ¡Sidoun, Hanoun, buscad ropa para él! ¡Venga, música! ¿Quién tiene ganas de bailar? ¡Quiero ver alegría! ¡Medill, prepara la cama del huésped!

El hombrecillo se agitó de modo irreprímible mientras iba dando órdenes. Inyanna, arrastrada por tan vehemente energía, aceptó un vaso de vino, dejó que un hermano de Liloyve le tomara medidas para una túnica y se esforzó en aprender de memoria el torrente de nombres que había pasado por su mente. Otras personas entraron en la habitación, más humanos, tres grisáceos yorts de rechonchas mejillas y, para sorpresa de Inyanna, una pareja de enjutos y silenciosos metamorfos. Aunque estaba acostumbrada a tratar con cambiaspectos en la tienda, no esperaba que Liloyve y su familia compartieran la vivienda con los misteriosos aborígenes. Pero quizá ladrones y metamorfos se consideraban razas aparte en Majipur, y por eso congeniaban.

La improvisada fiesta zumbó alrededor de Inyanna durante varias horas. La ex tendera pensó que los ladrones rivalizaban por conseguir sus favores, puesto que todos, uno a uno, se esforzaron en trabar amistad, le ofrecieron diversas chucherías, algún relato íntimo, cierto chismorreo confidencial. Para la descendiente de una antigua familia de tenderas, los ladrones eran enemigos naturales. Y sin embargo esas personas, aunque fueran miserables proscritos, reflejaban cordialidad, amistad y sinceridad, y eran los únicos aliados de Inyanna en una vasta e indiferente ciudad. Inyanna no tenía deseo alguno de aprender esa extraña profesión, pero sabía que la fortuna podía haberle deparado cosas peores que arrojarla al seno de la familia de Liloyve.

Durmió a ratos, tuvo vaporosos sueños inconexos y varias veces despertó sumida en total confusión, sin la menor idea de dónde se encontraba. Finalmente el agotamiento la dominó y cayó en un profundo sopor. Normalmente despertaba con el alba, pero el alba era un rincón desconocido en un lugar muy parecido a una cueva, y cuando el sueño la abandonó podía ser cualquier hora del día o de la noche.

Liloyve estaba delante de ella, sonriente.

—Debías estar cansadísima.

—¿He dormido mucho?

—Has dormido hasta que has terminado de dormir. Las horas necesarias, ¿no?

Inyanna observó el lugar. Vio señales de la fiesta —botellas y vasos vacíos, prendas desperdigadas— pero los demás se habían ido. Tenían que hacer la ronda de la mañana, explicó Liloyve. Después de lavarse y vestirse, las dos jóvenes salieron al maelstrom del Bazar. De día era tan bullicioso como la noche anterior, pero tenía un aspecto menos mágico con luz ordinaria, poseía una atmósfera menos densa, menos cargada de electricidad. Era un vasto y atestado almacén, mientras que la noche anterior Inyanna pensó hallarse en un enigmático y autónomo universo. Sólo se detuvieron en tres o cuatro tiendas para robar el desayuno: Liloyve se sirvió resueltamente y entregó el botín a la avergonzada y vacilante Inyanna. Después, tras abrirse paso en la increíble complejidad

del laberinto (Inyanna pensó que jamás conseguiría aprenderse el recorrido) encontraron de repente el aire puro del mundo exterior.

—Hemos salido por la Puerta de Piliplok —dijo Liloyve—. De aquí a las oficinas del pontificado hay muy poco trecho.

Un paseo breve pero asombroso, porque en todos los rincones había nuevas maravillas. En una espléndida avenida Inyanna vio un brillante chorro de luz, un segundo sol que brotaba del pavimento. Liloyve le explicó que era el principio del Bulevar de Cristal, que brillaba día y noche gracias al fulgor de unos reflectores giratorios. Cruzaron otra calle e Inyanna avistó un edificio que únicamente podía ser el palacio del duque de Ni-moya, situado muy hacia el este en la gran ladera de la ciudad, donde el Zimr describía una brusca curva. Era una cenecña columna de piedra cristalina sobre una amplia base de numerosos pedestales, enorme pese a la distancia, y rodeada por un parque que era una alfombra de verdor. Doblaron otra esquina, e Inyanna observó algo parecido al irregular capullo de la crisálida de cierto insecto fabuloso, pero con una longitud que superaba los mil metros, suspendido sobre una avenida increíblemente ancha.

—La Galería Telaraña —dijo Liloyve—, el sitio donde los ricos compran sus juguetes. A lo mejor un día gastas tu dinero en esas tiendas. Pero no hoy. Ya hemos llegado: Paseo Rodamaunt. Pronto aclararemos lo de tu herencia.

La calle era amplia y curvada, con torres de lisa fachada e idéntica altura a un lado, y una sucesión de edificios altos y bajos al otro. Los últimos eran, al parecer, edificios oficiales. Inyanna se asustó al ver tanta complejidad, y de haber estado sola habría errado durante horas, confusa, sin atreverse a entrar. Pero Liloyve averiguó los misterios del lugar con una serie de rápidas pesquisas y guió a Inyanna por los pasillos y recovecos de un laberinto poco menos intrincado que el Gran Bazar. Por fin se sentaron en un banco de madera de una sala de espera brillantemente iluminada, y contemplaron los nombres que aparecían y desaparecían en un tablón de anuncios. Al cabo de media hora surgió el nombre de Inyanna en el tablero.

—¿Es ésta la sección de validación? —preguntó Inyanna en el momento de entrar.

—Al parecer no existe nada con ese nombre —dijo Liloyve—. Aquí están los agentes imperiales. Si alguien puede ayudarte, son ellos.

Un yort de aspecto severo, inflado y de ojos saltones como casi todos sus hermanos de raza, inquirió el motivo de la consulta, e Inyanna, primero vacilante, luego verbosa, explicó la historia: los desconocidos de Ni-moya, la asombrosa revelación de la herencia, los documentos, el sello pontificio, los veinte reales para gastos. El yort, durante la exposición, fue hundiéndose detrás del escritorio, se frotó las mejillas y, de forma desconcertante, hizo girar sus grandes ojos globulares, primero uno, luego otro. Cuando Inyanna acabó, el funcionario cogió el recibo que le tendía la joven y pasó sus gruesos dedos por los bordes del sello imperial, muy pensativo.

—Con usted ya son diecinueve los demandantes de Vista de Nissimorn que se han presentado en Ni-moya este año —dijo tristemente—. Habrá más, me temo. Habrá muchos más.

—¿Diecinueve?

—Que yo sepa. Es posible que otros no se hayan tomado la molestia de comunicar el fraude a los agentes imperiales.

—El fraude —repitió Inyanna—. ¿Es un fraude? Los documentos que me enseñaron, la genealogía, los papeles que llevaban mi nombre... ¿Viajaron nada menos que de Ni-moya a Velathys simplemente para timarme veinte reales?

—Oh, no simplemente para timarla a usted —dijo el yort—. Seguramente habrán tres o cuatro herederos de Vista de Nissimorn en Velathys, otros cinco en Narabal, siete en Til-omon, una docena en Pidruid... Cuesta poco trabajo obtener genealogías, ¿sabe usted? Igual que falsificar los documentos y llenar los huecos en blanco. Veinte reales de ésta,

treinta de aquél... Una bonita forma de ganarse la vida si uno va moviéndose, ¿comprende?

—Pero... ¿cómo es posible? ¡Estas cosas van contra la Ley!

—Cierto —convino cansinamente el yort.

—Y el Rey de los Sueños...

—Castigaré a los culpables con suma severidad, puede estar segura de ello. Y nosotros les aplicaremos las correspondientes sanciones civiles en cuanto los detengamos. Sería una gran ayuda que describiera a esos individuos.

—¿Y mis veinte reales?

El yort se encogió de hombros.

—¿No hay esperanzas de recuperar un solo peso? —dijo Inyanna.

—Ninguna.

—¡Entonces lo he perdido todo!

—En nombre de su majestad, le ofrezco mi más sincera condolencia —dijo el yort, y ahí concluyó la entrevista. Una vez fuera, Inyanna tuvo un repentino impulso.

—¡Llévame a Vista de Nissimorn! —dijo a Liloyve.

—No seguirás creyendo que...

—¿Que me pertenece? No, claro que no. ¡Pero quiero verlo! ¡Quiero saber qué clase de lugar me vendieron por veinte reales!

—¿Por qué quieres atormentarte?

—Por favor —dijo Inyanna.

—De acuerdo, vamos —contestó Liloyve.

Liloyve llamó un flotador callejero y tecleó las instrucciones. Con los ojos muy abiertos, Inyanna observó el panorama, maravillada, mientras el vehículo avanzaba por las nobles avenidas de Ni-moya. Con el calor del sol de mediodía todo estaba bañado en luz, y la ciudad resplandecía, no con el gélido fulgor de la cristalina Dulorn sino con un esplendor vibrante y agradable que se reflejaba en las calles y en las blanqueadas fachadas. Liloyve describió los lugares más notables que encontraron en el camino.

El Museo Universal —dijo al tiempo que señalaba con el dedo una gran estructura coronada por una diadema de cúpulas de vidrio—. Tesoros de mil planetas, incluso algunos objetos de Vieja Tierra. Y ese edificio es el Salón de la Magia, también una especie de museo. Nunca lo he visitado. Y allí... ¿ves los tres pájaros de la ciudad en la fachada?... el Palacio de la Ciudad, donde vive el alcalde.

El vehículo dio la vuelta para descender hacia el río.

—Los restaurantes flotantes están en esta parte del puerto —dijo Liloyve mientras su mano describía un amplio arco—. Hay nueve, parecidos a islotes. He oído decir que te ofrecen platos de todas las provincias de Majipur. Algún día comeremos en esos sitios, en los nueve, ¿eh?

Inyanna sonrió tristemente.

—Me gustaría pensar así.

—No te preocupes. Tenemos toda una vida por delante, y la vida de ladrona es cómoda. Recorreré todas las calles de Ni-moya antes de morir, y tú puedes acompañarme. En Gimbeluc, cerca de las montañas, ¿sabes?, está el Parque de Bestias Fabulosas, con animales que ya no existen en las selvas: sigimoines, galvares, dimiliones... Y está el Palacio de la Ópera, donde actúa la orquesta municipal... ¿has oído hablar de la orquesta de Ni-moya? Mil instrumentos, no hay nada parecido en el universo... Y también tenemos... ¡Oh, ya hemos llegado! Bajaron del flotador. Inyanna vio que el río estaba cerca. Ante ella se extendía el Zimr, el gran río, tan ancho en esa zona que apenas se distinguía la otra orilla, y era muy difícil ver la verde línea de Nissimorn en el horizonte. A la izquierda había una empalizada de varas metálicas dos veces más alta que un hombre normal. Las varas estaban separadas dos o tres metros y unidas por una malla nebulosa, casi invisible, que emitía un siniestro zumbido. Al otro lado de esa valla



había un jardín de sorprendente belleza: elegantes arbustos con flores de color oro, turquesa y escarlata, y un césped tan podado que parecía estar pintado en el suelo. Más lejos, el terreno empezaba a ascender, y la mansión ocupaba un saliente rocoso con vista al puerto. Era un edificio de hermoso tamaño, con las paredes blancas según el estilo de Ni-moya, en cuya construcción se había hecho uso de casi todas las técnicas de suspensión e iluminación típicas de la ciudad, con pórticos que flotaban en el aire (ésta era la impresión) y balcones que sobresalían asombrosas distancias de la fachada. Igual que el Palacio Ducal (visible no muy lejos orilla abajo, esplendorosamente erguido sobre su pedestal). Vista de Nissimorn fue juzgado por Inyanna como el edificio más bello que había visto hasta la fecha en Ni-moya. ¡Y era el edificio que creía haber heredado! Se echó a reír. Corrió a lo largo de la empalizada, con esporádicas detenciones para contemplar la mansión desde diversos ángulos. Y la risa brotó de su garganta como si alguien le hubiera revelado la verdad más recóndita del universo, la verdad que explica los secretos del resto de verdades y que en consecuencia debe provocar un torrente de carcajadas. Liloyve fue detrás de Inyanna, gritándole que se detuviera, pero ésta corría como una posesa. Finalmente llegó a la puerta principal, donde dos gigantescos skandars con immaculadas libreas blancas montaban guardia, con todos los brazos cruzados en un gesto categórico y dominante. Inyanna siguió riendo. Los skandars fruncieron el ceño. Liloyve, que llegaba en ese mismo momento, tiró de la manga de Inyanna y la instó a que se fuera antes de que surgieran complicaciones.

—Espera —dijo Inyanna, jadeante. Se acercó a los skandars—. ¿Sois siervos de Calain de Ni-moya? La miraron sin verla, y guardaron silencio.

—Decid a vuestro amo —continuó Inyanna, impasible— que Inyanna de Velathys ha estado aquí para ver la mansión, y que lamenta no tener tiempo para entrar a comer. Gracias.

—¡Vamonos! —musitó Liloyve.

El enojo empezaba a reemplazar a la indiferencia en los peludos rostros de los imponentes guardianes. Inyanna los saludó graciosamente, se echó a reír otra vez e hizo una señal a su amiga. Corrieron hacia el flotador, y Liloyve acabó participando en el incontrolable jolgorio.

## 6

Iba a transcurrir mucho tiempo antes de que Inyanna volviera a ver la luz del sol de Ni-moya, puesto que debía iniciar su nueva vida de ladrona en las entrañas del Gran Bazar. Al principio no tenía intención de adoptar la profesión de Liloyve y la familia de ésta. Pero consideraciones prácticas no tardaron en superar sus remilgos morales. Carecía de medios para regresar a Velathys, y además, después de los primeros vislumbres de Ni-moya, no tenía deseos de hacer tal cosa. Nada la aguardaba en Velathys aparte de una vida vendiendo menudencias, cola, clavos, satén de imitación y linternas de Til-omon. Pero si se quedaba en Ni-moya necesitaba ganarse la vida. No conocía otro oficio que no fuera el de tendera, y sin capital no podía abrir una tienda. Pronto se acabaría todo su dinero, no pensaba vivir de la caridad de sus nuevas amistades y no tenía otras perspectivas. Estaban ofreciéndole un puesto en una sociedad distinta y parecía aceptable emprender una vida de hurtos, por muy extraña que fuera para su forma de pensar anterior, puesto que aquellos charlatanes embaucadores le habían robado todos sus ahorros. En consecuencia Inyanna dejó que la vistieran con una túnica masculina —ella era una mujer alta, y un poco desgarrada, detalles suficientes para dar credibilidad al engaño— y con el nombre de Kulibhai, hermano del maestro de ladrones Agourmole, entró en el gremio de éste.

Liloyve fue su mentora. Durante tres días Inyanna la siguió por el Bazar y la observó atentamente mientras los ágiles dedos de ésta hurtaban artículos. A veces el método era muy tosco: Liloyve se probaba una capa y se esfumaba entre el gentío. Otras veces eran auténticas exhibiciones de prestidigitación en arcones y mostradores. Y de vez en cuando se precisaban meditados engaños, como embaucar a un repartidor con la promesa de un beso o algo mejor mientras un cómplice se alejaba con la carretilla llena de productos. Al mismo tiempo había que cumplir con la obligación de evitar robos de aficionados. En dos ocasiones durante esos tres días, Inyanna vio a Liloyve cumplir esa tarea: una mano en la muñeca del otro, una mirada fría e iracunda, enérgicas palabras musitadas... y en ambos casos hubo temor, disculpas, apresurada retirada. Inyanna dudaba que ella tuviera valor para hacerlo. Era un quehacer más difícil que robar, y tampoco estaba segura de adaptarse al robo.

—Quiero una botella de leche de dragón y dos de vino dorado de Piliplok —le dijo Liloyve el cuarto día.

—¡Deben valer un real cada una! —contestó Inyanna, consternada.

—Cierto.

—Quiero empezar robando salchichas.

—Eso no es más difícil que robar vinos raros —dijo Liloyve—. Y mucho menos provechoso.

—No estoy preparada.

—Piensas que no lo estás. Ya has visto cómo se hace. Tú puedes hacerlo. Ese miedo es absurdo. Tienes alma de ladrona, Inyanna.

Inyanna reaccionó furiosamente.

—¿Cómo te atreves a...?

—¡Calma, calma, sólo era un cumplido! Inyanna asintió.

—Aunque así sea. Creo que te equivocas.

—Y yo creo que te subestimas —dijo Liloyve—. Hay aspectos de tu carácter que son más visibles para otras personas que para ti misma. Yo los vi el día que visitamos Vista de Nissimorn. Bueno, venga. Roba una botella de dorado de Piliplok, otra de leche de dragón y basta de parloteo. Si quieres ser ladrona de nuestro gremio, empieza ahora.

No había escape posible. Pero tampoco había motivo para arriesgarse a hacerlo sola. Inyanna pidió a un primo de Liloyve, Athayne, que la acompañara, y juntos llegaron contoneándose a una vinatería del Pasaje Ossier: dos varones jóvenes dispuestos a pagarse algún gozo. Una extraña calma dominaba a Inyanna. Se prohibió pensar en temas no pertinentes, como moralidad, derecho de propiedad o miedo al castigo. Sólo había una tarea que considerar: un rutinario trabajo de latrocinio. En otro tiempo su profesión había sido vender, ahora era robar en las tiendas, y era absurdo complicar la situación con vacilaciones filosóficas.

Un gayrog estaba detrás del mostrador de la vinatería: ojos helados que jamás pestañeaban, piel lustrosa y escamosa, carnoso cabello que no dejaba de retorcerse. Inyanna, con la voz más grave que podía fingir, se interesó por el precio de la leche de dragón en frascuito, botella y botellón. Mientras tanto Athayne se dedicó a mirar los baratos vinos rosados del centro del continente. El gayrog indicó precios. Inyanna expresó sobresalto. El gayrog hizo un gesto de indiferencia. Inyanna levantó un frasco, estudió el líquido de color azul claro y frunció el ceño.

—Es más oscura que la calidad normal —dijo.

—Varía de un año a otro. Y de un dragón a otro.

—Lo lógico sería que estas cosas fueran siempre igual.

—El efecto siempre es igual —dijo el gayrog. En sus ojos de reptil había el equivalente gayrog a una mirada lasciva y presuntuosa—. Unos sorbos, amigo mío, y estará en forma toda la noche.

—Déjeme pensarlo —dijo Inyanna—. Un real es una suma importante, aunque los efectos sean tan prodigiosos.

Era la señal convenida con Athayne, que se volvió hacia el vendedor.

—Este vino de Mazadone —dijo—, ¿cuesta tres coronas el botellón? Estoy seguro de que la semana pasada valía dos.

—Si lo encuentra a ese precio, cómprelo —respondió el gayrog.

Athayne arrugó la frente, fingió que iba a poner la botella en la estantería, tropezó, cayó y tiró media hilera de botellines. El gayrog silbó de cólera. Athayne, sin dejar de disculparse, hizo torpes movimientos para arreglar el desaguisado, y tiró más botellas. El gayrog corrió hacia la estantería dando gritos. Él y Athayne tropezaron mientras intentaban restaurar el orden, y en ese instante Inyanna se metió en la túnica el frasco de leche de dragón y escondió una botella de dorado de Piliplok.

—Creo que preguntaré precios en otro sitio —dijo en voz alta, y se fue.

Asunto concluido. Inyanna se controló para no echar a correr, aunque le ardían las mejillas y estaba segura de que todos los transeúntes sabían que ella era una ladrona, que los otros tenderos del pasaje estallarían de cólera y saldrían a cogerla y que el mismo gayrog iba a perseguirla dentro de un instante. Pero llegó hasta la esquina sin ninguna dificultad, dobló a la izquierda, localizó la calle de cosméticos y perfumes, la recorrió y entró en la sección de quesos y aceites donde aguardaba Liloyve.

—Quédate con esto —dijo Inyanna—. Abrasan tanto que me están perforando el pecho.

—Buen trabajo —comentó Liloyve—. ¡Esta noche beberemos el dorado en tu honor!

—¿Y la leche de dragón?

—Para ti —dijo Liloyve—. Compártela con Calain, la noche que te invite a cenar en Vista de Nissimorn.

Esa noche Inyanna estuvo en vela varias horas, temerosa de dormir, porque al dormirse llegarían los sueños y con éstos los castigos. El vino se había acabado, pero el frasco de leche de dragón se encontraba bajo la almohada, e Inyanna ansiaba salir a escondidas y devolverlo al gayrog. Siglos de antepasados tenderos oprimían su alma. Una ladrona, pensó, una ladrona, una ladrona, soy una ladrona de Ni-moya. ¿Qué derecho tenía a coger esas cosas? ¿Qué derecho tenían, se respondió, los hombres que te robaron los veinte reales? Pero, ¿qué tiene que ver eso con el gayrog? Si ellos me roban, si yo utilizo eso como excusa para robar al gayrog, y el gayrog se resarce con cosas de otra persona, ¿dónde termina la cadena, cómo puede sobrevivir la sociedad? Que la Dama me perdone, pensó Inyanna. El Rey de los Sueños flagelará mi espíritu. Pero acabó durmiéndose. No podía estar en vela eternamente, y los sueños que tuvo fueron maravillosos y majestuosos: se deslizó separada del cuerpo por las grandes avenidas de la ciudad, por el Bulevar de Cristal, por el Museo Universal, por la Galería Telaraña, y llegó a Vista de Nissimorn, donde el hermano del duque pidió su mano. El sueño dejó asombrada a Inyanna porque era imposible juzgarlo como un sueño de castigo. ¿Y la moralidad? ¿Y la conducta correcta? El robo era contrario a todas sus creencias. Sin embargo, parecía que el destino le tenía reservado el oficio de ladrona. Todo lo ocurrido en el último año la había dirigido hacia esa meta. Quizá era voluntad del Divino que ella fuera lo que era. Inyanna sonrió. ¡Qué cinismo! Pero así estaban las cosas. Ella no opondría resistencia al destino.

Inyanna hizo numerosos robos, y los hizo bien. Su primera y terrible aventura en el mundo del robo tuvo continuación en muchas otras durante los siguientes días. Vagó libremente por el Gran Bazar, a veces acompañada de cómplices, a veces sola,

sirviéndose lo que le apetecía. Fue tan fácil que casi llegó a pensar que no era un delito. El Bazar siempre estaba atestado: la población de Ni-moya, al parecer, se acercaba a los treinta millones de habitantes, y era como si todos estuvieran constantemente en los locales comerciales. Había un constante, aplastante flujo de gente. Los vendedores eran muy descuidados dado el acoso que sufrían; siempre estaban atormentados por preguntas, discusiones, clientes difíciles, inspectores. Actuar entre el río de seres, cogiendo todo lo que se deseaba, apenas era difícil.

La mayor parte del botín se vendía. Un ladrón profesional podía conservar algún artículo para su uso personal, y siempre comía mientras trabajaba, pero casi todo lo robaba con la intención de efectuar una inmediata reventa. Esa tarea era responsabilidad de los yorts que vivían con la familia de Agourmole. Eran tres, Beyork, Hankh y Mozinhunt, y formaban parte de una amplia red de distribución de genero hurtado, una cadena de yorts que sacaban mercancías del Bazar y las introducían en canales de venta al por mayor (muchas veces el producto robado era adquirido otra vez por el mismo comerciante que había sufrido el robo). Inyanna no tardó en aprender qué cosas interesaban a los yorts y qué artículos no merecían fatigas. Puesto que era nueva en Ni-moya, Inyanna tuvo especiales facilidades en su trabajo. No todos los comerciantes del Gran Bazar se mostraban complacientes con el gremio de ladrones, y algunos conocían de vista a Liloyve, Athayne, Sidoun y otros miembros de la familia y les ordenaban salir de la tienda en el mismo instante que los veían. Pero el joven que se llamaba Kulibhai era desconocido en el Bazar, y puesto que Inyanna elegía todos los días un sector distinto del casi infinito lugar, pasarían años antes de que las víctimas llegaran a familiarizarse con ella.

Los riesgos del trabajo no provenían tanto de los vendedores, empero, como de los ladrones de otras familias. Estos últimos tampoco conocían a Inyanna, y su vista era más rápida que la de los tenderos. Tres veces durante los diez primeros días Inyanna fue sorprendida por otro ladrón. Al principio era terrible notar una mano apretada en la muñeca. Pero Inyanna conservaba la serenidad y, mirando al otro sin pánico, se limitaba a decir, «Estás cometiendo un abuso. Soy Kulibhai, hermano de Agourmole». El rumor se propagó con rapidez. Después del tercer incidente de ese tipo, Inyanna no sufrió más molestias.

Hacer ella misma esas intervenciones fue problemático. Al principio le era imposible diferenciar a los ladrones legítimos de los ilegítimos, y dudaba en el momento de aferrar la muñeca de alguien que, por lo que ella sabía, podía haber estado hurtando en el bazar desde los tiempos de lord Kinniken. Con el tiempo le fue sorprendentemente fácil detectar los hurtos, pero si no iba acompañada de otro ladrón del clan de Agourmole para consultarle, no tomaba medidas. Poco a poco fue conociendo a muchos ladrones autorizados de otras familias, pero prácticamente todos los días veía un rostro desconocido que manoseaba los artículos de algún vendedor, y por fin, después de varias semanas en el Bazar, Inyanna se sintió impulsada a actuar. Si topaba con un ladrón auténtico, siempre podía pedir perdón. Pero la esencia del sistema era que ella era vigilante además de ladrona, y sabía que no estaba cumpliendo la primera tarea. Inyanna actuó por primera vez con una mugrienta jovencita que estaba robando verduras; apenas tuvo tiempo para abrir la boca, porque la chica soltó el botín y huyó aterrorizada. El siguiente caso fue el de un ladrón veterano, un pariente lejano de Agourmole que le explicó amistosamente el error que había cometido. Y el tercer ladrón, desautorizado pero impasible, respondió a las palabras de Inyanna con despreciativas maldiciones y veladas amenazas; Inyanna replicó, tranquila y falsamente, que otros siete ladrones del gremio estaban observando y tomarían inmediatas medidas si había problemas. Después de este incidente Inyanna perdió el miedo, y actuó con gran resolución y confianza siempre que le pareció apropiado.

Tampoco los robos turbaron su conciencia, después de superado el aprendizaje. Le habían enseñado a temer la venganza del Rey de los Sueños si se aventuraba en el pecado —pesadillas, tormentos, fiebre en el alma en cuanto cerrara los ojos— pero una de dos: o el Rey no consideraba pecado esta clase de ratería, o él y sus sirvientes no tenían tiempo para ocuparse de Inyanna por tener que castigar a peores criminales. Fuera cual fuera el motivo, el Rey no hizo ningún envío a la ex tendera. De vez en cuando Inyanna soñaba con él, un viejo y feroz ogro que emitía malas noticias desde el ardiente desierto de Suvrael, mas eso no era anormal; el Rey se introducía de tiempo en tiempo en los sueños de todos los ciudadanos, y ello carecía de importancia. Algunas veces Inyanna soñó también con la bendita Dama de la Isla, la apacible madre de la Corona, Lord Malibor, y tuvo la impresión de que aquella dulce mujer sacudía tristemente la cabeza, como si quisiera decir que estaba muy desilusionada con su hija Inyanna. Pero la Dama estaba facultada para hablar con más vigor a las personas que se habían apartado de su camino, y no había hablado así a Inyanna. Falta de corrección moral, la nueva ladrona no tardó en considerar su profesión como algo natural. No era un delito, se trataba de una simple redistribución de artículos. Al fin y al cabo, nadie sufría graves perjuicios.

Un día aceptó como amante a Sidoun, el hermano mayor de Liloyve. Era un joven de menor estatura que Inyanna, y tan huesudo que era difícil abrazarle sin hacerse daño. Pero se trataba de un hombre amable y considerado, que tocaba muy bien el arpa de bolsillo y cantaba viejas baladas con una clara voz de tenor. Cuanto más salía con él a robar, más agradable le resultaba su compañía. Se hicieron ciertos arreglos en el cubil de Agourmole, y los amantes pudieron pasar juntos las noches. Liloyve y el resto de ladrones consideraron encantador el inesperado acontecimiento.

Acompañada de Sidoun, Inyanna erró cada vez más lejos por la gran ciudad. Eran tan eficientes actuando en equipo que a menudo completaban su cupo de hurtos en un par de horas, y así tenían libre el resto de la jornada, porque no era conveniente exceder el cupo personal: el contrato social del Gran Bazar permitía a los ladrones robar ciertas cantidades de artículos, y nada más, con impunidad. De ese modo Inyanna hizo excursiones a las deliciosas afueras de Ni-moya. Uno de sus lugares favoritos era el Parque de Bestias Fabulosas del montañoso barrio de Gimbeluc, donde se podía pasear entre animales de otras eras, desalojados de sus dominios por el avance de la civilización en Majipur. Inyanna vio rarezas tales como dimiliones de temblorosas patas, frágiles tajahojas de largo cuello que doblaban la estatura de un skandar, delicados sigimoines que andaban de puntillas y tenían peludas colas a ambos lados, y los torpes zampidunes de enorme pico que en otros tiempos oscurecían el cielo de Ni-moya cuando volaban en grandes bandadas y que en la actualidad sólo existían en el parque y en los emblemas oficiales de la ciudad. Mediante cierta magia ideada en tiempos remotos, la proximidad de una de esas criaturas iba acompañada por voces que surgían del suelo para informar a los visitantes del nombre y hábitat original del animal correspondiente. Además el parque poseía claros encantadoramente apartados, donde Inyanna y Sidoun pasearon cogidos de la mano sin apenas hablar, ya que éste era hombre de pocas palabras.

En varias ocasiones dieron paseos en barco por el Zimr y por el lado de Nissimorn, y visitaron la garganta del cercano río Steiche; un larguísimo recorrido por ese río les habría llevado al prohibido territorio de los cambiaspectos. Pero se trataba de un viaje río arriba de muchas semanas, y la pareja sólo llegó a los pueblos pesqueros de los líis, al sur de Nissimorn, donde compraron pescado fresco para merendar en la playa, nadar y tumbarse al sol. En noches sin luna visitaron el Bulevar de Cristal, donde los reflectores giratorios formaban deslumbrantes dibujos de luz, y contemplaron asombrados las cajas propagandísticas de las grandes compañías de Majipur, un museo callejero de costosos productos, una exhibición tan espléndida y exuberante que ni el ladrón más arrojado se atrevía a cometer un robo. Y la pareja cenó con frecuencia en los restaurantes flotantes, algunas veces acompañados por Liloyve, que gozaba en estos lugares más que en

cualquier otro sitio de la ciudad. Todas las islas eran copias en miniatura de remotos territorios del planeta. Plantas y animales característicos medraban en ellas, y platos y vinos eran una peculiaridad del lugar. Había un restaurante de la ventosa Piliplok, donde los habitantes que podían permitírselo comían carne de dragón marino, otro de la húmeda Narabal con sus ricas bayas y suculentos helechos, otro de la soberbia Stee en el Monte del Castillo, otro de Stoién, otro de Pidruíd, otro de Til-omon... pero ninguno de Velathys se enteró Inyanna sin sorpresa alguna. Tampoco la capital metamorfa, Iirivoyne, gozaba del privilegio de estar representada en una isla, ni la soleada y cruel Tolaghái de Suvrael, porque Tolaghái e Iirivoyne eran lugares aborrecidos por casi todos los habitantes de Majipur, y Velathys pasaba inadvertida.

Sin embargo, el lugar favorito de Inyanna entre todos los que visitó con Sidoun en esas tardes y noches de ocio fue la Galería Telaraña. Ese edificio de casi dos kilómetros de longitud, suspendido a gran altura sobre la calle, contenía las tiendas más elegantes de Ni-moya, es decir las más elegantes del continente de Zimroel y de Majipur si se exceptuaban las opulentas ciudades del Monte del Castillo. Cuando iban allí, Inyanna y Sidoun vestían su mejor ropa, robada en los más selectos establecimientos del Gran Bazar, que no era nada comparada con las prendas exhibidas por los aristócratas, pero sí muy superior a su vestimenta cotidiana. Inyanna disfrutaba librándose de las prendas masculinas que llevaba para desempeñar el papel de Kulibhai el ladrón; en esas visitas podía vestir apretadas túnicas de color púrpura y verde, y dejarse suelto el largo cabello rojo. Con las puntas de los dedos suavemente apretadas a las manos de Sidoun, Inyanna recorrió el gran paseo de la Galería y se permitió el placer de fantasear mientras examinaba joyas, antifaces de plumas, pulidos amuletos y chucherías metálicas que estaban a la venta, por dos puñados de relucientes reales, para los realmente ricos. Ninguno de esos objetos sería suyo nunca, e Inyanna lo sabía, porque un ladrón que progresara tanto como para darse esos lujos sería un peligro para la estabilidad del Gran Bazar. Pero bastaba con el gozo de limitarse a ver los tesoros de la Galería Telaraña, y aparentar.

En una de estas salidas a la Galería Telaraña, Inyanna se cruzó por casualidad con Calain, hermano del duque.

## 8

Naturalmente Inyanna no tenía la menor idea de lo que iba a pasar. Lo único que pensó es que iba a hacer un inocente flirteo, parte de la aventura en la fantasía que una visita a la Galería debía ser. Era una apacible noche de finales de verano y ella vestía una de sus túnicas más ligeras, un simple tejido menos substancial que la misma telaraña de la Galería. Y ella y Sidoun se hallaban en la tienda de tallas de hueso de dragón, examinando las extraordinarias obras maestras, no mayores que un pulgar, de un capitán de barco, un skandar que creaba enredos de astillas de marfil, piezas totalmente increíbles. En ese momento entraron en el local cuatro hombres con típicas vestimentas de la nobleza. Sidoun se ocultó al momento en un oscuro rincón, porque sabía que su ropa, su porte y el corte de su cabello no le señalaban como igual de los recién llegados. Pero Inyanna, consciente de que las líneas de su cuerpo y la serena mirada de sus ojos verdes podían compensar toda clase de deficiencias de porte, se atrevió a permanecer ante el mostrador. Uno de los hombres observó la talla que la joven tenía en la mano.

—Si la compra —dijo—, obrará muy bien.

—Aún no estoy decidida —replicó Inyanna.

—¿Me permite verla?

Inyanna puso la talla suavemente en la palma del otro, y al mismo tiempo hizo que sus ojos entraran en descarado contacto con los del desconocido. Éste sonrió, pero dedicó

toda su atención a la pieza de marfil, la esfera de Majipur hecha con deslizantes fragmentos de hueso.

—¿Qué vale? —preguntó al propietario al cabo de unos momentos.

—Obsequio de la casa —respondió el vendedor, un enjuto y austero gayrog.

—Perfectamente. Y un obsequio mío para usted —dijo el noble, volviendo a poner la chuchería en la mano de la atónita Inyanna. La sonrisa del desconocido era más íntima—. ¿Es usted de Ni-moya? —preguntó tranquilamente.

—Vivo en Strelain —dijo Inyanna.

—¿Suele cenar en la Isla de Narabal?

—Cuando estoy de humor.

—Perfecto. ¿Le gustaría estar allí mañana con la puesta de sol? Encontrará a alguien ansioso de conocerla.

Reprimiendo su sorpresa, Inyanna asintió. El noble hizo una inclinación de cabeza y se volvió. Compró tres minúsculas tallas, dejó una bolsa de monedas en el mostrador y se marchó con sus tres acompañantes. Inyanna contempló maravillada la obra de arte que tenía en la mano. Sidoun salió de las sombras.

—¡Eso vale diez reales! ¡Véndelo al mismo comerciante!

—No —dijo ella. Y dirigiéndose al vendedor inquirió—: ¿Quién era ese hombre?

—¿No lo conoce?

—Si lo conociera no le preguntaría su nombre.

—Claro, claro. —El gayrog emitió silbidos—. Es Durand Livolk. Es el chambelán del duque.

—¿Y los otros tres?

—Dos están al servicio del duque, y el tercero es compañero del hermano del duque, Calain.

—Ah —dijo Inyanna. Levantó la esfera de marfil—. ¿Podría montar esto en una cadena?

—Sólo tardaré un momento.

—¿Qué valdrá una cadena digna de este objeto? El gayrog le lanzó una larga, calculadora mirada.

—La cadena es un simple accesorio de la talla. Y puesto que la talla fue un obsequio, así será con la cadena.

El vendedor dispuso finos eslabones de oro en la bola de marfil y metió la joya en una cajita de reluciente piel de estaca.

—¡Por lo menos veinte reales, con la cadena! —murmuró Sidoun, perplejo, en cuanto salieron de la tienda—. ¡Llévalo a esa tienda y véndelo, Inyanna!

—Es un obsequio —dijo ella tranquilamente—. Lo luciré mañana por la noche, cuando cene en la Isla de Narabal.

Pero no podía acudir a la cena con la túnica que llevaba puesta. Y encontrar otra tan fina y elegante en las tiendas del Gran Bazar precisó dos horas de diligente trabajo al día siguiente. Pero por fin Inyanna encontró una que era lo más próximo a la desnudez y empero envolvía todo su cuerpo en misterio. Ésa fue la túnica que vistió en la Isla de Narabal, con la talla de marfil suspendida entre sus pechos.

En el restaurante no fue preciso identificarse. Al salir del transbordador, Inyanna fue recibida por un vroom serio y señorial vestido con librea ducal, que la guió por las exuberantes arboledas de parras y helechos hasta llegar a un umbroso cenador, apartado y fragante, en una parte de la isla separada del sector principal por densas espesuras. Tres personas aguardaban a Inyanna en una fulgurante mesa de madera de flor nocturna bajo una maraña de enredaderas cuyos tallos, gruesos y pilosos, soportaban el peso de enormes flores globulares de color azul. Uno de los presentes era Durand Livolk, el hombre que había regalado a Inyanna la talla de marfil. Había una mujer, esbelta y morena, tan elegante y resplandeciente como la misma mesa. Y el tercer comensal era un

hombre que casi doblaba la edad de Inyanna, de constitución delicada, con finos labios muy apretados y suaves facciones. Los tres iban vestidos con tanto esplendor que Inyanna imaginó ir vestida con andrajos. Durand Livolk se levantó tranquilamente y se acercó a la recién llegada.

—Esta noche la encuentro más encantadora todavía —murmuró—. Bien, ahora conocerá a unos amigos. Ésta es mi compañera, lady Tisiorne. Y éste...

El hombre de frágil aspecto se levantó.

—Soy Calain de Ni-moya —se limitó a decir, en voz suave y dulce.

Inyanna se sintió confusa, pero sólo un momento. Había pensado que el chambelán del duque se interesaba por ella, y en ese instante comprendió que Durand Livolk sólo la había invitado en nombre del hermano del duque. Esa revelación encendió indignación en Inyanna, pero el fuego se apagó enseguida. ¿Por qué ofenderse? ¿Cuántas jóvenes de Ni-moya tenían la oportunidad de cenar en la Isla de Narabal con el hermano del duque? Si alguien creía que estaba utilizándola, muy bien. También ella pretendía aprovecharse del intercambio.

Había un lugar disponible para ella junto a Calain. Inyanna se sentó y el vroom llegó con una bandeja de licores, todos desconocidos, de colores que se mezclaban, formaban remolinos y fosforescían. Inyanna eligió uno al azar: olía a niebla de la montaña, y le produjo inmediato picor en mejillas y oídos. De arriba llegaba el chapaleteo de una llovizna, y las gotas caían en las grandes y lustrosas hojas de árboles y enredaderas, pero no en los comensales. Las ricas plantas tropicales de la isla, habían dicho a Inyanna, se conservaban mediante frecuentes lluvias artificiales que imitaban el clima de Narabal.

—¿Tiene algún plato favorito aquí? —dijo Calain.

—Preferiría que usted pidiera por mí.

—Como guste. No tiene acento de Ni-moya.

—Velathys —replicó Inyanna—. Llegué aquí el año pasado.

—Inteligente traslado —dijo Durand Livolk—. ¿Cuál fue el motivo?

Inyanna se echó a reír.

—Creo que explicaré esa historia en otro momento, si me lo permiten.

—Su acento es encantador —dijo Calain—. Aquí raramente conocemos gente de Velathys. ¿Es una ciudad hermosa?

—No lo creo, mi señor.

—Pero está cobijada en las Gonghar... Debe ser hermoso ver esas enormes montañas por todos los alrededores.

—Quizá. Te acostumbras a esas cosas cuando has pasado toda tu vida viéndolas. Es posible que hasta Ni-moya pareciera vulgar a una persona que ha crecido aquí.

—¿Dónde vive? —preguntó la mujer, Tisiorne.

—En Strelain —dijo Inyanna. Y a continuación, con malicia, porque había bebido otra copa de licor y notaba el efecto, añadió—: En el Gran Bazar.

—En el Gran Bazar —dijo Durand Livolk.

—Sí. Bajo la calle de las tiendas de queso.

—¿Y por qué motivo vive allí? —dijo Tisiorne.

—Oh —respondió Inyanna despreocupadamente— para estar cerca de mi lugar de trabajo.

—¿En la calle de las tiendas de queso? —dijo Tisiorne, con el horror deslizándose en su tono.

—Me ha entendido mal. Trabajo en el Bazar, pero no para los comerciantes. Soy ladrona.

La palabra salió de sus labios como un rayo que cae en una cumbre. Inyanna vio que la súbita expresión de asombro pasaba de Calain a Durand Livolk. El color subió de tono en las mejillas del chambelán. Pero se trataba de aristócratas, gente con aristocrática serenidad. Calain fue el primero en recobrar su perplejidad.



—Siempre he opinado —dijo, sonriendo con naturalidad— que esa profesión exige gracia y rapidez de reflejos. —Acercó su vaso al de Inyanna—. Te saludo, ladrona que afirma serlo. Eso demuestra una honradez que pocas personas tienen.

Volvió el vroom, con una gran fuente de porcelana llena de bayas de color azul claro, de apariencia cerosa, con puntos blancos. Eran zokas, una fruta conocida por Inyanna. Era la fruta favorita de Narabal, y se decía que enardecía la sangre y provocaba pasiones. Inyanna cogió varias bayas, Tisiorne sólo una, Durand Livolk un puñado y Calain muchas más. Inyanna se percató de que el hermano del duque comía las frutas con semillas incluidas; se aseguraba que ése era el método más eficaz. Tisiorne rechazó las semillas de su zoka, detalle que provocó una torcida sonrisa de Durand Livolk. Inyanna no imitó a Tisiorne.

Luego sirvieron vinos, bocados de pescado sazonado con especias, ostras que flotaban en sus propios jugos, un plato de diminutas setas de suave olor pastel y, como remate, una pierna de aromática carne: la pata de un gigantesco bilantún de los bosques del este de Narabal, según explicó Calain. Inyanna comió frugalmente, un bocadito de esto, un bocadito de aquello. Era el comportamiento correcto, y también el más sensato. Al cabo de un rato llegó un grupo de skandars que realizó prodigiosos ejercicios con antorchas, cuchillos y hachas y se ganó el sincero aplauso de los cuatro comensales. Calain lanzó una reluciente moneda (una pieza de cinco reales, vio asombrada Inyanna) a los rudos seres de cuatro brazos. Después llovió otra vez, aunque nadie se mojó, y más tarde, tras otra ronda de licores, Durand Livolk y Tisiorne se excusaron elegantemente y dejaron solos a Calain e Inyanna, sentados en la nebulosa oscuridad.

—¿De verdad eres ladrona? —dijo Calain.

—De verdad. Pero ése no era mi plan original. Era propietaria de una tienda de artículos diversos en Velathys.

—¿Y luego?

—La perdí por culpa de un timo —dijo ella—. Y llegué sin un peso a Ni-moya. Necesitaba trabajar, y encontré a unos ladrones que me parecieron considerados y simpáticos.

—Y ahora has encontrado ladrones de mayor categoría —dijo Calain—. ¿No estás inquieta por ello?

—No me dirás que te consideras un ladrón...

—He llegado a ocupar una posición elevada sólo porque nací en una buena familia. No trabajo, excepto para ayudar a mi hermano cuando me necesita. Vivo esplendorosamente, mejor que cualquier persona puede imaginar. No merezco nada de todo esto. ¿Has visto mi hogar?

—Lo conozco muy bien. Sólo desde fuera, claro.

—¿Te gustaría verlo por dentro esta noche?

Inyanna recordó brevemente a Sidoun, que estaría aguardando en la habitación de blanqueada piedra en el sótano de la calle de los queseros.

—Mucho —dijo Inyanna—. Y cuando lo hayamos visto, te explicaré una historia, sobre mí, Vista de Nissimorn y el motivo que me trajo a Ni-moya.

—Será muy divertida, estoy seguro. ¿Nos vamos?

—Sí —dijo Inyanna—. Pero... ¿será mucha molestia si paso primero por el Gran Bazar?

—Disponemos de toda la noche —dijo Calain—. No hay prisa.

Llegó el uniformado vroom, que iluminó el camino por los selváticos jardines hasta llegar al muelle de la isla, donde aguardaba un transbordador privado. El barco les trasladó a la ciudad. Un flotador callejero esperaba allí, e Inyanna no tardó en llegar a la plaza de la Puerta de Pidruid.

—Sólo será un momento —musitó Inyanna.

Como un fantasma con su frágil y suelta túnica, Inyanna se abrió paso rápidamente entre el gentío que incluso a esa hora atestaba el Bazar. Bajó al cubil del sótano. Los ladrones estaban congregados alrededor de una mesa, jugando con cubiletes de vidrio y dados de ébano. Vitorearon y aplaudieron la espléndida entrada de Inyanna, pero la joven respondió solamente con una sonrisa, fugaz y nerviosa, y habló aparte con Sidoun.

—Me voy otra vez —dijo en voz baja—, y no volveré esta noche. ¿Podrás disculparme?

—No todas las mujeres consiguen el cariño del chambelán del duque.

—No es el chambelán del duque —dijo ella—. Es el hermano del duque. —Rozó los labios de Sidoun con los suyos. El joven tenía los ojos vidriosos, tal era la sorpresa que le habían producido las palabras de Inyanna—. Mañana iremos al Parque de Bestias Fabulosas, ¿eh, Sidoun?

Volvió a besarle y entró en su dormitorio para coger el frasco de leche de dragón que guardaba bajo la almohada, donde había estado oculto varios meses. Se detuvo en la habitación principal ante la mesa de juego, se inclinó junto a Liloyve y abrió la mano para mostrar el frasco. Los ojos de su amiga se abrieron desmesuradamente.

—¿Recuerdas para qué guardaba esto? —dijo, guiñando un ojo—. Tú me dijiste, «Compártela con Calain, la noche que te invite a cenar en Vista de Nissimorn». Así que...

Liloyve se quedó con la boca abierta. Inyanna volvió a guiñarle el ojo, la besó y se fue.

Esa noche, cuando sacó el frasco y lo ofreció al hermano del duque, Inyanna se preguntó con repentino pánico si no estaría cometiendo una grave infracción de la etiqueta al sugerir el uso de un afrodisíaco, dando a entender que podía ser aconsejable. Pero Calain no dio muestras de ofenderse. Le afectó mucho, o fingió que le afectaba, el regalo de Inyanna. Fue todo un espectáculo verle verter la leche azul en tazas de porcelana, tan delicadas que parecían transparentes. Con gran ceremonia, Calain puso una taza en la mano de Inyanna, alzó la otra e hizo un brindis. La leche de dragón era extraña y amarga. Inyanna tuvo problemas para tragarla, pero no dejó una gota, y casi al instante notó un calor que vibraba en sus muslos. Calain sonrió. Se hallaban en el salón de las ventanas de Vista de Nissimorn, donde una sola franja de vidrio rodeada de oro ofrecía una vista de trescientos sesenta grados del puerto de Ni-moya y la distante orilla meridional del río. Calain tocó un botón. La enorme ventana se hizo opaca. Una cama circular surgió lentamente del suelo. Calain cogió de la mano a Inyanna y la atrajo hacia el lecho.

## 9

Ser concubina del hermano del duque parecía una gran ambición para una ladrona del Gran Bazar. Inyanna no se ilusionó respecto a su relación con Calain. Durand Livolk la había elegido por su físico, quizá por sus ojos, por su cabello, por su forma de conducirse. Calain, aunque esperaba conocer a una mujer más próxima a su categoría social, había descubierto algo encantador en unirse a una mujer del peldaño inferior de la sociedad, y por eso pasaron la tarde en la Isla de Narabal y la noche en Vista de Nissimorn. Un elegante interludio de fantasía, y por la mañana Inyanna regresaría al Gran Bazar con un recuerdo que perduraría el resto de su vida. Y ahí acabaría todo.

Pero no fue así.

Esa noche no durmieron un momento —¿consecuencia de la leche de dragón, se preguntó Inyanna, o Calain siempre era así?— y al amanecer recorrieron desnudos la majestuosa mansión para que él pudiera mostrarle sus tesoros. Mientras desayunaban en un balcón con vista al jardín, Calain sugirió pasar el día en su parque privado de Istmoy. De manera que no iba a ser una aventura de una sola noche. Inyanna se preguntó si no debía mandar un mensaje a Sidoun, diciéndole que no iba a regresar hasta la noche, pero comprendió que Sidoun no precisaba explicaciones. Él entendería correctamente su

silencio. Inyanna no quería lastimarle, pero por otra parte no le debía nada excepto cortesía. Ella acababa de embarcarse en uno de los grandes hechos de su vida, y cuando volviera al Gran Bazar no sería por Sidoun, sino simplemente porque la aventura habría terminado.

Lo cierto es que Inyanna pasó los siguientes seis días en compañía de Calain. Durante las horas del sol se divertieron en el río con el majestuoso yate del noble, o pasearon cogidos de la mano por el parque de caza del duque, un lugar repleto de animales sobrantes del Parque de Bestias Fabulosas, o se limitaron a instalarse en el balcón de Vista de Nissimorn para contemplar el camino del sol a través del continente, desde Piliplok hasta Pidruid. Y durante las noches todo fue fiesta y ensueño, cenas en las islas, en alguna mansión de Ni-moya, en el mismo Palacio Ducal... El duque se parecía muy poco a Calain: mucho más robusto, y bastante más viejo, de modales molestos y rudos. Sin embargo se las arregló para mostrarse encantador con Inyanna, la trató con elegancia y seriedad y nunca hizo que se sintiera como una mujerzuela recogida por su hermano en las calles del Gran Bazar. Inyanna flotó durante todos estos días con la serena aceptación que demuestra una persona en sueños. Ella sabía que reflejar admiración sería vulgar. Fingir igual nivel social y sofisticación habría sido aún peor. Ella hizo gala de una conducta refrenada sin humillarse, se mostró agradable sin atrevimientos, y fue una conducta eficaz. Al cabo de unos días le pareció muy natural ocupar una mesa junto a dignatarios recién llegados del Monte del Castillo con chismes de lord Malibor y su séquito, o con nobles que explicaban haber cazado en las marismas del norte acompañando a lord Tyeveras cuando éste era Corona durante el pontificado de Ossier, o que acababan de entrevistarse con la Dama de la Isla en el Templo Interior. Inyanna adquirió tanta seguridad en sí misma en compañía de los grandes del reino que si alguien le hubiera dicho, «Y usted, milady, ¿cómo ha pasado los últimos meses?» se habría limitado a contestar, «Muy bien, he sido ladrona en el Gran Bazar», tal como había contestado la primera noche en la Isla de Narabal. Pero nadie hizo esa pregunta. En esas alturas de la sociedad, comprendió Inyanna, nadie intentaba satisfacer su curiosidad, dejaban que los demás se explicaran hasta el punto que creyeran más conveniente.

Por todo ello, cuando el séptimo día Calain le ordenó que se preparara para regresar al Bazar, Inyanna no hizo preguntas. No preguntó a Calain si había disfrutado con su compañía, y tampoco le preguntó si se había cansado de ella. Él la había elegido como compañera durante unos días, el plazo había cumplido y no había nada que objetar. Había sido una semana que Inyanna no olvidaría nunca.

Pero volver al cubil de los ladrones fue un sobresalto. Un suntuoso flotador llevó a Inyanna desde Vista de Nissimorn hasta la Puerta de Piliplok del Gran Bazar, y un criado de Calain puso en sus brazos el montoncito de tesoros que el hermano del duque le había regalado durante la última semana. Después el flotador se fue e Inyanna descendió al sudoroso caos del Bazar. Fue igual que si acabara de despertar de un sueño raro y mágico. Nadie la llamó al recorrer las atestadas callejuelas, porque en el Bazar todos la conocían con su disfraz masculino de Kulibhai, y en esos momentos llevaba puesta ropa femenina. Se abrió paso entre la muchedumbre, en silencio, envuelta todavía en los efluvios de la aristocracia y rindiéndose poco a poco a una incontenible sensación de tristeza y pérdida, pues era evidente que el sueño había terminado, que había vuelto a la realidad. Esa noche Calain cenaría con un visitante, el duque de Mazadone, el día siguiente él y sus invitados navegarían por el Steiche en una expedición de pesca, y un día más tarde... Bien, ella no tenía la menor idea, pero sí sabía que ella, ese mismo día, estaría escamoteando encajes, frascos de perfume y rollos de tela. Durante un instante brotaron lágrimas en sus ojos. Reprimió el llanto, pensó que estaba siendo una tonta, que no debía lamentarse por volver de Vista de Nissimorn sino alegrarse de que le hubieran permitido pasar una semana allí.

No había nadie en las habitaciones de los ladrones aparte de un yort, Beyork, y un metamorfo. Ambos hicieron una simple inclinación de cabeza al ver a Inyanna. Ésta fue a su habitación y se puso la vestimenta de Kulibhai. Pero no pudo obligarse a volver tan pronto al robo. Guardó la caja de joyas y dijes, obsequio de Calain, debajo de la cama. Vendiendo esas alhajas ganaría bastante para librarse de su profesión durante uno o dos años; pero no pensaba separarse ni de la más pequeña. Mañana, decidió, regresaría al Bazar. Pero de momento se quedó tumbada boca abajo en la cama que volvía a compartir con Sidoun. No opuso resistencia a las lágrimas cuando llegaron, y al cabo de un rato se levantó, sintiéndose más tranquila, se lavó y aguardó la llegada de los otros.

Sidoun le dio la bienvenida con el donaire de un noble. Ninguna pregunta sobre sus aventuras, ninguna muestra de resentimiento, ninguna tímida indirecta. El joven sonrió, la cogió de la mano, dijo que se alegraba de que hubiera vuelto, le ofreció un vaso de vino Alhanroel que acababa de hurtar y le explicó un par de cosas que habían ocurrido en el Bazar mientras ella estaba ausente. Inyanna se preguntó si su amigo no mostraría inhibiciones en sus relaciones sexuales al saber que el último hombre que la había tocado era hermano del duque. Pero no fue así, él actuó cariñosa y resueltamente en cuanto se acostaron, y su delgado cuerpo se apretó a ella con júbilo y cordialidad. El día siguiente, después de la ronda en el Bazar, fueron juntos al Parque de Bestias Fabulosas y vieron por primera vez al finimaulo del Grayge, tan delgado que casi era invisible visto de lado. Lo siguieron un rato hasta que desapareció, y ambos se echaron a reír como si nunca hubieran estado separados.

Los demás ladrones trataron a Inyanna con cierto respeto durante algunos días, porque sabían dónde había estado y qué debía haber hecho, y con ello había adquirido la rareza típica de las personas que se mueven en círculos aristocráticos. Únicamente Liloyve, y sólo una vez, se atrevió a plantear el tema.

—¿Qué vio él en ti? —dijo a Inyanna.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Fue como un sueño.

—Creo que fue justicia.

—¿Qué pretendes decir?

—Que te prometieron Vista de Nissimorn, falsamente, y esta visita ha sido una especie de compensación. El Divino equilibra lo Bueno y lo malo, ¿comprendes? —Liloyve se rió—. Has tenido un equivalente a los veinte reales que te quitaron aquellos estafadores, ¿no es cierto?

Era cierto, convino Inyanna. Pero la deuda aún no estaba totalmente satisfecha, cosa que no tardó en descubrir. El siguiente Día Estelar, mientras recorría los puestos de los cambistas y robaba una moneda rara de aquí y otra de allá, se sobresaltó al notar una mano en su muñeca, y se preguntó quién sería el necio que, sin haberla reconocido, intentaba detenerla. Pero era Liloyve. Tenía el rostro encendido y los ojos muy abiertos.

—¡Vuelve a casa ahora mismo! —gritó.

—¿Qué ocurre?

—Dos vroones te aguardan. Estás citada por Calain, y dicen que debes llevarte todas tus cosas, porque no volverás al Gran Bazar.

De ese modo, Inyanna Forlana de Velathys, ex ladrona, fijó su residencia en Vista de Nissimorn en calidad de compañera de Calain de Ni-moya. Calain no ofreció explicaciones y ella no las pidió. Calain deseaba estar junto a ella, y eso era suficiente explicación. Durante las primeras semanas Inyanna esperó que cualquier mañana le ordenaran prepararse para volver al Bazar, pero no fue así, y acabo olvidándose de esa posibilidad. Si Calain iba a algún sitio, ella iba con él: a las marismas de Zimr para cazar

gihornas, a la fulgurante Dulorn para ver el Circo Perpetuo durante una semana, y a Khyntor para presenciar el festival de géiseres, incluso a la tenebrosa y lluviosa Piurifayne para explorar la sombría patria de los cambiaspectos. Ella, que había pasado veinte años en la miserable Velathys, llegó a pensar que no tenía nada de anormal recorrer el mundo como una Corona que hace la gran procesión, con el hermano de un duque real al lado. Sin embargo jamás perdía su perspectiva, jamás olvidaba la ironía, la incongruencia de las extrañas transformaciones sufridas por su vida.

Tampoco le sorprendió encontrarse sentada en la mesa junto a la misma Corona. Lord Malibor había llegado a Ni-moya en visita oficial porque había decidido viajar por el continente occidental cada ocho o diez años; con ello quería demostrar a los habitantes de Zimroel que en la mente del monarca tenían igual importancia que los ciudadanos de su continente natal Alhanroel. El duque preparó el obligatorio banquete, e Inyanna ocupó la mesa principal, con la Corona a la derecha y Calain a la izquierda, mientras el duque y la esposa de éste tomaban asiento delante de lord Malibor. Naturalmente Inyanna había aprendido en la escuela los nombres de las grandes coronas (Stiamot, Confalume, Prestimion, Dekkeret...) y su madre le había explicado a menudo que el mismo día de su nacimiento Velathys se enteró del fallecimiento del viejo Pontífice Ossier, la obligada toma de posesión de lord Tyeveras y la elección de un noble de Bombifale, un tal Malibor, como nueva Corona. Con el tiempo llegaron a la provincia de Inyanna las nuevas monedas con la efigie de lord Malibor, un hombre de cara rolliza, ojos hundidos y pobladas cejas. Pero que esos personajes, coronas y pontífices, existieran realmente fue un tema dudoso para Inyanna durante muchísimos años, y sin embargo en ese momento tenía el codo a un centímetro del brazo de lord Malibor y lo único que le maravillaba era el gran parecido entre ese hombre fornido y el corpulento vestido con los colores imperiales y el hombre cuyo rostro estaba en las monedas. Inyanna había supuesto que los retratos no eran tan precisos.

A Inyanna le parecía razonable que la conversación de una Corona girara principalmente en torno a los asuntos de estado. Pero en realidad lord Malibor habló de caza. Había ido a un lugar remoto para cazar cierta bestia poco común, a una montaña inaccesible y desagradable para cortar la cabeza de un difícil animal, y así sucesivamente. Y estaba construyendo una nueva ala en el Castillo para dar cabida a sus trofeos.

—Espero que tú y Calain —dijo la Corona— vengáis a visitarme al Castillo antes de un par de años. La sala de trofeos estará ya lista para entonces. Os complacerá, estoy seguro, ver esa colección de criaturas, preparadas por los mejores taxidermistas del Monte del Castillo.

Inyanna ansiaba visitar el Castillo de lord Malibor, ciertamente, porque la enorme residencia de la Corona era un lugar legendario que aparecía en los sueños de cualquier persona, y ella no podía imaginar algo más maravilloso que ascender a la cima del imponente Monte del Castillo y vagar por el gran edificio de miles de años de antigüedad, explorar sus miles de habitaciones. Lo único que le repugnaba era la obsesión de lord Malibor por la matanza de animales. Cuando el monarca habló de la caza de amorfibotes, ghalvares, sigimoines y estitmoys, y del supremo esfuerzo desarrollado en esas matanzas, Inyanna recordó el Parque de Bestias Fabulosas de Ni-moya, donde gracias a la orden de una Corona más moderada esos mismos animales recibían protección y cuidado. Y esto le trajo a la memoria al sereno y enjuto Sidoun, que tantas veces la había acompañado a ese parque, y que tan dulcemente tocaba el arpa. Inyanna no quería pensar en Sidoun (no debía nada a su amigo, pero sentía por él un culpable afecto) y no deseaba hablar de extrañas criaturas muertas para que sus cabezas adornaran la sala de trofeos de lord Malibor. Pero logró prestar educada atención a los sangrientos relatos de la Corona e incluso hizo algún amable comentario.

Cerca del alba, cuando volvieron por fin a Vista de Nissimorn y se dispusieron a acostarse, Calain habló con Inyanna.

—La Corona planea una cacería de dragones marinos. Busca uno al que llaman dragón de lord Kinniken, y que mide más de cien metros de longitud.

Inyanna, cansada y desanimada, respondió con indiferencia. Al menos los dragones no eran animales raros, ni mucho menos, y no sería motivo de pena que la Corona arponeara unos cuantos.

—¿Habrá espacio en su sala de trofeos para un dragón de ese tamaño?

—Para la cabeza y las alas, sí, supongo. Pero lord Malibor tiene pocas posibilidades de cazarlo. El dragón de Kinniken sólo ha sido visto cuatro veces desde los tiempos de ese monarca, la última hace setenta años. Pero si la Corona no encuentra ése, cazará otro. O se ahogará en el intento.

—¿Existe ese riesgo? Calain asintió.

—La caza de dragones es peligrosa. Sería más prudente no arriesgarse. Pero Malibor ha cazado prácticamente todo lo que se mueve en tierra firme, y ninguna Corona se ha hecho a la mar en un buque dragonero. Así que él no va a desanimarse. Partiremos hacia Piliplok dentro de una semana.

—¿Partiremos?

—Lord Malibor me ha pedido que participe en la cacería. —Sonriendo tristemente, Calain agregó—: En realidad él quería la compañía del duque, pero mi hermano rechazó la invitación alegando obligaciones políticas. Por eso me invitó a mí. No es fácil rehusar tales invitaciones.

—¿Iré contigo? —preguntó Inyanna.

—No lo hemos planeado así.

—Oh —dijo ella, en voz baja. Al cabo de unos instantes preguntó—: ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Normalmente la cacería dura tres meses. Durante la estación de vientos del sur. Además hay que contar el viaje a Piliplok, el tiempo que se tardará en preparar el barco, y el viaje de regreso... seis o siete meses en total. Volveré en primavera.

—Ah. Comprendo.

Calain se acercó a ella y la abrazó.

—Será la separación más larga que soportaremos, no habrá otra, te lo prometo.

Inyanna sintió el deseo de preguntar, «¿No podrías rehusar de alguna forma?» o, «¿No puedes conseguir que yo te acompañe?». Pero sabía que sería en vano, y que supondría violar la etiqueta respetada por Calain. En consecuencia, no protestó. Abrazó a Calain, y el abrazo duró hasta la salida del sol.

La víspera de la partida hacia el puerto de Piliplok, la base de los barcos dragoneros, Calain llamó a Inyanna al despacho del piso superior de Vista de Nissimorn y le entregó un grueso documento para que lo firmara.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, sin coger los papeles.

—Las cláusulas de nuestro matrimonio.

—Es un chiste muy cruel, mi señor.

—No es un chiste, Inyanna. No es un chiste.

—Pero...

—Pensaba discutirlo contigo este invierno, pero surgió el maldito viaje para cazar dragones y no nos queda más tiempo. Por eso he acelerado un poco las cosas. Tú no eres una simple concubina para mí: este documento formaliza nuestro amor.

—¿Acaso nuestro amor necesita formalidades? Calain entrecerró los ojos.

—Voy a partir en una aventura peligrosa y temeraria de la que confío en volver. Pero cuando me halle en el mar mi suerte no dependerá de mí. Como compañera mía no posees derechos legales de herencia. Siendo mi esposa...

Inyanna estaba atónita.

—¡Si el riesgo es tan grande, abandona el viaje, mi señor!

—Sabes que eso es imposible. Debo correr el riesgo. Y quiero asegurar tu futuro. Firma, Inyanna.

Inyanna contempló largo rato el documento, un borrador de numerosas páginas. Sus ojos se negaron a darle una visión correcta y no pudo leer las palabras que cierto amanuense había escrito con elegantísima caligrafía. ¿Esposa de Calain? Casi era monstruoso para ella... era igual que destrozar todos los cánones sociales o ir más allá de cualquier límite. Y sin embargo... sin embargo...

Calain aguardaba. Inyanna no podía negarse.

Por la mañana Calain partió hacia Piliplok con el séquito de la Corona, y durante ese día Inyanna vagó por los pasillos y habitaciones de Vista de Nissimorn, confusa y trastornada. Por la noche, el atento duque la invitó a cenar. La noche siguiente, Durand Livolk y su compañera la llevaron a la Isla de Pidruid, donde acababa de llegar un cargamento de vino de palmera flamígera. Las invitaciones se sucedieron, Inyanna estuvo muy ocupada, y pasaron los meses. El invierno cumplió su primera mitad. Y entonces llegó la noticia de que un enorme dragón marino había atacado el barco de la Corona, dejándolo en el fondo del Mar Interior. Lord Malibor había fallecido en compañía de todos los que navegaban con él, y se había nombrado a un tal Voriak para sucederle. De acuerdo con la voluntad de Calain, su viuda, Inyanna Forlana, era la nueva propietaria de la gran finca denominada Vista de Nissimorn.

11

Cuando terminó el período de luto y tuvo oportunidad de ocuparse de tales asuntos, Inyanna llamó a un administrador y ordenó que se llevaran al Gran Bazar generosos obsequios monetarios, para el ladrón Agourmole y los miembros de su familia. De ese modo Inyanna dejaba claro que no los había olvidado.

—Hágame saber las palabras exactas de estas personas cuando reciban las bolsas — ordenó al administrador.

Inyanna esperaba que sus amigos se referirían cordialmente a los viejos tiempos pasados juntos, pero el administrador explicó que ninguno había dicho nada de interés, que se habían limitado a expresar sorpresa y gratitud para con lady Inyanna... con la excepción de un joven llamado Sidoun, que había rechazado su regalo y fue imposible obligarle a aceptarlo. Inyanna sonrió tristemente y ordenó que los veinte reales de Sidoun fueran repartidos entre niños de las calles. Después Inyanna no vio más a los ladrones del Gran Bazar y jamás se acercó al lugar.

Pocos años más tarde, mientras visitaba las tiendas de la Galería Telaraña, lady Inyanna vio dos hombres de aspecto sospechoso en el comercio dedicado a la venta de tallas hechas con hueso de dragón. Por sus movimientos y por su forma de intercambiar miradas, Inyanna dedujo que eran ladrones, gente que estaba tramando la forma de distraer al vendedor para cometer un robo. Inyanna los observó con más atención y se dio cuenta de que los había visto en otra ocasión, porque uno era un hombre bajito y rollizo y el otro alto, de piel pálida y cara llena de bultos. Inyanna dio órdenes por gestos a sus acompañantes, que silenciosamente rodearon a los dos desconocidos.

—Uno de vosotros es Steyg, y el otro Vezan Ormus, aunque he olvidado quién es quién —dijo Inyanna—. Por otra parte, recuerdo perfectamente los detalles de nuestro encuentro.

Los ladrones intercambiaron miradas de alarma.

—Señora, está confundida —dijo el más alto—. Me llamo Elakon Mirj, y mi amigo se llama Thanooz.

—Es posible, ahora. Pero cuando visitasteis Velathys hace años teníais otros nombres. Veo que os habéis graduado, de timadores habéis pasado a ladrones, ¿eh? Decidme una cosa: ¿cuántos herederos de Vista de Nissimorn descubristeis antes de que el juego empezara a ser aburrido?

Había pánico en los ojos de los dos hombres. Parecían estar calculando la posibilidad de correr hacia la puerta burlando la vigilancia de los hombres de Inyanna. Pero ello habría sido una temeridad. Los guardianes de la Galería Telaraña estaban sobre aviso y se habían congregado en el pasillo.

—Somos honrados comerciantes, señora, y nada más —dijo el ladrón bajito, tembloroso.

—Sois incorregibles bribones —dijo Inyanna— y nada más. Negadlo otra vez y haré que os embarquen rumbo a Suvrael para hacer trabajos forzados.

—Señora...

—Decid la verdad —dijo Inyanna.

—Admitimos la acusación —dijo el hombre alto. Los dientes le castañeaban—. Pero eso fue hace mucho tiempo. Si le causamos daño, la indemnizaremos.

—¿Causarme daño? ¿Causarme daño? —Inyanna se rió—. No, me prestasteis el mayor servicio que una persona puede hacer. Sólo siento gratitud hacia vosotros. Porque debéis saber que yo era Inyanna Forlana, una tendera de Velathys a la que timasteis veinte reales, y ahora soy lady Inyanna de Ni-moya, señora de Vista de Nissimorn. De ese modo el Divino protege al débil y transforma lo malo en bueno. —Llamó a los guardianes—. Lleven a estos dos a los agentes imperiales y expliquen que yo prestaré declaración contra ellos en otro momento, pero que solicito merced para ellos, quizá una condena de tres meses de mendigar por las calles o algo similar. Y después creo que os emplearé a los dos. Sois insignificantes bribones, pero inteligentes, y es mejor que estéis cerca, donde se os pueda vigilar, que sueltos para engañar a los incautos.

Inyanna hizo un gesto con la mano. Los guardianes se llevaron a los ladrones.

—Lamento la interrupción —dijo Inyanna, dirigiéndose al vendedor—. Bien, respecto a estas tallas de los emblemas de la ciudad, que usted opina que valen doce reales cada una... ¿qué le parecería treinta reales por el lote, y quizá con el añadido de la miniatura de bilantún para redondear...?

## X - VORIAX Y VALENTINE

Entre las vidas indirectas que Hissune ha experimentado en el Registro de Almas, la de Inyanna Forlana es quizá la más próxima a su corazón. Ello se debe en parte a que Inyanna es una mujer contemporánea y el mundo que habita es menos extraño que el del pintor espiritual, el del capitán de barcos o el de Thesme de Narabal. Pero el principal motivo de que Hissune se sienta emparentado con la ex tendera de Velathys es que ésta partió prácticamente de la nada, e incluso perdió lo poco que tenía, cosa que no le impidió obtener poder, grandeza y, sospecha Hissune, cierta satisfacción. Él sabe que el Divino ayuda a los que se ayudan a sí mismos, e Inyanna es muy parecida a él en ese sentido. Naturalmente se vio acompañada por la suerte, atrajo la atención de las personas precisas en el momento preciso, y estas personas se preocuparon de que llegara a buen puerto. Pero ¿acaso un individuo no moldea también su suerte? Hissune, que estuvo en el lugar preciso cuando lord Valentine llegó al Laberinto hacía años, es de ese parecer. No sabe qué sorpresas y placeres le deparará la fortuna, no sabe cuál es la mejor forma de moldear su destino para obtener algo más elevado que el puesto de empleado del Laberinto que ocupa desde hace tanto tiempo. Actualmente tiene dieciocho años, y esa edad le parece excesiva para iniciar el ascenso hacia la grandeza. Pero él recuerda que Inyanna, con los primeros años, vendía potes de barro y rollos de tela en el peor barrio de



Velathys y acabó heredando Vista de Nissimorn. Imposible saber el futuro. Caramba, lord Valentine podría llamarle en cualquier momento... Lord Valentine, que llegó al Laberinto la semana pasada y ocupa ahora los suntuosos aposentos reservados para la Corona cuando reside en la capital del pontificado, lord Valentine podría llamarle y decirle: «Hissune, ya has trabajado demasiado en este sucio lugar. ¡A partir de ahora vivirás conmigo en el Monte del Castillo!»

En cualquier momento, sí. Pero Hissune no tiene noticias de la Corona y no espera tener ninguna. Es una bonita fantasía, pero él no piensa atormentarse con falsas esperanzas. Hissune prosigue su monótono trabajo y medita en lo que ha aprendido en el Registro de Almas. Dos días después de compartir la vida de la ladrona de Ni-moya vuelve al Registro y, con el mayor atrevimiento, investiga en el índice si existe alguna grabación del alma de lord Valentine. Sabe que es una imprudencia, que se arriesga, que está tentado a la suerte; no se sorprenderá si se encienden luces y suenan alarmas y llegan guardias armados a detener al joven figón que, sin una brizna de autoridad, intenta penetrar en la mente y en el espíritu de la misma Corona. Lo que sorprende a Hissune es el resultado real: la vasta máquina se limita a informarle que dispone de una sola grabación de lord Valentine, realizada hace mucho tiempo, en su adolescencia. Hissune, insolente, no titubea. Se apresura a apretar las teclas activadoras.

Eran dos hombres morenos con negra barba, altos y fuertes, ojos oscuros y brillantes, anchos de hombros y con natural apariencia de autoridad, y una ojeada bastaba para saber que eran hermanos. Pero había diferencias. El primero era un hombre y el segundo aún era un niño hasta cierto punto, y ello era evidente no sólo por la escasez de la barba y la tersura de la cara del más joven, sino también por la cordialidad, las ganas de jugar y el regocijo que reflejaban sus ojos. El mayor era más severo, más austero de expresión, más imperioso, como si terribles responsabilidades hubieran dejado huella en su semblante. En cierto modo así era, porque se trataba de Voriac de Halanx, primogénito de Damiandane, Sumo Consejero, y desde su infancia se decía de él en el Monte del Castillo que un día sería Corona.

Naturalmente también había personas que opinaban lo mismo del benjamín, Valentine: que era un noble muchacho muy prometedor, que tenía porte de rey... Pero Valentine no se hacía ilusiones con esos cumplidos, Voriac era ocho años mayor que él y, sin duda alguna, si uno de los dos acababa viviendo en el Castillo, sería Voriac. Aunque éste no tenía garantía alguna de ser el sucesor, pese a la opinión general. Su padre, Damiandane, había sido uno de los consejeros más próximos a lord Tyeveras, y todo el mundo había pensado en él como Corona. Pero cuando lord Tyeveras accedió al pontificado, la ex Corona bajó del Monte hasta la ciudad de Bombifale para elegir a Malibor como sucesor. Un detalle imprevisto, porque Malibor era un simple gobernador provincial, un hombre rudo más interesado en cazar y jugar que en soportar la carga del gobierno. Valentine no había nacido aún en esa época, pero Voriac le aseguró que su padre jamás pronunció una palabra de desilusión o de consternación por el hecho de que otro le arrebatara el trono, cosa que tal vez fue el mejor indicio de que estaba capacitado para el cargo.

Valentine se preguntó si Voriac reaccionaría con tanta nobleza si la corona del estallido estelar no acababa en su cabeza e iba a parar a otro noble príncipe del Monte (Elidath de Morvole, por ejemplo, o Tunigorn, o Stasilaine, o el mismo Valentine). ¡Qué extraño sería eso! A veces, en secreto, Valentine pronunciaba los nombres para escuchar cómo sonaban: lord Stasilaine, lord Elidath, lord Tunigorn... ¡lord Valentine! Pero tales fantasías eran absurdas. Valentine no ansiaba desplazar a su hermano, y además era improbable que tal cosa sucediera. Salvo alguna inimaginable travesura del Divino o algún extraño capricho de lord Malibor, Voriac sería Corona cuando lord Malibor se convirtiera en

Pontífice, y la certeza de ese destino estaba impresa en el espíritu de Voriac y se reflejaba en su conducta y en su porte.

Las complicaciones de la corte estaban lejos de la mente de Valentine en esos momentos. Él y su hermano estaban divirtiéndose en zonas menos elevadas del Monte del Castillo. Ese viaje había sufrido un prolongado retraso, puesto que hacía un año Valentine padeció una terrible fractura en la pierna mientras cabalgaba en compañía de su amigo Elidath en el bosque pigmeo de Amblemorn, y hasta hacía poco no se había recobrado lo bastante para una excursión tan fatigosa. Él y Voriac descendieron la vasta montaña, un recorrido soberbio y maravilloso, tal vez las últimas vacaciones de Valentine antes de entrar en el mundo de obligaciones de un adulto. Tenía diecisiete años y, dado que pertenecía al selecto grupo de príncipes del que salían los monarcas de Majipur, le faltaba mucho que aprender sobre técnicas de gobierno, de modo que estuviera preparado para cualquier cosa que pudieran exigirle.

Acompañado de Voriac (que había huido de sus obligaciones, y no se arrepintió de hacerlo, con la excusa de compartir la alegría de su hermano por haber recobrado la salud) abandonaron las posesiones familiares en Halanx para ir a la cercana ciudad de la diversión, Morpin Alta, con intención de montar en enormes carrozas y recorrer túneles de energía. Valentine insistió en bajar también por los toboganes de espejos, para probar la fuerza de su pierna lesionada, y un tenue rastro de duda apareció en el semblante de Voriac, como si creyera que Valentine no estaba en condiciones de practicar ese deporte pero tuviera miedo de decirlo. Cuando entraron en los toboganes, Voriac se puso muy cerca de Valentine, fastidiosamente protector, y si éste intentaba separarse su hermano le acompañaba.

—¿Crees que voy a caerme, hermano? —dijo Valentine cuando ya no aguantó más.

—Eso es poco probable.

—¿Entonces por qué te pones tan cerca? ¿O es que tienes miedo de caerte? — Valentine se rió— Puedes estar tranquilo. Te cogeré a tiempo.

—Siempre tan considerado, hermano —dijo Voriac.

En ese momento los toboganes empezaron a formar curvas y los espejos despedían un brillante fulgor, y no quedó tiempo para seguir bromeando. Lo cierto es que Valentine tuvo un instante de intranquilidad, porque los toboganes de espejos no eran para inválidos y su lesión le había dejado una cojera, ligera pero irritante, que le impedía coordinar los movimientos. Pero no tardó en adaptarse al ejercicio y no tuvo dificultad para guardar el equilibrio, permaneciendo de pie incluso en los giros más violentos. Al pasar junto a Voriac vio que la tensión había desaparecido del rostro de su hermano. Sin embargo, la esencia del episodio dio mucho que pensar a Valentine cuando prosiguieron viaje Monte abajo: estuvieron en Tentag durante el festival de los árboles danzantes, luego visitaron Gran Ertsud y Minimool y cubrieron el trayecto de Gimkandale a Furible para presenciar el vuelo de apareamiento de los pájaros pétreos. Antes, mientras aguardaban a que los toboganes de espejos se pusieran en movimiento, Voriac había sido un guardián preocupado y solícito, y al mismo tiempo un poco condescendiente, un poco dúctil: esa fraternal preocupación era para Valentine otro reflejo de la autoridad que su hermano mantenía sobre él. Ya en el umbral de la edad adulta, Valentine se sentía incómodo por ello. Mas comprendía que ser hermanos era parte de amor y parte de guerra, y no expresó su fastidio. Después de Furible atravesaron las dos Bimbak, la Oriental y la Occidental, con breves altos para contemplar las torres gemelas de dos kilómetros de altura: el fanfarrón más presuntuoso parecía una hormiga a su lado. Al salir de Bimbak Oriental siguieron la senda que llevaba a Amblemorn, donde diez turbulentos riachuelos se unían para formar el potente río Glayge. En la ladera de Amblemorn había un lugar de varios kilómetros de extensión donde la tierra estaba muy apretada y era blanca como la tiza. Árboles que en cualquier otro sitio crecían hasta perforar el cielo eran allí espectrales enanos, no más altos que un hombre y no más gruesos que una muñeca femenina.

Valentine se había lastimado precisamente en ese bosque pigmeo, tras espolear demasiado a su montura en un lugar donde traicioneras raíces serpenteaban en el suelo. La montura perdió el equilibrio, Valentine cayó y su pierna quedó horriblemente retorcida entre dos árboles delgados pero fuertes cuyos troncos poseían la dureza de un milenio. Después del accidente, meses de angustia y frustración mientras los huesos se soldaban poco a poco, y un irreemplazable año de juventud que se escabulló. ¿Por qué habían vuelto a ese bosque? Voriac erró por el extraño lugar como si buscara un tesoro oculto.

—Este bosque parece encantado —dijo por fin.

—La explicación es muy sencilla. Las raíces de los árboles no pueden penetrar mucho en esta tierra tan improductiva. Se agarran lo mejor que pueden, porque en el Monte del Castillo todo crece, pero tienen una nutrición deficiente y...

—Sí, lo entiendo —dijo fríamente Voriac—. No he dicho que el lugar está encantado, sino que parece estarlo. Una legión de brujos vroones no habría podido crear algo tan deforme. Pero me alegra poder verlo por fin. ¿Vamos a cabalgar por el bosque?

—Cuán sutil eres, Voriac.

—¿Sutil? No entiendo por qué...

—Acabas de sugerir que intente atravesar otra vez el lugar que casi me cuesta una pierna.

La rubicunda cara de Voriac cobró nuevo color.

—Me cuesta creer que puedas caerte otra vez.

—Desde luego. Pero crees que yo lo pienso, y siempre has opinado que la forma de superar el miedo es tomar la ofensiva contra lo que temes. Por eso estás tramando una segunda carrera, para que se consuman los restos de la cobardía que este bosque puede haberme infundido. Al revés de lo que hiciste en los toboganes de espejos, pero equivale a lo mismo, ¿no te parece?

—No comprendo nada —dijo Voriac—. ¿Tienes fiebre hoy?

—En absoluto. ¿Hacemos una carrera?

—Creo que no.

Valentine, asombrado, puso en contacto sus puños.

—¡Pero si acabas de sugerirlo!

—He sugerido un paseo —respondió Voriac—. Pero tienes la cabeza llena de misteriosos peligros y dificultades, y me acusas de maniobras y manipulaciones que sólo tú imaginas. Si atravesas el bosque con ese humor, volverás a caerte, y seguramente te destrozará la otra pierna. Bien, sigamos hasta Amblemorn.

—Voriac...

—Vamos.

—Quiero cruzar el bosque. —Los ojos de Valentine estaban fijos en los de su hermano—. ¿Vas a venir conmigo, o prefieres esperar aquí?

—Creo que iré contigo.

—Y ahora dime que tenga cuidado y que esté atento a raíces escondidas.

Un músculo se contrajo de fastidio en la mejilla de Voriac, y éste suspiró para aliviar su exasperación.

—No eres un niño. No pienso decirte eso. Además, si creyera que necesitas esos consejos, te repudiaría y te expulsaría de mi casa.

Voriac espolé a su montura y se alejó furiosamente por las estrechas avenidas que separaban los árboles pigmeos.

Valentine le siguió al cabo de un instante, cabalgando al máximo de sus posibilidades, esforzándose por acortar la distancia que los separaba. El camino era difícil y de vez en cuando aparecían obstáculos tan amenazadores como el que le hizo caer cuando corría junto a Elidath. Pero la montura de Valentine cabalgaba con seguridad y no hacía falta tirar de las riendas. Aunque el recuerdo de la caída era muy vívido, Valentine no sintió miedo, sólo la necesidad de reforzar la vigilancia: si caía otra vez, caería de un modo

menos desastroso. ¿No estaba exagerando sus reacciones con Vori-ax? Quizás estaba siendo demasiado quisquilloso, demasiado sensible, demasiado brusco cuando llegaba el momento de defenderse de la protección, supuestamente desmedida, de su hermano mayor. Vori-ax estaba recibiendo instrucción para ser señor del mundo, era inevitable que asumiera la responsabilidad de todo y de todos, en especial de su hermano. Valentine decidió mostrar menos celo en la defensa de su autonomía.

Cruzaron el bosque y llegaron a Amblemorn, la ciudad más antigua del Monte del Castillo, una vieja maraña de calles y muros incrustados de enredaderas. En Amblemorn se inició, hacía doce mil años, la conquista del Monte, las primeras aventuras, temerarias y alocadas, en las desoladas y asfixiantes tierras de una excrescencia de cincuenta mil metros de altura que sobresalía del costado de Majipur. Para una persona que había pasado toda su vida en las Cincuenta Ciudades, en la eterna y fragante primavera del lugar, era difícil imaginar una época en que el Monte estuviera desierto e inhabitado. Pero Valentine conocía la historia de los pioneros que treparon metro a metro las titánicas laderas: el transporte de las máquinas que dieron calor y aire a la gran montaña, los siglos de transformación hasta acabar convirtiéndola en un mágico y bello dominio coronado por el diminuto y tosco torreón de la cima construido por lord Stiamot en el cuarto milenio de conquista. Ese torreón sufrió una increíble metamorfosis y se transformó en el vasto, inimaginable Castillo donde lord Malibor vivía en la actualidad. Valentine y Vori-ax se detuvieron ante el monumento de Amblemorn que señalaba el antiguo límite de la vegetación arbórea:

#### A PARTIR DE AQUÍ TODO ESTUVO DESIERTO EN OTRO TIEMPO

Un jardín de asombrosos halatingos, árboles de flores color escarlata y oro, rodeaba la columna de pulido mármol negro de Velathys que contenía la inscripción.

Un día y una noche, otro día y otra noche en Amblemorn, y después Vori-ax y Valentine descendieron el valle del Glayge hasta llegar a un lugar llamado Ghiseldorn, alejado de las rutas principales. Junto al borde de un oscuro y espeso bosque había brotado un pueblo de varios miles de habitantes, gente que había huido de las grandes ciudades. Vivían en tiendas de fieltro negro, hechas con la lana de los blaves salvajes que pastaban en los prados próximos al río, y apenas mantenían relaciones con sus vecinos. Se decía que había brujas y magos entre ellos, que eran una tribu de metamorfos que se salvó de la antigua expulsión de Alhanroel y que siempre tenían aspecto humano. La verdad, sospechaba Valentine, era que esa gente no se sentía a gusto en el mundo de comercio y esfuerzos que era Majipur, y habían decidido vivir allí a su modo, en su propia comunidad.

A últimas horas de la tarde Valentine y Vori-ax llegaron a un cerro que les permitió divisar el bosque de Ghiseldorn y el poblado de negras tiendas. El bosque no parecía muy acogedor: pinglos, árboles de poca altura y grueso tronco, con rollizas ramas brotando con bruscos ángulos y entrelazadas hasta formar una densa bóveda que no dejaba pasar un solo rayo de luz. Tampoco el poblado era atractivo. Las tiendas de diez lados, muy espaciadas, eran gigantescos insectos de peculiar geometría, momentáneamente detenidos antes de proseguir una inexorable migración por un territorio que les era indiferente por completo. Valentine sentía gran curiosidad por Ghiseldorn y sus pobladores, pero al llegar allí perdió el deseo de aclarar los misterios del lugar.

Miró a Vori-ax y vio idénticas dudas en el semblante de su hermano.

—¿Qué hacemos? —preguntó Valentine.

—Acampar en esta parte del bosque. Por la mañana nos acercaremos al poblado y veremos cómo nos reciben.

—¿Nos atacarán?

—¿Atacarnos? Lo dudo mucho. Creo que no son más pacíficos que el resto del mundo. Pero ¿por qué meternos donde no nos llaman? ¿Por qué no respetar su aislamiento? —

Voriac indicó un semicírculo de hierba al borde de un arroyo—. ¿Qué te parece si acampamos allí?

Desmontaron, dejaron pastando las monturas, abrieron las mochilas y recogieron suculentos brotes para la cena. Después cogieron leña para hacer fuego.

—Si lord Malibor estuviera persiguiendo un animal raro por este bosque —dijo de pronto Valentine—, ¿le preocuparía la intimidad de los pobladores de Ghiseldorn?

—Nada puede impedir que lord Malibor persiga a su presa.

—Exactamente. Ni lo pensaría. Creo que serás mejor Corona que lord Malibor, Voriac.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Es una opinión razonable. Todo el mundo está de acuerdo en que lord Malibor es rudo y desconsiderado. Y cuando sea tu turno...

—Basta, Valentine.

—Serás Corona —dijo Valentine—. ¿Por qué fingir que no? Sucederá, y pronto. Tyeveras es muy viejo. Lord Malibor se trasladará al Laberinto dentro de dos o tres años, y en ese momento te nombrará Corona. Él no es tan estúpido como para desoír a todos sus consejeros. Y...

Voriac cogió a Valentine por la muñeca y acercó la cara a la de su hermano. Había angustia y preocupación en sus ojos.

—Esta clase de charla sólo trae mala suerte. Te ruego que calles.

—¿Puedo decir una cosa más?

—No quiero más especulaciones sobre quién será la próxima Corona.

Valentine asintió.

—No especularé, sólo quiero hacerte una pregunta de hermano a hermano, una pregunta que está en mi pensamiento desde haces meses. No afirmo que acabarás siendo Corona, pero me gustaría saber si tú deseas llegar a serlo. ¿Te han consultado? ¿Estás deseoso de soportar esa carga? Respóndeme, Voriac.

Hubo un largo silencio.

—Es una carga que nadie rechaza —dijo Voriac finalmente.

—Pero ¿la aceptarías?

—Si el destino lo quiere así, ¿debo decir no?

—No estás respondiéndome. Fíjate en nosotros: jóvenes, sanos, felices, libres. Si olvidamos nuestra responsabilidad en la corte, ni mucho menos abrumadora, podemos hacer lo que nos plazca, ir a cualquier parte del mundo que nos guste, un viaje a Zimroel, una peregrinación a la Isla, unas vacaciones en las Fronteras de Khyntor, cualquier cosa, en cualquier lugar. Renunciar a eso para llevar la corona del estallido estelar, firmar un millón de decretos, hacer grandes procesiones y muchos discursos, y algún día tener que vivir en el fondo del Laberinto... ¿por qué, Voriac? ¿A quién puede interesarle eso? ¿Es eso lo que quieres tú?

—Todavía eres un niño —dijo Voriac.

Valentine se echó atrás como si le hubieran abofeteado. ¡Otra vez ese aire de superioridad! Pero inmediatamente comprendió que se lo merecía, que estaba formulando preguntas ingenuas, pueriles. Se esforzó en reducir su enojo.

—Creía haber avanzado hacia el estado adulto —dijo.

—Hasta cierto punto. Pero aún tienes mucho que aprender.

—Sin duda. —Hizo una pausa—. Muy bien, aceptas la inevitabilidad de ser monarca si recurren a ti. Pero ¿lo deseas, Voriac, lo apetece de verdad, o quizá tu educación y tu sentido del deber te impulsan a prepararte para el trono?

—No estoy preparándome para el trono —dijo lentamente Voriac—, sólo para desempeñar un papel en el gobierno de Majipur, igual que tú. Y es cierto, es un problema de educación y sentido del deber, porque soy hijo de Damiandane, Sumo Consejero (y tengo entendido que tú también). Si me ofrecen el trono, aceptaré encantado y cumpliré con ese deber tan bien como me sea posible. No pierdo tiempo apeteciendo el trono, y

todavía menos especulando sobre si llegará esa oportunidad. Esta conversación me parece aburrida en extremo y te agradeceré que me permitas recoger leña en silencio.

Lanzó una colérica mirada a Valentine y se alejó.

Las preguntas florecieron en la mente de Valentine como los alabandinos en verano, pero se reprimió, porque había visto temblar los labios de Voriax y sabía que acababa de traspasar un límite. Voriax estaba podando las ramas caídas, arrancando las hojas con una vehemencia totalmente innecesaria, porque la madera estaba seca y era muy quebradiza. Valentine no hizo nuevas tentativas de romper las defensas de su hermano, a pesar de que había averiguado únicamente una parte de lo que deseaba saber. Sospechaba, por la posición defensiva de Voriax, que éste ansiaba el trono y dedicaba todas sus horas en vela a instruirse apropiadamente. Y tenía una noción vaga, sólo una noción vaga, de los motivos de su hermano. ¿Deseaba ser rey por razones personales, por el poder y la gloria? Bien, ¿por qué no? ¿Y para satisfacer un destino que exigía grandes responsabilidades a determinadas personas? Sí, también por eso. Y sin duda alguna para compensar el desaire sufrido por su padre al serle denegada la corona. De todas formas... renunciar a la libertad personal para gobernar el mundo... Este aspecto era un misterio para Valentine, y finalmente decidió que Voriax tenía razón, que era imposible comprender por completo estas cuestiones cuando se tenían diecisiete años.

Llevó su carga de leña al campamento y encendió la hoguera. Voriax no tardó en llegar, pero no dijo nada, y la fría persistencia del alejamiento entre ambos hermanos causó gran congoja a Valentine. Deseaba pedir disculpas a Voriax por haber hurgado tan profundamente, pero eso era imposible; él jamás había tenido gracia para esas cosas con Voriax, ni éste con él. Seguía creyendo que dos hermanos podían hablar de problemas íntimos sin ofenderse. Pero por otra parte, esa frialdad era difícilmente soportable, y si se prolongaba envenenaría por completo las vacaciones. Valentine buscó un medio de restablecer la concordia y, al cabo de unos instantes, eligió uno que había dado buen resultado cuando ambos eran más jóvenes.

Se acercó a Voriax, que estaba trinchanto la carne de la cena de un modo hosco y sombrío, y le dijo:

—Mientras esperamos que hierva el agua, ¿por qué no peleas conmigo?

Voriax levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Qué?

—Tengo ganas de hacer ejercicio.

—Trepas a esos pinglos, y brinca en las ramas.

—Vamos. Unas cuantas llaves, Voriax.

—No estaría bien.

—¿Por qué? No me digas que te ofenderás más si te tiro...

—¡Cuidado, Valentine!

—He sido muy brusco. Perdóname. —Valentine se agachó como un luchador y extendió las manos—. Por favor. Unas cuantas presas rápidas, un poco de sudor antes de la cena...

—Tu pierna acaba de sanar.

—Pero está curada. No tengas miedo de usar toda tu fuerza, yo haré lo mismo.

—¿Y si vuelves a partírtela, y estamos a un día de viaje de alguna ciudad que merezca llamarse así?

—Vamos, Voriax —dijo Valentine, impaciente—. ¡Te preocupas demasiado! ¡Vamos, demuestra que aún sabes luchar!

Valentine se rió, tocó palmas y provocó a su hermano. Tocó palmas de nuevo, acercó su sonriente cara hasta casi golpear la nariz de Voriax y obligó a éste a levantarse. Finalmente Voriax accedió y se inició la pelea.

Había un detalle extraño. Los dos hermanos habían peleado muchas veces, desde que Valentine creció lo suficiente para poderse enfrentar a Voriax. Valentine conocía las

tácticas de Voriac, los trucos de equilibrio y ritmo. Pero el hombre que estaba luchando con él en esos momentos parecía un desconocido. ¿Sería un metamorfo aquel cobarde disfrazado de Voriac? No, no, no. Era la pierna, comprendió Valentine. Voriac estaba conteniendo su fuerza, exhibiendo deliberada blandura y torpeza, protegiendo una vez más a su hermano. Valentine atacó con asombrosa rabia y, pese a que en los primeros momentos de la pelea las normas exigían únicamente movimientos de tanteo, agarró a Voriac con el propósito de derribarle, y le obligó a doblar una rodilla. Voriac estaba perplejo. Mientras Valentine recuperaba el aliento y hacía acopio de energía para apretar contra el suelo los hombros de su hermano, Voriac reaccionó y presionó hacia arriba, poniendo en acción su formidable fuerza. A pesar de ello estuvo a punto de caer ante la arremetida de su hermano, pero en el último instante se libró y se puso de pie de un salto.

Ambos empezaron a dar cautelosas vueltas sin dejar de examinarse.

—Veo que te he subestimado —dijo Voriac—. Tu pierna debe estar totalmente curada.

—Exacto, te lo he dicho muchas veces. Sólo cojeo un poco, y no tiene importancia. Vamos, Voriac, vuelve a ponerte a mi alcance.

Valentine le provocó por señas. Se echaron uno encima del otro y quedaron pecho contra pecho, sin que ninguno pudiera superar al otro, y permanecieron así una hora o más (eso pensó Valentine, aunque en realidad debieron ser unos minutos). Después Valentine hizo retroceder a su hermano unos centímetros, Voriac aseguró los pies y resistió, y obligó a Valentine a retroceder idéntica distancia. Gruñeron, sudorosos y tensos, y se sonrieron en plena lucha. Valentine sintió inmenso placer por esa sonrisa, porque indicaba que ambos eran hermanos de nuevo, que el hielo se había derretido, que su impertinencia estaba perdonada. En ese instante Valentine quiso abrazar a Voriac en lugar de luchar con él. Y en ese mismo instante de tensión aflojada Voriac atacó, dobló el cuerpo, giró sobre sí mismo y tiró al suelo a Valentine. Después le sujetó el pecho con la rodilla y apretó sus manos contra los hombros del caído. Valentine resistió, pero era imposible resistirse mucho tiempo en esa postura. Poco a poco, Voriac empujó a Valentine hasta que los omoplatos de éste quedaron apoyados en la fría y húmeda tierra.

—Tú ganas —dijo Valentine, jadeante.

Voriac se apartó y se echó al lado de su hermano mientras la risa dominaba a ambos.

—¡La próxima vez te destrozaré!

¡Que alegría, pese a la derrota, haber recuperado el cariño de Voriac!

De pronto Valentine oyó ruido de aplausos no muy lejanos. Se incorporó, observó el bosque iluminado por la luz del crepúsculo y vio la silueta de una mujer, de facciones enjutas y con un cabello negro extraordinariamente largo, de pie junto a los primeros árboles. Tenía ojos brillantes y maliciosos, labios carnosos y vestimenta de extraño estilo: simples tiras de cuero curtido toscamente entrelazadas. A Valentine le pareció una mujer muy vieja, puesto que debía tener treinta años.

—Os he observado —dijo ella mientras se acercaba sin reflejar temor alguno—. Al principio pensé que era una pelea auténtica, pero luego vi que lo hacías por diversión.

—En principio era una pelea auténtica —dijo Voriac—. Pero también por diversión, siempre es así. Soy Voriac de Halanx, y éste es Valentine, mi hermano.

La mujer los miró alternativamente.

—Sí, claro, hermanos. Cualquiera puede verlo. Me llamo Tanunda, y soy de Ghiseldorn. ¿Queréis que os diga la buena ventura?

—¿Eres una bruja? —preguntó Valentine. Apareció regocijo en los ojos de la mujer.

—Sí, sí, por supuesto, una bruja. ¿Qué otra cosa puedo ser?

—¡Bien, pues adivina nuestro futuro! —gritó Valentine.

—Espera —dijo Voriac—. No me gusta la magia.

—Eres demasiado serio —dijo Valentine—. ¿Qué es lo que temes? Vamos a visitar Ghiseldorn, la ciudad de los magos. ¿No es lógico que nos lean el futuro? ¿De qué tienes

miedo? ¡Es un juego, Vori-ax, un simple juego! —Se acercó a la bruja y le dijo—: ¿Quieres cenar con nosotros?

—Valentine...

Valentine miró descaradamente a su hermano y se echó a reír.

—¡Yo te protegeré del diablo, Vori-ax! ¡No tengas miedo! —Y en voz más baja agregó—: Hemos viajado solos mucho tiempo, hermano. Ansío tener compañía.

—Eso veo —murmuró Vori-ax.

Pero la bruja era atractiva y Valentine mostró gran insistencia, y Vori-ax no tardó en calmar su intranquilidad por la presencia de la mujer. Vori-ax trinchó carne para ella mientras Tanunda se adentraba en el bosque. Regresó enseguida con frutas de los pinglos y enseñó a los hermanos a freírlas para derramar el jugo en la carne y dar a ésta un sabor agradablemente vago y ahumado. Al cabo de un rato Valentine notó que la cabeza le daba vueltas; era improbable que unos cuantos sorbos de vino fueran los responsables, y por lo tanto había que atribuirlo al jugo de los pinglos. Pasó por su mente la idea de un posible acto traicionero, pero rechazó tal idea, porque el mareo que iba dominándole era afable e incluso excitante, no ofrecía peligro alguno. Miró a Vori-ax, preguntándose si el carácter más receloso del otro hombre llegaría a oscurecer el festín, pero si en algo le había afectado el jugo era para hacerle más simpático: se reía en voz alta de cualquier cosa, se inclinaba y se daba palmadas en los muslos, se acercaba a la bruja y le gritaba estridentes palabras. Valentine se sirvió más carne. Estaba anocheciendo, una repentina neblina iba aposentándose en el campamento y las estrellas aparecían bruscamente en un cielo iluminado tan sólo por una pequeña astilla de luna. Valentine creyó oír lejanos cantos y discordantes gritos, pero Ghiseldorn debía estar a tanta distancia que era imposible que los sonidos atravesaran el denso bosque: una fantasía, decidió, provocada por las embriagadoras frutas.

El fuego fue apagándose. El ambiente se enfrió. Se apretaron unos a otros, Valentine, Vori-ax y Tanunda, cuerpo contra cuerpo en lo que al principio fue una postura inocente y luego no tan inocente. Mientras estaban entrelazados, Valentine miró a su hermano, y Vori-ax le guiñó un ojo, como diciéndole, Esta noche somos hombres unidos, y unidos disfrutaremos, hermano. De vez en cuando, con Elidath o Stasilaine, Valentine había compartido una mujer, tres personas revolviéndose felizmente en una cama hecha para dos, pero nunca con Vori-ax, tan consciente de su dignidad, de su superioridad, de su elevada posición. De tal modo que el juego proporcionó especial placer a Valentine. La bruja de Ghiseldorn se había quitado las prendas de cuero y, a la luz de la hoguera, exhibía un cuerpo delgado y flexible. Valentine temió que aquella carne fuera repelente, puesto que pertenecía a una mujer de más edad que él, incluso más vieja que Vori-ax, pero pronto comprendió que era una idea absurda dictada por su inexperiencia, y Tanunda acabó pareciéndole hermosa. Quiso tocarla y encontró la mano de Vori-ax en el costado de la mujer. Dio una juguetona palmada a su hermano, como si fuera un molesto insecto, y ambos se echaron a reír. Las graves risas de los hermanos se mezclaron con la argentina risita de Tanunda, y los tres rodaron por la fresca hierba.

Valentine no había conocido una noche tan alocada. La droga especial que contenía el jugo de pinglo le afectó liberándole de toda inhibición y espoleando su energía, y a Vori-ax debió ocurrirle otro tanto. La noche fue una serie de imágenes fragmentarias, sucesiones de hechos inconexos. Valentine se encontró repantigado con la cabeza de Tanunda en su regazo, acariciando la reluciente frente mientras Vori-ax abrazaba a la mujer y él escuchaba los mezclados gemidos con extraño placer. Luego estrechó él a la bruja, y Vori-ax se quedó muy cerca, aunque no se sabía dónde. Después Tanunda quedó apretada entre los dos varones en una vertiginosa presa. En algún momento de la noche fueron al arroyo, se bañaron, chapotearon y rieron, corrieron desnudos y temblando hasta el agonizante fuego, e hicieron el amor de nuevo: Valentine y Tanunda, Vori-ax y Tanunda,



Valentine, Tanunda y Vori-ax, carne pidiendo carne hasta que las primeras franjas grisáceas de la mañana quebraron la negrura.

Los tres estaban despiertos cuando el sol irrumpió en el cielo. Grandes fajas de la noche habían desaparecido de la memoria de Valentine, y pensó que tal vez había dormitado algunos ratos sin darse cuenta, porque su mente tenía una extraordinaria claridad, y estaba con los ojos muy abiertos, como en pleno día. Igual que Vori-ax, igual que la sonriente y desnuda bruja que estaba tumbada entre ambos.

—Ahora —dijo ella— ¡os adivinaré el futuro! Vori-ax emitió un sonido de intranquilidad, un carraspeo, pero Valentine se apresuró a intervenir.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Profetiza!

—Coged semillas de pinglo —dijo Tanunda.

Había semillas esparcidas por todas partes, simientes de brillante color negro con salpicaduras de rojo. Valentine cogió un buen puñado, e incluso Vori-ax recogió algunas. Las entregaron a la bruja, que ya tenía las manos llenas, y Tanunda las agitó con las manos cerradas y las tiró al suelo como si fueran dados. Hizo cinco tiradas, recogió las semillas y repitió el proceso. Después ahuecó las manos para que algunas cayeran formando un círculo y echó las semillas restantes dentro de esa superficie. Las observó largo rato, acuciada y con la cabeza pegada al suelo para estudiarlas. Finalmente alzó los ojos. Aquella licenciada picardía había desaparecido de su semblante. Estaba raramente alterada, muy solemne y varios años envejecida.

—Sois hombres de alta cuna —dijo—. Pero eso ya se veía en vuestro porte. Las semillas me dicen muchas cosas más. Veo que grandes peligros os aguardan, a los dos.

Vori-ax apartó la mirada, con el ceño fruncido, y escupió.

—Eres escéptico, sí —dijo Tanunda—. Pero ambos correréis riesgos. Tú... —señaló a Vori-ax— debes tener cuidado con los bosques, y tú... —una mirada a Valentine— debes vigilar el agua, los océanos. —La bruja arrugó la frente—. Y muchas cosas más, creo, porque tu destino es misterioso y soy incapaz de interpretarlo con claridad. Tu linaje se interrumpe... no por la muerte, sino por algo más extraño, una gran transformación... —Sacudió la cabeza—. Esto me sorprende. No puedo ayudarte más.

—Ten cuidado con los bosques, ojo con los océanos —dijo Vori-ax—. ¡Cuidado con las tonterías!

—Tú serás rey —dijo Tanunda.

Vori-ax se quedó sin aliento de repente. El enfado huyó de su cara, y se quedó boquiabierto.

Valentine sonrió y dio unas palmadas en la espalda de su hermano.

—¿Lo ves? ¿Lo ves?

—También tú serás rey —dijo la bruja.

—¿Qué? —Valentine se quedó atónito—. ¿Qué locura es ésta? ¡Tus semillas te engañan!

—Si me engañan, será la primera vez —dijo Tanunda.

La bruja recogió las semillas y se apresuró a tirarlas al arroyo. Después envolvió su cuerpo con las tiras de cuero.

—Un rey y un rey, y yo he gozado de una noche de diversión con ambos, sus futuras majestades. ¿Pasaréis hoy por Ghiseldorn?

—Creo que no —dijo Vori-ax, sin mirarla.

—En ese caso no volveremos a vernos. ¡Adiós!

Tanunda avanzó con rapidez hacia el bosque. Valentine extendió una mano hacia la mujer, pero no dijo nada, sólo estrujó el aire con sus temblorosos dedos, impotente, y la bruja se perdió entre los árboles. Valentine miró a su hermano, que estaba removiendo coléricamente las ascuas de la hoguera. La alegría del ensueño nocturno se había esfumado.

—Tenías razón —dijo Valentine—. No debimos consentir que jugara a profetisa a expensas de nosotros. ¡Bosques! ¡Océanos! ¡Y esa locura de que ambos seremos reyes!

—¿Qué ha pretendido decir? —preguntó Voriax—. ¿Que compartiremos el trono del mismo modo que hemos compartido su cuerpo esta noche?

—Es imposible —dijo Valentine.

—Jamás ha habido un gobierno compartido en Majipur. ¡Es absurdo! ¡Es inconcebible! Si yo llego a ser rey, Valentine, ¿cómo es posible que tú también lo seas?

—No estás escuchándome. Créeme, no prestes atención a ese imposible, hermano. Ella es una mujer salvaje que nos ha ofrecido una noche de placer entre borrachos. Las profecías no son ciertas.

—Ella dijo que yo sería rey.

—Y así será, seguramente. Pero fue una conjetura afortunada.

—¿Y si no es eso? ¿Y si Tanunda es una vidente auténtica?

—¡Entonces tú serás rey!

—¿Y tú? Si ella dijo la verdad en mi caso, tú serás Corona, y es imposible que...

—No —dijo Valentine—. Los profetas acostumbran a expresarse con acertijos y ambigüedades. Hay que aceptar el significado literal de lo que dijo Tanunda. Tú serás Corona, Voriax, todo el mundo lo sabe... y lo que predijo para mí debe tener otro significado, o no tiene ninguno.

—Eso me asusta, Valentine.

—Si vas a ser Corona, no hay nada que temer. ¿Por qué pones esa cara?

—Compartir el trono con un hermano... —Voriax se preocupaba de esa posibilidad como si fuera una muela dolorida, se negaba a olvidarse de ella.

—Es imposible —dijo Valentine. Recogió una prenda del suelo, comprobó que era de Voriax y la echó hacia su hermano—. Ayer oíste lo que dije. Que alguien codicie el trono es algo que supera mi comprensión. Puedes estar seguro de que no soy una amenaza para ti en cuanto al trono se refiere. —Estrechó la muñeca de su hermano—. ¡Voriax, Voriax, tienes un aspecto tan terrible!... ¿Te van a afectar las palabras de una bruja del bosque? Te lo juro: cuando seas Corona, yo seré tu siervo, nunca tu rival. Lo juro por nuestra madre, que será la Dama de la Isla. Y te aseguro que no hay que tomar en serio lo que ha ocurrido esta noche.

—Quizá no —dijo Voriax.

—Seguro que no —dijo Valentine—. ¿Nos vamos de aquí, hermano?

—Ella hace buen uso de su cuerpo, ¿no estás de acuerdo? Voriax se echó a reír.

—Es cierto. Me entristece un poco pensar que nunca volveré a verla. Pero no, no pienso seguir preocupándome de sus lunáticas predicciones, por más prodigiosos que sean los movimientos de sus caderas. Estoy harto de ella, y creo que de este lugar. ¿Nos desviamos de Ghiseldorn?

—Me parece bien —dijo Valentine—. ¿Qué ciudades de la orilla del Glayge hay cerca de aquí?

—Jerrick es la próxima, con muchos vrones. También está Mitripond, y un lugar llamado Gayles. Opino que deberíamos buscar alojamiento en Jerrick y divertirnos jugando durante algunos días.

—A Jerrick, pues.

—Sí, a Jerrick. Y no me hables más del trono, Valentine.

—Ni una palabra, lo prometo. —Valentine se echó a reír y abrazó a Voriax—. ¡Hermano! Varias veces en el transcurso del viaje pensé que te había perdido por completo, pero veo que todo va bien, que he vuelto a encontrarte.

—Nunca hemos estado alejados —dijo Voriax—, ni un instante. Vamos, recoge tus cosas y... ¡rumbo a Jerrick!

Nunca volvieron a hablar de la noche que pasaron con la bruja y de las predicciones de ésta. Cinco años más tarde, tras el fallecimiento de lord Malibor mientras cazaba

dragones, Voriac fue elegido Corona, para sorpresa de nadie, y Valentine fue el primero en arrodillarse y rendir homenaje a su hermano. En esa época Valentine había olvidado la problemática profecía de Tanunda, aunque no el sabor de sus besos y el tacto de su carne. ¿Ambos reyes? ¿Cómo era posible tal cosa, si sólo podía existir una Corona en un momento dado? Valentine se alegró de la suerte de su hermano, lord Voriac, y no se arrepintió de ser quien era. Y cuando comprendió el significado real de la profecía (que él no iba a gobernar conjuntamente con Voriac, sino que sería el sucesor de su hermano, pese a que en la historia de Majipur nunca se había dado el caso de que un hermano sucediera a otro hermano) le fue imposible abrazar a Voriac y confirmarle su cariño, porque Voriac había desaparecido para siempre, abatido por una flecha perdida en el bosque. Valentine había perdido a su hermano cuando, solo y perplejo, subió los escalones del Trono de Confalume.

## EPILOGO

Esos momentos finales, ese epílogo que algún amanuense añadió al registro del alma del joven Valentine, dejan perplejo a Hissune. Permanece inmóvil largo tiempo. Luego se levanta como un sonámbulo y abandona el cubículo. Imágenes de aquella noche de locura en el bosque dan vueltas en su aturdida cabeza: los hermanos rivales, la bruja de brillantes ojos, los cuerpos desnudos y entrelazados, la profecía... ¡Sí, dos reyes! ¡E Hissune los ha espiado en el momento más delicado de sus vidas! Se siente avergonzado, rara emoción para él. Quizás ha llegado el momento de unas vacaciones, de olvidar el Registro de Almas, piensa Hissune: la potencia de esas experiencias es abrumadora algunas veces, y es posible que le hagan falta unos meses de recuperación. Le tiemblan las manos cuando cruza el umbral.

Uno de los funcionarios habituales del registro le dejó pasar una hora antes, un hombre rollizo de penetrante mirada llamado Penagorn, y ese hombre continúa sentado ante su escritorio. Pero hay otra persona cerca de él, un individuo alto que luce el uniforme verde y oro del personal de la Corona y que examina gravemente a Hissune.

—¿Podría ver tu identificación? —le dice.

Ha llegado el temido momento. Le han descubierto, saben que ha usado los archivos sin autorización... y van a detenerle. Hissune ofrece su tarjeta de identificación. Seguramente deben conocer sus ilegales intrusiones desde hace tiempo, pero han aguardado a que cometiera la suprema atrocidad, la reproducción de la grabación de la Corona. Esa grabación debe llevar una alarma, piensa Hissune, que llama en silencio a los siervos de la Corona, y ahora...

—Tú eres el joven que buscamos —dice el hombre vestido de verde y oro—. Acompáñame, por favor.

Hissune obedece sin rechistar. Salen de la Casa de los Archivos, cruzan la gran plaza hasta llegar a la entrada de los niveles inferiores del Laberinto, pasan un control, entran en un vehículo flotante y... descienden, descienden hacia misteriosos dominios jamás visitados por Hissune. Él no mueve ni un dedo, está paralizado. El mundo entero se apoya sobre este lugar; innumerables estratos del Laberinto ascienden en espiral por encima de la cabeza de Hissune. ¿Dónde deben estar? ¿En la Sala de los Tronos, donde los ministros principales gobiernan el mundo? Hissune no se atreve a preguntarlo, y su escolta no dice una sola palabra. Cruzan acceso tras acceso, pasadizo tras pasadizo. Luego el coche flotante se detiene. Aparecen seis personas más con el uniforme del personal de lord Valentine. Llevan a Hissune a una habitación brillantemente iluminada y permanecen al lado del joven.

Se abre una puerta, que se desliza hasta detenerse, y entra en la sala un hombre rubio, alto y fornido, vestido con una sencilla túnica blanca. Hissune abre la boca de asombro.

—Mi señor...

—Por favor, por favor. Podemos arreglarnos sin tantas reverencias, Hissune. ¿Eres Hissune, verdad?

—Lo soy, mi señor. Con algunos años más.

—Fue hace ocho años, ¿verdad? Sí, ocho años. Me llegabas aquí. Y ahora eres un hombre... Bien, supongo que es una tontería asombrarse, pero esperaba encontrar un niño. ¿Tienes dieciocho años?

—Sí, mi señor.

—¿Qué edad tenías cuando empezaste a fisgar en el Registro de Almas?

—Se ha enterado de eso, mi señor, —cuchichea Hissune, la cara de color escarlata, los ojos fijos en sus pies.

—Catorce años, ¿no es eso? Creo que es la edad que me dijeron. Ordené que te vigilaran, ¿sabes? Hace tres o cuatro años me informaron de que habías conseguido entrar en el Registro valiéndote de engaños. Catorce años y fingiste ser un erudito. Imagino que habrás visto muchas cosas desconocidas para muchachos de catorce años.

Las mejillas de Hissune ardían. En su mente gira un pensamiento: Hace una hora, mi señor, le vi a usted y a su hermano copulando con una bruja de Ghiseldorn que tenía el pelo muy largo. Hissune prefiere que le trague la tierra antes que decir eso en voz alta. De todos modos está convencido de que lord Valentine ya lo sabe, y esa certeza le abrumba. No puede levantar los ojos. Ese hombre rubio no es el Valentine del Registro de Almas. En aquella época era un hombre moreno, expulsado de su cuerpo por arte de magia del modo que todo el mundo sabe. Ahora la Corona exhibe otro cuerpo. Pero la persona que lo ocupa es la misma, e Hissune la ha espiado y no hay forma de ocultar la verdad.

Hissune guarda silencio.

—Tal vez deba retirar eso —dice lord Valentine—. Siempre fuiste un niño precoz. Seguramente el Registro no te ha mostrado muchas cosas que no hayas visto con tus propios ojos.

—He visto Ni-moya, mi señor —dice Hissune en voz ronca, apenas audible—. He visto Suvrael, las ciudades del Monte del Castillo, las junglas próximas a Narabal...

—Lugares, sí. Geografía. Es útil saber esas cosas. Pero en cuanto a geografía del alma... has aprendido eso a tu manera, ¿eh? Mírame. No estoy enojado contigo.

—¿No?

—Si has tenido libre acceso al Registro ha sido gracias a mis órdenes en ese sentido. No pretendía que te quedaras boquiabierto mirando Ni-moya, ni tampoco que espieras a gente haciendo el amor, no en particular. Pero sí que te hicieras una idea del Majipur real, que conocieras una millonésima parte de este mundo nuestro. Ésa ha sido tu educación, Hissune. ¿Estoy en lo cierto?

—Así lo consideré yo, mi señor. Sí. Había tantas cosas que deseaba saber...

—¿Lo has conseguido?

—No, ni mucho menos. Ni una millonésima parte.

—Qué pena. Porque no volverás a tener acceso al Registro.

—¿Mi señor? ¿Va a castigarme?

Lord Valentine sonrío de un modo extraño.

—¿Castigarte? No, ésa no es la palabra apropiada. Pero vas a salir del Laberinto, y lo más probable es que no regreses durante mucho tiempo, ni siquiera cuando yo sea Pontífice, y ojalá ese día no llegue pronto. Te he nombrado miembro de mi personal, Hissune. Tu período de instrucción ha terminado. Quiero que empieces a trabajar. Ya estás bastante crecido, creo. ¿Aún tienes familia aquí?

—Mi madre, dos hermanas...

—Tendrán lo necesario. No les faltará nada. Despídete de ellas y haz el equipaje. ¿Podrás venir conmigo dentro de tres días?

—Tres... días...

—Iremos a Alaisor. Debo hacer la gran procesión otra vez. Y luego a la Isla. En esta ocasión no iremos a Zimroel. Regresaremos al Monte dentro de siete u ocho meses, confío. Tendrás aposentos en el Castillo. Recibirás instrucción formal... eso no te desagradará, ¿verdad? Vestirás ropas más elegantes. Ya imaginabas todo esto, ¿no? ¿Sabías que te designé para grandes cosas, cuando sólo eras un andrajoso niño que desplumabas a los turistas? —La Corona se ríe—. Es tarde. Te llamaré otra vez por la mañana. Tenemos mucho que discutir.

Lord Valentine extiende las puntas de los dedos hacia Hissune, un gesto cortesano sin más importancia. Hissune inclina la cabeza, y cuando osa levantar los ojos, lord Valentine ha desaparecido. Vaya. Vaya. Ha ocurrido a pesar de todo, su sueño, su fantasía. Hissune no consiente que ningún tipo de expresión altere su rostro. Rígido, sombrío, se vuelve hacia la escolta verde y oro, y recorre los pasillos con esos hombres. Finalmente llegan a los niveles públicos del Laberinto, donde Hissune queda solo. Pero no puede ir ahora a su habitación. Su mente está desbocada, febrilenta, loca de asombro. De las profundidades de su cerebro brotan las personas muertas hace tantos años que él ha llegado a conocer tan bien: Nismile y Sinnabor Lavon, Thesme, Dekkeret, Calintane, el infeliz y angustiado Haligome, Eremoil, Inyanna Forlana, Vismaan, Sarise. Forman parte de él, están incrustados en su alma para siempre. Hissune cree haber devorado el planeta entero. ¿Qué será de él ahora? ¿Ayudante de la Corona? ¿Una deslumbrante vida en el Monte del Castillo? ¿Vacaciones en Morpin Alta y Stee, y los grandes del reino como compañeros? ¡Caramba, hasta es posible que un día sea Corona! ¡Lord Hissune! Se ríe de su monstruosa pretensión. Y sin embargo... y sin embargo... ¿por qué no? ¿Esperaba ser Corona Calintane? ¿Y Dekkeret? ¿Y Valentine? Pero no debo pensar en estas cosas, se reconviene Hissune. Hay que trabajar, aprender, vivir paso a paso, y el destino irá tomando forma.

Hissune se da cuenta de que se ha perdido... él, que a los diez años era el guía más experto del Laberinto. Ofuscado, ha errado de nivel en nivel, ha pasado media noche, y no tiene la menor idea de dónde se halla. Después comprende que está en el nivel superior del Laberinto, en el lado del desierto, cerca de la Boca de las Hojas. Dentro de un cuarto de hora puede estar fuera del Laberinto. Salir no es algo que Hissune añore normalmente. Pero esta noche es especial, y no opone resistencia a sus pies, que le llevan hacia la puerta de la ciudad subterránea. Llega a la Boca de las Hojas y contempla durante largo rato las oxidadas espadas de cierta antigua época que fueron dispuestas de través para delimitar la frontera. Después pasa al otro lado y sale al caluroso y seco desierto. Igual que Dekkeret cuando vagó por aquel otro desierto mucho más terrible, Hissune se adentra en la vacuidad, hasta que se halla a buena distancia de la bulliciosa colmena que es el Laberinto, y se detiene bajo las serenas y brillantes estrellas. ¡Cuántas estrellas! Y una es Vieja Tierra, de la que surgieron hace milenios los millones y millones de seres humanos. Hissune contempla el cielo como si estuviera hipnotizado. En su interior fluye la abrumadora sensación de la larga historia del cosmos, corre por su organismo como un río irresistible. El Registro de Almas contiene grabaciones suficientes para mantenerle atareado media eternidad, piensa Hissune, y sin embargo sólo es una minúscula fracción de lo que ha existido en los planetas de todas las estrellas. Hissune desea coger todo eso, quiere que forme parte de él como las otras vidas que ha experimentado, y eso es imposible, claro está. La simple idea le produce vértigo. Pero ahora tiene que olvidarse de esas cosas, debe renunciar a las tentaciones del Registro. Hissune permanece inmóvil hasta que cesan los remolinos en su mente. Voy a estar sereno, piensa. Recobraré el control de mis sentimientos. Se concede una última mirada a las estrellas, y busca entre ellas, en vano, el sol de Vieja Tierra. Se encoge de hombros, da media vuelta y camina lentamente hacia la Boca de las Hojas. Lord Valentine volverá a llamarle por la mañana. Es importante dormir un poco. Una nueva vida está a punto de empezar. Viviré en el Monte del Castillo, piensa, seré ayudante de la Corona y... ¿quién

sabe qué me ocurrirá después? Pero sea lo que sea, estará bien, como lo estuvo para Dekkeret, Thesme, Sinnabor Lavon, incluso Haligome, para todas las personas cuyas almas forman parte de mi alma en estos momentos.

Hissune permanece unos instantes junto a la Boca de las Hojas, sólo un momento, y el momento se alarga... Las estrellas empiezan a apagarse, llega la primera luz del alba, un potente sol naciente toma posesión del cielo y la tierra entera se inunda de luz. Hissune no se mueve. El calor del sol de Majipur toca su cara, un detalle muy raro en su vida anterior. El sol... el sol... el glorioso, llameante, ardiente sol... la madre de los mundos...

Hissune extiende los brazos hacia el sol. Lo abraza. Sonríe y absorbe la bendición del astro. Después se vuelve y entra en el Laberinto por última vez.

**FIN**